

LA VERDAD DE
Tulieta



BILOGÍA "MI JEFE" 2

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

LA VERDAD DE
Julietta
BILOGÍA "MI JEFE" 2

Copyright © 2020 Dylan Martins – Janis Sandgrouse
Todos los derechos reservados.

© Autores: Dylan Martins y Janis Sandgrouse

© Imagen de portada: Freepik Premium

© Primera edición en eBook: Agosto 2020

La novela LA VERDAD DE JULIETA (BILOGÍA “MI JEFE” 2) es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los autores, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

SINOPSIS

Tras perder al amor de su vida, el trabajo y todo por lo que había luchado, Julieta vuelve con más fuerzas que nunca porque las injusticias se pagan y la verdad solo tiene un camino, aunque con ello haya tenido que perder cuanto tenía y le hizo conocer la felicidad.

Ahora vuelve no solo con más fuerzas, sino con decisión, con una nueva oportunidad laboral en un empleo que apuesta con ella.

¿Podrá recuperar todo aquello que la vuelva a hacer feliz?

¿Conseguirá arrancar de su corazón a ese hombre que la hizo vibrar y temblar a partes iguales?

Conoce el desenlace de la historia de Julieta en esta entrega que esperamos no te deje indiferente.

[CAPÍTULO 1: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 2: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 3: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 4: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 5: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 6: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 7: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 8: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 9: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 10: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 11: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 12: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 13: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 14: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 15: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 16: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 17: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 18: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 19: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 20: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 21: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 22: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 23: JULIETA](#)
[CAPÍTULO 24: ESTÍBALIZ](#)
[CAPÍTULO 25: ESTÍBALIZ](#)
[CAPÍTULO 26: LORENZO](#)
[CAPÍTULO 27: SUSY](#)
[CAPÍTULO 28: SUSY](#)
[CAPÍTULO 29: JULIETA](#)
[EPÍLOGO: JULIETA](#)

Capítulo 1: Julieta



Han pasado tres meses del que fue, sin duda, el peor día de mi vida.

Tres meses desde que perdí a mi padre, el hombre que nunca me falló y siempre estuvo en mis peores momentos y aquel fue uno de esos momentos en los que le necesité.

Recuerdo aquel fatídico día, con una pena aún más grande porque no pude estar a su lado, no tuve tiempo para despedirme de él como me hubiera gustado. En realidad, ni mi madre ni mi hermana pudieron hacerlo. Se fue rápido, al menos eso nos contaron los médicos.

Mi madre escuchó que la llamaba, pero cuando llegó al salón ya era tarde, se encontró al amor de su vida en el suelo, con la mano en el pecho y se temió lo peor.

Los de la ambulancia intentaron reanimarlo, pero el corazón de mi padre, fuerte hasta ese momento, dejó de latir ese día.

Llegué tarde al hospital, mi familia me había necesitado y yo... Yo estaba en el que era mi trabajo, sintiendo cómo mi corazón se hacía añicos mientras me moría un poquito más con cada palabra que yo le decía a Lorenzo y él vociferaba contra mí.

Aquel hombre al que prohibí nombrar en cuanto me recompuse del dolor de tener que enterrar a mi padre y perder a la persona de quien me había enamorado como una idiota.

Eso fui, una idiota. la mayor idiota del mundo por creerlo cuando me dijo que quería un futuro conmigo, que de nuestro viaje a Viena esperaba que saliéramos de la mano. Incluso me puso un anillo aquel día, un anillo que, como el resto de regalos que me hizo en nuestra semana en el país austríaco, tiré delante de sus narices para que comprobara de primera mano cuánto me importaba a mí su maldita fortuna.

Yo tenía mi propia fortuna, el amor de mi padre lo era. El cariño con el que siempre nos trató a las tres reinas de su vida, como le gustaba llamarnos. Porque no, mi hermana y yo nunca fuimos unas princesas para él, sino unas reinas, como mi madre.

Decía que el día que conoció a Esperanza, mi madre, se sintió como un rey, puesto que el que una mujer como ella quisiera compartir su vida con un simple mortal como él, no podía ser cierto.

Una noche nos contó a mi hermana Susy y a mí que el día que yo llegué al mundo fue cuando su alma se completó definitivamente.

Siempre se habla de las parejas predestinadas, de que todos tenemos esa otra mitad en algún lugar del mundo destinada a compartir su vida con nosotros, esperando encontrarnos o que la encontremos. Que lo mismo pasa con los hijos, que son ángeles del cielo esperando nacer aquí, en la Tierra, para completar el alma de unos padres que los quieren desde que conocen su existencia.

Me arrepiento cada día que pasa de no haber salido de aquel maldito trabajo corriendo, de haberme entretenido en ir a por mis cosas, ya que esa odiosa mujer llegó en el momento justo,

cuando necesitaba salir de allí para llegar junto a los míos, pero fue imposible.

Ahí descubrí que el secreto que había guardado bajo cientos de cadenas acabó saliendo a la luz y que él, el innumerable, creyó todas y cada una de las patrañas que se contó a la prensa, sin siquiera darme el beneficio de la duda, sin pararse a escucharme a mí. Menos mal que me quería... ¡Quién lo diría!

Me dejó, me despidió y me humilló delante de la mujer que finalmente consiguió lo que quería, separarnos.

—¡Julieta, hija! —Escucho a mi madre llamarme desde el salón, pero no tengo ganas de levantarme, así llevo tres meses— ¡Julieta, mi niña, ven corre!

Su tono de voz es una mezcla entre alegría y pena, por lo que no sé qué puede estar pasando. Me levanto de la cama dispuesta a salir de mi dormitorio, el lugar que durante todo este tiempo se ha convertido en mi refugio, en el castillo de mi reinado.

—¿Qué pasa? —pregunto al entrar en el salón.

—Siéntate, cariño. Ven —dijo dando golpecitos en el sofá para que viera la televisión con ella.

—Mamá... no quiero ver la tele —protesté, sentándome.

—Calla y escucha, hija. ¡Escucha!

Tras coger el mando de la televisión, mi madre sube el volumen y yo me decido a ver lo que sea que la tiene tan entusiasmada.

—Tres meses después de que saltara la noticia que implicaba a la señorita Julieta Molina en el caso abierto por la quiebra de la empresa fundada por Gabriel Ríos, de la que su socio, Arturo Núñez, se llevó cientos de miles de euros, el juez acaba de cerrarlo, declarando a la señorita Molina inocente de todos los cargos que se le imputaban. El señor Núñez había urdido un plan para incriminarla de todo, pero finalmente la justicia ha hablado y la verdad ha salido.

En shock, así me acababa de quedar. No podía ser cierto, varias semanas siendo asediada por la prensa, tanto, que salir a la calle a por una simple barra de pan era una yincana para evitar que me hicieran una foto y que me preguntaran por algo de lo que ni podía ni quería hablar.

Estos meses, encerrada en casa, de hecho, sin salir, porque no me veía ni con fuerzas ni con ánimo, en una espiral de autodestrucción donde la comida ha sido mi peor enemiga y las pastillas para la depresión mis aliadas a la hora de querer conciliar el sueño.

Tres meses llenos de dolor, de noches llorando y mañanas queriendo morir y dejarlo todo atrás. Días en los que he ido cogiendo peso, diez kilos que se dice pronto, con los que me veo fatal y por los que toda la ropa que tenía la tiré hace dos semanas, hecha jirones, en un arrebato de rabia.

Escucho que suena mi teléfono y voy a por él, cuando veo el nombre de mi abogado aflora a mis labios lo que es un amago de sonrisa, ya ni sé cómo se sonríe, un gesto que dejé de hacer desde aquel maldito día.

—Buenas tardes, Germán.

—¡Buenas tardes, preciosa! —responde, feliz, el letrado de cincuenta años que aceptó llevar mi caso cuando me presenté mucho tiempo atrás en su despacho— Inocente, Julieta, ¡inocente!

—Lo sé, acabo de ver las noticias...

—No sabes cuánto me alegro de que al fin te vayan a dejar tranquila, preciosa. De verdad espero que, a partir de ahora, todo te vaya muy bien.

—Muchas gracias por todo, Germán. Ya nos veremos.

Cuelgo y voy de camino al salón cuando me suena de nuevo el móvil. Esta vez es Estíbaliz

que ni tiempo me da para que la salud.

—¡Felicidades, Julieta! ¡Ay que sabía yo que salías bien de esta! ¡Tenemos que ir a celebrarlo! —gritaba más contenta que unas castañuelas.

Celebrarlo, sí, eso sonaba bien, pero no me apetecía, a pesar de ser el momento más feliz de mi vida después de tantos días de sufrimiento, lo que menos quería era salir de casa. No lo había hecho en meses y no iba a empezar a hacerlo ahora.

—Estíbaliz, de verdad que... —Pero ella no me deja terminar.

—¡No! ¡Me niego a que me digas que no vas a salir! ¿Eres consciente de que hay vida más allá de tu puñetero dormitorio?

—Sí, lo sé, pero no quiero salir y, ¡tenéis que respetar mis decisiones! —grité, sin poder evitarlo.

—Y las respetamos, pero queremos que vuelvas a salir y que te dé el sol, que pareces ya un vampiro de estar tanto tiempo encerrada en casa. Julieta, todos nos preocupamos por ti, ¿por qué no quieres celebrarlo? Solo iremos tú y yo, de verdad.

—No tengo nada que ponerme —dije lo primero que se me vino a la cabeza, a ver si me dejaba tranquila.

—Eso no es problema, yo te llevo un buen modelito.

—Tengo el pelo hecho un asco —segundo intento.

—Pequeñeces, habría sido una estilista maravillosa —respondió y como sabía que no se iba a dar por vencida, acabé claudicando.

—Está bien, pero no quiero estar mucho tiempo fuera.

—Eso ya lo veremos. Voy de compras ¡Chaito! —gritó antes de colgar.

Estíbaliz, esa niña risueña y tan alocada como yo, ha estado desde el primer momento conmigo, desde que estalló la bomba que venía con temporizador y sin fecha ni hora concreta para hacerlo.

Solo le pedí una cosa, que no mencionara a su hermano ni una sola vez, no quería saber nada de él, dejó de importarme en el mismo momento en que me dijo lleno de odio, y con sus ojos clavados en los míos, que lo nuestro se había terminado.

Ha sido una más de la casa, pasando tardes de sábado viendo viejas películas con mi madre y conmigo. Incluso se alió con Marina y los trillizos y, cuando ellos cuatro venían a visitarnos, ella se plantaba aquí cinco minutos después.

Mis niños, cuánto los quiero. Ver sus caritas en días que no tenía ganas de nada, era lo que me hacía levantarme de la cama. No quería que me vieran hecha un guiñapo, porque así me sentía.

Marina se ha preocupado mucho por mí en este tiempo y eso que ella tenía lo suyo también, que después del accidente de Álvaro, la rehabilitación para recuperar bien la movilidad de su pierna tras la operación fue dura e intensa. Se mudó a vivir con él y los niños para ayudarlo en todo cuanto necesitara y algo bueno salió de ahí, pues al final el roce hace el cariño. Ahora están juntos y los niños encantados de que su tía se haya convertido en su mamá.

—¿Quién te ha llamado, hija? —pregunta mi madre al verme entrar en el salón.

—Germán, el abogado, para darme la noticia y luego Estíbaliz, que se ha empeñado en que salga con ella esta noche. Le he dicho que sí, pero al final voy a llamarla, no me apetece mamá.

—Cariño, llevas mucho tiempo aquí encerrada y eso no es bueno, ya lo sabes. Te lo dije hace tiempo y te lo repito de nuevo. La vida sigue, mi niña, tu padre siempre estará aquí —dijo llevando su mano a mi corazón—, contigo, igual que conmigo y con tu hermana. Eres joven y

me mata verte así, sin tu alegría, sin tus locuras. ¿Dónde está la Julieta que le preparó a su jefe un café con leche de soja y sal el primer día de trabajo? O, ya puestos, la que gritó como Pedro Picapiedra cuando vino de un viaje de ensueño.

—Mamá... —Se me ha formado un nudo en la garganta que me cuesta tragar y para colmo, las lágrimas amenazan con salir como el agua de una presa.

—Julieta, sé que no estás así solo por lo de tu padre, ni por lo que te han hecho pasar esos carroñeros de las noticias. Es por él, por Lorenzo —intenté hablar para regañarla por decir su nombre, pero me corta—. Ni se te ocurra volver a decirme que no quieres oír ese nombre nunca más. Ese hombre existió en tu vida y sigue existiendo. No le has olvidado y no me digas lo contrario porque soy tu madre y te conozco Julieta, soy vieja pero no tonta.

—No eres vieja —interrumpí.

—Sí, lo soy, nada queda de aquella muchacha que se enamoró y luchó con uñas y dientes por el hombre al que amaba. Tú eres como yo, cariño. Una mujer descarada, alocada y luchadora. Siempre dices que tu hermana es mi ojito derecho, como tú lo eras de tu padre, pero Susy tiene el carácter que tenía él, calmada y siempre procurando encontrar una solución para todo. Nosotras no, mi niña, nosotras somos guerreras. Te has dejado morir en vida, cariño y me duele en el alma ver en lo que te has convertido. Tú no eras así, no eres así. Sal, vive de nuevo la vida, que solo tenemos una y esta se nos va cuando menos lo esperamos. Tu padre no querría verte así, y lo sabes.

Tiene razón, mi padre no me habría dejado quedarme en la cama todo el día compadeciéndome de mí misma, ni siquiera permitiría que me encerrara en casa como si fuera una vulgar delincuente. Él mismo me habría sacado de casa a rastras, aunque hubiera sido en pijama sin importarle que pasara vergüenza por mi aspecto. Le echo tanto de menos...

—Está bien, mamá. Lo haré por él, y por ti —dije abrazándola.

—Y por ti misma, cariño, sobre todo, por ti.

Aún era pronto para esperar a Estíbaliz, pero me di una ducha y me quité el pijama, el modelo oficial de estar por casa que me acompaña en estos tiempos.

Miro en el armario, prácticamente vacío después de deshacerme de lo que ya no me valía, pero mis ojos van a ese vestido que utilicé en Viena, aquella noche que acabó con Lorenzo llevándome a su cama, rodeados de velas y donde me hizo suya.

Lo conservo porque tal vez mi subconsciente crea que volveré a recuperar esa figura, pero a día de hoy es más que imposible.

Estoy terminando de ponerme la camiseta cuando suena el timbre, salgo para recibir a Estíbaliz y ahí está, la niña más cariñosa que he conocido en mi vida.

—Pero, ¡qué guapa estás vestida de persona! —grita haciéndome sonreír.

Sí, sonreír, yo, la muerta viviente de Julieta, con ese gesto que había perdido. Miro a mi madre y la veo regalarme una amplia sonrisa que le llega a los ojos, esos que se le están empezando a humedecer y que se apresura en secar.

—Siempre he vestido como una persona, Estíbaliz —me defiendo.

—Sí, sí, pero en pijama. Que estaba ya de verte con esos modelitos...

—¿Quieres un zumo, Estíbaliz? —pregunta mi madre.

—Sí, de esos ricos que haces tú, Esperanza —responde dándole un abrazo—. Venga, a tu dormitorio que tenemos que ponerte más guapa, si es que eso es posible, porque eres un jodido bellezón. Un pibón, ¡qué coño!

Al escucharla, mi madre empieza a reírse con ganas y es que Estíbaliz ha sido la alegría de

esta casa cada vez que ha venido. Mi madre la adora, a pesar de querer despellejar a su hermano, como le dijo en una ocasión.

“Y yo te ayudaría, Esperanza, si no fuera porque lleva mi sangre y le quiero, al muy puñetero.” Le respondió Estíbaliz esa tarde.

Ya a solas con Estíbaliz en mi dormitorio, enciende el equipo de música y suena esa canción que llevo meses escuchando una y otra vez. La dulce voz de Selena Gómez expresa en su tema *The heart wants what it wants* perfectamente lo que me ocurrió con él.

Son muchas las razones por las que debería renunciar a él, pero el corazón quiere lo que quiere y cada segundo que pasa es una tortura, como canta ella, porque he intentado olvidarle, juro que sí, pero ha sido imposible. El recuerdo de nuestro viaje, los días que pasamos aquí al regresar, todo está grabado a fuego, pero no, en esa ocasión no había un final feliz.

Y lo odio, lo odio con todas mis fuerzas por lo que hizo, no crearme, y dejarme sola cuando más necesité de su apoyo. Dejarme de aquel modo el día que murió mi padre. Porque lo supo, sé por Estíbaliz que Víctor lo llamó ese mismo día para contárselo y, aun así, no vino a verme, no me buscó. Se había acabado de verdad, lo nuestro no había sido más que un sueño que comenzó en Viena y del que desperté en la sala de urgencias del hospital.

—Julieta, mi her...

—No, Estíbaliz, por favor. No hemos hablado de él en este tiempo y no quiero hacerlo ahora —le dije antes de que acabara la frase.

—Vale... —responde resignada.

Han pasado tres meses desde entonces y no puedo perdonarlo, no me veo con fuerzas para hacerlo. El dolor sigue ahí, como si hubiese sido ayer cuando ocurrió todo.

Me ofreció su mano una vez para ir juntos y me la quitó de repente, sin pensar en el daño que me hacía, comparándome con el resto de mujeres que habían pasado por su vida y con la peor de todas ellas, con Abril.

¿Cómo pudo atreverse siquiera a hacerlo? ¿A pensar qué yo soy como ella? ¿Que sería capaz de engañarle con las peores estratagemas para conseguir algo que nunca me interesó?

La vida para mí durante estos meses ha sido muy dura, la pérdida de mi padre marcó un antes y un después en esta casa. De estar llena de alegría, de escuchar su voz cuando cantaba (o eso decía él), las canciones que sonaban en la radio de cuando era joven y que tantas veces escuchó con la mujer de su vida.

Yo quería eso con Lorenzo, una historia de amor bonita, donde no importa nada más que las dos personas que forman la pareja, donde el amor es el nexo de unión entre dos almas que se encuentran en el momento indicado, cruzándose en el camino de la vida.

Porque cuando amas a alguien, das todo cuanto tienes sin esperar nada a cambio.

Como dijo Paulo Coelho, “Amor es solo una palabra. Hasta que alguien llega para darle sentido”.

Y en mi vida, esa persona fue él.

Ahora es el momento de mi resurgir, como el Ave Fénix de sus cenizas, salir de este pozo en el que yo misma me he metido, como le he prometido a mi madre.

Las noticias al fin jugaban a mi favor, la balanza se había inclinado hacia mi lado y ya no tenía nada que temer.

Estaba lista, tenía que estarlo para enfrentarme de nuevo al mundo si quería recuperar mi vida tal y como era antes de que todo aquello pasara, antes de que un hombre manchara mi nombre y arruinara mi vida de la peor manera. Antes de la aparición de Lorenzo Andrade.

La verdad de Julieta por fin había salido a la luz y con ella, tal como dije aquella fatídica mañana, se ha podido limpiar mi nombre, Por mi madre, por la memoria de mi padre, por todos aquellos que me han apoyado desde entonces y, sobre todo, por mí misma.

Julieta Molina resurge de sus propias cenizas...

Capítulo 2: Lorenzo



Esa mañana tenía una sensación extraña, me había levantado más triste de lo normal y me dolía el estómago.

Me disponía a tomar el primer café del día que me había traído Sergio al despacho.

Salió por la puerta y justo antes de cerrar apareció mi hermana con cara de querer matarme, con los morros hacia fuera, plantándose delante de mí sin sentarse y lanzándome un periódico al pecho.

Miré la primera página y en el titular principal bien grande...

“El juez Ricardo Simón saca del caso a Julieta Molina y la descarta de su imputación, dejando claro que es totalmente inocente”.

Los vellos se me pusieron de punta y no me dio tiempo a leer más, cuando mi hermana me soltó lo más grande.

—Fuiste un miserable por no creerla y echarla de esa manera. No vas a poder dormir tranquilo en tu vida —su mirada era de rabia. Se fue sin decir adiós y dando un portazo como los que daba Julieta.

Sentí un mazazo en el pecho. ¿Qué hice? Los ojos se me humedecieron y casi no me dejaban ni ver, pero leí claramente que le habían tendido una trampa para que se comiera el marrón, así de claro.

Y yo, yo dudé de ella, la traté como a una mierda, a la mujer que me dijo que pasaría toda su vida a mi lado, a la que debí de haber protegido y creído en todo momento.

A la mujer que le pedí que volviera de Austria conmigo de la mano...

Tres putos meses en los que no había conseguido sacarla de mi cabeza ni un solo momento de cada día. ¿Cómo la pude cagar de esa manera? ¿Cómo pude ser tan cruel y no darle el beneficio de la duda? No me lo iba a perdonar jamás. Como me ha dicho mi hermana, no volveré a dormir tranquilo en mi vida.

Todo el amor que sentíamos lo tiré en cinco minutos por la borda y lo peor de todo, en el momento que más me necesitaba, el día que perdió a su padre...

¡Gilipollas! Eso es lo que era, un gilipollas de primera con menos cabeza que un niño de cinco años, con una frialdad inoportuna que saqué de no sé dónde. ¿Cómo pude hacerle eso?

Se fue sin nada, todo me lo tiró a la cara, todo me lo devolvió, no quiso nada de mí, no era una aprovechada, ni una zorra como la llamé ese día, calentado en parte por Abril.

¿Y ahora qué podía hacer después de tan deleznable acto por mi parte? Ni siquiera podía felicitarla por salir de esa tortura mental en la que se vio envuelta y sin el apoyo de la persona que le debería de haber cogido la mano y transmitido que todo iba a salir bien. ¡Fui un canalla! Me maldecía una y mil veces.

Salí del despacho y cogí mi coche, no tenía cabeza para trabajar, no la había tenido en los tres meses anteriores, pero intentaba sacar fuerzas para hacerlo de donde podía, pero hoy no, hoy mi cabeza estaba en otro lado, en uno muy feo, en un sentimiento de esos que te hacen sentir sucio, muy sucio.

Puse de fondo a Eros Ramazzotti, me apetecía llorar un niño mientras conducía sin rumbo, me daba igual, solo quería estar solo, en mi mundo, con ese dolor punzante que me estaba arrancando las entrañas, dolía mucho, era la mujer que más me había amado en la vida y yo el hombre que más daño le había causado a la suya.

En esos tres meses había pensado mucho en esa posibilidad, que quizá era inocente, pero la quitaba de mi cabeza como un muro de protección para sentir que yo había hecho lo correcto, había que ser estúpido y mala persona como yo lo había sido, para encima disculparme con mi acción.

Tenía tanta rabia que la quería echar fuera de alguna manera, paré el coche a un lado de un descampado y comencé a gritar como un loco, hasta me dolía la garganta, lloraba con rabia y odio hacia mí. ¿Hay algo peor que sentir odio por uno mismo? Nadie se puede imaginar cuál es esa sensación, es lo más deplorable que puede sentir una persona.

Estuve un rato allí hasta que no pude más y me metí en el coche sin arrancarlo a seguir llorando, gritando y dando golpes a todas partes, estaba como loco.

Me hice daño en la mano, mucho daño, comenzó a hincharse el dedo meñique y el dolor era insoportable, como el que sentía en mi corazón.

Intenté relajarme, me daba miedo a mí mismo de toda la rabia que estaba echando sin control y no quería llegar a más, de lo contrario, iba a cometer una locura.

Volví a conducir mientras inspiraba, respiraba y resoplaba, me quedaba sin aire y todo lo que nadie se podía imaginar.

Al final a los dos nos había ido bien en lo referente a los juicios. Ella, inocente de los cargos que le habían imputado, y yo, con unas pruebas de paternidad negativas.

Vamos, que la mujer que decía que tenía un hijo mío, me la quería colar tal como yo imaginaba. Tantas veces se negó a hacer pasar a su hijo por un laboratorio y que le cogieran una muestra de ADN que confirmara o desmintiera si era hijo mío, que mi abogado acabó amenazándola: o aceptaba hacerlas o le quitaba al niño y lo criaba yo, como su padre que, según ella, era.

Las hizo y cuando obtuve el resultado de incompatibilidad con ese pobre niño, desapareció de mi vida para siempre.

Y al fin empecé a respirar tranquilo.

El teléfono sonó en el coche y le di a recibir la llamada, era de Víctor.

—¿Dónde estás, hermano? —Parecía que me conocía mejor que yo mismo, sabía que en ese momento estaba mal.

—Dando vueltas con el coche —mi tono era de desesperación.

—Vete para la playa, al bar de la Latina.

—No tengo ganas de nada...

—¡Ve! —exclamó exigiendo.

—Está bien, voy de camino.

—¿Diez minutos?

—De acuerdo...

Víctor lo había pasado muy mal con el tema de la chica con la que estuvo liado, al final la

dejó, se sinceró con Susy a la que le contó la verdad y esta lo dejó, pero dos semanas después volvieron.

Susy lo quería mucho y él a ella, pero la había cagado y le había hecho demasiado daño, aunque era tal el amor que sentía por Víctor, que cuando este, día tras día hizo por recuperarla, no dudó ni un momento en tomar la decisión de regresar, eso sí, ahora lo tenía más controlado que un cangrejo en un cubo.

Víctor me había dicho mil veces durante este tiempo que él, sí creía a Julieta y que era inocente. ¡La de veces que me lo advirtió! Y yo, como buen tonto lo mandaba a callar, no quería escuchar nada de eso a pesar de que me moría por esa mujer.

Llegué a la Latina y ahí estaba en la barra, apoyado con una copa de vino, pronto íbamos a empezar y como yo bebiera hoy, no terminaba hasta acabar en coma.

Nos dimos un abrazo de esos donde sentía que me transmitía todo el apoyo del mundo, no me iba a echar en cara nada como lo hizo mi hermana a la que no podía juzgar pues tenía toda la razón del mundo, absolutamente toda.

—Tengo algo que proponerte... —me dijo cuando yo me había desahogado y lloriqueado allí sin importar dónde estábamos.

—Dime...

—Necesito que metas a trabajar en la revista a Julieta, ella no sabe que es tuya ni que la compraste, pero me gustaría que lo hicieras por ella, yo le diré que le he conseguido una entrevista y, por favor, hazlo, tiene que salir de ese encierro, está con una depresión de caballo y no deja de llorar, no para de comer, está en su mundo.

—Hazlo, ¡pero hazlo ya!, llámala y le dices que mañana tiene una entrevista, le daré un buen puesto con despacho y solo trabajará por las mañanas, con buen horario y un salario bastante importante. Me hará bien saber que está mejor trabajando.

—Luego la llamaré, gracias, hermano.

—Gracias a ti —le apreté el hombro en señal de agradecimiento.

Me estuvo contando que la cosa con Susy iba a mejor, que, aunque había muchos momentos en los que a ella se le veía muy afectada por lo que pasó, y que era normal que le produjera daño, al menos intentaba luchar por ese amor que sentían los dos y ponía de su parte.

Susy estaba de guardia ese día en el hospital así que comimos juntos en ese bar en la playa, aunque yo tenía un pellizco en el estómago que me lo hacía tener cerrado.

No comí apenas, pero beber comencé a beber como un cosaco, necesitaba emborracharme, tenía una presión en el pecho increíble.

Me hacía feliz que al menos pudiera contribuir a que ella tuviera un trabajo, quería que tuviera lo mejor, no iba a poder compensar el daño que le había hecho, pero al menos...

—Te juro que no sé cómo voy a ser capaz de seguir adelante.

—Lorenzo, no digas eso, el tiempo será el que lo pondrá todo en orden.

—¿Orden? Mi vida ya no me la pone en orden ni un batallón militar.

—¡Anda ya! —Me dio un abrazo y besó mi cabeza. Era como un hermano que siempre estaba ahí para lo bueno y lo malo.

—Si pudiera abrazarla un momento, sentiría todo lo que mis labios no podrían decir.

—Bueno, abrazar no creo que te abrazara, para qué mentirnos, pero bueno, quién sabe si con el tiempo quizás podáis al menos volveros a hablar.

—Ni abrazar, ni hablar. No me va a querer ver en toda su vida.

—Eso nunca se sabe, es cierto que ahora mismo no quiere ni que se te nombre.

—Lo sé y, sobre todo, lo entiendo ¡Qué idiota fui!

—No te martirices más.

—Martirio el que tuvo que vivir ella —negué resoplando, el agobio era incesante.

—Lo pasó muy mal, cogió mucho peso, ahora a ver si con el trabajo, la ayudamos a que vuelva a perderlos y que se vuelva a ver como antes.

—Firmaría por tenerla gordita toda la vida a mi lado —hice reír a Lorenzo.

—Eso lo sé yo.

—Julieta vale millones, con kilos o sin ellos, a mí el cuerpo me da igual, es su esencia la que me enamoró.

—Te entiendo...

—No seas mentiroso, no me entiendes, tú eres entrenador personal y te matas porque todo Dios luzca un buen cuerpazo —reí a pesar de estar muriéndome de pena.

—Ya, pero te entiendo —apretó mi hombro en una muestra de cariño.

Víctor anuló las dos sesiones que tenía esa tarde, las cambió al día siguiente y todo por estar a mi lado, además, su chica estaba de guardia y así estaba más despreocupado.

Llegó un momento que comenzamos con los *Gin Tonics* y ya parecía que estaban haciéndonos estragos, al menos a mí, que solo me faltaba llorar mientras gritaba a los cuatro vientos que amaba a Julieta con todas mis fuerzas. Bueno, en realidad se lo decía a mi amigo, pero tan alto e intenso estaba mi tono de voz, que todo el que pasaba por delante de la barra donde seguíamos apoyados, podía escuchar mis sentimientos, esos que eran una verdad como un templo.

Llegó la cena y ahí estábamos, total, era finales de verano, ese que pensaba que iba a pasar con ella viajando por el mundo, hablando de nosotros y de los sueños que teníamos. ¿Aún estaba a tiempo?

No, debía ser el alcohol, pero se me estaba ocurriendo una serie de cosas que... ¡Tenía que hablar con el director de la revista!

Se me acaba de ocurrir algo perfecto, además la quería en ese departamento en el que... ¡Diez puntos para mí!

Víctor pasaba la mano por delante de mi cara como diciéndome que estaba ahí, lo podía ver a pesar de tener la mirada perdida en ese pensamiento tan bueno que acababa de tener. Era un riesgo, me podía caer la de Dios por parte de Julieta, pero, ¿qué más daba ya arriesgar el todo por el todo, cuando ya lo tenía perdido? Pues nada, solo rezaba para no se me olvidara la genial ideal al día siguiente temprano, lo primero por la llamada que tenía que hacer y lo segundo, por preparar esa especie de trampa para toparme con ella, cara a cara.

Lo bueno es que la revista la compré a nombre de una sociedad y que la cara de la revista era el director, nadie sabía que era mía y Julieta no iba a sospechar ni lo más mínimo, así que esa primera fase estaba totalmente encajada, ahora faltaba preparar la segunda y esa sí que me tenía que salir bordada.

—¿Me vas a hacer caso?

—Sí —lo miré aún con la mente perdida—. Necesito ir un momento al baño —cogí el móvil de la barra y me fui.

En el cuarto de baño comencé a grabarme a mí mismo un audio de voz que me tenía que sonar como alarma al día siguiente a las nueve para poder recordarlo todo.

Y es que ya me conocía cuando bebía, ya me había pasado varias veces de no acordarme de nada al día siguiente y eso ahora no me lo podía permitir, era un todo o nada y tenía la trama

perfecta.

Salí sonriente y Víctor me miró sin entender nada, pero sabía que algo pasaba.

—Dicen que la esperanza es lo último que se pierde y yo también lo creo, aún me queda una carta —empecé a tocar con las manos en la barra como si fuera un tambor y le pedí al camarero que rellenara las copas.

—¿De qué carta me hablas, hermano?

—No lo puedo decir, eso solo lo sabemos mi móvil y yo —me saqué el teléfono del bolsillo y lo volví a guardar—. Quizás un día te lo cuente —puse mis manos en su cuello, lo miré emocionado y besé su frente.

—¡Quita!, que cuando empiezas con los cariñitos... —reía.

—Estoy emocionado, hermano, cuando me vienen las ideas, me vienen y este es el último clavo al que aferrarme, aunque esté hirviendo.

—¿Quieres dejar de jugar al misterio? Me estás poniendo nervioso y, ¿qué es eso de guardarme un secreto? Creo que en la vida te he fallado, jamás.

—Te lo voy a contar... Tú lo has querido —lo señalé y cogí la copa para darle un trago—. Mañana la van a contratar para el *marketing* de la publicidad de los hoteles en lugares de ensueño y su despacho será como ella soñaba, con su ordenador *Apple*, su *iPhone*, *iPad* y todo lo que me tiró, pero nuevo, claro. Todo de ensueño, además le dirán que tendrá horario de cinco horas y el resto por *email*.

—Joder, y no le pagaran mil euros, ¿no? Porque sí es así, el que me iré a ese puesto soy yo.

—Calla, claro que no cobrará mil, serán dos mil.

—¡Ay mi madre!, eso no es un trabajo, eso es la lotería.

—Eso sí, le dirán que tendrá que visitar lugares para traer su propio artículo, todo por cuenta del hotel y que ahora tiene que ir en una semana a hacer un artículo desde su propia experiencia a las Islas *Seychelles*.

—Te estoy viendo venir...

—Dirás que me estarás viendo ir, pues ahí estaré yo haciéndome el sorprendido —le hice un guiño y di otro trago.

—¡Joder tío! —Se puso la mano en la frente— Eso es una encerrona.

—Efectivamente.

—Pero bueno, una encerrona en el paraíso. ¡Ya me la podrían hacer a mí!

—El primer día puede que me rechace, el segundo, el tercero quizás tome un café conmigo o un cóctel...

—Eres el puto amo, todo un *crack*, cuenta con que te pueda soltar una hostia, pero bueno, la aguantas como un campeón —me dio dos golpes en el brazo.

—Por ella, aguanto hasta que se me partan las dos piernas —me eché a reír.

—Joder, así que va a tener un trabajo de lujo con unas vacaciones pagadas a cuerpo de reina. ¡Qué desgraciado soy! —exclamó negando y mirando al cielo.

—Solamente te digo que voy de nuevo al baño.

Cogí el móvil y me puse a grabar de nuevo las ideas, cómo prepararía aquello, qué cosas haría y de nuevo, una luz, otra cosa más con la que la iba a sorprenderla, además de acorralarla, pero todo por conseguir que volviera a hablar conmigo. Estaba dispuesto a pedirle perdón todos los días de mi vida.

Salí de nuevo con otra sonrisa y Víctor me dijo que no quería saber más, que no le contara nada más, que ya estaba bien de sentirse que no estaba en el lugar correcto y que se iba a ligar a

mi hermana a ver si pillaba cacho. Obvio que lo decía bromeando.

El alcohol, por muy malo que fuera, ese día me estaba haciendo bien, estaba lleno de ideas y coraje para luchar por la mujer que no merecía un tipo como yo a su lado por lo mal que me porté con ella, pero algo tenía claro, ahora pasara lo que pasara, sería a la mujer que más protegería del mundo.

Tuve que dejar el coche en el lugar y cogimos un taxi, que primero lo llevo a su casa, donde nos despedimos quedando en hablar y luego me dejó en la mía, que no sé cuánto tiempo tardé en meter la llave en la cerradura, una eternidad.

Sabía que al día siguiente tenía que actuar rápido, hacer todo lo que había pensado y comenzar a ir escalando en el plan para ir ganándomela poco a poco. Solo esperaba que no habitara mucho odio en ella hacia mí, tan solo eso, de lo contrario me moriría de pena, aunque me lo tenía merecido y lo que menos tendría de mí sería un buen concepto, pero solo pedía que no me odiara con todas sus fuerzas.

Me metí en la ducha, volvió a darme el bajón, a llorar con una rabia y un dolor infinito, de esos que te desgarran entero, así estaba de nuevo, me daba mucho miedo que todo mi plan no funcionara.

Sabía que era egoísta que esto lo debí de luchar a su lado, pero fui un cobarde, un tonto, un ser despreciable, pero todos tenemos derecho a una oportunidad y más cuando se hacen las cosas de corazón y yo en ese momento lo estaba haciendo.

Me metí en las redes, algo que no había hecho desde hacía tiempo y vi su perfil desde otro que yo tenía escondido, el mío de verdad me lo tenía bloqueado.

No subía fotos, solo carteles de reflexiones, pero me puse a ver las antiguas, necesitaba ver su carita, su sonrisa y sus gestos haciendo la payasa, como a ella le gustaba.

Me acosté mirando todo su muro, necesitaba leer cada mensaje, cada cartel, cada comentario, todo para descubrir un poco más de cómo había estado ella, pero se veía que todo había ido por el mismo camino estos tres meses, reflexiones acerca de que la verdad, aunque tarde, llega y que las injusticias se pagan.

Me dolía ver todo aquello, me devoraba la pena, qué impotencia sentía al ver cómo lo había pasado todo este tiempo. ¡Maldita sea! No pude ser más canalla...

Capítulo 3: Lorenzo



Ahí estaba en el avión con los nervios a flor de piel, cinco días después de que ella se hubiese incorporado a su nuevo puesto de trabajo, después de que yo contratara a una persona para que le diera un tirón del bolso y hacerme el héroe que pasaba por allí, como también cuando se le pinchó la rueda y yo la estaba siguiendo sin que me viera, aparecí para ayudarla, pero me mandó a la mierda directamente.

Estaba nervioso, juro que parecía que me iba a desmayar solo con saber que la iba a tener en esa isla durante siete días, en el mismo alojamiento y único que había allí, con un montón de ideas para conseguir que al menos me escuchara.

Sabía que me lo iba a poner difícil, que no me querría ni ver, que me iba a montar algún numerito, pero a mí me daba igual, solo quería tener la oportunidad de convencerla de que me equivoqué y que estaba de lo más arrepentido.

La isla era de una de las que patrocinaba mi revista así que el trato que me iban a dar era inmejorable, al igual que a ella, aunque allí sabían que no se podían dirigir a mí por eso, sino por el patrocinio que también tenían en mi página de red social.

Me puse los cascos mientras cenaba un menú, que la verdad estaba bastante bien, de todas formas, en primera clase siempre ponían las comidas de una gran calidad.

El vuelo era nocturno y aterrizaríamos en la isla por la mañana.

Escuchaba en ese momento temas de bandas sonoras de películas que tenía descargado en el móvil, me resultaban muy relajantes y en ese momento necesitaba un poco de esa calma que era imposible de lograr de ninguna de las maneras.

Comencé a ver fotos del viaje a Austria en el móvil, me salía una sonrisa de dolor con cada una de ellas, era muy fuerte esa sensación de haber tocado el sol con las manos y de repente que todo se hubiese esfumado, estaba claro que, por mi culpa, toda mía.

Me había tomado una pastilla que me aseguraron que me haría efecto para dormir y, ¡vaya!, cuando me quise dar cuenta después de comer y con esa música de fondo caí en un sueño profundo que me llevó a levantarme justo dos horas antes de la llegada a destino.

La azafata era de lo más simpática, tal como me vio levantarme me trajo una carta para que comiera algo, así que me pedí un café, unas tostadas y un zumo de naranja, me apetecía un desayuno, nada más que eso.

En unas horas Julieta comenzaría este mismo viaje, llegaría al día siguiente a mi llegada, así me daría tiempo a organizar todo, que no iba a ser poco, menos mal que tuve luces y unas ideas geniales, al menos me lo parecían. Veríamos qué tal le parecerían a ella...

Tras el desayuno me puse a revisar *e-mails*, lo bueno es que el avión llevaba *wifi* y eso me hizo distraerme la última parte del trayecto que, por norma general era la que se hacía más pesada, así que, casi sin darme cuenta avisaron que comenzábamos el descenso y en quince

minutos aterrizaríamos en destino.

La llegada fue un visto y no visto, un carrito me llevó hasta fuera donde ya me esperaban con las maletas y un policía que selló mi pasaporte, era un privilegio después de un viaje tan largo.

Nos cambiamos hacia un helipuerto donde un helicóptero me llevó hasta la isla. Desde arriba era alucinante ver todas esas islas que conformaban aquel paraíso, una maravilla de la naturaleza en medio de uno de los lugares más bellos del mundo.

El recibimiento por parte del personal del hotel, ni que decir tiene que fue como un espectáculo, coctel y carro incluido que me llevó hasta una de las cabañas en primera línea de playa que había en aquella isla.

No tardaron en traermi un desayuno, ya que mi llegada fue por la mañana, así que nada, otro desayuno para el cuerpo con esas aguas cristalinas maravillando mi vista.

Julieta iba a alucinar con este lugar que era toda una estampa que no puedes dejar de admirar, además, la paz que se respiraba allí era algo que no tenía precio.

El café me sorprendió ya que era de la marca “Nespresso”, eso era la guinda del pastel y encima había una cafetera con una canasta de capsulas en la habitación, ¿se podía ser más afortunado para un amante del café como yo?

Tras el desayuno deshice el equipaje y salí a darme un chapuzón al mar que me llamaba a gritos, desde ahí observé la cabaña junto a la mía, esa que estaban limpiando y preparando para el nuevo huésped, Julieta.

El agua estaba perfecta, me podía ver los dedos de los pies y el paisaje era de película con esas piedras gigantes que adornaban todos los rincones que se divisaban desde ahí dentro, la típica imagen de las *Seychelles*.

Volví a la cabaña donde me dispuse a descansar un rato y es que, aunque había dormido en el avión, mi cuerpo estaba agotado después de un largo viaje y no había nada mejor que tirarse en esa cama que tenía pinta de ser de lo más cómoda del mundo.

Dormí hasta las dos de la tarde, hora local, con un hambre que era capaz de comer cualquier cosa que me pusieran, el estómago me crujía y sentía un vacío impresionante.

Pedí que me trajeran la comida a la cabaña, tenía una pequeña terraza en la misma arena y a dos pasos comenzaba la orilla del mar. ¿Había mejor lugar ahora mismo para comer que sobre esa cómoda mesa con unos sillones anchos de madera y con cojines de lo más cómodos? Pues no, así que ahí pensaba disfrutar de esa langosta y ensalada que no tardaron en traermi con una botella de vino francés, solo me faltaba Julieta y sería el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Mientras comía escuchaba el ruido de la naturaleza, esa que hablaba a través de las aves, del mar y de todo lo que rodeaba aquel idílico paisaje. El lugar era todo mar y jungla, como el resto de las islas que componen las *Seychelles*, una pasada.

La isla tenía algunos rincones que se formaban como calas privadas, esta era una de ellas en la que solo estaba la cabaña en la que se alojaría Julieta y la mía. Qué suerte, ¿no?

Esa isla era muy especial, estaba dividida de forma que una parte de ella era todo el alojamiento y la otra parte era donde vivían los cientos de trabajadores e incluso había bares, tiendas y una avenida donde podías vivir la verdadera esencia de los lugareños.

El sabor de la langosta era espectacular, además de que la presentación era exquisita, la salsa que le habían echado por encima a modo salpicón, la hacía de lo más deliciosa.

Me sentía con ese dolor que habitaba en mí durante estos meses, más fuerte aún durante los últimos días, pero, sin embargo, algo me hacía sentir emoción, esa de saber que la iba a tener

aquí, durante unos días.

Le mandé una foto a mi hermana y no me contestó, desde el día que me estampó el periódico en el pecho no me había vuelto a hablar, pero yo le seguía mandando mensajes de buenos días y buenas noches, en ellos le recordaba cuánto la quería.

Uno de los días que se lo dije después de lo del periódico, me respondió que para querer como yo quiero y dejar tirada a las personas cuando más lo necesitaban, mejor no la quisiera. En el fondo me gustaba que defendiera a Julieta de esa manera, me alegraba saber que alguien había sacado las uñas por ella como yo no tuve la valentía de hacer.

Entré a la cabaña y me preparé un café de esas capsulas que tanto me gustaba y encima había la de *Ristretto*, esa ya era como la magistral de los cafés.

Volví a salir y me senté en la orilla, había una hamaca ahí y fue el lugar perfecto mientras saboreaba un cigarrillo, no había fumado uno en semanas y ese momento lo requería.

Contaba las horas, los minutos y los segundos para hacer ese casual encuentro con Julieta, madre mía lo que me podía esperar y no era para menos, seguro que me iba a decir de todo menos bonito.

Me di un baño, ahí en la más absoluta soledad, mirando alrededor mientras la música llegaba a través del altavoz portátil que había llevado y estaba conectado a mi móvil.

En ese momento sonaba la canción de “Latino” del cantante Francisco.

“*Latino, tengo el calor de una copa de vino...*”

Cantaba ahí como si estuviera haciéndolo para ella, como si me mirara desde la orilla, hasta me metí en el papel, la bailaba de forma lenta y sincronizada.

Salí hacia la cabaña y me serví un *Gin Tonic*, en ella no faltaba de nada y no tenía ganas de ir a meterme en los bares y zonas comunes del *resort*, quería estar solo, disfrutar ese día, para algo tenía uno de los mejores rincones de aquel lugar.

La música no dejaba de sonar, un repaso a otra época, de esas que dejaron esencia para muchas otras, como Nino Bravo, Camilo Sesto, Julio Iglesias que sonaba su “*¡Hey!*” en esos momentos.

Imaginad una selva verde y densa, aguas cristalinas, unas piedras negras gigantes a un lado de la arena fina y blanca, hamacas en el mar. ¿Eso no sumaría para un buen humor de Julieta al verme?

Estaba en medio del archipiélago Índico, entre arrecifes, reservas naturales, tortugas gigantes y escuchando a Julio mientras me tomaba la copa en el agua, que me cubría hasta las caderas, imaginaba que tenía frente a mí a Julieta sonriéndome, con ese rubor en sus mejillas, mientras yo le cantaba y movía mi cuerpo con sutileza para ella y le hacía un guiño.

Así pasé la tarde, en remojo literalmente, hasta la hamaca donde me eché un rato estaba sobre el mar, por cierto, era una pasada eso de las hamacas colgantes sobre el agua...

Solicité la cena para que me la trajeran, una ensalada tropical y un pescado a la plancha.

Sabía que ella ya estaría en el aeropuerto para coger su vuelo, era por la noche como el mío, así que por la mañana aterrizaría aquí.

Disfruté de una buena cena, un buen vino y los nervios por lo que estaba por llegar, ahora el bipolar era yo con tantas contradictorias sensaciones.

Me tumbé en la cama y sabía que iba a tardar en coger el sueño, los nervios me estaban jugando una mala pasada y tenía la sensación de que conforme se acercaba la hora, más miedo me daba a que todo saliera desastrosamente.

Y otra vez ese bajón de tristeza absoluta y la sensación de rabia por todo el mal que había hecho, por todo aquello que destruí por mi mala conducta, por mi egoísta manera de resolver las cosas, tirando por la borda todo aquello que habíamos construido en Austria.

Conté ovejas, dinosaurios, balones y hasta unicornios, pero no fue hasta cerca de cuatro horas después cuando cogí el sueño.

Capítulo 4: Julieta



Bajo del taxi cuando para en la entrada del aeropuerto. Un viaje, un destino que visto en fotos que circulan por *Internet* es más que espectacular. Las Islas *Seychelles*, con ese agua tan azul y cristalina, un lugar paradisíaco donde de seguro el resto del mundo dejará de importar.

Camino apurada para llegar a tiempo a mi puerta de embarque y es que nos hemos encontrado un atasco increíble de camino y claro, al final con la hora justa.

Pero vamos, que no quiero yo quedarme sin mi viaje a ese paraíso que me espera.

Facturo la maleta y corro hacia el mostrador en el que veo a las dos azafatas despidiendo al último pasajero que hay en la fila.

—¡Esperen! ¡Por favor! —grito agitando el billete, que ya veía que me dejaban en tierra y a ver cómo explicaba eso en el trabajo.

Llego sofocada y tras comprobar que soy la titular del billete, me desean buen viaje y cruzo por esa pasarela que me lleva directa al avión. Me siento como en *Lluvia de Estrellas*, aquel programa de la televisión donde la gente atravesaba una cortina de humo siendo ellos mismos y poco después se les veía caracterizados como el cantante al que sabían imitar en mejor o peor medida.

Ya en mi asiento, que tal como me dijo Virginia era en clase preferente, me acomodo y pido un zumo cuando me pregunta la azafata.

Aún no puedo creer que esté aquí, en un avión a punto de despegar camino de mi primer viaje de trabajo. Sí, de trabajo, porque después de que la verdad saltara a la prensa, todo fue a mejor, empezando por el día siguiente, cuando me levanté dispuesta a cambiar mi vida. Todo empezó aquella mañana...

Una semana antes...

Sin duda, hoy es el primer día de mi nueva vida. Algo que no esperaba y que me llegó como sorpresa ayer cuando Víctor, mi cuñado, me llamó para decirme que uno de sus clientes estaba interesado en hacerme una entrevista. Le había comentado que buscaba a alguien para ocupar un puesto en su revista y él me recomendó. No, si al final al “coliquitos” le voy a coger cariño y todo.

Era la segunda vez que me salvaba el culo para encontrar trabajo.

Por la tarde me llamaron del departamento de recursos humanos y así concertar la entrevista para hoy a primera hora, así que me he puesto nerviosa y como no tenía nada con qué vestirme decentemente, le he pedido a Estíbaliz que me ayude un poco.

Dos horas después la tenía en mi casa, con un traje de chaqueta y pantalón en color gris marengo que me quedaba perfecto, es más, hasta me estilizaba a pesar de que mi figura no era como la de antes y una camisa blanca con topitos negros de la que me enamoré nada más verla.

Me dijo que necesitaba un cambio y ni corta ni perezosa, me llevó al cuarto de baño, me lavó el pelo y me hizo un corte a capas que me encanta. Sigo teniendo mi melena, pero con un toque

más juvenil, que en estos meses el pelo había crecido de lo lindo y estaba un poco estropeado.

Más feliz que una perdiz, así me he levantado hoy, a las siete de la mañana, para tomarme un café, un zumo y una tostada. Vamos, un desayuno de campeona.

Me arreglo y a las ocho y cuarto esto lista para salir. Mi madre me despide como si me fuera al primer día de colegio, nerviosa y todo que la veo.

—Tranquila, mamá, que si esto no sale no pasa nada. Me pateo la ciudad y dejo el currículum en todas las empresas que pueda.

—Va a ir bien, lo intuyo, mi niña —aseguró ella.

—Te llamo cuando acabe, ¿de acuerdo? —Me despido con un beso y salgo nerviosa de mi casa, para qué vamos a negarlo ahora.

Ahí está mi Escarabajo rosa, ese que me regaló mi padre y del que no me quiero desprender por nada del mundo. Es lo único que me queda.

Estos meses ha sido Víctor quien se ha encargado de arrancarlo, mantenerlo y no dejar que muriera, como estaba haciendo conmigo misma.

—Te echaba de menos, *Pinky* —sí, mi coche tiene nombre, no podía ser de otra manera.

Lo pongo en marcha y sonrío al escuchar ese ronroneo del motor que hacía tanto tiempo que no oía.

Cuando llego a la dirección que me dieron por teléfono, me quedo boquiabierta y es que el edificio es impresionante. Alto, con toda la fachada con grandes ventanales desde donde seguro que se disfruta de la ciudad de maravilla.

Entro y en la mesa de información me identifico, me dan una tarjeta de visitante y me indican que me esperan en la décima planta.

Paso junto guardia de seguridad que me saluda con una leve inclinación de cabeza y voy hacia los ascensores.

El ir y venir de gente a estas horas deja claro que el edificio es el centro neurálgico de varias empresas.

Entro en el ascensor y coincido con varios hombres y mujeres con sus trajes de ejecutivo que me recuerdan que esta era mi vida hasta hace solo tres meses. Yo formaba parte de este mundo.

Cuando llego a mi planta, me despido educadamente mientras voy a la puerta de quienes subían conmigo. Noto algunas miradas puestas en mí, espero no tener una mancha en la chaqueta, o que se me haya roto el pantalón por la costura porque no sería plato de buen gusto que me vieran la braga, que no es lencería fina, la verdad.

Lo primero que me encuentro al salir es una zona amplia con una recepción, cubículos con mesas que deben ser el puesto de los redactores, suelos de mármol gris y paredes blancas decoradas con algunas de las portadas de la revista.

Es una de las más importantes del país y tocan todos los departamentos que pueden, desde moda o gastronomía, hasta viajes.

En la mesa de recepción veo a una chica pelirroja, con pequitas en la cara, que no debe tener más de veinticinco años.

—Buenos días —saludo para llamar su atención.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó sonriente.

—Me llamaron ayer para una entrevista de trabajo, soy Julieta Molina.

—¡Sí, claro! Por favor, ven conmigo.

Ella, con esa carita de niña pizpireta, me lleva hasta la que debe ser la sala de juntas, lo intuyo más que nada, por la gran mesa alargada rodeada de sillas que ocupa el centro de la

estancia.

Me siento en una de las sillas y poco después ella me trae un café, que agradezco pues con los nervios que tengo lo necesito.

Mientras espero, observo desde aquí toda la planta que ocupa la revista. Aparte de los puestos de los redactores, hay varias puertas, que deben ser despachos de los encargados de cada departamento, el del jefe, los cuartos de baño y la sala donde poder tomar un café.

—Buenos días. Julieta, ¿verdad? —escuché preguntar a una mujer, me giro y veo a una rubia de unos cuarenta y cinco años que me tiende la mano.

—Sí, buenos días.

—Encantada, soy Virginia Díaz, responsable de recursos humanos. Por favor, siéntate.

Hago lo que me pide y saco del maletín que he traído el currículum que le entrego.

Ella lo lee detenidamente y cuando llega a los dos últimos puestos que he ocupado me mira y sonríe.

—Esos idiotas de la prensa... —comenta, como si ella no trabajara para una revista, lo que me hace sonreír a mí— Me alegro de que tu nombre quede limpio al fin. ¿Cómo estás?

—Bien, bien, gracias.

—Estupendo, porque aquí eso nos importa poco. Sabemos bien cómo trabajan los de noticias y el acoso al que llevan a la gente. Bueno, hablemos de tu puesto.

—¿Mi puesto? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Sí, esto es puro formalismo, el jefe te quiere a ti. Vienes muy bien recomendada y aquí valoramos el esfuerzo y el trabajo. No es como si hubieras entrado por enchufe —esto lo dijo guiñándome el ojo y me quedo loca.

—Pero, creí que venía a la entrevista.

—Y aquí estás, conmigo, en tu entrevista y eres lo que buscamos para el puesto. Serás encargada de los artículos publicitarios de hoteles del todo el mundo. Tu trabajo se centra en el tema del *marketing*, revisar y preparar cada artículo de los que te pasen información, además, algunos de esos hoteles puede que te inviten a disfrutar de sus instalaciones para que después hagamos un buen artículo. Fuera de tu horario tendrás que estar disponible en todo momento, tanto en el móvil como en la *tablet*, por si recibes algún correo importante.

—Bien, puedo hacerlo —respondo sonriente.

—Estoy segura de ello —me dijo asintiendo levemente con una inclinación de cabeza—. Ahora hablemos de lo importante. Tu horario será de lunes a viernes por la mañana, de nueve a dos. ¿Estás de acuerdo? —preguntó.

—¡Sí, sí, claro! Perfecto, me amoldo a lo que me digáis, de verdad. Si para mí el hecho de poder trabajar ya... es una maravilla.

—Me alegra oír eso. Espero que con los dos mil euros de sueldo también estés de acuerdo.

¿Dos mil euros? ¡La madre que me parió! Casi me atraganto al escuchar la cantidad. ¿No se habrá equivocado? La miro y por la sonrisa que no se le borra de la cara está claro que no, no se ha equivocado.

—No tengo ni la más mínima pega. Cómo para quejarme estoy... —digo, sin pensar, lo que provoca una carcajada de Virginia.

—Me gustas, tienes un poquito de la locura que yo tenía a tu edad. Bien, vamos a ver tu despacho.

La veo ponerse en pie y creo que la he oído mal, así que voy a preguntar, pero ella se adelanta cuando vuelve a hablar.

—Sí, tienes despacho con unas vistas increíbles.

Salimos de la sala, la sigo por el pasillo mientras veo que muchos de los empleados que ya ocupan sus puestos me miran, algunos nos dan los buenos días y otros simplemente levantan la mano cuando ven a Virginia, puesto que están hablando por teléfono.

Se para en una puerta y veo que hay un cartelito con mi nombre, joder, sí que tenía claro el cliente de Víctor que me iba a contratar.

Cuando abre la puerta, se me debe de quedar una cara de empanada digna de fotografiar porque Virginia me da un leve empujoncito para que entre.

—Bienvenida a tu nuevo trabajo, Julieta —escucho que me dice.

Pero estoy tan alucinada con lo que veo, que no soy capaz de articular palabra.

Desde luego que lo de que tengo unas vistas increíbles es innegable, se ve toda la ciudad, incluso a lo lejos se distingue el mar.

Mi despacho es amplio y muy luminoso, joder si por tamaño es casi más grande que el piso de mis padres.

Suelo de mármol gris, como el resto y paredes blancas, toda la planta es así. Los muebles son en tono gris y el escritorio es de cristal.

Los ojos se me van a ese lugar donde hay todo un equipo de trabajo de *Apple*. Un *iPad*, un portátil y un *iPhone*, en color blanco. Cierro los ojos y se me viene a la mente mi viaje a Viena con Lorenzo. Ay que ver lo que son las cosas, cuando él me lo compró allí, me lo echó en cara, y aquí... Aquí me dan lo mejor para hacerme más fácil el trabajo.

Abro los ojos y paso la yema de los dedos sobre ellos, ¡qué tonta! Como si recordar pudiera cambiar algo de lo que ocurrió.

—¿Te gusta? —pregunta Virginia.

—Me encanta. De verdad que sí —respondo girándome para mirarla.

—En ese caso, empiezas mañana a las nueve. Sé puntual.

—Aquí estaré y te aseguro que voy a hacer muy bien mi trabajo.

—¡Oh, se me olvidaba! —dice antes de salir— Nos han encargado un artículo para un precioso *resort* de lujo en las Islas *Seychelles*, tendrás que salir de viaje hacia allí la próxima semana. Este viaje se paga a parte de tu sueldo, como en todos salvo que sea el cliente quien te invite y vas con todos los gastos pagados.

—¿Un viaje, tan pronto? —pregunto sorprendida.

—Así es, el jefe quiere un artículo conociendo el lugar de primera mano, y qué mejor que seas tú quien lo redacte.

—Claro, claro, sin problema. Yo soy una mandada, he venido a trabajar.

—Bien, me marcho, que tengo un par de reuniones ahora. Nos vemos mañana, Julieta.

Virginia sale cerrando la puerta de mi despacho, dejándome allí sola y lo primero que hago es llamar a mi madre mientras observo la ciudad.

—¿Cómo ha ido, hija? —pregunta sin siquiera saludarme.

—¡Es mío, mamá! ¡El puesto es mío!

—¡Ay, mi San Antonio! Ya sabía yo que me ayudaría a que mi niña consiguiera ese trabajo —ella y su San Antonio, siempre pidiéndole por todos.

—Menudo despacho tengo, mamá. ¡Es enorme! Y no sabes lo mejor.

—No, ¿qué es, cariño?

—Voy a cobrar dos mil euros al mes.

—¡Hija, no me des esos sustos! Pero, ¿tú estás segura de que te han dicho eso?

—Sí, mamá, no va a faltarnos de nada, ya verás.

—Mi niña, me alegro de que tengas esa ilusión. Esa, esa sí es mi Julieta.

—Te dejo, que quiero hacer algunas cosas antes de ir a casa. No hagas comida, que voy a llevar un pescadito de ese que tanto te gusta.

—¡Ay, mi niña! Te quiero mucho, Julieta, mucho —escuché que estaba a punto de llorar por su tono de voz y me limité a despedirme con un “yo mucho más, mamá”.

Cojo mis dos herramientas principales del trabajo, salgo de mi nuevo despacho y me despido de los que desde mañana serán mis nuevos compañeros y hago algo que he decidido que tiene que cambiar, pero necesito hablarlo con mi hermana y mi cuñado, así que le pongo un mensaje a mi petarda favorita y quedamos en la cafetería que hay cerca del gimnasio de Víctor.

No acabo de creermelo la suerte que he tenido, que el cambio de mi vida empiece con un puesto de tanta responsabilidad, con un sueldazo de tres pares de narices y encima donde además podré viajar por el mundo sin gastar un céntimo. ¡Un chollo, por Dios!

Salgo del edificio, mientras en mi mente estoy bailando de lo más feliz por la suerte que he tenido con este trabajo.

Y voy tan en mi mundo que solo soy consciente de que me están atracando cuando noto que me tiran del bolso y casi me hacen caer al suelo. Me tambaleo, sosteniéndome como puedo, mientras veo correr al capullo que se lleva mi bolso.

—¡Hijo de puta! —grito empezando a correr, rezando por no matarme con los tacones— ¡Mi bolso! ¡Me ha robado! ¡Por favor, que alguien le pare!

Cuando doy el bolso por perdido del todo, de repente veo un hombre acercarse al ladrón, darle en un empujón que lo hace caer al suelo y recoger mi bolso. El mal nacido que me ha robado se pone en pie y al ver la mirada de quien le ha golpeado sale corriendo.

Es un hombre alto, vestido con taje así que debe ser alguien del mismo edificio que yo.

Me acerco, sofocada y tras coger aire le doy las gracias.

Si me dicen que la cara que me iba a encontrar cuando se giró era, nada más y nada menos, que la del hombre al que más odiaba en este mundo, no me lo habría creído.

Pero ahí estaba el destino, el karma o la madre que parió a Perico para decirme que en esta ciudad acabaría encontrándomelo en cualquier momento.

—Buenos días, Julieta —me dijo así, tan tranquilo, con mi bolso en la mano.

Le veía la cara diferente, no había en ella ni rastro de esa arrogancia que le caracterizaba en el trabajo, ni la felicidad que desprendía cuando estaba con su hermana. Aquello era... ¿tristeza? ¿Era acaso posible que fuera eso?

No, debían ser imaginaciones mías.

Me puede la rabia, siento unas ganas de darle un bofetón tal como hice con Abril en su momento, pero no quiero perder los papeles delante de toda la gente que pasa por nuestro lado, ni estropear la felicidad que me invade ahora mismo.

Así que, tras mirarle con todo el asco que siento por él, le quito el bolso de las manos con fuerza y vuelvo hacia el edificio para coger mi coche, que tengo que ir a ver a mi hermana, pues me está esperando.

Al llegar a la cafetería veo a la parejita allí sentada, ellos sí que tienen una relación de esas donde todo es amor y felicidad. A ver, que discutirán como todo hijo de vecino, pero el amor que se tienen el uno al otro es innegable.

Víctor prácticamente podría decirse que besa el suelo por donde pisa mi hermana, y ella... Ella es la mujer más feliz del mundo desde que conoció a su “coliquitos”. Vale, no le llamo más

así que me ha conseguido trabajo, otra vez.

—Hola, hermanita —digo saludándola al llegar junto a ellos.

—Hola, cariño, pero, ¡qué guapa estás! ¿Dónde vas vestida de alta ejecutiva, señorita Molina? —pregunta sonriendo y con los ojos abiertos desprendiendo esa felicidad que la caracteriza.

—Pregunta mejor de dónde vengo, porque ir, en un rato iré a casa con mamá para comer el pescaito que le voy a llevar.

—¡Coño, a eso me apunto, cuñada! —dice Víctor.

—Bueno... por esta vez te lo has ganado. Si queréis venir ya sabéis que mamá encantada de tenernos a los tres allí.

—¿Nos vas a decir de una vez de dónde vienes, o tenemos que adivinarlo? —suelta mi hermana.

—¿No le has contado nada? —miro a mi cuñado y él niega, con una amplia sonrisa.

—¿Contarme qué? Víctor, ¿qué sabes?

—Susy, deja que sea ella quien te lo cuente anda... —le responde él.

—Hermanita, tienes ante ti a la nueva encargada de llevar el *marketing* referente a los artículos publicitarios de hoteles de todo el mundo para una importante revista.

—¡No! —exclama mirándome y cuando asiento, se levanta gritando para abrazarme— ¡Julieta, me alegro mucho, de verdad! ¡Ay, por favor! Que al fin sales de casa... —empieza a sollozar.

—¡Eh! Que he venido a celebrarlo, no a que te me pongas a llorar como una magdalena.

Cuando Víctor le dice que es en la revista de un cliente suyo, ella lo mira con unos ojos cargados de amor y gratitud, que él le devuelve el amor con un beso en la frente.

Sí, solo con mirarse se entienden y eso es lo que siempre he buscado en una pareja, que sepa qué pienso o qué quiero demostrarle, con solo una mirada.

—Bien, quería veros porque he pensado algo. Sabéis que me he abandonado en estos meses, que la Julieta a la que todo le sentaba bien ya no está...

—Te sigue sentando todo bien, no me seas, ¿vale? —me dice mi hermana— Si no hay que más que verte con ese traje, elegante y sexy. Para comerte, hija mía.

—Pero porque lo escogió Estíbaliz, si yo tengo que vestirme para ir a la entrevista, me pongo los vaqueros y unas deportivas.

—Te veo salir de casa con esas pintas para ir a un centro de trabajo donde hay que ir de punta en blanco y te arrastro por los pelos —me suelta ella.

—¿Qué has pensado, Julieta? —pregunta mi cuñado, sin duda para hacernos a las dos cambiar de tema, porque ya nos conoce demasiado bien y acabamos sin hablarnos tres días.

—Quiero perder peso —ya está, lo había dicho—. Aunque sea un poco, pero verme... no sé, ¿un poco más saludable? Quiero verme bien cuando me ponga un traje para ir a trabajar, o cualquier otra cosa. Voy a viajar por todo el mundo conociendo hoteles y no quiero desentonar en esos entornos tan elegantes.

—Julieta, pero si estás preciosa, boba —me dijo mi hermana, pero es solo porque ella me ve con buenos ojos.

—Bueno, pero yo quiero perder un poco de peso, ¿vale? Es más por salud, de verdad, no quiero asfixiarme cuando suba escaleras. Víctor, ¿me apuntas en tu gimnasio, por favor? —le pregunto.

—Hago más que eso, cuñada, te pones en mis manos y te ayudo en lo que quieras.

—¡Genial!, pero ya cuando vuelva de las Islas *Seychelles*.

—¡¿Que te vas a las *Seychelles*?! —grita mi hermana y en ese momento deseé que la muy cabrona hubiese nacido muda, porque me miraba toda la cafetería entre sonrisas de envidia y de alegría a partes iguales.

—¿Podrías no gritar, coño?

—Julieta, ¿tú sabes dónde vas? —me pregunta en respuesta.

—Pues claro, no soy tonta. ¡Me voy al paraíso!

—Y tanto. Madre mía, me equivoqué de carrera... —dice llevándose las manos a las sienes.

—Anda, cariño, tranquila que yo te llevo una semana a ese paraíso —le dice Víctor.

—Claro, claro, para nuestra luna de miel, allá por el 2040, o algo así.

Me quedé sorprendida al escuchar a mi hermana, vamos, que ella quería boda y al parecer “coliquitos” se hacía el sueco.

Terminamos el café y quedamos en vernos en casa, pues ellos iban a hacer unos recados y yo quedé con Estíbaliz. Tenía que contarle la buena noticia.

—Pero, ¡qué guapa estás! Estás para que te salga novio —me soltó nada más verme.

—Nada de hombres por un tiempo, de verdad —dije entre risas.

—Vale, vale, pero a ver... ¿Qué es eso que tenías que contarme?

—¡Que el trabajo es mío!

Tras el momento de gritos, abrazos, más gritos y no sé cuántos “felicidades” por su parte, le dije que estaba de lo más emocionada y deseando empezar, pero a ella, a pesar de toda la efusividad con la que había compartido la alegría conmigo, no terminaba de verla del todo bien. No sé, tenía cara de preocupación, algo le pasaba y no me lo contaba, así que preferí dejarle espacio y que me contara lo que fuera que le estaba rondando la cabeza cuando estuviese preparada.

Mi vida había comenzado de nuevo, sin duda alguna, en este mismo día en que la suerte me cambiaba.

Solo espero que así sea por más tiempo.

En el avión camino de las Islas Seychelles...

Desde luego ese día fue el que inició el cambio de mi nueva vida.

Mi primer día de trabajo fue perfecto, sin incidentes, e incluso charlé con algunas de las compañeras que me invitaron a acompañarlas algún día a desayunar fuera de la oficina, cosa que hice por supuesto, pero la semana me guardaba más sorpresas, de esas en las que piensas que es mejor que no te la hubieran dado.

Un pinchazo en el coche, en una de las calles cercanas al trabajo, una mañana en la que llevaba bastante prisa porque tenía que reunirme con el equipo de diseño para revisar el resultado final de un artículo que había estado preparando dos días antes.

Cuando estaba a punto de llamar a la grúa, para que me enviaran a alguien y así poder avisar en el trabajo que llegaría tarde, ¿quién paró a mi lado?

El señor Lorenzo Andrade. Así, sin más, vamos, ¡ni que me estuviera siguiendo! Y es que, desde luego el karma era un poquito toca narices algunas veces.

Se ofreció a llevarme, pero le mandé a tomar por culo sin cajas destempladas.

¿En serio quería ayudarme ahora? ¿Por una puta rueda pinchada? No me jodas, que me habían llamado ladrona en la prensa y no me preguntó ni siquiera si tenía abogado.

Nada, se fue por donde vino, afortunadamente para mí y para la policía que vi llegar a lo lejos, porque si no llega a irse... Juro por lo más grande que se lo llevan detenido por acosador.

Y llegó el día en que me dieron los billetes para ese viaje. Me dijeron que prepara una maleta y que estuviera puntual en el aeropuerto.

El *resort* al que voy quiere un artículo completo y al detalle de todo lo que tienen para ofrecer a sus posibles visitantes y yo me iba a dejar la piel en ello, aunque me costara la vida y no dormir en mis días allí.

Pero Julieta Molina, cuando se proponía algo, no paraba hasta lograrlo.

Me puse algo de música en cuanto despegamos, cerré los ojos y me dejé llevar por la melodía de *Chevaliers de Sangreal*, música que da fondo a la parte final de la película de *El código Da Vinci* y que, para mí, era una de esas que te erizan la piel.

Quedaba mucho viaje aún, pero estaba deseando llegar a mi destino para disfrutar del placer de esa tranquilidad que se vislumbraba en las fotografías que circulaban por *Internet*.

Capítulo 5: Lorenzo



Salí a la terraza donde me acababan de dejar el desayuno sobre la mesa: zumo, café, pan, frutas, mantequilla, mermelada, crema de cacao y *creps*. ¡Casi nada!

Mi cabaña estaba junto a la de ella, pero las terrazas miraban una a cada lado, así que tenías que salir y la otra persona también, para poderse ver, eso sí, desde el agua y mirándolas de frente se veían las dos entradas de terraza perfectamente, pero ahora mismo ella estaba aterrizando y montándose en el helicóptero, así que sabía que aún no estaba ahí.

Estaba más relajado que la noche anterior, cosa que agradecí, ya que en estado nervioso la cosa no iba a pintar nada bien.

Desayuné con tranquilidad y una hora después la oí llegar, seguro que iba acompañada del personal que le llevaba las maletas, pero en ese silencio sentí que ya estaba allí.

Los nervios volvieron a apoderarse de mí, sentía como si me fuera a desmayar y en cierto modo es lo que quería. Ahora mismo me había entrado el acobardamiento y era incapaz de sacar las fuerzas que fui sacando los días anteriores.

Di instrucciones de que a ella le dijeran que en esa cabaña de al lado estaba alojada otra persona para dar publicidad en su medio, así que podía estar tranquila que nadie la iba a molestar, era la zona reservada para este tipo de invitaciones.

Todo estaba bien enlazado, pero el cabreo que iba a pillar no lo estaba y cada vez lo veía todo más negro.

Me puse un periódico en la cara pues algo me decía que iba a salir y meter los pies en el agua, algo que no tardó en hacer, podía verla por encima de aquellas páginas que me escondían de su vista.

Estaba preciosa con ese bikini blanco y la parte de arriba de un solo tirante, con ese moreno. Sí, había cogido unos kilos de más y se le notaba bastante, pero estaba igual de preciosa, me seguía gustando cada curva y centímetro de su cuerpo, se me saltaron las lágrimas.

Se fue adentrando en el agua y se dio un chapuzón, para luego sentarse en una de las hamacas que había sobre el mar, mirando hacia mí.

La de Dios, ¿qué hacía ahora? Nada, mis planes ya no valían, todo a la mierda, ahora estaba bloqueado tras ese periódico que me daba miedo apartar.

Vi que salió del agua y se tumbó en una de las hamacas que había en la orilla mirando hacia el mar, me entró un alivio impresionante, pero tenía que actuar, tenía que hacerlo ya.

Preparé dos copas de vino, acababa de desayunar, pero bueno, la ocasión lo merecía, aunque no sabía si era buena idea.

Fui hacia donde estaba, ella no me veía, ya que estaba tumbada de espaldas, iba acercándome despacio, soltando el aire y sin hacer ruido...

Quería acercarme a ella, no podía esperar un segundo más. La veo ahí, más bonita que nunca,

a unos pocos metros y me muero por respirar su mismo aire, por abrazarla, por tenerla.

Joder, menuda lucha interna tengo. Esa mujer es capaz de darme una hostia, pero quien no arriesga no gana y yo siempre arriesgo.

Cojo las dos copas y camino decidido, si me da la hostia, la soportaré estoicamente.

—Hola, Julieta —saludo y al girarse, veo de nuevo cuánto me odia. Si tan solo supiera que yo mismo lo hago...— Por favor —interrumpí al ver que levantaba el brazo, vamos que tenía la hostia preparada—, dame unos minutos, solo te pido eso.

Ella aparta la mirada, cierra los ojos y respira profundamente antes de hablar.

—Tienes cinco, antes de que te dé la hostia, porque te la doy, tenlo claro y explícame, qué haces aquí, porque espero que no me estés espiando —sonó a amenaza.

—No, para nada, no tenía ni idea de que tú... —Me senté en la orilla a un lado de donde ella estaba sentada, pero sobre la hamaca. Le intenté dar la copa, la cogió y me la echó hacia la cara.

—Ya puedes continuar...

—Gracias —murmuré aguantando el tirón de eso que se acababa de producir. Ahora lo peor es que no quería volver a mentirle jamás y decirle que no estaba preparado. A la mierda todos mis planes.

—¿Y? —preguntó cuando me vio pensativo y sin hablar, se estaba poniendo más nerviosa— ¿Quieres explicarme qué cojones haces aquí? Dime que es una casualidad y que te invitaron también —me señalaba con su dedo.

—Julieta, sé...

—Habla en otro tono que parece que te vas a declarar y te juro que te mato. Habla rápido.

—Julieta, sé que jamás me podrás perdonar lo que hice...

—¿Que tú me vas a dar el viaje para decirme lo que tú piensas o no? ¿Es todo lo que me tienes que decir? Mira, apártate de mí vista, pero dime algo antes. ¿Todo esto es una coincidencia?

—No —me levanté negando y casi con lágrimas en los ojos, no le pude mentir.

—¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Quieto ahí! —Se levantó— Dime cómo sabes que yo iba a venir aquí, a esta cabaña —la señaló con furia.

—Yo lo organicé todo —murmuré cabizbajo.

—¿Eres el dueño del hotel y Víctor te contó lo de mi nuevo trabajo? —preguntó buscando lógica.

—Soy el dueño de la revista en la que trabajas —la miré a los ojos esperando que se desatara la tercera guerra mundial.

—No —murmuró y se fue hacia atrás con las manos sobre su cara—. No me lo puedo creer... ¿A qué cojones estás jugando? —Se incorporó y se puso de pie negando mientras se adentraba en el agua, incrédula, y se zambullía para luego seguir negando ahí en medio, mirándome con la cara desencajada y con mucha rabia.

Yo no sabía qué hacer, bebí mi copa de un trago y me senté en la orilla con los pies cruzados, jugueteando con un trozo de hierba mientras pensaba si irme, quedarme, ahogarme o tirarme de un paracaídas, pero algo tenía que hacer. Lo peor de todo, es que estaba de lo más bloqueado.

Ella desde dentro no dejaba de gritar que se cagaba en su vida, en la mía y la de todo ser viviente. Esa era mi Julieta, pero yo la quería tal cuál y comprendía la rabia.

—¡Y que una mierda como ese —me señaló a gritos—, vuelva a ser mi jefe y que lo tenga que aguantar una puta semana! —Hizo un corte de mangas que por su cara vi que hasta se

lastimó.

Yo no iba a contestar a nada, estaba en su derecho de sacar la rabia, de decirme todo lo que le saliera en esos momentos, solo quería que lo sacara todo y luego se relajara para poder hablar como personas.

—¡Y encima me vuelve a preparar toda una oficina de *Apple*! ¡Lo mismo hasta me trajo todas las joyas que le devolví! —gritaba desde lejos y es que tenía razón, en mi cabaña estaban...

Se zambulló y salió hacia donde yo estaba.

—Tráete la botella de vino, la voy a necesitar entera —exigió muy enfadada.

Para mí eso era una buena opción, al menos quería tomar algo conmigo, quise verlo de aquella manera a pesar de ver su cara de mala leche.

Se sentó en la hamaca negando y fui por la botella, además, me llevé su copa que estaba llena de arena para cambiarla por otra.

Volví y seguía con la misma cara, le serví la copa y la cogió sin dejar de mirar hacia el infinito mar cristalino que teníamos ante nosotros.

—Espera que me tome esta —señaló a la copa— y cuatro más y te exijo que me cuentes todo.

—Tranquila —murmuré sonriendo con tristeza, esta vez sentado en la hamaca de al lado y no sobre la arena.

—Tranquila me dice el tío... —resopló negando— ¿Cómo he podido ser tan gilipollas de creer que la vida me comenzaba a sonreír?

—Y, ¿por qué no puede ser así?

—¡Qué te calles! Me enfermas —gritó enfadada.

—Julieta...

—No te imaginas el asco que me da escuchar mi nombre en tu asquerosa y mentirosa boca.

—Pero...

—¿Para qué cojones me has contratado? Aunque te advierto que no abandonaré mi puesto de trabajo, ya me cansé de ser una gilipollas. Ahora si me llevo dos mil euros al mes más pagas por trabajar cómodamente, lo haré, ¡así tenga que pasar por encima de tu cadáver *Mr. Mentiroso*!

Bueno, ya soltó algo que, aunque evité sonreír, era lo mejor que podía haber escuchado, al menos no iba a dejar el trabajo, eso me parecía una magnífica idea y es que después de lo que pasó era lo mínimo que se merecía.

Negaba mientras bebía de la copa y no dejaba de mirar al horizonte. Se levantó, me hizo el gesto de que la llenara y se fue con ella hacia dentro del mar.

No sabía si seguirla, si quedarme quietecito, si intentar explicarme, si irme a la cabaña...

Nada, cogí mi copa y entré hacia el mar quedándome a un poco de distancia de ella, pero cerca, podíamos hablar sin gritar, aunque eso me parecía en estos momentos misión imposible.

—Está bien... —levantó una de sus manos pues con la otra sujetaba la copa— Cojo aire y empezamos de nuevo. ¿Ok?

—Claro —murmuré un poco escéptico.

—¿Ves la bandeja que hay en aquella mesita de las hamacas?

—Sí, son flotantes.

—Pues hala, ve a por otra botella y te vienes con ella y la bandeja, prefiero hablar en remojo que ahí fuera y caer desfallecida.

—Claro... —sonreí con tristeza y fui como alma que lleva el diablo, eso de que hubiera una

conversación era algo que no me esperaba tan pronto, así que estaba dispuesto a ir a por la Luna si hacía falta con tal de poder hablar con ella.

Cuando regresé ella seguía hablando sola y mirando su copa que ya estaba vacía. Puse la bandeja con la botella sobre el mar que era un plato en calma.

—*Mr. Mentiroso*, te voy a decir una cosa... Voy a poner de mi parte para que podamos tener una conversación medio decente —uf, era un tono muy enfadado, pero solo el hecho de que intentara poner de su parte, aliviaba algo.

—Te lo agradezco...

—Tienes tantas cosas que agradecerme... —Ladeó la cabeza afirmando sus propias palabras.

—Julieta —pronuncié y se le puse la cara de asco—. Sé que fui un canalla...

—No, un canalla no, un verdadero hijo de puta, pongamos las cosas claras.

—También... —murmuré.

—Sigue.

—Jamás debí de haber desconfiado de ti, ni siquiera te di el beneficio de la duda...

—Un hijo de puta, lo que te he dicho, más malo y no naces —me señaló su copa para que se la volviera a llenar.

—Sí, lo que hice fue algo muy ruin.

—Te dije que te ibas a arrepentir toda la vida y que ibas a venir arrastrándote.

—Y aquí estoy.

—Pero no vas a volver a tenerme.

—Cuento con ello... —murmuro con tristeza.

—¿Por qué lo del trabajo? O Peor aún... No hay reportaje sobre esta isla, ¿verdad?

—No, la publicidad es la que se emitió ya para toda la temporada...

—¿Y lo del trabajo?

—Te merecías resurgir...

—Tú me hundiste, yo estaba feliz en tu otra empresa. Me echaste de tu vida como a un perro y no contento con ello, de mi trabajo ¡Mírame! ¡En esto me has convertido! —Se apretaba las caderas refiriéndose a los kilos de más.

—Estás igual de preciosa que siempre, Julieta.

—¡Mentiroso! Sigues mintiendo como un bellaco.

—No te estoy mintiendo —dije en tono triste.

—Eres un cretino y has querido volver a comprarme con un buen puesto de trabajo, un despacho con la mejor tecnología y unas vacaciones de ensueño. ¿No te ves? Si mañana dicen algo de mí, me vuelves a fulminar como una rata.

—Jamás lo volvería a hacer —mis ojos ya estaban vidriosos.

—Jamás volvería contigo. ¡Maldito seas! —Me miró y lo dijo con los dientes apretados, con mucha rabia contenida que quería sacar y no sabía cómo.

—Lo único que quiero es que estés bien.

—¿No te remordió ni un poquito que ese día perdiera todo lo bueno que tenía en mi vida? ¿No te pusiste ni un momento en mi lugar y sentir por un momento la mayor humillación del mundo? ¿La mayor decepción? ¡¡¡En vez de estar despidiendo a mi padre, estaba oyendo tus insultos!!!

—Tienes toda la razón y lo estoy pagando caro —mis lágrimas comenzaron a salir sin poder contenerlas.

—Lo vas a pagar y no será por mi culpa, existe algo muy poderoso que se llama karma y te

va a visitar cuando menos lo esperes. Yo era inocente. ¡Maldita sea! ¡Inocente!

—Lo sé, Julieta... —casi ni podía hablar de la rabia tan grande que sentía.

—No lo sabes y nunca lo sabrás, jamás en la vida, no creo que tengas tan mala suerte de encontrarte con alguien tan miserable como tú y sí, te perdono, pero jamás en la vida volveré a confiar en ti, todo el amor que sentía se convirtió en rechazo, es lo que ahora me produces.

—Lo siento...

—¿Qué quieres de mí, Lorenzo? Aquí me tienes. ¿Para qué me querías?

—Para poder explicarme —no podía dejar de llorar.

—¿Crees que lo que me hiciste tiene justificación? ¿Crees que necesito escuchar algo que no creeré? Me lo podías haber intentado decir en España y haberte ahorrado todo este teatro.

Negué con la cabeza, tenía razón, no tenía justificación y no me iba a creer.

Su rostro desprendía mucha rabia, no dejaba de negar mirando al infinito y de beber, a ese paso llegaría a la hora de la comida con una borrachera de dos pares de narices.

—Lorenzo —se giró con esa expresión que no podía relajar y poner normal— ¿Crees en serio que vas a conseguir algo de mí? Bueno sí, que seré una de tus cientos de empleados, pero de ahí a ni siquiera llamarnos conocidos, ni de coña. Créeme que, si tu vida dependiera de que te tuviera que hacer el boca a boca, te ibas para el carajo rápidamente.

—Eso no te lo creo —me salió del alma.

—¡Ja! Encima gracioso, esto es para flipar. ¿En serio te piensas que me importas una mierda?

—No, pero no hasta el punto de que, si mi vida dependiera de ti, me dejaras morir.

—Eres un ingenuo... —negaba con el rostro serio.

—Lo seré, pero me niego a creerlo.

—¿Cómo pude ser tan imbécil de creerme lo de este viaje? ¡¿Cómo?! Y el trabajo, vamos el despacho de Cenicienta parecía. ¡Qué imbécil!

—Tienes mucha ira contenida...

—Tengo un saco de mierda acumulado por tu culpa —se agarró las caderas de nuevo recriminando lo de sus kilos, esos que para mí eran belleza, pero para ella era un tormento.

—Julieta, ¿vamos a comer algo?

—Yo contigo no salgo del perímetro de las cabañas, vergüenza me daría que me vieran con alguien como tú.

—Está bien, pues pido que nos la traigan —le hice un gesto como diciendo que me esperase un momento y me fui alejando hacia la cabaña con sigilo, sabía que me iba a soltar algo...

—¡Qué no te quiero ni ver!

Eso ya lo sabía, así que como no era nada nuevo, seguí hacia el objetivo y pedí que nos trajeran una bandeja de pescado frito...

Regresé y estaba sentada en la hamaca frente al mar, con los pies cruzados y su copa sobre la mesa que separaba las dos hamacas.

Me senté en la de al lado sin decir nada.

—De aquí no me pienso mover.

—Nos traerán la comida aquí —carraspeé.

—Otra cosa... ¡Qué se supone que debo hacer estos siete días, trabajar de niñera?

—No —sonreí—. Con que me dejes estar a tu lado, es suficiente.

—Mira, —se rellenó otra vez la copa y se la bebió de un trago. Ya me imaginaba el Apocalipsis en un rato— te voy a decir una cosa... Yo no tengo la vuelta hasta dentro de una

semana. Estoy jodidamente encerrada en una isla donde salir de aquí me costaría un pulmón y parte del otro, pero de ahí a que vaya a ejercer de niñera, ni lo pienses y si quieres una acompañante, lo pagas, pero te iba a salir muy caro...

—¿Cuánto de caro? —pregunté sin dudarlo.

—¿En serio estarías dispuesto a pagar a lo *Pretty Woman*?

—Sí —afirmé con movimiento de cabeza incluído y mirándola fijamente.

Se hizo un silencio cuando nos trajeron la comida, una preciosa fritada de pescado sobre una hoja gigante de árbol.

—Retomando el tema... —Parecía que lo estaba tomando en serio y eso me gustaba.

—Dime.

—Cincuenta mil euros en mi cuenta el mismo día que regresemos y estoy a tu disposición hasta que toquemos tierra en España, eso sí, una vez que lleguemos no te quiero ver ni en mi trabajo y menos aún, en mi vida.

Bueno, dicho así sonaba feo, pero... ¿Y la posibilidad de reconquistarla en este tiempo?

—¿Cincuenta mil y te vienes a mi cabaña?

—Cincuenta mil y te la chupo cada vez que me lo pidas. ¿Trato hecho? —Me extendió su mano.

—Trato hecho —la miré incrédulo, pero si aquello era verdad, iba a conseguir que nunca olvidara este viaje. Ahora bien, lo de chuparla...

—Bueno, eso no le eximirá de que reciba alguna mala respuesta de mi parte, pero intentaré hacer que usted tenga una excelente estancia y que estos días no sean de lo más feos de su vida —decía sonriendo con ironía.

Miedo me daba el hecho de que estuviera bromeando y llamándome de usted, pero pensar que estaría a mi lado una semana con la posibilidad de volver a reconquistarla, me volvía loco de contento.

—Te aseguro que si no llega a ser porque me vas a pagar esta semana a buen precio, después de engañarme y porque he conseguido un chollo de trabajo, te juro que te metía una hostia que te partía el cuello en seco.

—Vaya, dicho así suena un poco fuerte... —Arqueeé la ceja.

—Así que, pensabas que yo era una ladrona y aprovechada, ¿no?

—No fue eso...

—¿Entonces? —preguntó con esa falsa sonrisa, aparentando hablar desde la calma.

—Era como que se me vino el mundo encima y pensé que te habías estado riendo de mí, como si...

—... fuese cierta la noticia que habían publicado.

—Fui un gilipollas...

—Sí, y bien grande —se metió un trozo de pescado en la boca negando mientras volteaba los ojos.

—Te prometo que no hay momento que no me haya arrepentido...

—Será desde hace una semana o por ahí, cuando te enteraste que era inocente, ¿no?

—Por desgracia sí, quise vivir alimentando mi propia mentira para no tener la sensación de que la había cagado...

—No era una cagada, era un atentado contra mi honorabilidad.

—Lo sé.

—Bueno, no quiero joder tus vacaciones, ya cuando volvamos tendremos cada uno su

merecido, yo unos buenos ahorros en mi cuenta gracias a aguantarte esta semana y tú, una vida fuera de mi vista, así que, por ahora no te mortificaré más, no quiero que tires el dinero —me hizo un guiño.

Tenía una puñetera semana para volver a reconquistarla, siete días en los que tenía que jugar todas mis cartas para volver con ella de la mano, pero esta vez de verdad y para siempre.

Tras la comida nos echamos en las hamacas colgantes del interior del agua, uno frente al otro, había dos pegadas y dos muy alejadas para los que quisieran soledad, nosotros nos echamos en las que había una al lado de la otra, pero uno para cada extremo para podernos ver las caras.

Julieta parecía un poquitín más relajada, aunque en su mirada había mucho resentimiento. Hasta cuando me miraba negaba con la cabeza sin que hubiéramos pronunciado ni una sola palabra, con ello me decía que la había cagado, eso podía entenderlo sin necesidad de que me dijera ni una sola palabra.

Pasamos un buen rato ahí, hasta nos quedamos dormidos, luego nos dimos un baño y subimos a merendar, unos cafés que hice yo y nos sentamos en mi terraza, además de unas pastas que nos dejaron sobre la mesa un rato atrás, lo habíamos visto desde el agua.

Había muchos momentos de silencio, pero de vez en cuando cruzábamos alguna frase sin necesidad de hablar del pasado, sin echarnos nada en cara, bueno al menos a ratos, de vez en cuando soltaba alguna indirecta que solo se quedaba en eso.

Decidimos que íbamos a cenar por el *resort*, así que se fue a su cabaña a ducharse, yo a la mía y luego, después de la cena, traeríamos sus cosas, se instalaría conmigo según habíamos acordado. Qué triste, ahora era mi chica de compañía, pero al menos la tendría a mi lado.

Salimos a cenar, estaba preciosa con una faldita blanca y corta, como con volantes, morena y con ese pelo estirado, quejándose de sus kilos, pero es que yo la veía preciosa, la más bonita del mundo entero.

La deseaba con todas mis fuerzas, esa era la verdad, necesitaba sentirla en un abrazo, en un beso, en una mirada cómplice, desnuda a mi lado mientras yo jugueteaba con su cuerpo, la quería de mil maneras y es que en el fondo, nunca dejé de desearla.

Fuimos a comer a un restaurante en una terraza de madera junto al mar, una preciosidad de lo más tranquilo y con pocas mesas, todo en un ambiente extremadamente cuidado.

Los farolillos eran la iluminación de aquel lugar con lo que lo hacía de lo más idílico y romántico.

Ella negaba como diciendo que, qué hacía ahí, pero eso sí, saboreando el vino y con una sonrisa que se le escapaba y que hacía que la mía también apareciera.

Esta vez eligió ella los platos que íbamos a compartir, todo a ojo, había cosas que ni entendía, pero como era tan arriesgada como yo, pues tiró el dardo para ver si daba en la diana.

Se pasó toda la cena diciendo que al final iba a tener que dar gracias a su cuñado por haber levantado la cabeza, laboral y económicamente, lo decía con ironía, pero no dejaba de sonreír.

Tras la cena nos fuimos paseando por la orilla del mar hacia su cabaña donde cogimos las cosas y las llevamos a la mía, eso sí, había una cama gigante y un sofá, me ofrecí a dormir en él, pero me dijo que dormiríamos juntos, que por cincuenta mil euros no se iba a poner quisquillosa.

Nos preparamos un *Gin Tónico* y salimos a la terraza a tomarlos, aún no queríamos dormir, tampoco nos apetecía investigar más el *resort*, en el fondo aún teníamos el cansancio del largo día y más ella que aterrizó esa mañana en las islas.

Charlamos un buen rato de todo lo de la nueva revista, estaba loca con su trabajo, aunque decía que lo que más le jodía en el mundo es haber descubierto que yo era el dueño de aquella

empresa, pero vamos, que si no hubiera sido así, reconocía que no habría podido aspirar a un puesto tan succulento.

Se le notaba que lo había pasado mal, no llegaba a ser ella y aunque fuera por el dolor que yo le produje, había otra parte que me hacía ver que era delicada en la situación que se había visto pues le tocó mucho emocionalmente, incluso cuando me insultaba esta mañana con esa rabia, se veía que no tenía la fuerza que antes poseía, estaba agotada psicológicamente y todo lo vivido le había pasado factura.

Fui un imbécil, yo era el culpable de gran parte de que estuviera así, debí cuidarla y no dejarla tirada como un saco de escombros, eso era algo que me iba a perseguir toda la vida, ese peso de conciencia por haber traicionado a Julieta, la persona que menos se lo merecía del mundo.

Nos fuimos a dormir y nos echamos uno al lado del otro, girándonos hacia los lados opuestos, le deseé las buenas noches antes de apagar la luz, pero ya estaba roncando como una niña chica agotada de un día de feria.

La tenía a mi lado, quería abrazarla, pero no debía de hacerlo, no merecía ese privilegio, no merecía más que esa hostia que no me dio y en la que debería de haber soltado toda su ira, pero ella, como yo, no era una persona violenta, quitando el episodio de Abril, que se llevó la hostia del siglo.

Capítulo 6: Julieta



Me despierto y trato de moverme, pero no puedo. Abro los ojos poco a poco, acostumbrándolos a la luz del sol y veo que tengo a Lorenzo frente a mí. Estamos abrazados, en una maraña de brazos y piernas que me impide cualquier movimiento que intente.

Vamos, que se me ha agarrado el tío esta noche, mientras dormía, como una lapa.

Siempre se ha dicho que dos no discuten si uno no quiere, pues lo mismo pasa con los abrazos mientras duermes, ¿no? Que con eso de que estás en la misma cama, por mucho que al principio pongas esa distancia y barrera imaginaria, es inevitable que en algún momento de la noche acabes abrazada al hombre de tus sueños y en mi caso, también de mis pesadillas, amaneciendo de esta guisa.

Y es que le odio, porque se portó como un auténtico gilipollas, pero verle ayer fue...

Ni siquiera soy capaz de describir cómo fue ese momento. Se mezclaron muchos sentimientos cuando le tuve delante.

Quería ahogarle en el mar que teníamos a unos metros, eso como poco, pero al mismo tiempo, cuando vi esos ojos azules como el cielo, solo podía pensar en perderme en ellos.

Ganó la mala leche que tengo, esa que según mi madre es el temperamento de una guerrera como somos nosotras, y claro, pegué cuatro gritos soltando sapos y culebras por la boca, vamos que si me hubiera visto mi padre en ese momento, me habría dicho que esa no era forma de hablar para una señorita.

Al final acabé perdonándole y cuando le dije que tenerme como acompañante le saldría caro, no pensé que fuera a preguntar cuánto.

¿Realmente estaba tan deseoso de estar conmigo, que incluso pensaba pagarme por ello? Resultó que sí, ¡vaya que sí! Le pedí cincuenta mil euros y aceptó sin rechistar. Debería haberle pedido más...

Y ahora le veo aquí, dormido, con esa paz que le debe dar el saber que me tiene entre sus brazos y mi mente, esa que a veces va por libre y a su puta bola, me está haciendo mirar los labios de Lorenzo con esas mismas ganas de besarle que en los primeros días que trabajé para él.

Que esa es otra, ¿se podía tener más mala suerte? Volvía a ser mi jefe, ¡hay que joderse! De esta el “coliquitos”, o sea, mi cuñado Víctor, no se libraba ni rezándole al San Antonio de mi madre. ¡Vaya que no! Me las iba a pagar el muy cabrito.

—Buenos días, preciosa —la voz de Lorenzo me hace volver al lugar en el que estamos ahora mismo.

En las Islas *Seychelles*, en una cabaña los dos solos y en la misma cama. ¡Manda cojones!

—Buenos días —le dije con ese tono de cabreo, pero enseguida cambio el *chip*, que este hombre me va a pagar un pastizal por ser cariñosa. Pues nada, a interpretar el papelón de mi vida — ¿Cómo ha dormido mi amorcito?

—Por lo que se ve, igual de bien que tú, que al final me has abrazado y todo —me contestó el

muy canalla.

—No te confundas *Mr. Loren*, que aquí el que ha buscado calorcito humano has sido tú. Que ya te vale, leches, con este clima estar tan pegados va a hacer que me salga urticaria. ¡Quita, coño! —No podía, es que intentaba ser cariñosa, de verdad, pero me acordaba de todo y... que no, que le quería lejos.

En eso estaba yo, en intentar que me soltara, cuando, ni corto ni perezoso, se me acerca más y me besa, pero uno de esos en los que hay hasta lengua, vamos.

Y qué bien besaba, ¡me cago en todo!

—Ahora sí, buenos días, mi amor —sonríe tras decirlo y me suelta para levantarse y yo, por mucho que me alegre, sigo queriendo estar ahí, entre sus brazos. Manda narices la cosa, qué cacao tenía ya.

—¡Me vuelves a besar y te arranco las canas que te he visto en la cabeza! Y cuidado, que mi madre dice que, si arrancas una cana, después te salen siete, vamos, que de aquí te vas tú como Papá Noel.

Lorenzo se gira para mirarme, sonríe de ese modo del que sabe que guarda un as bajo la manga y tras apoyarse con ambas manos en la cama, se inclina y me susurra...

—Te voy a pagar cincuenta mil euros para que estés conmigo y no es solo para comer y follar, que a mí me gusta besarte y a ti, que lo haga.

Y ya sí, con eso me deja agilipollada perdida, por el tono ronco de su voz y porque más razón no puede tener, se va hacia el cuarto de baño donde escucho que abre el grifo del agua.

Apañada voy, menuda semanita me espera...

«Si es que, para qué coño dirías nada, Julieta. Te lo tiene dicho Marina: ¡estate quieta!» —me digo dejándome caer de espaldas en la cama, con los ojos cerrados.

Así estoy cuando suena el móvil con la entrada de un mensaje. Lo cojo y veo que es mi hermana.

Susy: *Ya hay que ser petarda, para no avisar de que llegaste bien. Que sé que estás viva porque no han dicho nada de un avión perdido. ¡¡¡Llama a mamá!!!*

Joder, es verdad que no la llamé cuando aterricé. Madre mía, menuda hija estoy hecha.

Compruebo la hora, las diez de la mañana aquí, por lo que en España son las ocho, así que marco el número de mi madre para hablar con ella.

—¡Hija, al fin! —me grita aliviada.

—Lo siento, mamá, pero entre el vuelo, el cansancio, conocer esto un poquito y hacerme al horario... se me fue la cabeza.

—Bueno, tranquila, no pasa nada, estás bien y es lo que importa. ¿Es bonito aquello, cariño?

—Es precioso, te encantaría —le aseguro.

—Ya estoy mayor para ir yo a esos sitios, pero los disfrutaré cuando vea tus fotos.

—Claro, voy a hacer muchas. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, y ahora mejor. Estaba un poquito intranquila y tampoco quería molestarte...

—¡Ay, mamá! Puedes llamarme cuando quieras, de verdad.

—Mi niña, que ahora eres una ejecutiva importante. Bien orgulloso estaría tu padre.

En ese momento se me forma un nudo en el estómago, y es que sí, mi padre estaría muy orgulloso, pero si mi madre supiera que el responsable de mis disgustos y llantos de meses atrás, es el mismo que me ha dado este puestazo en una revista, igual sí que se cogía un vuelo y lo dejaba calvo.

—Sí, eso seguro. Oye, tengo que dejarte que voy a empezar el día, no he venido de

vacaciones, tengo que trabajar —le digo sonriendo.

—Claro cariño, no te entretengo más. Cuídate mucho y vive, que igual te sale un amor por aquellos parajes.

—¡Mamá! —la regañé riendo, porque no sé la de veces que me había dicho que igual volvía de las “*cheichels*” esas, como ella decía, con un novio.

—Lláname cuando puedas, ¿vale?

—Sí, tranquila. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. Un beso.

Justo cuando salía Lorenzo del cuarto de baño estaba dejando el móvil en la mesita. Me giro al escuchar sus pasos y casi me da un mareo al verle.

Recién duchado, tan solo con una toalla colgando de la cintura, con el pelo alborotado, gotas cayendo por su pecho y esa v invertida que...

—Ya puedes entrar —parpadeé varias veces al escucharle y es que me había perdido en ese torso, siguiendo una gota que acabó por esconderse justo debajo de la toalla.

Lo que había bajo ese trozo de felpa yo lo conocía, muy bien de hecho, al punto de que como siguiera yéndome por esos pensamientos iba a tener un problema.

—Julieta, ¿estás bien?

—¿Eh? Sí, sí, por supuesto, divinamente, amorcito —los cojones estoy bien. Ya podía taparse, la madre que le parió.

—Te has sonrojado —me dijo con esa sonrisa de medio lado que le daba un aire de malote y canalla que era para matarlo.

—Voy a la ducha —carraspeé y antes de encerrarme en ese lugar donde más valía que me tragara el desagüe, cogí unos pantalones vaqueros cortitos, la camiseta y mis deportivas. Hoy iba a estar cómoda. Cuando estoy lista salgo a la terraza y ahí está Lorenzo, apoyado en la barandilla mirando hacia el mar.

La verdad es que esas vistas eran preciosas. Es una maravilla poder contemplar algo así, tan hermoso.

—¿Lista? —pregunta posando una mano en mi cintura.

—Sí. ¿Y el desayuno?

—Hoy lo tomamos en el restaurante del *resort*. Vamos.

Salimos de la cabaña y me pega más a su costado, haciendo que me enfade y me estremezca a partes iguales.

—Me puedes soltar un poquito, ¿eh? Que no me voy a escapar, vaya. Que de aquí solo puedo salir en helicóptero —le dije intentando apartarme, pero nada, se había levantado con complejo de lapa. Había que joderse...

—Julieta, eres mía durante una semana y eso incluye que te toque, te abrace o te bese cuando se me antoje.

—Que sí, que sí, *Mr. Loren*, que te has metido muy bien en tu papel, pero te lo advierto, sobar cuesta más caro —le dije señalándole con el dedo.

—Precio cerrado, mi querida y particular *Pretty Woman*.

¡A la mierda! Lo tiraba al agua, por mis muelas que lo hacía. A la vuelta del *resort* este se daba un chapuzón, te lo digo yo.

La verdad es que todo el complejo era precioso, las cabañas una auténtica cucada, rodeadas de ese agua cristalina que incitaba a meterte sí o sí, y esos paseos de madera a modo de puente sobre el agua para ir de un lado a otro.

Estaba enamorada, desde luego que yo querría volver a este lugar, pero sola, para disfrutar de la belleza de la isla, de sus costumbres y sus gentes, sin un hombre al lado a quien me pasaba el día odiando y deseando.

Si es que me iba a volver loca, más todavía, por supuesto.

El desayuno no podía estar más bueno y es que, en un lugar así, como que las cosas te saben mejor, incluso te huelen de modo diferente.

Café, zumo, bollos, tostadas, fiambre... Teníamos de todo en la mesa, para comer hasta quedar más que satisfechos, pero me había propuesto perder algo de peso y, aunque al gimnasio no pensaba ir hasta mi vuelta a España, sí que llevaba toda la semana comiendo algo menos, aunque en esos momentos todo lo que habían servido me llamaba y mucho.

Un poco de todo, sin pasarme y me sentía llena tras el desayuno.

Lorenzo había sacado el tema de la revista como conversación. Que, si me encontraba a gusto, que, si los compañeros me trataban bien, que cómo me manejaba con el departamento...

Vamos, un tercer grado que ni la policía, ¡madre mía! Y yo a todo que bien, por supuesto, porque no tenía queja de nada en absoluto.

—¿Qué vamos a hacer hoy, amorcito? —le pregunté en ese tono de retintín, con los dientes apretados y una sonrisa más falsa en los labios que un billete de mil euros, mientras salíamos del restaurante.

—Había pensado conocer un poco el *resort*, ya que has venido para eso.

—Pues me parece una idea perfecta, así puedo ir de tiendas, que quiero comprar algo para los míos.

—Claro, y pago yo, ¿verdad?

—Hombre, los cincuenta mil en cuanto pisemos suelo español, eso no lo dudes.

—Me refería a tus compras, amor mío —susurró inclinándose, mientras me cogía por las caderas y me acercaba a él, para darme un par de besos cortos en los labios.

—Que no hagas eso, o te juro que acabas en el agua.

—No voy a dejarlo, pago por ello.

—Pagas por mi compañía, por follar...

—Por todo, Julieta, pago por todo —me cortó en ese tono que no admitía réplicas.

—Vivian no besaba a *Edward* en la película —puse como excusa.

—Acabó besándola.

—Y enamorándose de ella —recordé.

—Quizás yo ya lo esté —me dijo sin apartar sus ojos de los míos.

—No, te digo yo que no.

Me aparté de él y caminé hacia una de las tiendas donde había unas joyas artesanales preciosas.

Cogí un buen surtido para mis cuatro chicas: pendientes, pulseras, collares, tobilleras... Y para mí también, que era todo tan bonito que no podía decidirme solo por un modelo.

A la hora de pagar Lorenzo sacó la cartera, pero me negué en rotundo, no iba a dejar que pagara nada de lo que yo quisiera comprarme de recuerdo o regalos para los míos.

—No seas tan terca, Julieta —me dijo mientras pagaba con mi propia tarjeta.

—No soy terca, es que no quiero nada tuyo. Esto no es más que un acuerdo comercial, ¿verdad? Pues en eso queda lo que vayamos a tener durante esta semana.

A cabeza no me ganaba nadie, vamos que no. Así que, con mis compras hechas, salí de la tienda para dar un paseo por la zona, disfrutando del sol, el buen tiempo y esa calma que nos

rodeaba, a pesar del ir y venir de turistas y empleados.

A lo lejos vi algunos bultitos de un color moradito moverse, caminé hasta ese punto y al llegar me encuentro con varios pájaros en una jaula grande donde revoloteaban y cantaban alegremente.

Según el cartelito eran una especie de aves llamada *Cisticola cherina*. Son pequeñitos y súper graciosos.

Me acerco a la jaula y algunos, curiosos, se suben en uno de los barrotes mirándome con sus rápidos movimientos de cabeza.

—Pero qué bonitos sois —dije jugueteando con un dedo frente a ellos, que me respondían con su cantar.

Había otras muchas jaulas con aves que se acercaban a los barrotes cuando alguien paraba delante a observarles.

La mezcla de sus cánticos era como si una banda estuviera interpretando una melodía, todos acompañados.

Comimos en uno de los restaurantes, donde debo reconocer que me sentí cómoda estando con él. Me preguntó por los trillizos, algo que no esperaba, y tuve que contarle que el día antes de que me echara de su lado sin cajas destempladas, su padre había tenido un accidente y por eso tuve que pasar el día con ellos.

Lorenzo quiso que regresáramos a la cabaña, pero me apetecía estar sola, necesitaba un tiempo para pensar en lo que iba a pasar.

Porque, el tenerle cerca y tocándome a cada rato me estaba afectando, y mucho.

—Julieta, no quiero que estés por aquí sola.

—¡Por favor! Que no me va a pasar nada. Solo quiero pasear por la playa, sola, sin ti pegado a mí como una puñetera garrapata. ¿Es mucho pedir? ¡Déjame un poquito, pesado! —Y ahí se queda, mientras me alejo con paso decidido a la playa.

Me quito las deportivas y sumerjo los pies en el agua que llega a la orilla, juego con la arena y cierro los ojos al tiempo que respiro hondo para llenar mis pulmones de ese aire que necesito.

¿Por qué tanto interés en traerme hasta aquí? Si era para que le perdonara, ya lo había hecho cuando aceptó pagarme como su acompañante.

Camino por la orilla, disfrutando del agua fresca que cubre mis pies mientras la arena los masajea.

Este lugar es simplemente perfecto, podría quedarme aquí a vivir para siempre, si no fuera porque echaría de menos a los míos.

El sonido del mar es tan relajante, que decido sentarme en una roca apartada, cierro los ojos y me evado unos instantes de todo cuanto me rodea.

No sé el tiempo que paso así, hasta que decido volver a la cabaña. Si por mí fuera regresaría a la que me habían asignado, pero sé que tendría a Lorenzo todo el tiempo en la puerta esperando hasta que volviera con él.

¡Qué pesado se ha vuelto, por Dios! No le recordaba así, la verdad.

—¿Qué tal el paseo? —me pregunta nada más verme.

—Bien, muy relajada que estoy.

—Me alegro, porque tienes exactamente hora y media para arreglarte.

—Y, ¿se puede saber dónde vamos a ir?

—Ir, a ningún sitio. Nos traen la cena aquí, la disfrutaremos en la terraza.

No puedo evitar resoplar y poner los ojos en blanco mientras me acerco a él para entrar en la cabaña, y es que ese tono de ordeno y mando me tiene hasta las narices.

—Claro que sí, amorcito, enseguida me preparo para —me pongo de puntillas, con la mano sobre su pecho y susurro— dejar que me cenes esta noche.

Le veo abrir los ojos con sorpresa, pero es que, si quiere que juguemos a la señorita de compañía y el millonario, pues vamos a jugar. Que aquí una buena mano la puede tener cualquiera, así que, que se vaya preparando porque yo también puedo tener las cartas ganadoras.

Cuando llego al dormitorio me quedo parada al ver sobre la cama un bonito vestido blanco, largo y de tirante fino.

Miro hacia la puerta y resoplo, cabreada, porque al final el muy canalla se ha salido con la suya. ¿No le había dicho que no quería que me comprara nada?

Junto a la cama hay unas bonitas sandalias de tacón en color blanco, vamos que ha comprado el conjunto que me tengo que poner esta noche. Pues mira qué bien.

Duchada, con el pelo recogido en un moño estilo despeinado, un maquillaje natural y el conjunto que el señor ha dejado claro que quería verme puesto.

«Vamos allá, que esta noche no la olvidará en su vida» —dije para mí misma, cuando salía hacia la terraza.

La noche aún no había llegado del todo y en el cielo podían contemplarse los colores del atardecer despidiendo el día. Me encantaba disfrutar de esas vistas.

La mesa estaba preparada, con una vela en el centro y repleta de una gran variedad de pequeños platos con cosas que tenían una pinta deliciosa, pero no había ni rastro de Lorenzo, no sabía dónde podía estar, puesto que no lo había visto dentro de la cabaña.

—Estás preciosa, tal como imaginé cuando lo vi —su voz me llega desde atrás, así que me giro y le veo en la terraza, apoyado en la pared de la cabaña, con las manos en los bolsillos.

Camisa y pantalón de lino blancos, así va vestido él, y descalzo.

¿Por qué narices tiene que ser tan condenadamente sexy este hombre? Porque le odio y quiero que siga siendo así.

—No te quedas atrás, *Mr. Loren*, estás muy guapo esta noche —sí, tengo que ser cariñosa.

—¿Cenamos? —pregunta caminando hacia mí.

—Claro, tengo un poco de hambre, la verdad.

Retira una de las sillas para que me siente, cosa que hago sin protestar y con una sonrisa en los labios, falsa, por supuesto.

Sirve el vino en dos copas, me entrega una y antes de sentarse las hace chocar en un brindis mirándome fijamente a los ojos.

—Por nosotros, y por lo que vendrá después de esta semana —dice llevándosela a los labios para dar un sorbo.

Yo hago lo mismo y dejo que el sabor afrutado del vino me refresque. Que sí, que me he quedado con la boca seca al verle, ¿vale?

No es para menos, el puñetero es un bombón y está diciéndome “pruébame”.

La comida, deliciosa como siempre, el entorno, una maravilla, con el sonido del agua de fondo y el vino... Demasiadas copas me había tomado y es que Lorenzo no dejaba de llenarla cuando veía que se me estaba vaciando.

Por eso, por el puñetero vino, fue que se me ocurrió una maldad, una de esas de las que dices “ahora o nunca”. Y ahí que fui, toda dispuesta, a llevarla a cabo.

—Voy un momento al baño, enseguida vuelvo —le dije y, al pasar a su lado, deslicé el dedo

por su pecho lentamente hasta el hombro.

Entro en la cabaña, me refresco un poco el cuello en el baño, mentalizándome de la locura que estoy a punto de hacer y respiro hondo para volver, pero antes, cojo mi móvil y busco lo que necesito.

Camino despacio hasta él, que sigue sentado en su silla de espaldas a la puerta, me inclino y susurro junto a su oído sin que me esperara.

—Ya estoy de vuelta, mi amor —al menos el vino no me había afectado el habla.

Le doy un mordisquito en el lóbulo de la oreja y me alejo, dejando el móvil sobre la mesa con esa melodía sensual que había escogido y que me venía de perlas para mi siguiente numerito.

¿No quería jugar, el señor Andrade? Pues había comenzado el juego de esta noche.

—¿Qué vas a hacer, Julieta? —preguntó y creo que noté por su voz que se había puesto nervioso.

—Shhhh —le respondo llevándome el índice a los labios para que guarde silencio—. Tú, solo disfruta.

No digo más y al ritmo de la música empiezo a contonearme.

Poco a poco voy subiendo el vestido, dejando que se vean mis piernas y ahí está Lorenzo, disfrutando de las vistas que le ofrezco.

Mientras me muevo lo más sexy que puedo, ya que esto no lo he hecho en mi vida, voy quitándome horquillas del recogido y, una vez lo deshago del todo, me inclino hacia delante, dejando que la melena me cubra y en un rápido movimiento vuelvo a incorporarme pasando ambas manos por mi cuerpo.

Lorenzo lo debe estar pasando realmente mal, porque tiene la mandíbula tan apretada, que con suerte no se rompe los dientes.

Le doy la espalda, giro el rostro para mirarlo y me bajo lentamente uno de los tirantes y ahí ya le veo tragar saliva con dificultad.

Punto para Julieta, que tiene a Lorenzo a punto de caramelo.

Sonríó volviendo a subir el tirante y le digo que no con el índice, que no se emocione que no va a ver tanta carne.

Apoyo el pie en el asiento de la silla y mirándole a los ojos voy subiendo la mano por mi pierna mientras me mordisqueo el labio.

Cuando le doy una patada y dejo que caiga al suelo, veo que Lorenzo se levanta, me coge por la cintura y me lleva hasta la pared de la cabaña, donde me besa con una ferocidad que no le había visto antes.

¡Joder! Que no haga eso...

Me escucho gemir y siento sus manos apretándome las caderas, mientras sigue marcándome a fuego con sus besos.

Entrelazo ambas manos en su cabello, jugueteando con los mechones y me remuevo para acercarme a él, para notar más su cuerpo y entonces, para.

Lorenzo se queda mirándome, jadeando y con los ojos más oscuros que de costumbre, con esa neblina que deja el deseo.

—No pares —le pido, entre jadeos.

—Estando borrachos, no va a pasar nada. Quiero que los dos seamos conscientes de lo que hacemos.

—Me pagas para esto —digo frunciendo el ceño—, para besarme y que esté dispuesta a que me folles. Bien, ¡pues hazlo, maldita sea!

—No —me dice, apartándose un poco para después cogerme la mano y llevarnos hasta la habitación.

Le veo quitarse la ropa y yo me niego, así que como me obliga a meterme en la cama, lo hago con el vestido, solo me quito las sandalias.

Vamos, que si me quiere ver como mi madre me trajo al mundo, que me lo quite él.

Me acuesto como la noche anterior, mirando hacia el lado contrario al suyo, pero enseguida le tengo pegado a mi espalda, abrazándome.

Me remuevo, tratando de escapar de entre sus brazos, pero no hay manera de que me suelte.

—¿Podrías despegarte de mí? Que das calor, ¿sabes? —grito enfadada.

—No voy a soltarte, Julieta. Esta noche sí que no dejo que duermas en la otra punta de la cama. Buenas noches, preciosa.

—Lo que me faltaba, ¡más calor para mí! ¡Qué suerte, de verdad! —protesto, pero no se aleja. Pues nada, a dormir.

O, al menos, intentarlo, porque con la tontería del bailecito y ver el modo en que me miraba, me ha dejado peor de lo que imaginaba.

Mañana será otro día y quién sabe, si es él quien quiere tema... se va a quemar, pero de las ganas porque a mí no me toca. Que no, que no. ¡Vamos que no le dejo!

Capítulo 7: Lorenzo



Desperté abrazado a ella que me miraba sonriendo...

—Buenos días, *Mr. Loren* —sonrió de forma más amplia.

—Buenos días, preciosa —murmuré mientras me acercaba a besar su frente.

—Ayer me hiciste una cobra sexual —arqueó la ceja aguantando la risa.

—Sabes que no, pero en ese estado preferí no hacer nada.

—Te va a salir caro lo que vas a pagar por no aprovechar la compañía.

—Bueno, con tenerla a mi lado, me siento afortunado.

—Tienes los días contados.

—Soy consciente, intentaré aprovecharlos lo mejor que pueda.

—Quiero desayunar —se pegó a mí, y ante mi sorpresa, me besó la mejilla.

—¿Aquí o en el *resort*?

—Aquí, pero en las hamacas de la orilla...

—Ahora mismo —cogí el teléfono de la mesita y ordené el desayuno para nuestro trozo de playa.

Ella entró al baño y se cambió, luego hice lo mismo, ducha incluida y salimos afuera, que ya nos habían dejado la mesa preparada con el desayuno.

Julieta estaba distinta, más calmada, no quería pensar que fuera por el pacto, sino porque una parte de ella deseaba volver a estar a mi lado, me daba mucho miedo encontrarme con la realidad del asunto al regresar y que todo se desvaneciera de forma fulminante, pero a ello me tenía que arriesgar.

Desayunó en un silencio extraño, pero pronto lo aclaró cuando me dijo que tenía un dolor de cabeza impresionante por la resaca.

No tardé en levantarme, entré a la cabaña a por una pastilla para que se la tomara con el zumo, la verdad es que tenía mala cara ya que el día anterior nos bebimos hasta el agua de las macetas.

Sirvió otro café para los dos, se deshizo del caftán blanco con que se cubría, me quedé maravillado con ese trikini que llevaba de crochet en beige, era una preciosidad y le quedaba de infarto.

—¿Y hoy que nos espera? —preguntó quitando un cigarrillo de mi cajetilla, cosa que me sorprendió porque jamás la había visto fumar.

—Pues había pensado en perdernos por la otra cara de la isla.

—Sí, es buena idea, así descubrimos algo más que el paradisíaco lado hotelero —sonrió.

Se bebió el café y se adentró en el mar, tan sexy con ese trikini que me había puesto a mil por hora. ¡Cómo le quedaba!

Me quedé observando cómo se fumaba el cigarro allí sentada en la hamaca sobre el agua,

mirándome, haciéndome muecas y yo, bueno yo moría de amor.

Hizo un gesto para que le llevara el cenicero de plástico con forma de cucurucho. Allí fui, pero le exigí un beso en los labios antes de dárselo y me lo dio, no sé si de corazón o por el pacto, pero me lo dio.

Me senté junto a ella mirando hacia la cabaña y la jungla que se veía atrás, era apasionante aquello, unas vistas que enamoran y típicas de una estampa de las *Seychelles*, pero era real, hasta con las piedras negras gigantes a un lado y todo lo tenía ahí, ante nosotros.

—Tato, me encanta este lugar.

—¿Tato? —La miré arqueando la ceja esperando a que me respondiera qué significaba eso de llamarme Tato.

—Tato, claro. Tato, ¡me lo coges con las dos manos! —se echó a reír—. Es broma —se puso la mano en el pecho mientras las carcajadas se debían escuchar desde cualquiera de las islas de alrededor—. Fuera de bromas, te explico lo de Tato —asentía con la cabeza intentando aguantar la risa, pero no había forma.

—Mira, voy a ir a por dos copas de vino para que no perdamos el ritmo —le hice un guiño y luego me mordisqueé el labio mientras reía y negaba—. Ahora vengo y me cuentas.

—Vale, Tato, recuerda traer la... —se dobló de risa y no podía terminar. Se puso a señalar a las hamacas y la mesa.

—Quieres que traiga la bandeja flotante —se llevó las manos a la boca como diciendo que un cigarrillo, pero no podía parar de reír.

—Tranquila, voy a traer hasta condones —le hice un guiño y me giré.

—¡No tienes cojones! —grito riendo a mi espalda. Que no tenía cojones...

Entré a la cabaña, cogí el vino con la cubitera y el hielo, luego un preservativo, además de las dos copas, salí y cogí la bandeja que estaba encima de la mesa con el tabaco, coloqué todo ahí bien puesto y me adentré en el agua colocando la bandeja delante de ella.

—Has traído el preservativo...

—Y te voy a follar —serví las copas.

—¿Me vas a follar, o me vas a hacer el amor?

—Por cincuenta mil euros, te voy a follar como loca —quería bromear, aunque de que iba a pasar estaba seguro, pero no me gustaba hablar con ella de esa forma, yo la amaba, pero era lo mejor para seguir su juego, según ella todo era por el pacto.

—Vaya, veo que estoy de suerte, me gano cincuenta mil pavos y encima me van a poner mirando para Las Maldivas.

—¿Te gustaría ir a Las Maldivas?

—¡Hombre claro! y a Mauricio —sonrió cogiendo su copa.

—Si quieres te llevo... —Me mordisqueé el labio.

—¿Cagándome en tu vida o de acompañante por otro suplemento?

—Lo tendría que pensar, puedo aprovechar bien estos días aquí y luego llevarte en plan borde, ya me lo pensaré.

—No creo que te apetezca ver a la Julieta que hay ahora dentro de mí —hizo un gesto ladeando su cara.

—Bueno, iremos improvisando —me acerqué a ella, metí mis manos por su cuello y la miré fijamente—. Me cueste lo que me cueste, te volveré a ver sonreír y yo seré el motivo de ello, no lo olvides —la besé.

Fue un beso fuerte y corto, sin lengua, sus labios contra los míos y un único mensaje. “Iba a

luchar por ella todos los días de mi vida”

—Tato, una pregunta... —Cogió su copa ignorando lo que había pasado.

—Dime, preciosa.

—Imagina lo mal que lo he pasado —su cara era seria y estaba metida en el papel, se le notaba por los gestos, pero como la conocía sabía que iba a salir por algún lado.

—Lo se...

—Y ahora, de repente, el trabajo de mis sueños y unas vacaciones maravillosas a cuerpo de reina. No obstante y, por si fuera poco, a la vuelta me esperan cincuenta mil euros en la cuenta.

—Así es...

—¿No es posible que dada la rapidez de mi incorporación al trabajo debido al estado en el que me encontraba, me pudieras adelantar el mes de vacaciones del año que viene aprovechando que tendré dinero y me podré tomar unas semanas sabáticas por el mundo? —sonrió con ironía.

—Todo se puede negociar... —Me acerqué a ella que seguía sentada sobre la hamaca y me puse entre sus piernas, el agua me llegaba por las caderas, tenía el momento perfecto para hacerla mía.

—Y, ¿de qué depende? —Se abrió más aún para que yo me pegara bien a ella, eso me puso más excitado de lo que ya estaba.

—Digamos que puedes viajar por el mundo, pero con mi absoluta compañía...

—Describe lo de absoluta.

—En el momento que termine el viaje, tienes dos días libres y te incorporas a trabajar, así que durará el tiempo que tú quieras, máximo un mes.

—¿Y quién paga todo? En algo tengo que salir beneficiada.

—Yo, te pago y no gastarás nada de lo que vas a cobrar a la vuelta.

—¿Y no me darás un suplemento por aguantarte un poco más? —volteó los ojos.

—Ya veremos... —Me volví a acercar a ella y la besé con intensidad.

Le deshice el nudo del cuello y cayó hacia abajo dejando sus pechos al descubierto, los miré sin poder creer que ahí estaban para mí, llevé mis manos hacia ellos y los apreté con fuerza.

La eché hacia un lado e hice que se tumbara boca arriba y se acomodara, comencé a bajarle el trikini, ella no se negaba, incluso estaba sonrojada y con esa sonrisa pícara mientras ponía de su parte para ayudarme a deshacerme de él.

Recogí sus rodillas y las abrí para que quedara expuesta ante mí, parecía relajada y eso me gustaba.

No dude en llevar mi mano hacia su vagina, para luego comenzar a mover los dedos a lo largo del interior y exterior, donde sabía que la iba a hacer enloquecer.

Comencé a tocarla sin miedo, con ganas, pellizcaba sus pezones mientras los dedos de mi otra mano la hacían explotar de placer, se encogía mientras gemía y respiraba muy agitada, no tardó en llegar al orgasmo, se notó que estaba de lo más sensible.

Me puse encima de ella y la abracé mientras la besaba, además le daba tiempo para que se repusiera, tocaba la segunda parte, esa que me llevaría de nuevo a adentrarme en ella.

La levanté después de ponerme el preservativo y quedar como ella, desnudo en medio de ese mar, puse sus manos en el palo de madera en el que se sujetaban las hamacas, levanté sus caderas y me agarré a ellas...

La penetré mientras ella soltaba un pequeño chillido, le pregunté si estaba bien y por su respiración al decir que sí, me quedé tranquilo y comencé a hacérselo, tenía la sensación de que iba a desmayarme de placer, pero todo era por el contacto de su piel, esa que me volvía

salvajemente loco.

Cuando terminamos ella se tiró en la hamaca haciéndose la desfallecida, yo me quité aquel preservativo y me quedé así, desnudo como ella, aprovechando para echar otras dos copas de vino.

—Tato... ¿Cuándo nos vamos a Las Maldivas? —preguntó causándome una preciosa sonrisa que se me escapó desde el alma.

—Pues dentro de cuatro días. ¿Qué te parece?

—¡Joder! Pero, ¿es en serio? —Se incorporó interesándose por la posible opción.

—Claro, luego pondré *e-mails* para que lleven mi parte, pues les diré que no sé cuándo volveré, que estoy en unas eternas vacaciones —le hice un guiño.

—¿Y mi puesto quién lo cubre? —Se puso las manos a cada lado.

—Tranquila, seguro que habrá alguien que lo haga, ya me encargo yo de avisar.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar para conseguirme? Te recuerdo que no te hagas ilusiones, pues puedes ponerme el mundo en las manos, que cuando volvamos...

—Me vas a amar con toda tu alma.

—¡Estás loco! —se río negando.

—Bueno, no pensemos en nada, dentro de cuatro días vamos para allá e iremos improvisándolo todo. ¿Qué te parece?

—¡Mauricio, Mauricio! —Bailaba sentada levantando sus manos.

—Puede... Ya veremos en Las Maldivas.

—Te la chupo todos los días —sonrió.

—Y dale... —me eché a reír y di un trago mientras negaba.

—Te podrás quejar de mi disponibilidad y eso que no te mereces...

—Pago por ello —le hice un guiño.

—Eres un cabrón —soltó riendo.

—Lo era, ahora soy otro...

—Bueno, tarde, pero me alegro por ti, te irá mejor la vida.

—A tu lado, no se te olvide.

—No se te olvide a ti, que antes muerta...

—No apuestes tan alto.

—Ya lo veremos...

La agarré de las manos y la abracé, estaba diciéndome que no iba a tener nada conmigo, pero eso lo decía su boca, su corazón sabía que me pedía a gritos que no la dejara nunca más y es que sus ojos hablaban lo que sus labios erraban.

Era justo eso de llevarla unos días más por ahí, se merecía ahora unas vacaciones por todo lo alto después de lo mal que lo había pasado y, sobre todo, me necesitaba a su lado haciéndole un poco más fácil su día a día y eso es lo que pretendía, cuidarla tanto, que pudiera sanar una gran parte de sus heridas.

Seguíamos desnudos en ese mar que se vestía de belleza solo para nosotros, tomando esas copas, en una mañana que se estaban dibujando corazones sobre el cielo, al menos a mí me lo parecía, eso y que estaba que moría de amor por aquella mujer que era un precioso regalo para mi vista y para mi vida...

Estuvimos ahí toda la mañana hasta que decidimos irnos a comer al otro lado de la isla, donde estaban los autóctonos, donde la vida era más real y diferente, a perdernos entre ellos y sus costumbres diarias, sus bares, sus playas, sus mercados...

La agarré de la mano y cogí uno de los carritos de *golf* que había para los huéspedes y nos fuimos hacia allá.

—¿Puedes ir más lento, que me vas a matar?

—Pero si esto no va ni a diez por hora —reí.

—Tú me quieres asesinar para no pagarme lo que me debes —se persignaba.

—Bueno, no es eso precisamente... —carraspeé mirando ya la entrada a ese otro lado de la isla donde la vida de su gente recobraba otra esencia.

Había una calle entera de bares, tiendas de comestible, de artesanía de ellos y esa misma daba a callecitas que daban a la playa donde había unos cuantos bares tipo chiringuito.

Aparqué a un lado donde había más carros del hotel y nos pusimos a pasear por esa calle que estaba de lo más animada, tanto de turistas como de gente local.

—Se me olvidó traer mi monedero para comprar cosas —se quejó queriendo volver a la cabaña y la cogí del brazo antes de que se volviera a montar en el carrito.

—Ya traigo yo la mía.

—No quiero que me pagues nada.

—Ah, ¿no? ¿Ni Las Maldivas?

—Eso sí —se rio—. Pues nada, haré totalmente como en *Pretty Woman*.

—De eso se trata.

—Lo malo que luego pasa algo y te lo tengo que devolver todo de nuevo y me quedo sin nada.

—Jamás me tendrás que devolver nada y, te digo más, todo lo que compres está dentro del pacto, así que no será regalado, será un plus por aguantarme —la abracé y besé la sien mientras caminábamos.

—Visto así... ¡Mola!

—¿Me prepara uno? —pregunté a un hombre que iba con una cestita de cocos.

—Claro, señor.

Con ese machete y su habilidad, en menos que canta un gallo ya estaba en nuestras manos con dos cañitas incluidas.

Le pagué y seguimos caminando mientras ella se hizo un *selfi* para que quedara la instantánea del momento coco, era como Estíbaliz.

Nos dirigimos a la orilla de la playa, nos sentamos ahí con el coco a hacernos más fotos y a comernos a besos, hoy estábamos los dos que nos pedíamos a gritos y eso se notaba.

Después nos acercamos a una barca que la usaban a modo de barbacoa en la que estaban haciendo pescado a la brasa y olía que alimentaba, pedimos un plato (que te lo daban de plástico), estábamos en la otra cara del lujo, pero no por eso menos atractiva, comerlo en la arena con una cerveza de lata bien fresquita comprada a uno de los tantos vendedores que pasaban por allí, aquello tenía su punto.

La noté que se quedó pensativa y triste mientras comía, fue como un cambio de repente, casi pude ver el dolor en su mirada perdida y me dolía que fuera recordando aquello que le hice cuando menos se lo merecía.

Me daba miedo preguntarle, me dolía saber que un sí era la respuesta, me jodía mucho verla sufrir por mi culpa, por aquel daño innecesario que le causé. ¿Qué podría hacer un ser humano para calmar todo ese dolor que provocó?

—¿Estás bien?

—Intento...

—Ey —me pegué a ella más y la abracé a pesar de tener los dedos llenos de la pringue del pescado.

—No es fácil olvidar tanto en tan poco tiempo, lo intento, pero no es fácil y me desgarran por dentro.

—Siento tanto todo...

—Más lo siento yo, ¡maldita sea! —Se echó a llorar y la abracé más fuerte aún.

Lloraba sin consuelo como una niña pequeña y eso era como si me clavaran puñales en el pecho. Aparté el plato y las cervezas, la levanté y me la llevé hacia el agua a darnos un baño, allí nos abrazamos con fuerza.

—Te juro que me voy a dejar la vida en intentar que vuelvas a sonreír de verdad.

—No quiero creerte, esto...

—No lo digas, por favor. Esto va a ser el principio de algo de verdad.

—No, ya no quiero seguir creyendo en nada.

—Pues vive el momento, el paso de los días te dará todas las respuestas que necesitas.

Se me comenzaron a caer las lágrimas y terminamos llorando los dos, abrazados, ahí en el agua, sabiendo que todo se estropeó y que ahora por mucho que lo intentáramos, la brecha estaba ahí.

Volvimos a salir y me hizo gracia que me mandara con esa tristeza a por otro plato de pescado. Así era mi bipolar, con su esencia en todo su esplendor.

Pasamos un buen rato en esa playa y luego volvimos a pasear por esa calle llena de tiendas, le compré un colgante al que miró con detenimiento, era precioso, un cocotero de plata y un cordón de cuero.

Luego nos metimos en un bar local que tenía una terraza sin mesas, pero con una especie de barriles para apoyarse, sonaba música *reggae*, nos pedimos unos cócteles que eran a base de coco y estaban muy buenos, eso sí, llevaba bastante ron y subía el jodido.

Pasamos la tarde de bar en bar por esa zona, nos gustaba ese ambiente que nada tenía que ver con el *resort*. Vivir las dos caras de la isla era de lo más emocionante, pero claro, un coctel lleva a otro y a otro, hasta que sube de forma fulminante y ya íbamos finos.

—Yo conduzco para atrás —decía refiriéndose para llevar el carro hasta la cabaña.

—No sé yo si será buena idea.

—Del suelo no vamos a pasar —dijo montándose en el lado del volante y arrancándolo sin discutirlo.

Me senté al lado y me persigné, cuando cogió carrerilla yo solo vi a los viandantes echarse a los lados y hacernos gestos de que estábamos locos.

Casi mete el coche en la cabaña, con eso lo digo todo, no había visto el peligro más cerca en mi vida.

Encima entró tirando el caftán y el trikini al suelo y metiéndose en la cama como Dios la trajo al mundo, tumbándose boca arriba y abriendo sus brazos para que me echara sobre ella.

—No me digas que hoy no me lo haces en este estado...

—No, no te lo diré —sonreí recostándome encima de ella.

Y comencé a lamer cada recodo de su piel mientras ella se sujetaba al cabecero de madera que tenía barrotes, chillaba como loca, estaba viviendo ese momento con intensidad y lo estaba disfrutando.

No la toqué con un solo lado, mi lengua y mis labios fueron los causantes de un brutal orgasmo que debió escucharse en toda la isla.

Entré un momento al baño y cuando salí me la encontré durmiendo. ¿Quién era el guapo que la despertaba para rematar la faena?

Sonreí y me puse junto a ella, no tardó en girarse y hacerme el *sándwich*, a mí me encantaba que se acomodara conmigo de aquella manera.

Me entristecí al recordar aquel momento en el que se quedó pensativa en la playa, estaba llena de dolor y detrás de esa bipolar y alocada mujer, había una persona que estaba rota en mil pedazos, esos que ahora yo tenía que recomponer.

Capítulo 8: Julieta



Lo de despertarme entre los brazos de Lorenzo, al final se iba a convertir en costumbre, pero es que en el fondo me encantaba.

Sentirle tan cerca era algo increíble, aunque seguía odiándole como hace meses.

Lo malo de todo es que el muy canalla se estaba gastando el dinero de nuestro pacto tan ricamente y ayer al final caí.

Que sí, que yo lo provoqué la noche anterior para que hiciera conmigo eso para lo que me pagaba, pero quería que estuviéramos los dos en plenas facultades mentales, nada de alcohol de por medio.

Pues ayer no hubo alcohol, ni la primera vez en el agua, donde tal como dijo me folló como a una loca, y después nos quedamos allí desnudos, bajo la luz de la luna, ni la segunda en la cabaña. La borrachera vino después.

Otra mañana de resaca, y ya van dos.

Abro los ojos y veo a Lorenzo mirándome, sonrío y se acerca para darme un beso rápido en los labios.

—Buenos días, preciosa —me dice acariciándome la mejilla.

—Buenos días, Tato.

—¿Sigues igual? —pregunta frunciendo el ceño.

—Y lo que te queda. Me voy a la ducha.

Me levanto de la cama, pero lo hago tan rápido que me da un mareo y casi me caigo de nuevo a la cama.

Me recupero y así, desnuda como mi madre me trajo al mundo, me paseo por delante de la cama para ir al cuarto de baño, ante la mirada lujuriosa de Lorenzo, al que veo morderse el labio.

Abro el grifo y dejo que la temperatura se regule hasta el punto que a mí me gusta, templadita tirando a fría cuando hace calor.

Cierro los ojos y dejo que el agua se deslice por mi cuerpo, apoyo la frente en la pared y vuelvo a recordar la noche que he pasado con Lorenzo.

Me muero de vergüenza y me recrimino por haber llorado delante de él, por los kilos que he cogido en este tiempo.

Tenía que hacerme la fuerte, pero el alcohol me llevó hasta ese punto en el que me rompí por completo.

Noto las lágrimas caer y procuro no sollozar porque no quiero que Lorenzo me oiga. Bastante vergonzoso fue lo de anoche.

Me sobresalto al sentir sus manos en las caderas, me giro y él me recibe con un beso de esos que te hacen sentir mil cosas.

Una de ellas, que es un gesto que hace de verdad y no porque me esté pagando por ello.

Me estremezco al contacto con las yemas de sus dedos por mi cuerpo y me parece increíble

que siga teniendo ganas después del maratón de anoche.

Le aparto un poco y cuando consigo respirar le miro con el ceño fruncido.

—¿Es que no me vas a dejar ducharme tranquila? —pregunto cruzándome de brazos.

—Para eso he venido, para que nos duchemos juntos.

—¡Ah, no! Ni hablar del peluquín, machote. ¿No tuviste bastante anoche? Mira, que tengo yo eso que... —Me callo en cuanto le veo esa sonrisa de medio lado. Si es que me busca y al final, me encuentra.

—Venga, uno rápido —me susurra en el oído antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja.

La madre que lo parió, pues sí que tiene energía. ¿No le dolerá la cabeza como a mí?

Lorenzo sigue jugueteando con pequeños mordisquitos por el cuello, bajando hasta el hombro, subiendo y bajando la mano por la parte interna de mi muslo, rozándome levemente con la muñeca en mi sexo.

Y en qué hora empezó a hacerlo, porque esto es una puñetera tortura.

—Para, estate quieto. Deja que me duche que hay que desayunar. Tengo hambre —insisto, pero siendo sincera mi voz no suena demasiado convencida. Madre mía, estoy perdida.

—Yo también tengo hambre —murmura entre besos hasta que llega a mis labios y los muerde—, pero de ti.

Me besa con pasión, dejando mordisquitos en el labio y me pega más a él, aferrándose a mis caderas, de modo que noto su erección contra mi vientre. ¡Madre del amor hermoso! Sí que se ha levantado contento el soldadito.

Deja mis labios y me mira fijamente mientras se inclina para hacerse con uno de mis pechos, dando una rápida lamida con la punta de la lengua en el pezón para después llevárselo a la boca.

Noto esa punzada de deseo en mi centro, en el lugar que, a pesar de lo dolorido que está por la actividad de anoche, sigue queriendo que le den atenciones.

No ha perdido contacto visual con mis ojos en ningún momento y cuando tengo el pezón lo suficientemente endurecido y sensible para el gusto del señor, le da una leve caricia con la punta de la lengua y va a por el otro.

Cierro los ojos, arqueo la espalda y jadeo cuando los labios de Lorenzo se cierran alrededor de mi pezón, mordisqueándolo y tirando de él consiguiendo que un grito, mezcla de dolor y placer, salga de lo más profundo de mi ser.

—Te quiero ahora, Julieta —dice abriéndome las piernas con una de sus manos y cubriendo mi sexo con la mano, que desliza de adelante atrás lentamente.

Joder, si hasta yo le quiero ahora mismo, dentro de mí y a ser posible rápido, como anoche.

En una de esas lentas caricias con la mano, desliza el dedo en mi interior, despacio y me besa. La mueve de adelante atrás, penetrándome, consiguiendo que mi cuerpo tiemble con ese contacto y el baile de lenguas que hay en nuestras bocas, jugando a huir y volver a encontrarse.

Me aferro a sus hombros, apretando tan fuerte que seguro acabará con la marca de mis dedos en su piel.

Sigue torturándome con ese movimiento cadencioso, haciendo que le necesite más con cada tortuosa caricia.

Le agarro del pelo y tiro de él al tiempo que muevo las caderas para ir al encuentro de su mano. Al darse cuenta de lo que quiero conseguir, noto en mis labios que sonrío y aumenta el rimo.

Me muevo al compás de su mano, buscando aquello que quiero, que toque ese punto exacto que me haga enloquecer.

Y lo hace. Con maestría, como siempre, me lleva al orgasmo mientras grito y jadeo entre leves sacudidas de mi cuerpo.

Se apodera de mis labios, me coge por las caderas para que le rodee la cintura con las piernas, me pega a la pared y de una sola estocada entra en mí.

Se abre paso en mi interior con cada embestida, rápida y fuerte, como él necesita en este momento, como yo quiero.

Vamos el uno al encuentro del otro, dándonos por entero, entregando cada beso, cada caricia, buscando el placer que bien sabemos solo nosotros podemos darnos.

Porque me hizo daño como nadie, pero sabe dónde y cómo tocar para que mi cuerpo reaccione a él.

Lorenzo aumenta el ritmo aún más, sé que está llegando a ese punto de no retorno, igual que yo. Rompo el beso le miro a los ojos, quiero perderme en ellos mientras le doy lo que me pide sin palabras.

A mí, por entero y sin reservas.

Arqueo la espalda, siento ese cosquilleo que me recorre por entera y cuando noto que va a acabar al mismo tiempo que yo, me agarro a él clavando las uñas en sus hombros hasta que me dejo llevar, estallando en un intenso orgasmo, pero Lorenzo sale de mi interior mientras estoy con los últimos coletazos.

—¡No pares, joder! —grito tirándole del pelo, pero le escucho gritar cuando apoya la frente en la pared y noto cómo se sacude su cuerpo.

Entonces caigo en la cuenta, no traje preservativo, por eso ha salido tan rápido, para acabar fuera, donde no hay peligro.

—Lo siento, no podía hacer otra cosa, preciosa —me dice con la respiración entrecortada antes de besarme.

—Pues, para la próxima, te esperas para hacer estas cositas en la cama, o en el sofá.

—El sofá, ¿eh? —pregunta, con esa sonrisa de diablillo que me mata.

—¡Ya! Sal, que quiero ducharme.

—Venga, que te enjabono.

—¡Que te vayas, coño! —grito, intentando conseguir que salga, pero nada, él se ducha tranquilamente mientras yo le observo y resoplo, desquiciada como me tiene.

Cuando al fin me deja sola, disfruto de mi momento de relax, de esa ducha que necesitaba para despejarme, aunque después del encuentro que acabamos de tener, estoy un poquito más relajada, pero solo un poquito.

Salgo solo con la toalla y veo que está terminando de vestirse, me mira con una sonrisa, se acerca y cogiéndome por la nuca me besa como si fuera un hombre sediento en mitad del desierto.

—Tengo que ir a la recepción, una llamada urgente —me dice sin dejar de mirarme—. Tienes el desayuno en la terraza.

—¡Pues mira qué bien! Así me deshago de ti un ratito. Ale, vete que llegas tarde —digo mientras le doy empujoncitos para que salga de la cabaña.

—Intentaré no tardar mucho.

—¡Nada, tú tranquilo! Puedes tomarte tu tiempo, que cuanto menos estés conmigo, mejor. Así me dejas respirar.

—No puedes estar sin mí y lo sabes —susurra acariciándome la mejilla.

Me quedo mirándolo, porque en el fondo, pero que muy en el fondo, sigo sintiendo algo por

él, aunque no quiero sentirlo.

—¡Vete! —grito pasando por su lado para salir a la terraza.

Le escucho reír a carcajadas mientras me deja sola y cuando estoy en la terraza respiro hondo.

Me siento a disfrutar de mi desayuno con estas magníficas vistas, pensando en cuánto ha cambiado mi vida este año, en apenas unos meses.

Escucho sonar mi teléfono y corro a cogerlo, pero llego tarde porque ya se ha cortado.

Veo que era mi Pepita Grilla. Si le cuento a Marina el acuerdo al que llegamos, seguro que me da una buena bronca.

Decido mejor hacerle una videollamada y así mostrarle el paraíso que tengo delante.

—¡Hola! —saluda ella sonriente.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, pero echándote de menos, hija, que mis descansos para el café no son lo mismo sin ti.

—Marina, que has estado meses sin que desayunara contigo en esa cafetería.

—Ya, pero iba a tu casa a verte —me dice encogiéndose de hombros.

—Vale, aceptamos barco.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué tal por allí?

—De maravilla, esto es el paraíso. Mira —le digo al tiempo que giro el móvil y le enseño el mar que tengo enfrente.

La escucho dar un gritito y después soltar no sé cuántas cosas entre emocionada y maldiciéndome.

Entre sus perlas más finas hay algún “qué perra con suerte, joder”, que me hace reír a carcajadas.

—Vamos, que tienes un trabajo que es un chollazo, guapa.

—Marina, tengo que contarte algo, pero, por favor, no se lo cuentes a mi madre. Ni a Susy, aunque posiblemente ella ya sepa la verdad —le pido volviendo a sentarme.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

Y le cuento todo, desde el primer día que llegué ilusionada por el trabajo que me habían encargado, el momento en que me encontré a Lorenzo, su cara al pedirme perdón. Lo arrepentido que le vi y la locura que dije a la que él aceptó sin pensar siquiera.

—Pero, ¡qué me estás contando! —grita cuando acabado.

—Lo que oyes, que era toda una artimaña suya, pero el “coliquitos” me las paga, te lo digo yo. Cuando vuelva a España le arranco los pelos.

—Hija, encima de que se preocupa por ti. Al final hasta va a ser un buen tío y todo.

—No le justifiques —la regaño, señalándola con el dedo.

—No lo hago, pero no me digas que no fue un buen gesto por su parte. Ese chico te quiere o, al menos, te tiene cariño porque eres como su hermana pequeña.

—Pero me ha mentido, los dos lo han hecho. ¡Qué coño! Todo el mundo, hasta mis jefes de la revista. ¿Tú lo ves normal? —pregunto cruzándome de brazos.

—Pues sí, porque si yo fuera una milloneta como tu Lorenzo, te habría dado un puestazo en mi cadena de hoteles.

—¿Hoteles? —pregunto riendo.

—Hija, es lo primero que me ha venido a la mente, pero vamos, que si quieres puedo decir que tendría una guardería montada.

—¡Calla, calla, que con tres tenemos bastante! —digo ya sin poder aguantarme la risa.

—Pues mira que estoy pensando en ampliar la familia...

—¡Hostia! Me voy unos días y ya piensas en darme otro sobrinito.

—Sobrinita, que yo tengo claro que quiero una niña —me dice toda convencida.

—Pues yo... me gustaría la parejita. Así lo tenemos todo fácil, mi niña para uno de los trillizos, y el niño para tu princesita.

—¡Claro! ¿Ves? Si al final nos tenemos que poner pronto al lío, que si no estos tres van a ser muy mayores y luego para tu chiquitina van a estar muy resabiados en temas de adultos. Por cierto, ¿en serio que no te ha dejado ni ducharte? —pregunta tratando de controlar la risa.

—No, pero se ha duchado él ahí, mientras yo esperaba, con todo su cuajo. Y no te digo cómo tengo yo el asunto, que como siga poniéndome mirando a Las Maldivas tan seguido, vuelvo a casa lista para comprarme un caballo.

Marina no puede evitar la carcajada y yo tampoco, porque nos imaginamos las dos cómo me vería andando en plan *cowboy*.

—Me alegra verte sonreír, Julieta —me dice, ya más calmada y veo esa sonrisa sincera tan suya.

—¿Sabes? En el fondo yo también me alegro de volver a hacerlo. Lo pasé muy mal.

—Lo sé, cariño y... no te enfades, ¿vale? Pero creo que ese hombre de verdad te sigue queriendo.

—Marina...

—No, déjame hablar, por favor —me pide y yo tan solo asiento—. Dices que ha orquestado todo esto solo para pedirte perdón.

—Sí —respondo cuando ella lleva en silencio un tiempo.

—Nadie hace eso, cariño. Ningún hombre sería capaz de dar un trabajo a su ex pareja con un sueldo y la posibilidad de viajar. Y no digamos ir al otro lado del mundo solo para conseguir su perdón.

Sé que tiene razón, de verdad que sí, pero no quiero sufrir otra vez, por eso esta coraza contra él, y un pacto que no tiene vuelta atrás.

—Oye, disfruta del momento, nada más. Eso sí, le puedes putear un poquito mientras estéis allí —me dice guiñando el ojo.

Reímos y charlamos de los trillizos, que han preguntado por mí tantas veces que hemos quedado en que haremos una videollamada para hablar con ellos en cuanto ella pueda.

Me despido de mi amiga y veo llegar a Lorenzo, así que, tal como me ha dicho ella, voy a disfrutar y, de paso, putear a mi jefe.

—¡Pero si ya ha llegado mi Tato! —grito, levantando las manos a modo de recibimiento.

Él sonríe, negando con la cabeza, se inclina y le recibo con un beso.

—¿Ha pasado algo grave, amorcito?

—No, era una llamada de un cliente que necesitaba localizarme —responde sentándose en la silla que hay a mi lado, y allá que voy yo con él.

Me levanto sin perder la sonrisa para sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

Jugueteo con su pelo y él me acaricia la espalda, subiendo y bajando despacio, disfrutando el momento.

—Me alegra que ya estés aquí —le digo, en tono meloso.

—¿En serio?

—Sí, y quiero que te quedes aquí, sentadito en la silla, disfrutando del sonido del mar,

mientras organizo la comida.

—¿Esto es algo así como una sorpresa? —pregunta, entrecerrando los ojos.

—Exactamente. Hoy, Tato, voy a mimarte. Recuerda, somos como *Vivian* y *Edward* —susurro en su oído, dejándole un beso en el cuello.

Me pongo en pie y voy hacia el restaurante del *resort*. Se supone que yo estoy aquí para hacer un artículo y que debo ver las instalaciones y probar todo tipo de comida.

Pues nada, hoy no damos un capricho a lo grande.

—Hola —saludo a la chica de recepción que me recibe con la sonrisa blanca y perfecta. Ya la quisiera yo, en fin—. Querría que nos preparasen un menú especial, ¿podrías avisar al director?

—Claro, enseguida.

Muy servicial, llama por teléfono al director que apenas tarda unos minutos en llegar. Vamos, que la muchacha le ha dicho que está aquí la churri del millonitis caprichoso y ha perdido el culo por recibirme.

—Señorita Molina, ¿en qué puedo ayudarla?

Le cuento lo que quiero y me lleva directamente a la cocina para que me encargue yo misma de supervisar la elaboración de cada plato.

Me siento como uno de esos cocineros con estrellas *Michelin*, a los que sus empleados les obedecen en todo lo que hacen entre fogones.

Me paso allí casi toda la mañana, especificando bien que al señor Andrade le sirvan los platos azules y a mí los blancos.

Vuelvo a la cabaña y veo a Lorenzo revisando el móvil, seguro que está cotilleando en las redes sociales de su hermana.

Cuando nota mi presencia sonrío, lo deja en la mesa y se pone en pie para recibirme con un beso y un abrazo.

—Ya pensaba que habías pedido que te llevaran en helicóptero fuera de aquí —dice cuando me aparto.

—Pues casi, pero estábamos ya a punto de despegar cuando he recordado que tenía aquí el pasaporte.

—Vaya, pues qué mala suerte —noto sus brazos rodeándome por la cintura desde atrás—. Tendrás que quedarte aquí hasta el último día.

—Sí, hijo, sí. Un suplicio contigo todo el tiempo pegado como una lapa. Anda, vamos a la mesa que están a punto de traer la comida.

—¿Qué tenemos de menú?

—Sorpresa, sorpresa —respondo guiñándole un ojo.

Y tanto que sorpresa, cuando pruebe las *delicatessen* que le van a poner delante...

No tardan en venir varios camareros con todo lo que he indicado que prepararan.

Van colocando los platos en la mesa y llega la guinda del pastel, una botella de *Moët Chandon* que dejan en la cubitera con los hielos, que después de tanto manjar hay que brindar con un buen champán.

Nos quedamos a solas y empezamos a comer. El entrante está delicioso, el mío, por supuesto, porque el suyo... digamos que nos hemos pasado un poquitín con la sal.

—Joder qué salado está —se queja después de dar un sorbo a su copa de vino.

—¿Sí? Igual es que estás acostumbrado a tomar las comidas con menos sal.

—Tal vez este plato sea así —y lo dice tan convencido, ¡qué mono!

Vamos a por el primer plato...

Una ensalada de frutos de mar con un rico pescado. Y sí, aquí la guinda del pastel es que en el aderezo le hemos puesto ajos, pero en cantidades que seguro que harían morir a un vampiro si le hablas a unos pasos.

—Dios, ¿esto tiene que llevar tanto ajo? —pregunta y yo me encojo de hombros—. Verás que noche, me voy a tener que lavar los dientes veinte veces para quitarme este pestazo.

—No eres exagerado ni nada, madre mía.

No se queda muy convencido, pero se lo come, casi todo, aunque desde luego que tanto ajo, no hay persona que lo aguante.

¡Y venga beber vino para quitarse sabores y calores!

El segundo plato era una carne asada con salsa de almendras y frutos rojos. ¡Riquísima! La mía, porque la suya lleva tabasco.

—¡Su puta madre! —grita soltando el tenedor—. Pero, ¿qué cojones lleva esto? ¿Picante?

—Sí, un poquito —respondo con inocencia. De verdad, que me preparen ese Óscar que tanto merezco, por favor.

—¿Un poquito, dices? ¡No me jodas, me arde la garganta! —y ahí va otra copa de vino.

—Anda, si está buenísima. Hijo, de verdad, qué paladar más fino, por favor.

Nada, la carne no se la acaba, normal, yo tampoco lo haría. Si lo que no sé es cómo no echa fuego por la boca, como los dragones de la *Targaryen*.

Con el postre he sido buena, que un pastel de chocolate y nata no se puede destrozarse con otros ingredientes.

—Y ahora, el brindis —digo cogiendo la botella de champán para que él la descorche.

Sirve las copas, brindamos y no dudo en tomarme la mía de un trago. Está fresquito y tiene buen sabor, nada que ver con esos amargos que hacen que se te erice hasta el alma.

—Y, ahora, amorcito, me llevas a la cama, quiero que te termines el champán saboreándolo sobre mí...

Capítulo 9: Lorenzo



No estaba a mi lado cuando me desperté, ni siquiera la había escuchado levantarse, me asomé a la puerta para ver si estaba fuera y la vi en el mar, con la bandeja flotante y lo que parecía un buen desayuno. No logro recordar en qué momento llamó para que se lo trajeran, porque estaba más dormido que una marmota, debido, sobre todo, al agotamiento físico que esa loca me había provocado.

Levanté la mano para saludar y ella hizo lo mismo con mucha euforia, entré al baño y una vez estaba listo, salí de la cabaña y comencé a caminar hasta llegar junto a ella.

—Buenos días, preciosa —besé sus labios y ella me sonrió de manera que parecía que se había levantado de lo más feliz—. Buen desayuno.

—Fui a la otra cabaña a llamar para no despertarte.

—Ahora lo entiendo —reí y me eché un café.

—¿Sabes? —Me puso la mano en la nuca y comenzó a acariciarla a modo de masaje— Anoche soñé que salía fuera de la cabaña y estaba mi padre ahí, esperando para abrazarme, casi lo pude tocar.

—Por eso te has venido tan temprano sola.

—Sí, era como si supiera que estaba merodeando por aquí.

—Lo está, siempre estará a tu alrededor —le pellizqué con cariño la mejilla.

—Le echo mucho de menos —su voz se tornaba triste y a mí me partía el alma.

—Lo sé, lo sé —me puse frente a ella y la abracé.

Seguimos desayunando en aquel mar que era la calma de todo ser humano, pero con la tristeza en sus ojos, tenía que hacer algo para conseguir que no estuviera así, me ponía por los suelos verla sufrir.

Tras el desayuno en el mar nos fuimos a nadar hacia dentro con dos tubos y gafas, ver aquellos arrecifes de coral y los peces de colores eran un relax absoluto para la mente y eso era lo que quería en esos momentos, distraerla de esa manera.

Me iba señalando todo lo que le llamaba la atención de aquel fondo marino y la verdad es que se la veía que estaba feliz con ese momento *snorkel*.

De ahí nos adentramos en el *resort* y fuimos a comer a un restaurante especializado en mariscos, en primera línea de mar y con unos rincones para sentarte de lo más bonitos, no eran sillones sino una especie de sofás mirando al mar con su mesita delante.

Julieta se cruzó de piernas y, mientras bebía el vino esperando a que trajesen la comida, se puso a mirar fotos de los pocos días que llevaba en la isla, ya solo le faltaban dos y no para despedirnos, sino para irnos a otro lugar que estaba seguro que le iba a gustar tanto como este. Esta vez la sorpresa es que la cabaña sería sobre el mar, con jacuzzi y piscina privada en la terraza, había escogido una isla que era de lo más bonita, así que solo nos quedaba seguir

disfrutando de todos los momentos que nos esperaban por delante.

—Me encanta esta foto —giró su móvil y era una de los dos en el carrito por la isla.

—Es muy divertida y tiene un color espectacular.

—El *iPhone* de la empresa, que es la caña —sonrió apretando los dientes.

—Ya veo que te cuidan mucho en tu nuevo trabajo.

—Entré la última y lideré la manada —puso sus dedos en plan victoria.

—Y te harás con la revista, te veo de directora adjunta —arqueé la ceja.

—Cuando quieras, Tato —volvió a sacarme la lengua.

—Lo de Tato sabes que no me pega.

—Pues te lo vas a comer con papas y dale gracias a Dios, que no te llamo *Mr. Potato* —levantó el dedo.

—Bueno, me lo terminarás llamando, ya lo veo —sonreí al camarero que nos ponía una hermosa mariscada sobre la mesa que era digna de...

De eso, de una foto que no tardó en echar Julieta con el marisco en un primer plano y el mar de fondo, una preciosa estampa que quedaba de lo más bonita.

—Tato, una pregunta...

—Cuando lo adviertes, te temo —carraspeé.

—Bueno, quien algo teme, algo debe.

—Puede ser.

—¿No crees que será duro volver a la realidad después de un viaje de esta envergadura?

—Sí, pero espero volver lleno de esperanzas, de la...

—No —advirtió con el dedo riendo—, de la mano conmigo no, eso ya te lo digo —rio más fuerte—. La otra vez mira, volvimos de la mano y casi terminamos a hostias. Hablando de hostias... ¡Qué bien me sentó la que le metí a mano abierta a Abril! Y mira que odio la violencia, eso no tiene justificación bajo ningún concepto, pero se la mereció y tuvo suerte que no se la hice con redobles.

—La recuerdo, la recuerdo —sonreí volteando los ojos, no era bonito ver algo así, pero de que se me quedó grabado hasta el sonido, se me quedó—. Por cierto, no volveremos hasta que me mires a los ojos y me digas que quieres pasar toda la vida a mi lado.

—¡A mí no me amenaces! —gritó mirándome furiosa.

—No es una amenaza, es lo que lucharé por conseguir.

—Un poco de Grecia, *New York*, Mauricio, *etc.* Creo que te faltarán días.

—Tengo todo un equipo preparado para cubrir mi ausencia bastante tiempo —le hice un guiño.

—Define tiempo —puso cara de dudar.

—El que necesite para conseguir que vuelvas de nuevo de mi mano.

—¿Y mi sueldo?

—Lo cobrarás igual.

—¡Uf!, pues me voy a plantear ahora que mi trabajo sea recorrer el mundo a cuerpo de rey y ganando un salario que ni me hará falta tocar. ¡Tienes un punto a tu favor!

—¿Y cuántos se supone que debo de sumar para llegar a eso que quiero conseguir?

—Deja que piense... Muchos, muchos, te vas a tener que poner las pilas —decía aguantando la risa y volviendo a ser ella, cosa que me encantaba, lo que menos quería es verla triste como esta mañana en la que me partió en dos verla así.

—No dudes que lo conseguiré —acaricié su mano por encima de la mesa.

—Tato...

—Dime, preciosa.

—¡No me dejes sin comida! —Señaló a la mesa y salió corriendo hacia el agua.

Me la tenía que comer, era tan divertida, tan bonita y especial, que cualquier cosa de ella me dejaba con esa sensación de sonrisa floja y verla ahí jugueteando con el mar mientras miraba hacía mí, eso, eso no tenía precio.

Volvió y siguió comiendo, la sonrisa se le había dibujado en la cara y eso me hacía muy feliz.

Después de ahí nos fuimos a unas camas frente al mar a echarnos un buen rato, es más, nos quedamos dormidos.

Casi dos horas, en las que babeamos durmiendo ahí, fue despertar y nos pedimos dos cafés.

Ese día la veía frágil, triste, como una niña que necesitaba ser cuidada y yo tenía que hacer algo para que se sintiera así, llena de mimos y de cuidados.

Me senté detrás de ella que miraba al mar sosteniendo su taza de café, puse mis palmas en sus caderas y mi cabeza sobre su hombro.

—No puedo conseguir borrar el daño que te causé, pero puedo ser el que haga tu mundo más bonito desde ahora.

—Tato, no me digas nada que me echo a llorar.

—Déjame quererte...

—No lo hagas, esto tiene los días contados, juré por todo lo que más quería que no volvería jamás contigo.

—Hay juramentos hechos desde el dolor y el calentamiento, esos no tienen validez —murmuré y besé su cuello.

—Para mí todos los tienen, soy una mujer de palabra.

—Julieta, lo eres y posees todos los valores que todos los seres humanos deberían de tener para vivir en un mundo mejor, por eso, preciosamente, debes dejar que te quiera...

—No quiero —decía con tristeza como una niña pequeña.

—Estás deseándolo...

—No...

—Sí, lo estás —la rodeé con mis manos.

—Me hiciste mucho daño.

—Lo sé —me levanté y me senté delante de ella. Levanté su barbilla con la mano—. Soy consciente de todo lo malo que hice, no me lo perdonaré jamás, pero si te pierdo, soy también consciente de que ni tú, ni yo, volveremos a sentir esto que pasa cuando estamos juntos y viviremos condenados a no volver a ser felices.

No contestó, sus lágrimas comenzaron a caer y yo intentaba secarlas con la yema de mis dedos. Se levantó y fue a meterse en el agua, yo fui detrás en silencio, con los ojos vidriosos y con la sensación de que pasara lo que pasara, me costara lo que me costara, no iba a permitirme perderla jamás.

La cogí por la cintura cuando se paró mirando al mar infinito en medio del agua.

—Julieta, no me merezco ni siquiera esto, pero de verdad, si pudieras tocar mi corazón comprenderías que, ahora mismo, me da igual el resto del mundo, que todo mi mundo gira en torno a ti y que daría cualquier cosa por hacerte la mujer más feliz de la tierra.

—Necesito hacer algo, estoy bloqueada —se separó y se puso a tocarse el pelo mientras negaba y resoplaba.

—Espérame aquí —se me ocurrió una idea.

Salí fuera, fui al puesto donde alquilaban varias cosas de náutica y pedí una moto acuática, le iba a dar una vuelta por aquellos lugares y recorreríamos la isla por el mar.

Aparecí con ella y sonrió al verme. Le extendí la mano y se subió detrás.

—¿Nos vamos?

—Sí, por favor —dijo en mi oído.

Y ahí comenzamos a surcar ese mar cristalino, que era una belleza infinita, miraras para donde lo hicieras. Esperaba que eso le diera un poco de aire fresco a esa tristeza en la que estaba hoy sumergida y es que lo último que quería, es que le diera una crisis de ansiedad.

Iba tranquilo, disfrutando del momento y a ella se le escapó algún que otro beso en mi espalda mientras yo, con una mano sobre su pierna la acariciaba y con la otra conducía.

Nos fuimos a la otra parte de la isla y puse la moto en la orilla para que nos tomáramos algo.

—Ahora me toca conducir a mí cuando nos volvamos a montar —avisó mientras la miraba con ese cóctel en la mano.

—¿Lo has hecho alguna vez? —Levanté la ceja.

—No, pero en una motocicleta sí —se encogió de hombros sonriendo.

—Vale, me dejas más tranquilo —dije con ironía y rezando por dentro para que no ocurriera una catástrofe.

—Mira ese chico de allí, está dibujando en el aire con el humo del cigarro.

—No sé yo si precisamente eso es un cigarro —carraspeé.

—Bueno, pero tú me has entendido. Mira, ahora está haciendo un corazón.

—¡Vaya! Tiene habilidad.

Me encendí un cigarrillo del paquete que llevaba en la bolsita acuática y le intenté dibujar corazones, pero eso parecía de todo menos un corazón, un desastre.

—Déjalo —reía mientras me quitaba el cigarrillo de la boca y lo intentaba hacer ella, pero sin resultado.

—Tampoco puedes —arqueé la ceja.

—Pero sí puedo hacer algo —dio una calada profunda y la echó sobre mi cara—, hacerte desaparecer —se echó a reír.

—No lo harías —le quité la copa de la mano, la pegué a mí y le di un beso.

—Eso no es dibujar corazones —se refirió al beso.

—Pues he acabado de dibujar uno en tus labios —carraspeé.

—Esos vienen de fábrica, que tengo mis labios muy pronunciados.

—Vaya, pensé que había sido yo el causante —me mordisqueé el labio.

—A ti te queda nacer unas cuantas de veces... —negó resoplando.

—Espero que con esta sola me valga para ganar el perdón por muy difícil que se vea —la volví a besar.

—A ti no te perdona ya, ni Dios bajando del cielo —reía.

—Lo harás tú...

—Tienes mucho trabajo por delante.

—Tengo todos los días de mi vida para ti.

—Te voy a salir muy cara —reía.

—Todo lo mío lo puedo compartir contigo.

—Mira —dio un trago al cóctel y lo dejó sobre una mesita del bar de la playa—. Vámonos que conduzco yo, que me dices eso de compartir o que lo tuyo es mío y me acuerdo de que me llamaste aprovechada —se fue para la moto riendo, pero en el fondo lo decía de corazón, ese

que, en ese momento, me dolía por escuchar la verdad de su boca.

A la cuarta, por fin, parecía que ya sabía manejarla, después de unos intentos de lanzarnos por el aire y de que casi nos matáramos, bueno, realmente yo me di cuenta de que me acordaba del Padre Nuestro y el Ave María.

Llegamos a las cabañas y pedimos que nos trajeran una ensalada y bastante fruta, queríamos cenar suave y dormir cómodos, últimamente solo hacíamos engullir, aunque, ¿qué había mejor que eso?

Estuvimos charlando y yo solo pensaba que, en dos días, estaríamos en una cabaña sobre el mar, en Las Maldivas y lo mejor de todo, no estaríamos solos, estaba deseoso de que Julieta descubriera quién había viajado hasta allí para pasar tres días con nosotros, luego se irían para otro lado y nosotros continuaríamos nuestro viaje con destino por decidir.

Ese día no quería tocarla, quería abrazarla, cuidarla, mimarla, escucharla, que sintiera la importancia que tenía para mí, que entendiera que estaba por y para ella.

Me contaba cosas de cuando era pequeña. La luna iluminaba el mar y estábamos cenando en las hamacas de la orilla, el marco era impresionante y escucharla a ella con ese arte contar cuando se escapó de una clase y quedó en los baños con una chica de otra clase para jugar a los cromos... ¡Me tenía que doblar de la risa!

La pillaron, la expulsaron una semana del colegio y sus padres la tuvieron todos esos días haciendo deberes de ocho de la mañana a ocho de la noche, luego ducha, cena y a la cama.

Tras una cena llena de recuerdos de su vida, volvimos a la cabaña, nos duchamos por separado y nos abrazamos en la cama, la dejé caer en mi pecho mientras le acariciaba el pelo y la intentaba hacer sentir que no estaba sola, que podía ser el más gilipollas del mundo, pero que la quería proteger para siempre.

Sin palabras, nada más que con gestos y caricias que iban hablando por sí solos, deseoso de hacerla sentir tranquila, sin miedos, sin rencor, sin todo lo malo que había habitado en ella en los últimos tiempos, por mi culpa...

Se quedó dormida un rato después, con la tenue luz de una vela que prendía cada noche y dejaba iluminándonos por si ella se despertaba de madrugada y quería ir al baño, o beber agua, además de la parte relajante que transmitía y es que yo era el tonto de las velas.

Estaba feliz de tenerla en mis brazos, pero no orgulloso de todo lo que nos había llevado a estar así, de esta manera. Me costaba disfrutar al cien por cien por ese dolor que me azotaba de sentirme culpable, culpable de un daño que debería de haber frenado, de no haberla ayudado con mis medios, mis abogados, con todo, fui un estúpido...

Capítulo 10: Julieta



Ayer no pude evitar llorar como una niña pequeña, y es que era acordarme de mi padre y afloraban las lágrimas.

Y para colmo, Lorenzo y sus cosas.

«Déjame quererte», me pidió, como quien va al kiosco de la esquina a por la prensa. Yo le dejaría, sé que lo haría, pero no puedo dejar caer esa coraza que me puse.

Se lo dije, juré que no volvería con él, y tengo que cumplirlo, tengo que ser fuerte y evitar caer de nuevo.

Pero cuando me besa y cuando me toca... es imposible no recordar cada momento que vivimos meses atrás.

«Si te pierdo, no volveremos a sentir esto», esas palabras se me han quedado grabadas a fuego.

Tiene razón, sé que con ningún otro podré sentir lo que siento con él, que nadie será capaz de amarme con solo una mirada, o una caricia, como Lorenzo.

—Buenos días —lo escucho cuando sale del cuarto de baño.

Yo sigo en la cama, me he despertado sola y no tenía ganas de levantarme, pero se acabó el auto compadecerme, al menos hoy.

—Buenos días.

—¿Estás mejor? —pregunta, y sé que lo hace por mi momento melancólico de ayer.

—Sí. ¿Desayunamos?

—No tardarán en traerlo, ve a ducharte mientras llega.

Asiento, me levanto y antes de que me aleje, Lorenzo me coge por la muñeca y me besa en la frente. Me quedo mirándolo y sigo queriendo perderme cada día de mi vida en sus ojos. Quiero que siempre me mire así, como si lo significara todo para él.

Tras una ducha reconfortante, salgo a la terraza donde me espera leyendo las noticias de economía en el móvil y con un desayuno de esos que nada más verlo, se te hace la boca agua. ¡Hum! Qué pinta tiene todo. Me voy a abalanzar como si fuera una leona porque tengo un hambre de mil demonios.

Pero, ¡qué coño! Yo soy una leona, que esas por los suyos hacen lo que sea.

—Parece que el *alien* tiene hambre —dice Lorenzo, sin apartar la vista del móvil, tratando de contener la risa.

—¡Que te den! —espeto sentándome para servirme un café.

Lorenzo me pone una tostada delante, además de un poco de fruta y un vaso con zumo. Le miro, me mira, sonrío y me señala la comida para que coma.

—Qué quieres, ¿cebarme como a un pavo para Navidad? —pregunto cruzándome de brazos.

—Quiero que comas, que ahora nos vamos a dar un paseo por el *resort* y después de *picnic*.

—¿De picnic?

—Sí, a la cala.

—Podemos comer por aquí, no hace falta que vayamos a otro sitio.

—No quiero pasar este último día en la cabaña.

Cierto, hoy acaba nuestra estancia en este precioso paraíso en la tierra, un maravilloso rincón de las Islas *Seychelles*.

No quiero irme, no quiero que estos días terminen, pero después de aquí me espera otro lugar del que estoy segura disfrutaré tanto o más que de este.

—Un *picnic* me parece buena idea —digo mientras cojo la tostada y le doy un mordisco.

Menos mal que decidí ponerme unos pantalones cortos de lino y una camiseta, con las deportivas que, si no, ahora mismo estaría acordándome de toda su familia.

El paseo por el *resort* es básicamente llevarme por todos los puestos que se encuentra, comprando recuerdos para su familia y para la mía. La verdad es que eso de que él se encarga de cubrir todos mis gastos mientras soy su acompañante, se lo ha tomado muy en serio.

Dejamos todo en la cabaña y vamos al restaurante para recoger la cesta con lo que ha encargado Lorenzo.

Carne, pescado, fruta, panecillos y una botella de vino, de ese que cada vez que lo tomo entra solito y así pasa, que luego se me sube a la cabeza.

Espero no hacer ninguna tontería hoy porque entonces ya sí que me arranco los pelos.

Lorenzo entrelaza su mano con la mía y caminamos así hasta llegar a la cala, donde extiende el mantel y nos sentamos.

Sirve el vino ofreciéndome una de las copas y doy un sorbo, disfrutando del frescor que deja ese líquido color rojo carmesí al paso por mi garganta.

Cierro los ojos, respiro hondo y me armo de paciencia para hacer una pregunta que me ronda la cabeza.

—Tato, una pregunta...

—Al final voy a ser yo quien escriba un libro — me dice entre risas—. “*Las preguntas de Julieta*”, lo voy a titular.

—Bien bonito, divertido y entretenido que sería. Seguro.

—Claro, claro. A ver, preciosa, dime, ¿qué quieres saber hoy? —pregunta, doblando la pierna para apoyar el brazo con el que sostiene la copa en la rodilla.

De verdad, ¿por qué tiene que ser tan sexy este hombre? Es que da igual lo que haga, lo que se ponga, como si lleva una boñiga de vaca en la cabeza... ¡No, qué asquito, por favor!, que me encanta su perfume de *The Scent*, mucho mejor que *Eau de Boñig*.

—Venga, pregunta —insiste, cuando ve que me quedo callada.

—Si te dejo querermme...

—Lo haré el resto de mi vida, hasta mi último día, Julieta. Te aseguro que mi último aliento será para ti y nuestra familia.

—¿Familia? —pregunto, sentándome con las piernas cruzadas y quedando frente a él, para poder mirarle a los ojos.

—Sí, familia. Nuestros hijos.

—Quiero tres, que me he acostumbrado a los trillizos —le aseguro.

—Tres, me parece perfecto, pero, por favor, que se lleven algún año entre ellos, no me des trillizos que como nos descuidemos seré carne de infarto.

—¡Qué exagerado, Tato!

—Exagerado no, preciosa, realista.

—Quiero dos niños, los mayores, que cuiden de su hermanita pequeña, como tú de Estíbaliz —lo digo muy segura porque me encanta ver a Lorenzo desviviéndose por su hermana pequeña, como si de un padre se tratara.

—Solo espero que la niña no tarde en llegar los mismos años que su tía, porque... iba a parecer más que su padre, su abuelo. Pobre mía...

—¡Anda, bobo! —no puedo evitar reír al verlo poner esa cara de asquito.

—¿Quiere esa pregunta decir qué estás pensando en dejarme quererte? —pregunta acercándose a mí, quedando con sus labios casi pegados a los míos.

—No, tan solo era una pregunta, Tato.

—¿Por qué no vuelves a *Mr. Loren*? Lo prefiero, la verdad.

—Porque no —respondo dándole un leve golpecito en la punta de la nariz.

Saco la comida de la cesta y la coloco entre nosotros para que podamos picotear de cada plato, mientras el vino empieza a hacer de las suyas en mi cuerpo, pero estoy bien, de verdad, lo prometo. Palabrita de Julieta.

Disfrutamos de la comida, de las increíbles vistas de la cala y nos acabamos la botella de vino como si hubiéramos bebido agua. Es que está tan bueno, y entra tan bien, que es como para no saborearlo.

Me recuesto contemplando el cielo y en unos minutos Lorenzo está a mi lado, sosteniéndome la cabeza para que la apoye sobre sus piernas.

—Aquí se está de maravilla —le digo cerrando los ojos.

—Sí, es una lástima que tengamos que irnos. Pero algún día volveremos aquí, igual que iremos a Viena.

—Hombre, con el dinero que voy a ganar después de estos días, claro que viajaré, en cuanto mi jefe me permita cogerme vacaciones.

—¿Otras vacaciones? Vas a tener tú más que el director de la revista.

—Bueno, ese pobre hombre también se las merece. ¡Si supiera lo gruñón que es el súper jefe! —Lo miro por el rabillo del ojo y le veo resoplar.

—Ya será menos...

Nos quedamos callados mientras Lorenzo me acaricia el brazo distraídamente y al ver el agua, ahí, frente a nosotros, se me pasa una idea por la cabeza.

Me incorporo, mirándole con una sonrisa en los labios que a él le hace arquear una ceja.

—¿Sabes? Hay algo que siempre, siempre, he querido hacer y no he podido —le digo mordisqueándome el labio.

—¿Y qué es? —me pregunta colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Practicar, en el agua, el salto de la película *Dirty Dancing*, igual que lo hacen *Johnny y Baby* —le confieso, y es que cada vez que veo esa película, quiero ser la protagonista y que me sostengan en lo alto.

—Eso tiene fácil solución —me dice poniéndose en pie.

Cuando me coge de la mano y me lleva hasta el agua, no puedo evitar reírme. Con ropa y zapatillas, entramos y Lorenzo se planta delante de mí con una sonrisa en los labios.

Apoya las manos en mis caderas, se inclina y me besa con tanta delicadeza, que me siento una quinceañera con su chico a punto de tener su primera relación.

—¿En serio vas a hacer esta locura conmigo, Lorenzo? —pregunto, porque no puedo creerlo.

—Te lo dije, haré lo que sea por volver contigo de la mano a España. Y, ahora, *Baby*, por favor, dobla las rodillas y arriba.

Eso es lo que *Johnny* le dice a ella cuando están en el agua, justo antes de cogerla por la cintura y levantarla.

Me quedo mirándolo, arqueo la ceja y él sonríe antes de contestar a mi pregunta silenciosa.

—Tengo una hermana pequeña a la que, no sé bien por qué, le encantan todas esas comedias románticas antiguas. Las he visto tantas veces que sí, sé lo que él le dice a ella y cómo conseguir que hagas tu salto.

—No quiero que te hagas daño al cogerme —le confieso.

—Tranquila, que no lo haré. Ahora, confía en mí y, cuando te eleve sobre mi cabeza, mantén el equilibrio.

—De acuerdo.

Respiro hondo, igual que hace él, y cuando ambos estamos listos, asentimos con una sonrisa.

Lorenzo me coge por la cintura, se inclina y a la de tres, me eleva sobre su cabeza y, tal como me ha pedido, mantengo el equilibrio o, mejor dicho, lo intento, porque acabo saliendo volando hasta hundirme en el agua.

—¡Por Dios, casi me ahogas! —le grito, quitándome el agua de los ojos después de toser y creer que me moría.

—Pero, ¡si te has dejado caer! Te he dicho que mantengas el equilibrio.

—¡No es fácil! ¿Sabes?

—Vale, tranquila, otro intento, venga —me dice, para después darme un beso en los labios.

Y lo intentamos, claro que sí, dos, tres, cuatro y hasta cinco veces más.

En todas y cada una de ellas he acabado en el agua, buscando aire cada vez que salía a la superficie y es que ya no sé si Lorenzo lo estaba haciendo a propósito, o de verdad yo soy tan torpe.

Bueno, reconozco que esto del saltito no es fácil, pero vamos, que no es como si llegara corriendo hacia él y tuviera que cogerme así, que según la película en el agua era mucho más fácil.

—Venga, una más —me dice y le miro sorprendida porque desde luego si estuviera en su lugar, habría desistido en el tercer intento.

Vamos, que en mi caso eso de “a la tercera va la vencida”, como que no, que la tercera estaba en huelga o echando una siesta.

—No es necesario, de verdad. Ha quedado más que claro que no puedo. Ya no tengo la figura de antes y el equilibrio no es el mismo.

—Julieta, deja de decir esas tonterías, ¿quieres? Estás preciosa, de verdad.

Me acerca a él, estrechándome entre sus brazos y me besa la sien.

De nuevo deja las manos en mi cintura, nos miramos y tras suspirar, asiento. Estoy preparada para un último intento.

—Si no sale, lo dejamos, ¿está claro? —le digo señalándole con el dedo.

—Clarísimo.

Y allá vamos. Manos de Lorenzo en mi cintura, las mías sobre sus hombros, él se inclina, coge impulso para elevarme y yo me suelto de sus hombros, estirándome por completo una vez estoy en el aire sobre su cabeza.

—¡Eso es, preciosa! ¡Aguanta! ¡Mantén el equilibrio! —grita Lorenzo, y creo que está más emocionado que yo, de que al fin lo hayamos conseguido.

—¡Lo hemos hecho! —afirmo eufórica y es que, esto, era algo que de pequeña quise hacer con mi padre, pero nunca se dio el momento.

Y hoy, aquí, siendo levantada en el aire, me siento un poquito más cerca del cielo en donde está el verdadero hombre de mi vida.

Lorenzo me baja, dejándome frente a él y me besa con intensidad, con ansias, con deseo y pasión.

Me agarro a sus hombros y me dejo hacer. Es nuestro último día aquí, y después de que me ayudara a cumplir un sueño, otro más, lo único que quiero es que me sostenga entre sus brazos y no me suelte. Que no me suelte nunca.

Capítulo 11: Lorenzo



Era el día de partir de aquel destino, que pensaba que sería el único y con un fatídico final, pero no, era el comienzo de otros en el que iba a seguir luchando por recuperarla y, sobre todo, iba a conseguir que tuviera las vacaciones de su vida, esas que tanto se merecía.

Sonrió mientras se estiraba y me pedía un café que no tardé en hacer mientras solicitaba que nos trajeran el desayuno.

Ella estaba radiante, se había levantado con una sonrisa de oreja a oreja y me pidió hasta un abrazo que me dio con todas sus fuerzas, mi bipolar favorita.

Desayunamos en la habitación, no había prisas, pero tampoco teníamos mucho tiempo, en nada nos recogerían para salir en helicóptero hasta el aeropuerto donde cogeríamos nuestro avión con destino a Las Maldivas.

Julieta comía la tostada de pie peleando con el tirante del vestido que decía que lo tenía cojo y era de moñas en los hombros, la quise ayudar, pero nada, era cabezota y ahí estaba ella, lazos para arriba, lazos para abajo.

—¡Ya! ¡Joder! Este vestido estaba en mi contra, como tú —se dirigió a mí.

—¿Perdona? —reí incrédulo, no había hecho nada en esos momentos.

—No te hagas el loco y hazme otro café.

—Ahora mismo —allá que fui más feliz que una perdiz y es que todo lo que hiciera por Julieta me parecía poco.

—Tengo ganas de sentir eso de estar en una cabaña sobre el mar, tirarte directa al agua, debe ser una sensación de lo más satisfactoria.

Ella no sabía que había jacuzzi y piscina en la terraza, así como una zona solárium y otra de una amplia mesa con seis sillones, yo lo había visto al elegirlo, cogí una de las mejores, además, la cabaña de al lado sería la de la compañía sorpresa.

Salimos de allí y un carrito nos llevó hacia el helicóptero que estaba esperándonos, de ahí para el aeropuerto y sin esperar, embarcamos en un avión directos a Las Maldivas.

Alrededor de diez horas de vuelo, que nos la pasamos viendo una serie que ella llevaba descargada en la *tablet*, “*Lucifer*”, a ese que le tenía manía por la cara de embobada que ponía en todo momento con ese hombre. ¿Cómo podía ser? En el fondo me daba rabia, pero me lo tomaba con humor, eso sí, observaba para aprender algo que me hiciera ganar más puntos con ella.

El vuelo se me hizo corto, estar a su lado era lo que me hacía feliz, me daba igual que fuera en una isla, en un avión, en un cuarto, en un parque... Donde fuera, pero a su lado, eso era lo que necesitaba para ser feliz.

En Las Maldivas aterrizamos a las dos de la madrugada y nos esperaba un coche para conducirnos al muelle en el que estaba la lancha que nos llevaría a nuestra isla, directamente a la cabaña sobre el mar donde nos esperaban para abrirnos la puerta y explicarnos un poco rápido

todo.

En la cabaña de al lado ya estaban ellos, lo sabía, pero Julieta no lo descubriría hasta por la mañana, cuando aparecerían en la terraza a la hora del desayuno y es que lo tenía todo muy bien atado.

Caímos fulminante sobre la cama después de colocar todas las cosas en los armarios, al día siguiente nos esperaba un buen amanecer. Si había flipado con todo lo que vio esa noche, por la mañana lo vería con más vida.

Nada más levantarse se fue directa al baño y escuchamos cómo dejaban el desayuno en la terraza, yo esperaba un mensaje que me dijera que ya podíamos salir y fue abrir las persianas de la puerta que separaban el exterior del interior y escuchar el chillido de Julieta en todo mi oído al ver...

—¡¡¡Estibaliz!!! —gritó emocionada corriendo hacia sus brazos.

Aproveché para saludar a Mathew, el chico que le había robado el corazón a mi hermana y ella me dio dos besos con desgana, me la tenía jurada por todo lo que hice y se volvió súper protectora de Julieta, cosa que me alegraba.

Nos sentamos en la mesa con un desayuno de película, más impresionante aún que los de *Seychelles*, que, por cierto, Julieta comenzó a enseñar a mi hermana millones de fotos de aquel lugar.

Mathew era un tipo simpático con el que se podía hablar de cualquier tema, siempre con una sonrisa y una educación exquisita, me sorprendía mucho lo bien que había congeniado con mi hermana, además, hacían una pareja de lo más bonita.

Julieta entró a darle unos regalitos que le había comprado a Estíbaliz, salió con ellos de lo más feliz, la gracia es que le dio un collar de cuero con una piedra de la isla a *Mathew*, la muy descarada me lo había cogido, aun sabiendo que me lo compré porque me gustaba muchísimo, para así acabar quedando ella como una reina. No tuve más remedio que echarme a reír y ellos me miraron con cara de pasmarotes, sin entender nada.

—Hermano, tuvo los detalles que tú no tuviste —me dijo mi hermana por lo de mi risita.

—Bueno, que son a medias —protesté sin dejar de reír.

—De eso nada —soltó Julieta negando—. Todo fue cosa mía —me sacó la lengua en plan chulesca y levanté las manos en señal de acuerdo.

—Descarado... —dijo mi hermana negando.

—Tendrás queja de mí.

—Muchas, así que calladito estás mejor —me hizo un guiño.

—Haya paz que a este ya lo tengo domado —murmuró Julieta sonriendo con amplitud y mi hermana comenzó a aplaudirle, mientras *Mathew* me miraba aguantando la risa.

El desayuno se lo pasaron las chicas cuchicheando entre ellas y yo charlando con *Mathew*, que me contaba que de ahí se iban para Tailandia, a recorrerla durante dos semanas.

Además, en el mar había unos columpios de madera por los que estaban locas por tirarse y hacerse esas fotos tan idílicas.

Nos lanzamos al agua, ni escaleras ni nada, aquello invitaba a tirarse de forma directa, eran aguas cristalinas y bellas como de las que veníamos de estar.

Dos lugares, a ojos vista, diferentes, pero con todo lo que podían proporcionar en belleza, confort y una serie de cosas que hacían que pudieras tener las vacaciones más idílicas.

Mathew me sorprendía por momentos, tenía una personalidad arrolladora y un carisma que se ganaba a la gente de inmediato, daba mucha calma y eso era lo que le hacía falta a mi hermana.

Estíbaliz estaba indiferente y borde conmigo, pero sabía que estaba como yo de deseosa porque nos fundiéramos en un abrazo y, además, que lo que sentíamos el uno por el otro era de verdad. Desde pequeña yo era lo que más idolatraba, pero bueno, ahora estaba muy ofendida por lo que le hice a Julieta y la verdad es que lo estaba con razón.

En esa isla había una zona donde era de fiesta las veinticuatro horas, con un bar en la playa y música, así que decidimos irnos para allá, las chicas tenían ganas de fiesta y nosotros, bueno Mathew y yo, deseosos de tomar algún que otro trago.

Esta isla era diferente pues había unos cuantos alojamientos independientes y mucha vida fuera de los hoteles, había escogido una que nos proporcionara aparte de relax, mucha diversión y es que con Estíbaliz y su pareja, había que hacer eso para así rebotar en Julieta y conseguir que lo pasara en grande y no dejara de sonreír.

Subimos a preparar las cosas para irnos en la lancha que nos recogería para trasladarnos a esa zona. No tardó en llegar y Julieta dibujaba corazones con esa felicidad que ya aparecía en su rostro.

Nos sentamos en uno de los sofás exteriores gigantes, con su mesita de madera mirando hacia el mar, además bajo una carpa individual que nos hacía la sombra y que además tenía un acondicionador que proporcionaba fresco, se estaba de vicio en ese lugar tan exclusivo.

Pedimos una botella de vino blanco y nos pusieron unos cuencos con frutos secos y fruta fresca cortada en trozos, impresionante, “fotaca” de las niñas para sus redes y es que Julieta al final se me hacía *influencer*, lo veía, lo veía.

Estíbaliz me hacía muecas y Julieta sonreía, hasta me dio un par de besos agarrando con fuerzas mi mandíbula y agradeciéndome el que estuviera ahí Estíbaliz, su mayor apoyo y como decía, para ella, ya como una hermana.

En Maldivas solo íbamos a estar este día y dos más, al otro nos íbamos, mi hermana para Tailandia y nosotros... ¡Sorpresa!

Estíbaliz quería que nos fuéramos con ellos, pero yo tenía ya pensado otra cosa para poner el broche a tanta playa y paraíso, quería llevarla a un lugar diferente y con otro tipo de actividades, como en Austria, que pasamos los días entre paseos, restaurantes y un montón de cosas que nos hicieron vivir unos apasionantes días.

—Imaginad que esta es la vida para siempre —decía Estíbaliz, mirando hacia el mar y poniendo cara de placer.

—Yo creo que me aburriría, para unos días está bien, pero yo necesito la ciudad, el contacto con los míos, un poco de vida.

—Hija, esto es vida —le contestó mi hermana mirándola con cara de asesina—. Imagina aquí a tu familia y todo lo que necesitas. ¿Para qué quieres la ciudad pudiendo tener este paraíso?

—Bueno, sí, con la familia y eso sí, pero que también necesito algo de ciudad, de vida...

—Y otra vez con la vida —volteó Estíbaliz los ojos y nos miramos Mathew y yo arqueando la ceja. En esos temas no íbamos a entrar, nosotros al margen...

—Necesito unos chupitos...

—Pedazo de idea que ha tenido mi Julieta —contestó mi hermana pulsando el botón que había a un lado de la mesa para llamar al camarero.

Y nada, nosotros no íbamos a ciegas con las cosas, nosotros íbamos a lo profundo, así que nada de cuatro chupitos de tequila, nosotros una botella, con los cuatro vasitos, el platito con los limones y la sal.

—Me quiero emborrachar hoy —dijo Estíbaliz, bebiéndose el primero de un trago.

—Pues adelante, te acompaño —contestó Julieta.

—Yo hago de guardaespaldas —aseguró *Mathew* mirándome y haciendo el gesto de rezar.

—Yo me apunto a beber, total, que comience la fiesta.

—Tú te callas —me dijo mi hermana haciendo una burla.

—Claro, lo que usted mande señorita —sonreí mientras Julieta reía viendo cómo mi hermana y yo, seguíamos en la misma tesitura.

—Pues te digo una cosa, hermano, a esta me la comienzas a tratar bien o no vas a tener lugar en el mundo para esconderte —dio un trago de la copa de vino. ¡Vaya rebujo que íbamos a hacer ese día!

—Me está tratando bien, tranquila —irrumpió Julieta—, pero que no se haga ilusiones —me sacó la lengua.

—Mira que ahora te quiero más a ti que a ese tonto —me señaló—, que, por mi madre, nuestra madre, que si te vuelve a proporcionar una lagrima más, me lo cargo y no lo encuentran, te digo que lo dan por desaparecido toda su vida y encima cojo cacho de la herencia.

—No hará falta —dije sonriendo con ironía.

Mathew solo reía, ese no se metía ni de coña, listo era, sabía que, entre mujeres y guerra de hermanos, mejor pasar tres kilos.

Las chicas se fueron a los columpios que había en el mar y que, por cierto, estaban repartidos por todo el alrededor de la isla, nosotros nos quedamos charlando de fútbol, ya que, como yo, el chaval era un seguidor del mejor equipo del mundo, ahí lo dejo para que penséis de cuál se trata, para gustos los colores, nunca mejor dicho.

Eso sí, ahora lo que menos me importaba era el fútbol, solo recuperar a Julieta, esa mujer que hacía que mi mundo se pusiera patas arriba con solo mirarla, que mis sentidos se volvieran más fuertes y deseara todo aquello que ella poseía. Era el conjunto, era todo lo que tenía para hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Al final fuimos a ella y nos dimos un chapuzón, ahí seguían entre charlas y fotos, estaban de lo más eufóricas por estar juntas.

Aquel rincón estaba muy ambientado, todas las mesas, hamacas y demás estaban ocupadas, vale que no como una playa tal como la conocemos, no se veía masificado y el ambiente era muy bueno.

Pasamos toda la tarde allí, comiendo, bebiendo, las chicas hasta se levantaron a bailar algún que otro tema que sonaba y nos dimos mil baños.

Por la noche seguíamos ahí viendo el atardecer y cenando, mientras no nos faltaba el vino, lo bueno de aquel clima es que sudabas todo y por la humedad como que te ralentizaba el emborracharte, de lo contrario estaríamos a rastras, pero vamos, que las chicas estaban de lo más graciosas.

Una lancha nos llevó a las cabañas ya de vuelta mientras las chicas iban haciendo un *Tik Tok* y nosotros pendientes de que no se cayeran al mar, poco les faltó y si digo poco, es casi nada, la reacción rápida de *Mathew* de agarrar a Estíbaliz, eso sí, repitieron video y hasta que no lo consiguieron no pararon.

Nos despedimos de los chicos y entramos a ducharnos, por supuesto juntos, además, ella estaba de lo más cariñosa y advirtiéndome de que estaba en las mejores condiciones para sentirse deseada.

Jugueteó mientras iba tirando la ropa por la cabaña hasta entrar al baño de forma sugerente y contoneando sus caderas, esas a las que no tardé en agarrar para pegarla a mí cuando entramos a

la ducha.

Y ahí dimos rienda suelta a todo lo que nos habíamos frenado durante el día por estar con los chicos, pero ahora era el momento de resolver esa tensión que no solo estaba en mí, indudablemente estaba en los dos.

Tras ese momento tan intenso y desenfrenado, nos fuimos a la cama, allí me abrazó tirándose en mi pecho, no tardando en quedarse dormida.

Capítulo 12: Lorenzo



—¡¡¡Joder!!! —Se levantó, salió corriendo hacia la puerta y abrió para salir afuera—. ¡¡¡Una araña!!! —señalaba a la cama donde yo estaba.

Miré al lado y la vi, pequeñita, parecía inofensiva, pero claro, para ella era como haber visto un mastodonte.

La maté y la tiré por el retrete mientras reía negando, me había asustado bien con ese despertar que por poco me saca el corazón por la boca.

Salí afuera después de ducharme y ya estaban también mi hermana con su pareja, todos con el café en la mano y además me habían hecho el mío, cuando acto seguido vimos aparecer una lancha con el desayuno.

—Ya nos contó Julieta que había una gran araña en la cama.

—Sí, un dinosaurio —negué riendo.

—Es que eres más chulo... Era grande —protestó ella, toda ofendida.

—Bueno, no tanto —carraspeé.

—Desde luego que te cuesta darle a la chiquilla la razón —soltó mi hermana.

—¡Pero bueno! Ya ni bromear se va a poder —resoplé y me encendí un cigarrillo.

—Estás fumando mucho.

—Llevo desde España con la misma cajetilla, así que no me vengas con lecciones que estoy de vacaciones.

—No te me pongas chulo que aún te tengo sentenciado, hermano.

—¡No me digas! No se nota —sonreí con ironía.

—Haya paz que me levante de muy buen rollito y eso en mí últimamente no es muy habitual.

—Normal, amiga, con lo que te hizo el desgraciado este.

—¡Estíbaliz! —la regañé con un gesto, pero me tuve que echar a reír, que calentona era.

—¿Qué? Esta te va a perdonar antes que yo, acuérdate.

—Bueno, yo lo he perdonado, pero lo quiero lejitos de mi vida, ahora es que estamos con lo del pacto que te conté ayer.

—Por cincuenta mil euros, yo también se la comería cada día.

—Ehhh, que a mí nadie me la come todos los días —protesté riendo.

—Ya se está quejando —negó Julieta comiendo y nos provocó a todos un ataque de risa.

—Al revés, pero que no digan lo que no es —reí.

—Voy a tener que pagar yo por eso también —soltó *Mathew* provocando una cara de asombro en mi hermana.

—Pues ya era hora, que me la como gratis a diario —soltó con ese desparpajo tan suyo que salía cuando menos lo esperabas.

—Bueno, bueno, tendremos que negociar —carraspeó *Mathew* mirándola con una sonrisa

encantadora, como era él. Este chico molaba para mi hermana.

—Y digo yo una cosa... ¿Por qué no nos alquilamos un yate y nos vamos a surcar estos mares?

—Estíbaliz, eso vale mucho dinero —contestó Julieta sonriendo.

—Lo que gana mi hermano cada minuto, así que, dale y calla que él paga.

—Soy un cajero automático —volteé los ojos.

—Todo sea por hacernos felices —se señaló a ella y luego a Julieta.

—Yo con saber que voy a tener cincuenta mil euros en el banco, ya lo soy —se rio y escupió el café en lo alto de Estíbaliz.

—Joder, hija, apunta a mi hermano y no a mí —reía quitándose la camiseta que llevaba y quedándose en bañador—. Menos mal que tengo la cabaña pegada.

—¡Perdón, perdón! —decía con la mano puesta en la boca.

—Te perdono siempre que mi hermano alquile el yate, que imagino que lo hará, todo por no ver a su princesita —la señaló con las dos manos— viviendo de nuevo con culpabilidad.

—Ahora mismo llamo y alquilo el más impresionante —di un golpe a la mesa.

—Así me gusta —aplaudí Estíbaliz. “Fotacas” para las redes.

Entré en la cabaña y llamé a recepción que me pasaron rápidamente con los de las embarcaciones y me ofrecieron una que pintaba bien, estaba totalmente equipada.

La alquilé por veinticuatro horas, aún nos quedaban dos días en Las Maldivas y una noche la íbamos a pasar en alta mar, eso sí, pedí de todo, bebida, comida, patatas chips, fruta, helado... quería que estuviera bien equipada para esa escapada que haríamos.

Las niñas se pusieron locas de contentas y prepararon las bolsas con todo lo necesario, querían llevar varios bañadores, vestiditos y cosas para hacerse mil y una fotos. Mi hermana para eso era una artista, haría creer que estuvo en el yate una semana con todo el reportaje que se iba a hacer, como si no la conociera...

Nos trajeron hasta la puerta de las cabañas la embarcación y el chico se fue en una lancha que lo acompañaba. Nos habían explicado todo y la verdad, estaba chupado, solo quedaba disfrutar del día que nos esperaba por delante.

Había dos camarotes con camas de matrimonio, cocina, salón y baño, afuera una zona de solárium con tumbonas confortables, además de una mesa impresionante con seis sillas bajo un techo. Aquello estaba para pasarlo de lo lindo y así es como lo íbamos a hacer

Las chicas no tardaron en pedir que se les pusiéramos una copa de champán, estaba claro que nos iban a tener de camareros durante todo el tiempo, pero nos daba igual. ¿No era gratificante ver a las personas que amas con esa sonrisa y disfrutando de sus vacaciones?

El champán fue la primera botella que se abrió en aquel barco donde comenzamos brindando y surcando, hasta ponernos en un lugar privilegiado, en medio de cuatro islas, ahí ante toda esa belleza que había frente a nosotros.

Ahí nos íbamos a quedar, yo quería también tomar, bailar y disfrutar de ese día, la música del móvil de *Mathew* era todo lo relacionado con *Tik Tok*, así que las chicas estuvieron haciendo todos los bailes. ¡Anda que no disfrutaban nada!, encima haciendo videos y fotos. ¡No paraban! Me encantaba verlas pasarlo tan bien y tan felices con el material que iban cogiendo para las redes, al final me veía a Julieta ejerciendo de *influencer*.

Después del champán nos tiramos al agua, aquello nos invitaba a inspeccionar ese fondo marino que se podía ver sin meter la cabeza, te veías los dedos de los pies al igual que el banco de pececillos de colores que se movían alrededor de nosotros. Una pasada marina la que

estábamos viviendo en ese viaje.

Julietta cambió la música y puso una de Shakira, “*Loca*”, y comenzó a bailar moviéndose como ella, bueno, ya sabemos que moverse como Shakira es misión imposible, pero oye, que muy lejos no se quedaba, lo hacía bastante bien y a mí se me subía hasta la bilirrubina.

La mañana fue divertida, baños con abrazos y besos que disfrutábamos al ritmo de la música que habíamos dejado puesta en el barco, comida de mariscada que nos dejaron allí bajo mi petición y a tomar el sol en esas tumbonas que eran tan confortables como las camas.

El atardecer fue de lo más especial, con música tipo balada, romántica, vino en mano y cenando un picoteo de todo lo que pillamos, se estaba genial y a las chicas se les veía que estaban viviendo un día que no iban a olvidar, eso era lo que me valía la pena, verlas a ellas tan felices.

Julietta estaba conmigo de lo más cariñosa, sus ojos brillaban y me decían lo que sus labios no estaban dispuestos a pronunciar, pero con que no perdieran esa sonrisa que se le dibujaba en su cara, yo ya me sentía el hombre más afortunado del mundo.

Estuvimos luego tomando cubatas, eso sí, no había un día que no bebiéramos alcohol, cosa que, por norma general en España, lo tomaba cuando salía, pero estar aquí invitaba a tomar una tras otra.

Se sentó entre mis piernas en la tumbona, mi hermana y su chico se habían ido al camarote ya, así que ahí quedamos los dos bajo la luz de la luna y las estrellas, que se veían más numerosas que nunca, era una verdadera pasada.

Sabía que ella estaba en ese momento de lo más sensible, no dejaba de besar mi brazo que estaba cruzado por su pecho mientras escuchábamos el tema de Luis Fonsi, “*Yo no me doy por vencido*”.

Como anillo al dedo nos venía, sobre todo a mí, que iba a luchar por estar con ella todos los días de mi vida y es que por momentos la amaba más, mucho más.

Estuvimos un buen rato en silencio, las palabras sobraban en ese momento en que nuestros cuerpos permanecían abrazados y es que, o me estaba volviendo el mayor romántico o algo me pasaba, pero ese tiempo junto a ella, era lo que hacía que me sintiera completamente lleno.

Me levanté cogiéndola en brazos cuando fui consciente de que se había dormido, casi ni se dio cuenta. La llevé hasta el camarote y la eché sobre la cama, no le quité ni la camiseta que llevaba encima del bikini, no la quería despertar, se veía tan plácidamente que lo único que hice fue taparla un poco con las sábanas por el frescor que había del aire acondicionado.

Me pegué a su espalda y le pasé la mano por la cintura...

En esos momentos volví a recordar ese fatídico día que como me dijo mi hermana, no iba a dormir tranquilo en mi vida, tenía razón, aunque me lo dijo desde la rabia, la tenía y eso me pasaba muchas veces a pesar de tenerla a mi lado, la tristeza aparecía en mí por la noche y me partía el alma recordar que no la protegí cuando lo necesitaba. Iba a vivir con ello toda mi vida...

Capítulo 13: Lorenzo



Desperté y no la sentí a mi lado, pero la música en el exterior sí, así que sabía que ya estaba fuera con mi hermana.

También pude comprobar que Mathew estaba ahí con ellas, ahí sonriendo con las dos locas mientras le hacía mil fotos desayunando. ¡Qué paciencia!

Besé a las chicas y me senté a tomar un café, necesitaba mi chute de cafeína para volver a ser persona y, sobre todo, coger fuerzas para el último día en Las Maldivas.

Avisé que entregaría el barco por la tarde-noche, así que navegamos hacia el muelle de una isla que era de las más animadas de aquel lugar, dispuestos a pasar un día de lo más movidito y es que cuanto más cansados estuviéramos, mejor para el viaje que nos esperaba al día siguiente.

Dejamos el barco en el muelle de una isla y nos adentramos en ella. Era una pasada, no había hoteles, solo bares, chiringuitos, tiendas artesanales y de *souvenirs*, además de restaurantes. Era un lugar para venir a pasar el día, a tomar algo, a conocerla...

Del tirón las niñas se cogieron una cama balinesa con una madera a modo cabecero y tallada con el nombre de la isla. ¡Tardaron poco en hacerse la foto!

—¡Te cagas! Salimos monísimas —decía Estíbaliz, mirando la foto.

—Es alucinante, me encanta, yo la voy a subir también a mi red, no tendré más de treinta *likes*, pero oye, envidia voy a causar por lo menos a cien.

—No, la subo yo y te etiqueto a ti, verás que te siguen hoy miles de personas —reía.

Miré a Julieta esperando a ver qué le contestaba a mi hermana, por Dios, parecía que ya lo estaba viendo.

—¡Quiero ser *influencer*! Levantó las manos bajo ese grito que le decía a mi hermana que adelante, que la etiquetara para que todo el mundo la conociese.

La miré boquiabierto y negando lentamente con cara de incredulidad y sin dejar de sonreír.

—Tú te callas, recuerda el pacto —me hizo un guiño.

Me tuve que echar a reír, pero por no llorar, el puñetero pacto, ese que no quería ni de broma que fuera verdad. Deseaba pensar que una vez que llegáramos, quisiera seguir a mi lado, con los cincuenta mil, que yo se los iba a dar, pero joder, me partiría el alma saber que no volvería a estar con ella.

Subieron las fotos y nos pedimos otros cafés y unos bollos, que olían que alimentaban y a los que les estaban untando mantequilla, la verdad es que estaban deliciosos.

Julieta no paraba de gritar por la de seguidores que le entraban por minuto.

—Me siento una *influencer* —se puso a hacer caras ante nuestras risas.

—Lo serás, vamos que sí —decía con seguridad Estíbaliz.

Tras el desayuno nos lazamos al agua y luego fuimos a pasear entre los puestos de madera de aquella isla y que era una preciosidad, con los puestos con sus carteles de madera colorida y los

nombres de ellos. Las chicas no paraban de tirarse fotos y Julieta alucinaba con la de *likes* que estaba ganando.

A la hora de la comida decidimos entrar en uno de los tantos chiringuitos, pero este era peculiar pues la especialidad era mexicana, así que, de tacos, nachos, enchiladas y demás, nos pusimos hasta las cejas.

Volvimos al barco, navegamos un rato y regresamos a las cabañas, allí nos esperaban para llevárselo, así que nos quedamos todos en la terraza de la nuestra donde íbamos a cenar esa última noche con mi hermana y su pareja, al día siguiente cada uno tomaría un rumbo.

Mi hermana ya estaba mejor conmigo, pero me echaba a cada momento, con algún comentario, todo en cara, era como un aviso de que no me pasara ni un pueblo con Julieta y que la cuidara más que a mi vida.

Esa noche tras la cena nos despedimos de ellos ya que salían bien temprano para Tailandia, lo bueno es que nosotros lo hacíamos después del desayuno así que nos quedamos ahí solos tomando una copa.

—No me vas a decir dónde vamos mañana, ¿verdad?

—Lo descubrirás en el aeropuerto —le hice un guiño.

—Bueno, vale, pues entonces hasta que no lo descubra, ni te hablaré, ni te besaré, ni nada.

—Incumplirás el pacto —carraspeé.

—¡Mierda! Estoy cogida con pinzas —puso cara de indignación.

—Efectivamente.

—Pero mañana cuando me monte en el vuelo —hizo una risa sarcástica—, soy ya libre.

—Bueno, quedamos en que seguíamos con el pacto hasta llegar a España.

—¿Y si no me pagas?

—Mañana tendrás el dinero en tu cuenta —arqueé la ceja.

—Me corro del gusto al ver tantos ceros —aplaudí emocionada.

—Pero qué fina es mi Julieta... —sonreí con ironía, produciéndole una carcajada.

—Soy una puta de lujo. ¿No te quedó claro?

—No, no lo eres.

—Pues tú me vas a pagar por la compañía.

—Te voy a pagar porque te mereces eso y más, porque te dejé sola cuando más lo necesitabas, sin trabajo, sin apoyo y porque te daría ahora mismo lo que me pidieras para ver que no pierdes esa sonrisa de tus labios.

—Ahora me pones melancólica. ¡Vaya *Pretty Woman*!

—Solo quiero que sepas que estoy arrepentido y que viviré siempre con ese peso.

—Bueno, al menos me recordarás toda la vida.

—No quiero recordarte, quiero que estemos juntos.

—Yo quería eso también, pero tú no lo supiste valorar.

—Creo que todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

—Claro, pero cuando matas a alguien, es muy difícil que lo vuelvas a resucitar y a mí me mataste en vida.

—Lo siento... —Le agarré la mano y cuando vi que volvía la tristeza a su rostro, me maldije por ello.

Un silencio se hizo y la abracé, luego nos metimos adentro y se echó sobre mí, pero no me decía ni media palabra y eso me mataba, quizás es lo que me merecía, vivir muerto en vida...

Me desperté bien temprano y ordené el desayuno para la terraza, además de pedir que pusieran todo el suelo de pétalos de flores, era un servicio que había allí y se podía solicitar, así que, además de eso pusieron unas velas de flores encendidas sobre la piscina que había en la terraza, esa que ni habíamos utilizado.

Lo dejaron todo espectacular y cuando ella se asomó para buscarme, se puso las manos en la boca y vi como sus ojos comenzaban a humedecerse.

—Eh —la cogí de las manos.

—¿Sabes? —Puso las manos en mi cintura y me abrazó dejando caer su cabeza en mi pecho —. Son las vacaciones más bonitas que he vivido en mi vida y, a pesar de que hay algo en mí, que sé que no volverá a ser lo de siempre, te voy a agradecer eternamente este regalo que me has hecho. No hace falta que me transfieras nada, era un juego y lo he disfrutado con cada momento.

—Demasiado tarde, lo tienes ya en tu cuenta y París nos espera —cogí su cara entre mis manos y la besé.

—¿En mi cuenta? ¿París? ¡Me da un patatús!

—Ven —la senté encima de mí y comencé a servir dos tazas de café—. Nos vamos a París y de allí a donde quieras.

—Tengo que regresar a España, necesito ver a mi familia y volver a retomar mi vida, no puedo estar viviendo a la bartola, además, esto no puede seguir, nos hicimos mucho daño.

—Tú no me hiciste daño, lo hice yo, pero no me digas que esto no puede seguir, por favor.

—Lo sabías...

—Pero la esperanza no se pierde.

—No puedo, viviría echándote en cara lo que pasó y no quiero vivir reprochándotelo a cada momento.

—Tú me amas.

—¿Y? No se pueden tener las cosas por mucho que se deseen.

Sus ojos estaban como las cataratas, que no había quién las frenara y yo, yo tenía la sensación de estar ahogándome, muriéndome de pena, pero con la esperanza de que, en París, gastara mis últimos cartuchos para volver con ella de la mano.

Tras el desayuno y con el corazón en mil pedazos por comprobar que ella seguía pensando igual, nos fuimos al aeropuerto en la lancha que nos recogió. No tardamos en montarnos en ese avión que nos llevaría con destino a la ciudad del amor. ¿Sería posible que allí todo cambiara?

Durante el vuelo me dijo mil veces que no quería ese dinero por nada del mundo, le expliqué que no iba a aceptar un no por respuesta, por mucho que me insistiera y que eso lo tomara como un regalo por todo lo bonito que había ocasionado en mi vida.

No se la veía conforme, pero de ella era, yo no lo quería, solo necesitaba ganar su corazón, su confianza, que pudiera ver que yo no la volvería a fallar, todo lo contrario, solo quería permanecer con ella el resto de mi vida.

El vuelo estuvo muy bien, lo pasó cariñosa, simpática, viendo fotos a cada momento de esos diez días entre las *Seychelles* y Las Maldivas, además de verse muy emocionada por saber que ahora iba a vivir París, esa ciudad que tantas ganas tenía de conocer.

Llegamos a la capital francesa por la noche y nos llevaron directamente al hotel, uno que la dejó tan boquiabierta, que no pudo cerrar la boca en un rato. Ante ella la Torre Eiffel iluminada, aquello la dejó tan descolocada que no salía de su asombro.

La abracé por detrás y me pidió un cigarrillo, me hizo mucha gracia.

—Toma —dije volviendo del interior con uno para cada uno.

—Tengo la sensación de que vamos a vivir unos días preciosos, como los de las islas, pero más intensos, esta ciudad tiene personalidad, carácter, elegancia, lo tiene todo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Y encima estamos morenitos, nos vamos a tirar millones de fotos.

—Por supuesto, lo que mande mi *influencer* favorita.

—Como se entere tu hermana de lo que has dicho... —se rio.

—Debe a estas alturas de saberlo —le mordisqueé la oreja y se le puso toda la piel de gallina, se giró y me tiró el humo del cigarro a la cara.

Era precioso ver lo que teníamos ante nosotros y solo los dos, ahí mirando esa torre iluminada que era escenario de tantas películas, imágenes y, cómo no, *spots* publicitarios. Y es que, si algo tenía París, es que enamoraba y más cuando estabas ahí con la persona correcta, en este caso y sin dudas, Julieta lo era.

Nos fuimos a dormir después de darnos una ducha en la que, sin querer, terminamos dejándonos llevar por eso que por mucho que quisiera negar sentíamos el uno por el otro, llámalo amor o pasión, pero eran muchos los sentimientos que fluían.

Capítulo 14: Lorenzo



—Quiero desayunar —murmuró en mi oído.

—A tus órdenes —me giré y la abracé.

—Desde que comenzamos a viajar me levanto con un hambre de esos que me carcomen por dentro.

—Ya lo veo —le eché el pelo hacia atrás de su oreja.

—¿Sabes?

—Dime —mordisqueé sus labios con los míos.

—Gracias por todo —sonrió emocionada.

—No, por favor, no me vuelvas a decir eso, eres el mejor regalo con el que me puedo levantar cada día —metí mi mano entre su pelo sedoso, le acaricié la nuca y la besé de nuevo.

—Bueno, me muero de hambre —puso rostro de tristeza.

—Nos vamos ahora mismo —le hice un guiño.

Me encantó cuando vi la ropa que había elegido para ese día, iba preciosa con esa camiseta caída hacia un lado, larga, la ató con un cinturón y nada más, la llevaba como vestido y le quedaba impresionante.

Unas sandalias azul marino, atadas al tobillo, un pequeño tacón ancho, pero muy coquetas, como era ella, además de un colgante con una piedra de Murano que caía por su pecho, un bolso de hombro tipo capaza en blanco con la palabra “Náutica” en azul marino bordado. ¡Me la comía! Es que encima tenía un porte impresionante y lucía la ropa como ella misma, luego decía que estaba gorda. ¡Viva su gordura! Estaba para comerla entera, hasta los kilos de más la hacían de lo más sexy, eso y que yo moría de amor por ella.

Bajamos y nos fuimos a una cafetería cercana, tenía una terraza mirando a la torre que hacía que fuera el lugar perfecto para tomarnos un desayuno de lo más parisino.

Unos croissants, unas tostadas de baguetinas francesas, mantequilla, mermeladas de fruta, café y zumo, estaba hambrienta, gemía con cada mordisco y ponía esas caras tan divertidas que solo ella sabía poner, a mí solo me provocaba sonrisas, una tras otra y hasta ese famoso cosquilleo de las mariposas en el estómago.

—*Dans tes yeux brillent la lumière parisienne* —murmuré mirándola fijamente mientras sostenía el café en la mano.

—¿Qué dices, Tato?

—En tus ojos brilla la luz parisina.

—¿Sabes francés? —preguntó negando mientras reía.

—Algo...

—Una mierda para el algo, sabes un montón, solo la pronunciación...

—¿Te gusta?

—Bueno, la verdad es que hasta me he puesto cachonda —sonreía con esa ironía que se gastaba.

—¡Vaya!, tendré que hablarte más a menudo en francés.

—El tiempo que dure el viaje —miraba a la torre con la tostada en la mano y ni se inmutaba por lo que me soltaba.

—Genial, me lo vuelves a recordar —carraspeé.

—Te jodes —decía sin mirarme y con la vista puesta en esa maravilla.

—Vale, qué suerte la mía.

—¿Qué me vas a regalar de París para llevar de recuerdo?

—¿Qué quieres?

—Un cuadro de *Montmartre*, el barrio más bohemio y pintoresco.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Bueno, y debes de dar gracias que te hice de *Pretty Woman* en las islas, que si te lo hago aquí te llevo a la ruina —soltó una carcajada y me miró para sacarme la lengua.

—Puedes hacerlo aquí...

—Ya veremos, pero el cuadro me lo regalas.

—Ni lo dudes, preciosa.

—Y ahora te vas a tirar un *selfi* conmigo y sacando la lengua para el lado en plan *influencer*.

—No, eso tú, yo no —reí.

—¿Lo ves? —protestó levantando las manos—Y decías que todo lo harías por mí...

—¡Ya estás tardando! —Me pegué a ella con la lengua como me dijo y se rio.

Nos tiramos la foto y se la envió a mi hermana, menos mal que no la puso en la red o me daba algo.

Terminamos de desayunar y comenzamos a caminar, era día de disfrutar, de ver cosas, de perdernos por esa ciudad del amor y eso hicimos.

Sin dudar, le cogí la mano y ahí comenzamos a disfrutar de todo lo que nos íbamos encontrando por el camino, ella iba de lo más emocionada, me encantaba ver su cara y esa emoción que reflejaba su rostro.

Al final terminamos en el barrio de *Le Marais*, lleno de galerías, boutiques, restaurantes y conocido por estar lleno de bares *gays*.

Entramos a un restaurante que tenía muy buena pinta, pedí unos *Tournedos crème Roquefort pommes duchesse*, era una carne con roquefort acompañada de croquetas de patatas, por supuesto no pudo faltar un buen vino francés, escogí un *Château Puech-Haut*, una joya francesa.

Julieta jugueteaba con la servilleta de forma pensativa y sonriente mientras yo pedía la comida, me encantaba verla así, cuando se quedaba pensando, pero sin que le faltara ese brillo en los ojos y esa sonrisa en su cara.

Estaba emocionada en este país que tanto soñó conocer y yo sabía que se sentía bien a mi lado, por muchas lagunas que volvieran a ciertos ratos a su cabeza y que le recordara lo mal que se lo hice pasar, pero por lo demás ella estaba bien conmigo, se le notaba y yo quería que viviera los mejores días de su vida.

—Me encanta cómo pronuncias el francés —levantó su cara mirándome con la sonrisa aún más amplia.

—Y a mí cuando sonríes —le hice un guiño.

—¿Me estás queriendo ligar?

—Desde que te conocí. ¿No te diste cuenta?

—Un poquito —me sacó la lengua mientras se recogía el pelo en un moño alto que la hacía de lo más sexy.

—Estás muy provocadora —carraspeé mientras jugueteaba con la copa de vino.

—Eso debe ser que estoy en la ciudad del amor.

—¿Solo eso?

—¿Debería de ser algo más?

—Deberías de reconocer que algo de culpa tengo en esa sonrisa.

—¿Tan seguro estás? —decía desde una aparente tranquilidad que yo sabía que no era la que mostraba.

—Algo...

—Algo, dices —se rio.

—Dame tu mano —abrí la mía para que la pusiera encima.

—¿Qué quieres? —Volteó los ojos dándomela con desgana, pero sabía que bromeaba.

Le agarré la mano, saqué del bolsillo la sortija y el anillo que le compré en Austria y se los coloqué.

—¡Ah! Pero, ¿los tenías aún? —Me miró levantando la ceja.

—Claro...

—Lo voy a aceptar, oye —se mordisqueó el labio mientras ponía una cara que yo sabía que escondía emoción.

—¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices... —murmuró juguetona.

—Eres y serás todo lo que cuidaré en mi vida.

—¡A mí no me amenaces! —exclamó causándome una risa suelta.

—Para nada, solo te advierto —respondí como ella solía hacer muchas veces.

—¿Qué vas a hacer cuando regresemos y no estés conmigo?

—Morir de pena, pero aún tengo la esperanza de que cambies de opinión.

—Sabes que no lo haré...

—Prefiero no creerlo.

—¿Crees que podríamos vivir con una brecha tan grande?

—Solo sé que no podría vivir sin ti.

Se hizo un silencio y ella agachó la mirada, sentía terror a que sus palabras fueran ciertas y que en el fondo ella no quisiera estar conmigo a la vuelta. ¿Hasta cuándo podría seguir reteniéndola en un viaje para no perderla? Eso lo habíamos hablado y tras esta parada en París, íbamos a volver para España, solo me quedaba tocar madera y esperar que fuera lo que Dios quisiera.

Después de comer nos marchamos para continuar con nuestro romántico paseo, la llevaba por el hombro y le iba contando algunas anécdotas vividas a lo largo de mis viajes a la ciudad parisina, que no habían sido pocos.

La ciudad brillaba ese día con un sol espectacular cosa que se agradecía, era un ir y venir de turistas mezclados entre los parisinos, yo podía olerlos, sabía diferenciarlos y no porque no llevaran un mapa o estuvieran tirando una foto, sino porque tenían algo especial, era como un sello propio.

—Leonardo...

—¿Leonardo? —La miré echándome a reír.

—Sí, Leonardo DiCaprio. ¿Estás viendo cómo me tienes?

—Perdón —le bajé las manos y me tuve que reír.

Estábamos apoyados sobre un pequeño muro mirando al río Sena, yo estaba tras ella e inconscientemente cogí sus manos y las levanté al más puro estilo de “*Titánic*” en aquella escena que a todos se nos quedó grabada, en la que decía que estaba volando.

Bueno, reconozco que se enfadó media hora después pues yo no había dejado de reírme, al principio a ella le hizo gracia, pero luego se ve que no, pero, ¿qué podía hacer si no podía dejar de reírme?

—Ya paro —intenté contenerla, pero al final otra vez me tuve que echar a reír.

—Eres tonto desde que ibas en los huevos de tu padre, hijo —se giró para pararse ante un puesto ambulante y se pidió una crepe con *Nutella*.

Pagué y la seguí, me hizo un gesto para que lo probara y le dije que no con un gesto de cabeza, no podía abrir la boca estaba a punto de reventar y no quería. Desde luego, ¿en qué cojones estaba pensando para hacer esa escena sin ni siquiera darme cuenta?

Íbamos caminando, disfrutando del ambiente, del buen tiempo, de la compañía el uno del otro y ella, mi golosa favorita, gimiendo de placer con cada nuevo bocado que se lleva de esa crepe con *Nutella* que se le ha antojado.

—¡Mierda! —escucho que grita y al mirarla veo que le ha caído un poquitín de ese dulce manjar sobre el vestido.

Pero no solo ahí, sino también en el pecho.

Me acerco, se lo quito con la yema del dedo y ante su mirada me lo llevo a la boca para saborearlo.

—Delicioso —confieso porque es verdad.

—Sí, muy bien, está riquísimo, pero, ¿qué hago con él manchurrón del vestido? —me pregunta atacada de los nervios—Parece que me haya cagado un pájaro con diarrea de la mala ¡Joder!

Me rio, la agarro de la mano y vamos a un restaurante donde, de seguro, tendrán algo que pueda servirnos para quitar ese poquitín de chocolate que para ella es enorme.

No es coqueta ni nada mi Julieta. Eso sí, cuando salimos siguió comiéndoselo.

Se paró delante de un escaparate mirando un conjunto de lencería de lo más atrevido, muy sexy.

—¿Entramos? —le pregunto rodeándola por la cintura y apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Me lo vas a comprar?

—Claro.

—¿Puedo mirar algo más?

—Por supuesto.

—Pues te vas a cagar —dijo terminando el último bocado y tirando la servilleta a una papelería para luego entrar en esa famosa tienda llamada “*Victoria’s Secret*”.

Pues me iba a cagar, pero al menos esperaba verla con algunos de esos atuendos puestos.

—Quiero esto —cogió un neceser y lo echó a la cestita que había cogido a la entrada—. Este camisón que es muy provocador, este conjunto de lencería, este, este, este...

Y la cesta a reventar, increíble la habilidad para llenarla, pero yo me la imaginaba con cada cosa que metía y lo mejor de todo es que me dio la canasta y se fue a por otra.

—Te vas a cagar —murmuró de nuevo mientras sonreía con amplitud.

Ahora tocaba los perfumes, no uno, dos o tres, cinco, cogió cinco, ya me veía yo con una cesta en cada mano y ella cogiendo la tercera.

—Te iba a llevar a un restaurante precioso a cenar, pero como sigas comprando nos veo haciéndolo en el *Burger King* —bromeé.

—Más me gusta a mí eso, así que sigo y tú —se puso el dedo en los labios como diciendo que me callara.

—Una cosa. ¿No te gusta aquel *body*? —pregunté bromeando.

—Claro —se fue directa a cogerlo y no solo en blanco, obvio que también el negro, de dos en dos, como los *donuts*.

De repente me dice que necesita una botella de agua fresca y que fuera a por ella, cosa que no dudé en hacer mientras ella seguía comprando.

Cuando volví me la encontré pagando en caja, vamos ya le estaban dando el ticket. ¿Me había mandado a por el agua para que no lo hiciera yo?

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Él que? —Me puso las bolsas en la mano.

—Pagar —carraspeé siguiéndola—. Iba a hacerlo yo...

—¡Sí hombre!, para eso tengo mi cuenta millonaria —dijo recordando el dinero que ya le había transferido.

—Quería regalártelo.

—¿Para que luego te tuviera que hacer un pase de modelos con cada una de ellas?

—Sabes que no.

—Pues entonces no lo entiendo —me agarró por el codo mientras caminábamos.

De ahí nos fuimos en un taxi a *Montmartre*, el barrio más pintoresco y bohemio de París.

Ese barrio me encantaba, abarcaba dos zonas totalmente diferentes: la primera, alrededor de la Plaza *Pigalle*, ahí se veían las luces de neón en los que destacaban numerosos locales de cabarets, entre ellos el famoso *Moulin Rouge*, que por las noches atraía a muchísimos turistas.

Tras numerosas fotos y tomar algo seguimos a la otra zona a través de un funicular, también se podía subiendo casi los doscientos escalones que había, pero Julieta decía que se negaba.

Llegamos a la *Plaza du Tertre*, en lo alto de la colina, la zona más bohemia, viendo a muchos pintores derrochar arte y, cómo no, un cuadro se le metió por los ojos a ella y no dudé en comprárselo, el chico nos explicó lo que representaba y era el amanecer de París, visto desde uno de los puntos estratégicos de la Torre Eiffel.

Julieta estaba de lo más emocionada con aquel cuadro y yo feliz de que así fuera.

Terminamos cenando en uno de los restaurantes de allí, probamos la *bisque de homard*, la sopa de langosta, pero antes unos canapés a base de quesos, era toda una delicia acompañado de una botella de *Bordeaux*, no podía ser menos.

Ella estaba rebosante de felicidad, se le veía que había pasado un día increíble, eso sí, volvió en el taxi durmiendo sobre mi hombro.

Llegó, se duchó medio dormida y se acostó directamente para seguir en el sueño que interrumpió al bajar del taxi.

Yo salí a la terraza a mirar la noche, mientras disfrutaba de un cigarrillo y recordaba el día que habíamos pasado, pero, cómo no, me volvía ese temor por la vuelta, esa que no quería que llegara por nada del mundo. No estaba preparado para tener que separarme de ella y no poder hacer nada por evitarlo.

Capítulo 15: Lorenzo



Despiertas con las cortinas completamente abiertas y ante ti la Torre Eiffel, eso es lo primero que vi, bueno y a ella sobre el barandal de la terraza con un café en la mano.

Se giró y me sonrió, me hizo un gesto para que me levantara.

Me preparé un café y le di un beso en la mejilla, me postré a su lado para deleitarme con aquella vista que era digna de inspiración para una novela romántica, imaginaba que muchos escritores vendrían aquí en busca de la inspiración.

—Tengo ganas de perderme de nuevo por la ciudad.

—Eso haremos...

—Me encanta el aire que se respira por las calles, el ambiente que se mueve de gente de todos los lugares del mundo y esos imponentes edificios de lo más elegantes.

—¿Nos quedamos a vivir aquí?

—¡Tonto!

—Firmo donde quieras.

—Quita, quita, yo me voy a mi casa, con mi madre que allí se vive de lujo.

—Contrataría a alguien para que no tuvieras que hacer nada —carraspeé.

—Claro, claro —volteó los ojos.

—Prometo serte fiel en la salud...

—¡Calla, joder! —Levantó la mano riendo— Me está saliendo sarpullido —comenzó a rascarse el cuello.

—¿Segura qué no quieres?

—Tú vete con tus Abriles —se refirió a mujeres como Abril—, que yo me voy a mi mundo de yupi.

—No quiero Abriles, quiero estaciones completas a tu lado.

—A mí no te me pongas ñoño, que cobras —se rio.

—Lo digo de corazón.

—Ya, y yo también —resopló.

Si en ese momento pudiera casarme con ella, lo haría sin dudarlo, sin pensarlo, no perdería el tiempo ni en avisar a mi familia, me tiraría de cabeza a ello, pero claro, parecía que ella después de este viaje no quería saber nada más de mí. ¿No era doloroso?

Nada de dolor comparado con el que ella tuvo que pasar y ahora el mío era más que merecido, el karma me había azotado de la forma que más me podía doler, apartándome de ella cuando la amaba con todas mis fuerzas y ahora más que nunca.

Estaba preciosa con ese rostro de recién levantada, ese moreno le sentaba genial y la hacía de lo más apetecible y, hablando de apetecible...

La agarré por la cintura y aparté su café a un lado del barandal, ya se lo había tomado y

aproveché para pegarme totalmente a ella.

El olor y el contacto de su piel me hacían poner a mil por hora y desearla con todas mis fuerzas.

Julieta echó su cabeza hacia atrás dejándola caer sobre mi hombro, mi mano aprovechó para entrar por debajo de la camiseta y posarse en sus pechos, esos libres de nada, cosa que me facilitaba el poder disfrutar de ellos directamente.

Mi mano comenzó a deslizarse hasta su zona más húmeda, dejándose llevar por la excitación que ya podía sentir que tenía ella.

Comencé a tocarla con intensidad, ahí ante la imponente torre. ¿Podía ser más excitante?

Y así fue como la hice llegar a un orgasmo donde se agarró a ese barandal, que menos mal que era de piedra y no de acero con barrotes, de lo contrario le hubiéramos dado un espectáculo a toda la ciudad.

La cogí en brazos cuando se repuso y la llevé a la cama, allí terminamos esa faena que era el pistoletazo de salida a lo que podía intuir que iba a ser un impresionante día.

Nos montamos en el ascensor dispuestos a ir a recuperar las fuerzas con un buen desayuno, cuando en una parada se subió una mujer con una camiseta amarilla chillona, a la que no tardó Julieta en dedicar uno de sus murmullos tan desternillantes.

—Parece que va a ir a una carrera ciclista...

Levanté la ceja mirándola y aguantando la risa, me encantaban esos puntos de ella que me hacían reír tanto.

Salimos y nos fuimos directos a desayunar al mismo lugar que el día anterior, nos había encantado y queríamos deleitarnos de nuevo con esas vistas.

—Si en verdad te pones a pensar —cogió un cigarrillo cuando trajeron el café—, la Torre Eiffel es un trozo de hierro.

Me eché a reír, no podía con ella y con esa manera de soltar las cosas.

—Bueno, si lo miras así...

—A ver, que impone y es preciosa, además la veo como la representante del amor, pero que es un trozo de hierro —lo decía para buscarme la lengua.

—Un trocito de hierro de nada —sonreí negando.

—Tengo que decirte algo... —cambió de tema drásticamente.

—Adelante —mi semblante cambió y me quedé preocupado.

—Quiero confesarte una cosa... —Su rostro me daba hasta miedo, era como saber que me iba a decir algo que no me iba a gustar—Antes de saber que me habían sacado del caso, comenzó a enviarme mensajes alguien del pasado que ahora mismo está en Estados Unidos, la verdad es que me arropó mucho y me apoyó, además de calmar con ánimos mi dolor —me iba a caer al suelo en esos momentos—. Esta mañana me mandó un mensaje diciendo que había terminado lo que fue a negociar allí por su trabajo y vuelve en estos días a España, le prometí que cuando volviera intentaríamos retomar lo que un día dejamos.

Un silencio se hizo entre nosotros, me encendí un cigarrillo y no fui capaz de contestar, me rasqué la cabeza, el cuello, comencé a sentir un calor que me subía por todo el cuerpo y ganas de llorar, eso tenía, ganas de llorar.

¿Y ahora qué? El dolor lo acababa de sentir en mis propias carnes, no hacía falta ya volver para saber lo que me esperaba allí, no era capaz de reaccionar, ni de nada, me había quedado en *shock*, blanco y pálido, no me hacía falta mirarme al espejo para poder ver cómo estaba. Mi mundo se acababa de desmoronar por completo.

Aun nos faltaba ese día juntos y el siguiente. ¿Qué podía hacer para conseguir que no se fuera de mi vida? ¿Qué baza tenía ante un hombre que sí la había apoyado y creído cuando más lo necesitaba?

—¡Soy un gilipollas! —exclamé levantándome y marchando hacia el interior para entrar al baño.

Me miré al espejo y sí, estaba pálido, con un rostro de agotamiento y dolor, me puse a llorar como un niño chico queriendo sacar toda la rabia que había en mí.

¿Y ahora qué? Es lo único que me preguntaba en esos momentos.

Me lavé la cara después de que conseguí relajarme un poco y salí hacia fuera, ella estaba mirando su móvil y lo puso para que yo lo viera.

Una exclusiva en la revista más importante de España donde salía Abril contando que se había divorciado de su marido y que había sido la amante de uno de los hombres más ricos por su página en las redes sociales, o sea, yo...

Ya era lo que me faltaba, de verdad, si me caía un tejado en la cabeza ahora mismo, favor que me haría. No podía haber sido más gilipollas esa mañana al pensar que se me tornaba un día de lo más bonito.

Me froté la cara cuando me senté y le pedí al camarero que me trajera otro café y un chupito de *whisky*, así de buena mañana, no lo había hecho en mi vida, pero, o me tomaba uno o empezaba a sacar mi furia e iba acabar metiendo patadas a todo el mobiliario de la terraza en la que estábamos desayunando.

Ella permanecía callada, leyendo la exclusiva, vamos que ya lo que me faltaba para más INRI, es que se comiera todos los inventos de esa mujer, pues no podía contar más que tres polvos y poco más.

Me bebí el café, el chupito y nos fuimos a caminar en un absoluto silencio, como dos desconocidos, como dos personas que ya no tienen nada más que hacer. Ella lo tenía claro, iba a comenzar su vida al lado de otro hombre.

Ya no tenía ni fuerzas para intentar abrazarla, lo hacía por estar, al menos así lo entendí en el momento que me confesó que había alguien que iba a venir para plantarse en su vida.

Caminamos y caminamos, ella también iba en un absoluto silencio, no sabía cuándo volveríamos, pero yo adelanté todo con el móvil para el día siguiente, estaba claro que aquello no debía de alargarse más, si no había sido suficiente esos días para que se diera cuenta de mis más sinceras intenciones y que no eran otras que darle todo lo de más valor que tenía, mis verdaderos sentimientos hacia ella.

—Lorenzo... —dijo cuando nos sentamos en una terraza donde yo paré para que comiéramos algo.

—Dime, Julieta —mi tono era triste, de rabia, de dolor.

—Si molesto puedo irme...

—Nos vamos mañana, no te preocupes.

—¿Estás bien?

—Claro, a punto de arrancarme por sevillanas —en ese momento se acercó el camarero y pedimos la comida, además de dos cervezas, ni de vino teníamos ganas.

—No creo que tengas ganas de arrancar por sevillanas, pero sí creo que tienes derecho a estar así, comprendo tu dolor, pero entiende que...

—... Que te dejé cuando más falta te hacía, lo sé, no puedo reprocharte nada, el dolor es conmigo mismo, no te preocupes.

—No te iba a decir eso, era que si quieres esta noche duermo en otra habitación.

—No, no te preocupes, no me molestas en absoluto.

¿Molestar? Jamás me molestaría, pero yo estaba con una presión en el pecho que parecía que me iba a romper en dos, mi corazón estaba ralentizado al igual que mi cabeza, hasta pensar me costaba.

Ese día paseamos todo el tiempo en silencio y por la noche compramos unos *durum* que nos comimos en la terraza del hotel, pero en silencio, creo que fue una de las noches más dolorosas de mi vida.

Preparamos todo para salir por la mañana a primera hora y ella quería dormir en el sofá, pero no lo permití, así que lo hice yo y me costó la vida conciliar el sueño, me despertaba a cada momento y sentía un sudor extraño en mí.

A las siete de la mañana ordené un desayuno a la habitación y me duché, cuando salí entró ella y en ese momento lo trajeron, así que nos tomamos el café, ninguno dimos ni un solo mordisco a la tostada y bajamos ya que el taxi estaba esperando para llevarnos al aeropuerto.

Todo fue en silencio, no había palabras, no había nada que decirnos, ella tenía una decisión tomada y a mí solo me quedaba acatarla.

El vuelo fue lo más triste que había sentido, un dolor inhumano, era como si te abrieran en canal, podía sentir cada punzada en mi piel y lo peor de todo, podía ver cómo todas las pequeñas ilusiones que me hice durante aquel viaje, se habían ido cada una de ellas a la mierda.

Aterrizamos y sacamos el equipaje, mi coche estaba allí, le dije a Víctor que me lo dejara en la terminal y nos montamos para irnos directamente hacia su casa.

Cuando paré en la puerta me giré y le cogí las manos, las lágrimas comenzaron a brotarme y lo peor de todo, es que a ella también.

—Julieta, gracias por haber compartido estas casi dos semanas conmigo, gracias por tantos momentos. Espero que te vaya muy bien en la revista, allí tendrás tu puesto siempre, al igual que espero que en el amor te den todo lo que yo no te supe dar. Solo quiero decirte que, pase lo que pase, siempre te voy a esperar...

—No lo hagas —se bajó llorando y vi cómo iba al maletero para sacar su equipaje, ni pude bajarme del coche para ayudarla, se había llevado mi alma, mis fuerzas, mis alegrías, mi vida...

Le di un puñetazo al volante y me fui como alma que lleva el diablo, no quería saber nada de nadie, ni del mundo, quería meterme en mi casa y quedarme encerrado una temporada, es lo único que deseaba.

Capítulo 16: Lorenzo



Casi un mes había pasado desde la vuelta de aquel viaje, un mes en el que mi vida no podía ser más triste y dolorosa de lo que estaba siendo, un mes en el que imaginé que Julieta, debía ser feliz al lado de otro hombre, pues no hizo ni lo más mínimo por darme señales de vida y en sus redes no paraba de subir fotos con gestos graciosos, pensativos, de mil maneras.

Esa mañana me estaba tomando el café en mi despacho cuando entró Estíbaliz, ya íbamos a mejor. Ella no me nombraba a Julieta, pero sabía que se veían, subían muchas fotos las dos juntas a las redes y yo, yo no me atrevía ni a preguntarle, lo hice una vez y me dijo que lo dejara estar, así sin más.

Decir que había sufrido era poco, ni punto de comparación con lo que había sentido esos días en los que casi apenas había salido más que para el trabajo, en los que me quedé encerrado en casa llorando como un niño pequeño y en los que las únicas visitas que recibía eran de mis padres, de mi hermana y de Víctor.

Mis días eran pura supervivencia, soñaba con que llegara la noche para dormir y luego, llegado el momento, no podía, me desvelaba a cada rato y así cada día, uno tras otro.

¿Cuánto puede aguantar un corazón viviendo al límite del dolor ocasionado por el amor? No lo sabía, lo que sí era cierto es que te dejaba por los suelos, no había nada que te hiciera sonreír y mucho menos había consuelo.

Había hasta días que pensaba que si me moría dejaría de sufrir, no es que pensara en el suicidio ni mucho menos, pero sí en que si me pasara algo pues me iba y ya, cosa que antes pensaba que me daría pena saber que moriría joven por lo mucho que me quedaba por vivir.

Era sensación de desconsuelo, ese que no se iba ni por un momento, no había nada que consiguiera sacármela de la cabeza ni por un instante.

La amaba cada día más, sabía que era feliz en el trabajo y que los compañeros le tenían mucho aprecio, ni qué decir tiene que le pedí al director de mi revista que la cuidara, como si fuera algo frágil y necesario para la empresa y eso hizo.

Casi un mes que mi vida ya no tenía sentido por muy feo que sonara, podía ser egoísmo, sí, pero, ¿qué más daba?

La vida es un preámbulo de cosas que vamos sumando, tanto buenas como malas, pero cuando va relacionado con el corazón y desde los más verdaderos sentimientos, no hay cura que sane, ni siquiera el tiempo.

Abril estuvo una semana recorriendo platós de televisión contando sus aventuras con todos los “famosos”, además le había sacado una buena fortuna a su exmarido con el tema del divorcio e incluso un día apareció por las oficinas y la eché, no le permití ni un hola, ni un ay, a la calle, no la quería ni ver, la detestaba con toda mi alma.

Creo que es a la única mujer que he detestado en mi vida. Con todas las que había estado me

quedaba un recuerdo bonito de ellas, pero con Abril, era imposible, era ese tipo de personas que te enseñan hasta dónde puede llegar la maldad por conseguir sus propósitos, todo lo que tenía de sexy lo dejó de tener en muy poco tiempo.

La puerta se abrió y no podía ser otra que Estíbaliz, que tanto me recordaba a Julieta con lo de no dar un golpecito para advertir que iba a entrar.

—Hola, hermano —entró directa para el sillón.

—Tienes mala cara...

—Estoy disgustada.

—¿Te pasó algo con *Mathew*?

—Ese es un santo, no como otros... —se refirió a mí.

—¿Qué te pasa hoy?

—Me pasa que tengo muy mala leche en el cuerpo de no poder soltar todo lo que sé.

—No te entiendo —resoplé agobiado por no entender nada.

—Aún no sabes toda la verdad de Julieta, eso es lo que pasa —se levantó enfadada y se fue, cerrando la puerta de un golpe fuerte y en seco.

¿Y ahora qué pasaba? ¿Qué me había perdido? ¿En qué estaba metida? ¿Por qué actuaba mi hermana con esa rabia?

En todo este tiempo no molesté a Julieta ni con una llamada, ni un mensaje, la dejé que viviera su historia con otro hombre, no podía hacer otra cosa y menos quería ocasionarle un malestar a su vida, demasiado le hice en su día como para joderla de nuevo.

Me puse la chaqueta y salí de las oficinas como alma que lleva el diablo, cogí el coche y me fui a la revista, esa que era mía pero que no pisaba por respeto a Julieta, pero se acabó, mi hermana me había dejado con el corazón en un puño y tenía que preguntarle a ella qué es lo que estaba pasando.

Mi coche volaba, parecía que se acababa el tiempo, pero no quería tardar más en averiguar qué estaba ocurriendo y si Estíbaliz no me dijo nada, sabía que había hecho un pacto de silencio y créanme que, si ella lo hace, la pueden estar matando que jamás lo contaría.

Aparqué el coche y entré directo, no había nada que pensar, no andaría con rodeos, le iba a preguntar directamente, si necesitaba ayuda de nuevo, esta vez la iba a tener, aunque no me dejara estar en su vida.

Solté el aire cuando salí del ascensor, me iban saludando los empleados impactados por verme allí, pero por mi cara les hacía ver que tenía prisa, yo iba directo al despacho de ella, era lo único que me importaba en ese momento.

Dos golpes en la puerta y un ruido desagradable, se oyó venir de dentro. No dudé en abrir y ahí me la encontré, pálida, con ojeras y vomitando en la papelera.

—Julieta —dije acercándome a ella corriendo y poniéndome de cuclillas para sujetarle la cabeza.

—Me estoy muriendo —decía sin dejar de vomitar.

—¿Qué dices, de que te estás muriendo? No, no permitiré que te mueras —me eché su bolso al hombro, la levanté y me la llevé para ir directos a mi hospital privado, ahí la iban a curar de lo que quisiera que tuviera, pero por esa cara no debía de ser nada bueno.

Quería hablarme, pero no podía, iba vomitando en la bolsa que yo le había puesto en las manos mientras la sujetaba para andar, pero no, al final de los nervios la cogí en brazos y corrí hacia el coche ante la mirada atónita de todos los trabajadores que se cruzaban en mi camino.

La senté en el sillón y corrí al mío para llegar lo antes posible al hospital, ella me hacía

señales con la mano de que aflojara, pero no, no iba a aflojar, el amor de mi vida no se iba a morir, aunque no fuera a estar conmigo jamás, pero la quería lo suficiente como para permitir que se muriera.

Me salté semáforos, crucé en línea rotondas, los *stop* no existían, los “ceda el paso” eran a mi favor, todo, pero la mujer que llevaba al lado estaba jodidamente mal y por nada del mundo iba a permitir que un puto minuto fuera el causante de una desgracia, así que no podía perder el tiempo, ya me llegarían las multas. Pero, ¿qué cojones me importaba ahora a mí eso?

Aparqué en la puerta del hospital, lo bueno era que al ser privado había un chico que te cogía el coche y lo aparcaba bien, así que la saqué de allí, cosa que ella no quería, pero la cogí con todas mis fuerzas y entré con ella en brazos.

No tardaron en traer una silla de ruedas y la metieron dentro, yo iba detrás sin despegarme, por nada del mundo la iba a dejar sola.

Un médico la vio y comenzó a hacer preguntas que yo ni entendía, ella con la cabeza afirmaba o negaba, no tardó en mandarla a otra sala y la recostaron en la camilla cuando comenzó con un aparato a mirar su barriga y sonreír.

—Felicidades, se trata de un embarazo —Julieta hizo un gesto con las manos como diciendo que era obvio. ¿Eso era lo que me intentaba decir?

Se me cayó el mundo al suelo, se me saltaron las lágrimas, tenía un dolor increíble de saber que iba a tener un hijo con otro, me senté mientras la enfermera le daba algo para cortar los vómitos.

Me eché a llorar y el médico me volvió a felicitar con dos palmadas en la mano, el pobre se creía que era de felicidad. Si él supiera...

Nos dejaron a solas para que ella reposara un rato mientras le hacía efecto el medicamento, al cerrar la puerta no tardó en hablar Julieta.

—Pensé que me ibas a mandar a la mierda cuando supieras que ibas a ser padre...

En ese momento levanté la cabeza y la miré impactado.

—¿¿¿Voy a ser padre??? —Me levanté emocionado, no me lo podía creer. ¿Yo era el padre?

—Claro, te lo dijo el médico. ¿Estás bien?

—¿Y tu pareja?

—Era mentira —se le saltaron las lágrimas—. Lo hice para que te alejaras de mí y poder olvidarte.

—¿¿¿Cómo??? —Fui hacia ella y me senté a un lado de la camilla cogiéndole la mano y con la otra le acaricié la barriga mientras no podía dejar de llorar de la emoción ¡Iba a ser padre y ella no había rehecho su vida! Esto era una nueva oportunidad, tenía que serlo...

—Siento haberte mentado... —Lloraba con tristeza.

—Eh, nada de llorar así, vamos a ser papás. ¿Hay algo más bonito que se esté formando y algo tan bello como una vida aquí dentro? —Seguía acariciando su barriga.

—Que nada malo nos hubiera pasado —me respondió, secándose las lágrimas.

—Ya, pero ahora deberíamos por este —le apreté la barriguita con cuidado—. Tenemos que dar ejemplo de bondad, cariño y amor.

—No voy a volver contigo —dijo riendo y llorando a la vez.

—Ni te vas a ir con otro novio imaginario, así que ya sabes... —Me encogí de hombros.

—¿Qué debo saber?

—Que no te vas a deshacer de mí tan fácilmente, además, ahora tenemos lo que más valor tiene en la vida y es de los dos.

—No me hagas llorar más que estoy muy sensible, que lo sé desde hace dos semanas y me lo he comido sola.

—¿Y por qué no me lo querías decir?

—Porque si me mandabas a la mierda, me mataría.

—Pero... —negué llorando con rabia y felicidad a la vez— Deberías habérmelo dicho. Mi hermana lo sabe, ¿verdad?

—Sí, y ella me pedía que lo hiciera, pero no, pedí y rogué que no, me daba mucho miedo.

—Te dije que te iba a cuidar todos los días de mi vida... —Le acaricié la cara.

—No voy a volver contigo.

—Ni te vas a alejar de mí —le pellizqué con cariño la mejilla.

El médico entró y le dio una serie de indicaciones, no debía tomar medicamentos y demás, pero ella se veía que lo sabía.

Le recetó unos sobres que según dijo, contenían lo necesario para mantener su sistema reforzado y una especie de suero con algo que frenaba los vómitos.

Salimos de allí y me la llevé a comer, bueno la pobre es que ni podía, pero al menos se pidió un poco de sopa de picadillo, yo pedí también otra, tampoco es que tuviera hambre, así que eso y un poco de ensalada antes, iba bien.

—Cuéntame todo —dije mientras acariciaba su mano por encima de la mesa, encantado por ver la sortija que le regalé en su dedo.

—Nada, me enteré un día en el que me hice la prueba en el baño, eso sí, Marina, tu hermana y la mía, estaban en el pasillo de afuera sentadas esperando.

—Parece que lo estoy viendo —me salió una pequeña carcajada.

—Han sido mi gran apoyo —sonrió con debilidad, se veía que lo había pasado realmente mal esa mañana con el tema de los vómitos.

—Ya tienes el mayor apoyo y seré yo —le hice un guiño mientras seguía acariciando su mano.

—Bueno, a mí no me vayas a atosigar, quiero mi espacio como madre soltera que seré.

—Ya, pero yo te voy a cuidar.

—No me amenaces —retiró su mano y me señaló con el dedo riendo a duras penas mientras el camarero nos servía la sopa.

—No vas a trabajar, mañana te dará la clínica la baja médica, quiero que te cuides, que disfrutes del embarazo y que juntos vayamos a comprar todo lo necesario.

—Me están entrando calores, hijo, de verdad —comenzó a abanicarse la cara con la mano.

—No seas exagerada —sonreí.

—Calla, calla, que capaz de que me vuelvan los vómitos.

—Bueno, pero que sepas que aquí estaré siempre y ahora, más que nunca.

—Ya, tranquilo —quería cortar la conversación.

—Hoy lo estoy más que nunca —murmuré asintiendo con la cabeza.

Tras la comida la llevé a su casa, estaba débil y necesitaba descansar. La acompañé hasta la misma puerta y su madre abrió, me hizo pasar, me trató con mucho cariño, sabía que ella había hablado bien de mí tras ese viaje, se notaba en todo y su madre era conocedora de que ella estaba embarazada.

Me ofreció un café, no me habló de nada, pero se le veía la sonrisa de estar feliz por saber que yo me iba a hacer cargo de su nieto y es que eso no era una opción, eso era una de las responsabilidades más bonitas que le puede pasar a un ser humano y me pasó a mí. Cuando

pensaba que la vida era una mierda, la comencé a ver de otro color, con una luz resplandeciente, y desde ese momento todo me empezó a importar.

Estuve un rato y me despedí, me fui hacia casa de mis padres para hacerles conocedores de la noticia, por supuesto se alegraron un mundo, no me preguntaron nada, a ellos no les hacía falta hacerlo y además conocían a Julieta por mi hermana, así que todo en ese día, estaba siendo perfecto.

Volví a mi casa después de cenar con ellos, pero lo hacía regresando con una ilusión grandísima, iba a tener un hijo con la mujer de mi vida y eso sí que sería para toda la vida, ese cachito de los dos.

Le dejé un mensaje de texto deseándole un feliz descanso, no me contestó, pero lo vio, para mí era más que suficiente.

Sus ojos le brillaron, con eso me quedaba, le habían brillado estando conmigo ese día, le habían brillado cuando vio lo feliz que me hacía esa noticia, más que eso, ese regalo en forma de vida.

Ese día me costó coger de nuevo el sueño, pero esta vez era diferente, eran los nervios de una ilusión, de tener ganas de ver cómo salía de nuevo el sol y esta vez venía con más fuerza que nunca. ¿Quién me iba a decir a mí esa mañana, que iba a desear el comienzo de un nuevo día?

Capítulo 17: Lorenzo



¿Sabes cuándo te comienza a brillar la vida en forma de ilusión? Pues así me brillaba a mí cada día y es que es verdad eso de que, tras la tempestad, siempre llega la calma...

Las semanas fueron pasando y con ellas su barriguita iba aumentando y ya era todo un huevo *Kínder*. Julieta se resistía a volver conmigo, pero yo era feliz con saber que la tenía de mi lado, que me dejaba llamarla, invitarla a comer, acompañarla a comprar las cosas que iba a necesitar el bebé, bueno la bebé, pues iba a ser niña y se iba a llamar Estíbaliz.

Recuerdo ese día en la consulta del ginecólogo donde los dos pensábamos que era niño y de pronto el doctor mirando a la pantalla soltó un...

—Será una preciosa niña —dijo sonriente.

—¿¿Niña??? —Levantó la cabeza de la camilla como si fuera la niña del exorcista.

—Sí, completamente claro.

Yo miraba a Julieta que se volvió a echar hacia atrás, me salió una sonrisa, vale que esperábamos que fuera niño, pero saber que venía una princesa a mi vida me hacía sentir el más feliz del mundo.

—Amor —dije a Julieta, que me miró con cara de asesina— ¿No querías una Estíbaliz en tu vida? —pregunté riendo.

—Así se va a llamar —dijo señalándome con el dedo.

—Ok, Ok —levanté las manos ante la risa del médico.

Y así fue como descubrimos el sexo de nuestro bebé...

Me metí de cabeza en la compra de una casa con jardín, el piso anterior fue comprado en mis comienzos y ahora quería tener algo amplio para que jugara mi hija, además, comenzamos a montar la habitación para ella, eso sí, Julieta lo hacía porque tuviera un espacio lindo en la casa del padre a pesar de que ella no tenía pensamiento de volver conmigo, pero yo, cada vez la sentía más cerca.

La barriga le sentaba genial, estaba preciosa, además usaba ropa que la hacía de lo más tierna, era una belleza de mujer en todo su máximo esplendor.

Recuerdo aquel día, estaba como de unos cuatro meses y la convencí para salir a cenar, casi nunca lo hacía, a mediodía sí, pero por la noche no, como era diciembre y ya estábamos a unos días de la Navidad, yo quería salir con ella por la ciudad iluminada.

Nos fuimos a pasear por el mercado navideño que estaba de un gusto exquisito, todos los puestos de madera, tanto de comidas navideñas, como de regalos y adornos.

Yo acababa de comprar mi nueva casa, esa que por cierto aún no iba a estrenar hasta el nacimiento de Estíbaliz, ya que me estaban remodelando muchas cosas y yo quería dejarlo todo más que listo.

Comenzó a antojársele de todo para adornar una casa, pero claro, la de su madre no era muy

grande y ya la tenía toda decorada, así que me preguntó si podía adornar mi piso, ya que la casa, ¿para qué? Aún no vivía ahí. Por supuesto le dije que sí.

Solo quería comer y me hacía mucha gracia. Entre lo que iba comprando de turrone y dulces navideños para llevar, más lo que se iba comiendo, era para verla, luego cuando ya estaba hasta el cuello se ponía a lamentarse de los kilos, pero a mí me daba igual, yo me reía y le decía que estaba para comerla enterita, ella me respondía siempre lo mismo... ¡Idiota!

En ese mismo mercado fue donde cenamos probando de todo lo que había, vamos que ya era comer por comer, pero es que todo tenía una pinta, que te incitaba a devorarlo todo.

Si digo que salimos con unas seis bolsas de cosas me quedo corto, yo solo tenía en mi casa un árbol blanco en el salón adornado con bolas rojas brillantes y un lazo plateado rodeándolo, pero a partir de mañana aquello sería una feria navideña en el piso.

Esa noche al dejarla en su casa me dijo que al día siguiente la tenía que recoger por la mañana que nos íbamos a adornar mi salón, le pedí que se quedara conmigo y nada, pero bueno, en unas horitas la volvería a tener junto a mí.

Al día siguiente a las ocho de la mañana me mandó un mensaje diciendo que la recogiera, para ir a por churros, no tardé ni quince minutos en estar en la puerta de su casa, con una sonrisa de oreja a oreja y bajó con una bolsita en las manos.

—¿Y eso? —pregunté mientras besaba su mejilla.

—Un pijama navideño que me he comprado, no pretenderás que adornemos el salón así vestidos, esa no es la tradición.

—Ah, muy bien, pues ahora mismo cogemos los churros, nos vamos al piso a desayunar y me planto yo un pijama —sonreí.

Y así fue, paré en una churrería, pedí un paquetón y fuimos a mi piso, nos pusimos los pijamas para desayunar y después ponernos a decorar todo el salón, eso sí, con música navideña de fondo.

Bueno ni qué decir tiene que yo iba poniendo cada cosa donde ella me iba diciendo, además de tener que cambiar todo decenas de veces, a simétrica no le ganaba nadie, pero aquello iba luciendo de lo más bonito.

—Tengo antojo de un chocolate calentito —dijo sentándose delante de la chimenea de forja. Eso otra, en la nueva casa la tenía en la pared hecha de material y muy grande, eso lo disfrutaríamos al año siguiente, era el tonto de las chimeneas y por lo que veía ella también.

—Eso es que no te quedaste llena con el desayuno —ironicé, se había tomado un vaso de leche, otro de *Nesquik* y los churros, ni una hora hacía—. ¡Marchando un chocolate calentito para el amor de mi vida! —Me dirigí a la cocina.

—¡¡¡No soy el amor de tu vida!!! —la escuché chillar riéndose desde la chimenea, con todo lo comprado y viendo donde seguíamos colocando.

—Ya lo veremos... —murmuré sin que me escuchara mientras me ponía a prepararle su antojo.

Aparecí con su chocolate, se lo puse a un lado del suelo donde estaba sentada encima de un cojín y me senté a su lado apartando algunas de las cosas que la rodeaban porque estaban sin colocar.

No tardó ni diez minutos que se puso de lo más melancólica.

—Estoy pensando en alquilarme una casa, mi madre no quiere, pero quiero que mi niña tenga también un cuarto para ella.

—No pienses en eso ahora, te vas a venir a vivir conmigo.

—No, contigo no, que no me fío.

—¿Cómo qué no te fías? —me reí mientras ella tenía cara de puchero.

—No, yo contigo no tengo futuro —sostenía la taza de chocolate mirándola sin quitar la vista.

—Hacemos un trato, este piso se va a quedar vacío, bueno, amueblado, pero no voy a vivir aquí, te lo puedes quedar tú el tiempo que quieras, de todas formas, será para la niña el día de mañana —dije pensando por dentro que ella se iba a venir a vivir conmigo, pero mientras la convencía y no, mejor que se viniera aquí.

—¿Tú me lo alquilarías?

—Claro, a cambio de que me dejes venir a ver a mi niña cuando esté contigo.

—Contigo no se irá a solas hasta que haga la comunión, no me pienso separar de ella.

—No te pensaba separar, cuando me toque a mí, te vienes a mi casa con ella y cuando te toque a ti, me vengo aquí con vosotras —aguanté la risa.

—¡Tonto! —Se le saltaron las lágrimas mientras reía.

—Estás tristona, son las hormonas —me acerqué y la abracé—. No te preocupes por nada y, sobre todo, que sepas que este piso es para vosotras, eso sí, siempre y cuando no estés con otro hombre —reí mientras la sostenía abrazada.

—No quiero más hombres en mi vida, no creo en el amor.

—Buenoo ¡Lo tienes delante!

—No, no digas eso —decía en plan niña de seis años, pero a mí me encantaba ese cacao que tenía en la cabeza y la hacía estar así.

Esas navidades las pasamos juntos, pues la Nochebuena me invitó su madre a su casa a cenar, también estaba Víctor, y en Nochevieja nos fuimos a casa de mis padres. Sin embargo, en Navidad y el primer día del año, hicimos una comida en mi casa, los dos a solas, eso sí, no consintió dormir casi ningún día conmigo, pero yo era feliz viéndola cada día.

El Día de Reyes fue espectacular, yo le había comprado de todo para ella y para la niña, le dije que la recogería temprano en su casa y antes de eso preparé un sofá para ella y otro para la bebé que esperábamos.

Para Julieta había ropa, bolsos, reloj, botas, lencería, una gargantilla de oro blanco con el símbolo del infinito... No le faltaron detalles y en el otro lado lo de nuestra hija, una pulserita de oro con su nombre, una cadenita y unos pendientes de bebé, sonajeros, muñecos de peluches, pijamas de verano, porque entonces ya estaría entre nosotros. También mucha ropita, colonias, cremas buenas, no le faltaba nada.

Dejé todo listo para cuando volviera con ella, el sofá de la niña con globos rosas y blanco, el de Julieta con piruletas gigantes de corazones.

Fui a recogerla y cuando entró al coche había una enorme rosa de papel de aluminio de envoltorio y en el interior, chocolate como a ella tanto le gustaba.

—Gracias —sonrió y cuando me monté besó mi mejilla.

—Feliz Día de Reyes, preciosa —murmuré sonriendo mientras la miraba y arrancaba el coche.

Julieta lucía un brillo especial ese día, además el embarazo, a pesar de que lo comenzó muy mal con el tema de los vómitos, ahora lo llevaba realmente bien, con cambios de humor y con decir que no iba a volver conmigo, pero bastante bien.

Un médico amigo mío hasta me dijo que podía estar teniendo un síntoma que se sucedía en

algunos embarazos, el rechazo hacia la persona que ama, pero yo no llegaba a verlo del todo así, era como un no querer, pero en el fondo, desear estar a cada momento a mi lado.

Llegamos a casa y lo suyo fue llorar nada más que abrí la puerta.

Un pasillo con paquetes de chucherías, cajas de bombones de todas las clases y sabores, *pos-it* con palabras de amor, entre muchas cosas que le endulzarían el día.

—¡A la mierda el rímel, con lo mona que me había puesto! —decía andando lentamente y secándose las lágrimas.

—Ahora te lavas la cara, estás más guapa al natural —recordé que entre los regalos había una caja de maquillaje de una firma bastante buena, así que no había problema si se quería volver a maquillar.

Junto a los sofás había un cartel en cada uno de madera que mandé hacer, con sus nombres tallados en ellos, marcando que era para la bebé y para ella.

No podía dejar de llorar, estaba alucinando con todo lo que le había montado y es que hasta globos había sujetos desde el techo.

Su cara fue de sorpresa al mirar hacia un lado de la chimenea y ver un carro de madera precioso lleno de chucherías, estaba a rebosar y en grande el nombre de nuestra hija: Estíbaliz.

Poco a poco, fue abriendo los regalos, tanto los de ella como los de la niña, eso sí, sin dejar de llorar, vamos que esa mujer no iba a mear en todo el día.

Agradecida, emocionada, feliz, así se encontraba Julieta, que terminó dándome un abrazo con todas sus fuerzas y diciéndome que nuestra hija tendría el mejor padre del mundo.

Después de abrir todo, mi preciosa Julieta me dijo que la disculpara un momento, creí que iría al cuarto de baño a lavarse la cara porque era un mar de lágrimas la pobre.

Pero me sorprendió al volver con una bolsita en las manos.

—Esto es para ti. Feliz Día de Reyes, Lorenzo.

Cogí la bolsa arqueando la ceja, no me esperaba nada y desde luego no hacía falta. Saqué una caja con toda la curiosidad del mundo y al abrirla, creo que la cara de bobo que se me quedó era digna de immortalizar en una fotografía. Miré a Julieta, que me observaba con una sonrisa que la hacía aún más bonita, si es que eso era posible.

Un reloj, y no uno cualquiera, no. Un *Breitling Superocean Heritage*. De acero, con la esfera en color azul. Eso me había comprado ella, el reloj que yo pretendía auto regalarme y ella se me adelantó.

—No era necesario, Julieta —le dije, abrazándola y dejando un beso en su cuello.

—No pensarías que iba a venir aquí con las manos vacías. Eso significaría que no me conoce, señor Andrade —me dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Muchas gracias, no sabes la sorpresa que me has dado, aunque con poder tenerte a ti, teneros a las dos hoy conmigo, es un regalo más que suficiente.

—No me hagas llorar más hoy, que me voy a deshidratar —me pidió y yo no pude más que reír.

Quería besarla, me moría por hacerlo, pero me limité a un beso en la mejilla.

Recuerdo el Día de Reyes como uno de lo más mágicos de mi vida, no era recibir, sino el dar, el saber que ahora era yo el que hacía feliz a otras personas, aunque a mi Estíbaliz aún le quedaba bastante para comenzar a sentir la emoción de ver lo que es un Día de Reyes.

Estaba loco por que llegara el día en que pudiera ver su cara...

Capítulo 18: Lorenzo



Esta primavera era especial, en junio nacería Estíbaliz, pero hoy tocaba que me felicitaran por mi cumpleaños mientras el día del nacimiento llegaba, aunque aún faltaban algunas semanas.

Estaba un poco tristón, ese día cenaría con mis padres y mi hermana en un restaurante, pero Julieta no estaría ya que había quedado desde hacía tiempo con una amiga que venía de fuera, así que, me sentía un poco bajo de ánimos y sin ganas de celebrar nada.

Por la mañana había recibido de ella un mensaje de voz cantándome el cumpleaños feliz, la verdad es que me encantó, después me prometió que al día siguiente lo celebraríamos juntos.

Ese día me fui a hacer unas compras que tenía en mente y por la noche fui al *club* en el que había quedado con mis padres, nada de fiestón como el año anterior.

Me cogieron el coche en la puerta para aparcarlo y el encargado del local me acompañó al reservado del jardín que había cogido mi padre, al llegar me tuve que echar a reír.

Mi padre, madre, hermana, su novio, Víctor, Susy, Julieta y su madre. Todos alrededor de la mesa aplaudiendo y cantando, cumpleaños feliz a todo pulmón. ¡Cómo me habían engañado!

Negué y comencé a abrazarlos uno por uno, cuando llegué a Julieta, la miré y casi la bloqueé, pero el beso a mí me lo iba a dar en los labios. Se quedó ruborizada. ¡A estas alturas! Sí que es verdad que hacía mucho que nuestros labios no se cruzaban, me lo había puesto jodidamente difícil.

Todos aplaudieron con ese beso, se emocionaron más que yo y eso que no anunciaba nada, aún no, pero en algún momento sabía que sí, solo había que esperarlo con paciencia.

Julieta, en los entrantes fue la primera en darme su regalo, un precioso bolígrafo de una firma conocida y en el *clip* para engancharlo iba el nombre de nuestra hija.

Nuestra hija, qué bien sonaba eso...

Agarré por debajo de la mesa la mano de Julieta y le hice mil caricias, me encantaba tenerla ahí, me había cambiado el humor con solo su presencia y es que ya no me imaginaba un mundo sin ella.

—Hoy vas a dormir conmigo —murmuré en su oído y se le escapó una carcajada que todos se giraron a mirarla.

—Este hombre que tiene cada cosa... —soltó Julieta, dirigiéndose a todos sin dejar de reír.

—¿Qué te dijo el capullo? —preguntó la cotilla de mi hermana.

—No me preguntó, me dijo directamente que en cuanto nazca Estíbaliz, se va a casar conmigo —sonrió con esa picardía de saber que la estaba liando.

—¿En serio? —Aplaudió emocionada mi madre.

—Sí, pero yo es que así porque sí no, a ver, me lo tiene que pedir en un sitio especial, de esos que no sean típicos, pero con un “anillaco” de los de las películas que pone *Bvlgari* a un lado y es gordo como si fueran varios anillos lisos, el emblemático, y de oro, eso sí, de oro —

mordisqueé el pan ante los ojos de todos que me miraban llorando de la risa pues conocían mis bromas. Entonces ahí, me lo pensaría.

—¿Y qué tendría que pasar para que le dieras un sí directo? —preguntó Víctor en un intento de echarme un capote para que tomara nota.

—Llevarme a continuación a Santorini y Miconos, entonces tendría el sí.

—Joder hermano, ve pensando un lugar sorprendente —dijo Víctor.

—Ya veo...—Ladeé la cara ante la mirada de todos.

—Para sorprenderme a mí y que sea algo inédito, creo que el chaval lo tiene crudo —decía moviendo su cabeza como dando a entender que no lo veía posible.

—Hermano —esta vez fue Estíbaliz—. El *Bvlgari* en la joyería de la bizca —soltó causándome una risa, la llamaba así a modo de gracia, no porque lo fuera y menos por insultarla, pero es que vendía las cositas de oro y regalos de Reyes a mi madre y cuando iba con mi hermana se ponía la mujer bizca, para hacer la gracia, desde entonces se le quedó lo de bizca.

—Tendré que ir a visitarla —carraspeé.

—Sin prisas, tú tranquilo, lo importante es la sorpresa, porque como sea una mierda ya me puedes venir con un anillo de *Bvlgari* que “nanai”.

—Vale, vale —la miré asintiendo, pero a la vez diciéndole con la mirada y los gestos, que buena había liado, pero me lo había puesto a huevo y parece que hasta vi el momento, aunque para eso había que esperar un poco.

Comenzamos a cenar y a brindar, Julieta con zumo, por supuesto. Pasamos una velada preciosa, me hicieron unos regalos maravillosos y al final de la noche dije que luego yo la llevaría, le hice un gesto a su madre de guiño y a Víctor le mandé un mensaje diciendo que avisara a la suegra de que Julieta no dormiría allí.

—No me voy a ir contigo a dormir —dijo ella tal como se fueron todos, parecía que me estaba leyendo la mente.

—No tienes opción.

—¿Que no? ¡Ja!

—Bueno, ya lo veremos, si quieres ver algo que te encantará y que tengo en casa, tienes que venir conmigo.

—Lo veo, lo veo —decía dándolo por hecho—. Lo veo y me voy.

—No, entonces tendrás que esperar a mañana —carraspeé.

—¿A mañana? Me da un infarto a mí y a la niña.

—¿Vamos? —pregunté poniéndole mi brazo para que se agarrara, ya tenía hasta los pies hinchados, estaba la pobre ya con un barrigón impresionante.

—Descarado —dijo negando, asimilando que iba a dormir conmigo.

Ella se pensó que era algo para la niña o para ella, pero no, no era nada, pero se me había ocurrido una cosa muy chula, así que solo iba a necesitar encerrarla en el baño cinco minutos y me encargaría de ello.

Llegamos a casa y eso hice, se quejó, pero aceptó, así que me puse manos a la obra y saqué el colchón a la terraza, lo vestí con unas sabanas y una manta muy bonita, iluminé todo con velas y puse un bote de helado en un lado del colchón y no un helado cualquiera, su preferido.

Fui a por ella al baño y le tapé los ojos con una bufanda, ella se había cambiado y puesto una camiseta blanca de mangas largas mía, le quedaba apretada, pero estiraba, así que estaba cómoda.

La puse en la puerta de la terraza mirando hacia fuera, le quité la bufanda y se quedó con la

boca abierta.

—Es precioso... ¿Y mi regalo? —Se puso una mano a cada lado y se llenó los cachetes de aire.

—Tú regalo es ver las estrellas conmigo, pasar una noche aquí los dos, con las velas. ¡Ah! Y ese helado que tanto te gusta.

—Me has dado coba, *Mr. Loren* —carraspeó y me sacó la lengua, pero se fue directa a sentarse a un lado de la cama, taparse las piernas y comenzar a devorar el helado.

—Para nada. ¿En serio no ves la maravillosa experiencia de pasar la noche aquí?

—Claro, me muero de la felicidad —comía el helado mientras ponía cara de payasa.

—Así que *Bvulgari* y lugar especial... —Me senté junto a ella.

—Y las dos islas griegas —sonrió exageradamente.

—Chica de buenos gustos...

—A veces la cago, ¿eh? —dijo refiriéndose claramente a mí, pero yo sabía que no lo sentía así y me lo tomaba a broma.

—Como todo el mundo.

—Bueno, es verdad, tú la cagaste, pero bien —me sacó la lengua.

—Sí y fue más que una cagada —le puse el pelo detrás de la oreja.

—Llévate esto que al final me lo como entero —me dio el helado.

Me reí y entré a guardarlo, cuando salí estaba tumbada hacia mi lado, ya le costaba ponerse boca arriba.

Me puse de igual forma, nos miramos y sonreímos.

—¿Estás bien?

—¿Para qué querías dormir conmigo a la luz de la luna? —preguntó frunciendo el ceño.

—Da igual dónde, era contigo, te echo de menos cada noche —suspiré.

—Tú te lo buscaste —se rio.

No tardó en quedar dormida y yo la abracé, la abracé con cariño, emocionado de tenerla ahí.

El día siguiente lo pasó conmigo, no la llevé hasta por la noche, Julieta me hacía falta a cada rato y aunque ella no lo reconociera sabía que yo a ella también y que estaba feliz de la atención que le estaba dando durante todo el embarazo.

Cada vez faltaba menos para el día de verle la cara a nuestro bebe y los dos estábamos ansiosos, no parábamos de ver las ecografías 4D, en especial la última que se hizo y en la que casi se le podía ver perfectamente todo el rostro.

Nuestras familias estaban súper ilusionadas con ese primer nieto, no dejaban de comprar cosas para su nacimiento y la verdad es que teníamos mucha suerte de las personas que nos rodeaban, que nos apoyaban y que estaban deseando que nos uniéramos para formar nuestra propia familia, porque nadie dudaba que eso pasaría. Se veía que Julieta me lo quería poner difícil, pero porque me amaba tanto como yo a ella.

Capítulo 19: Lorenzo



Desde mi cumpleaños ella no se había quedado en mi casa, ni dormido conmigo más, pero este fin de semana me trasladaba a la casa nueva a vivir y ella me dijo que se venía conmigo, que tenía ganas de tirarse en la cama balinesa del jardín y que estaba harta de pasar calor en el piso de su madre.

Para mí eso fue una alegría y bien grande, además me tuve que echar a reír cuando bajó con su maleta de ropa y la del bebé.

—¿Y esto? —reí metiéndola en el maletero.

—¿Y si me pilla de parto en tu casa y tenemos que salir para el hospital? —preguntó a modo de burla, mientras se dirigía a montarse en el coche.

—Tienes razón —sonreí.

La pobre ya estaba con un barrigón que no sabía cómo podía sostenerse en pie, pero la verdad es que se la veía con agilidad, aunque muy hinchada.

Llegamos a la casa y dejó la bolsa en la habitación de Estíbaliz, que ya estaba lista, pintada toda entera en rosa y blanca, a gusto de Julieta, bueno, realmente la casa entera fue amueblada a gusto de ella, no hubo un rincón que no lo hubiera decidido ella.

Se tiró en el sofá con las piernas encima de la mesa, apoyadas sobre un cojín, no tardé en sentarme en el suelo y ponerme a hacerle un masaje que ella agradeció gimiendo de placer.

Tenía muchas ganas de que naciera Estíbaliz, pero también que ella se relajara de la barriga y todo lo que ello conllevaba que, aparte de vivir un momento muy bonito llevándola en su cuerpo, también llegaba un punto de cansancio y eso es lo que se le veía a ella, mucho agotamiento.

—Estoy hoy rara —soltó el aire agobiada.

—¿Qué te pasa, preciosa? —Le puse un vaso de *Nesquik*.

—Una sensación muy rara.

—Ya, hasta ahí entendí —sonreí.

—Pues eso...

—Madre mía, pero la sensación dé qué tipo es.

—Un cansancio extraño y como si mi cuerpo fuera diferente.

—Bueno, diferente ahora mismo es —bromeé.

—¡Tonto! Ya sabes a lo que me refiero.

—Más o menos —hice un gesto de saber que, aunque no la entendiera, ahora mismo lo mejor era hacerle llevar la razón.

Se tomó su *Nesquik*, se quedó ahí un rato tumbada leyendo una novela en la *Kindle* que tenía y que poseía no sé cuántos libros, pero era un mundo y yo me puse a preparar unas cositas que quería terminar antes de que naciera mi niña.

Un rato después ella se pasó a la cama balinesa del jardín, seguía leyendo, estaba en esa paz

que necesitaba en esos momentos y le llevé un té de los que a ella tanto le gustaba.

Me metí en la cocina para preparar una sopa de marisco, había comprado el día anterior todo en la plaza para hacerla, así que la dejé allí feliz y relajada mientras yo hacía de cocinillas.

Me llamó Víctor, ese día tenía guardia Susy y estaba aburrido, le dije que se viniera para casa que estaba preparando la comida y al decirle de qué se trataba, no tardó ni diez minutos en llegar.

—Tú no deberías de comer marisco —le dijo Víctor por el embarazo al saludarla.

—Ni tú deberías tocarte tanto los huevos —le sacó la lengua.

—¿Cómo me puedes decir eso, cuñada? —resopló poniendo cara de indignado.

—Anda, ayuda al padre de mi hija a hacer la comida.

—A tu futuro marido —intervine.

—Antes cierro las piernas y no dejo salir a esta —se señaló la barriguita.

—Ya empezamos con las amenazas... —Bromeé volteando los ojos.

Me fui con Víctor a la cocina y abrí una botella de vino blanco, era el más acertado para la ocasión, ya que blanco y marisco era la, ¡combinación perfecta!

Pusimos música de Sabina para que nos amenizara el momento cocinillas, a los dos nos gustaba y mientras terminaba esa sopa y unos canapés. Estuvimos cantando como si de un concierto se tratara y es que nosotros siempre habíamos tenido mucha complicidad y buen rollo, era el hermano que no tuve. Vale, sí, estaba Estíbaliz, pero era el chico que faltó en mi casa.

—Hermano, esta casa te quedó bien linda.

—Sí, estoy muy contento y la urbanización es muy tranquila.

—Bueno, es muy exclusiva. ¿Cómo no va a ser tranquila?

—A ver si nace ya Estíbaliz y Julieta se anima a venirse conmigo, estoy loco por formar una familia.

—Hacéis una pareja muy bonita.

—Sí, pero no se deja querer, me va a hacer pagar de por vida aquel fallo —reí negando.

—Si es que fuiste cabezón, tonto y...

—De todo, fui de todo, desde luego no sé cómo se me pudieron cruzar los cables así.

—Ni yo, pero bueno, al menos la tienes al lado.

—Sí, eso sí y muy feliz que estoy, pero, joder, necesito un beso de esos que me dejen sin aliento.

—Te entiendo, te entiendo.

—Bueno, esto ya está, ¿no?

—Claro, ahora mismo lo aparto y vamos poniendo la mesa en el jardín.

—Yo me adelanto a llevar las copas, canapés y demás.

—Vale, voy sirviendo la sopa.

Y así fue, en nada estaba la mesa preparada, Julieta no dejaba de quejarse, se encontraba mal y es que ya estaba en un estado de lo más avanzado, apenas comió y estaba pálida como una pared.

—¿Quieres acostarte un rato?

—No, quiero que me saquen esta cosa de aquí —se refirió a su hija y nos echamos a reír, la pobre estaba ya desesperada—. No sé quién dijo que el embarazo es bonito, que lo es, pero unos meses con una barriguita aguantable, no con este balón de fútbol incrustado que no te deja moverte hacia ningún lado.

—Te entendemos —decía Víctor, mientras yo afirmaba.

—Deberías echarte un poco.

—Pesado eres Loren, deja de tocarme los ovarios.

—Ya quisiera yo —sonreí.

—¡Estúpido!

—De toda la vida, cuñada —respondió Víctor, posicionándose a su lado.

—Mira, haz lo que quieras —reí.

En ese momento Julieta puso una cara rara, se levantó y sus *leggings* estaban mojados por completo.

—¿Te has meado, cuñada?

—¡Imbécil, he roto aguas! —gritó ella mirando a Víctor con cara de pocos amigos.

En ese momento me levanté con un ataque de nervios que me vino de repente y la ayudé a ir a quitarse los *leggings* y ponerse un vestido, cogí la bolsa que tenía preparada para el hospital y, cómo no, mi objeto que no podía faltar para ese momento que tan pensado tenía.

Víctor ya estaba con el coche arrancado y yo me monté con ella detrás que iba quejándose de las contracciones, había que contar la diferencia de tiempo entre unas y otras, pero no, nosotros solo estábamos histéricos y lo que queríamos era llegar lo antes posible al hospital.

—¡Corre, hijo de la gran puta, corre! —decía Julieta, casi sin aire.

—Cuñada, tranquila, que Fernando Alonso se queda corto hoy a mi lado.

Un camión, cómo no, se interpuso en nuestro camino y no había manera humana de adelantarle, le pitamos mil veces exigiendo que se echara hacia a un lado, pero parecía que no se enteraba y los nervios en aquel vehículo estaban cada vez más intensos, sobre todo Julieta, que iba diciendo todas las picardías que había aprendido a lo largo de su vida.

Víctor por el camino llamó a Susy para que avisara en el hospital de que íbamos llegando, que fueran preparando todo, a Julieta se le había antojado el parir allí donde trabajaba la hermana y como el destino es tan caprichoso, quiso que ese día estuviera de guardia.

Se saltó semáforos, cruzó rotondas, se saltó *stop*, los cedas el paso no existían, los pasos de cebra menos aún, teníamos prioridad en todas las señales de la vía pública y es que Estíbaliz estaba llegando y a esa sí que no se le podía hacer esperar.

Me recordó al día que la encontré vomitando y me dijo que se estaba muriendo, pero esta vez al volante iba Víctor, saltándose los semáforos con el claxon en constante aviso a todos los que se nos cruzaran por el camino. Hasta la Guardia Civil sacó la sirena y comenzó a seguirnos indicándonos que paráramos a un lado.

Saqué un *clínex* por la ventanilla en señal de que íbamos de urgencia y parece que nos entendieron rápidamente y nos comenzaron a seguir sin molestarnos, sin avisos de que nos fuéramos al arcén.

Llegamos a la puerta de urgencias y ya nos esperaban dos médicos, la Guardia Civil paró detrás y al ver que bajaba ya Julieta, nos hicieron un ok con el dedo y una sonrisa como diciendo que todo fuera bien.

—¡¡¡Quiero una epidural ya!!! —gritaba desesperada mientras Susy intentaba calmarla.

Entraron a paritorio y yo detrás, Víctor se quedó fuera y yo a un lado de Julieta, que agarró mi mano y comenzó a morderla con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Sacarme esta cosa de aquí ya!!!

El registro decía que no había ni tiempo para ponerle epidural, que la niña ya venía coronando y que había que sacarla así.

—¡¡¡Me cago en “to” los muertos de mi dilatación!!! —gritaba sin importarle lo más mínimo todo lo que decía.

—Tranquila, relájate y haz caso en todo lo que te digan —intenté relajarla.

—¡¡¡Vete a la mierda!!! ¡Tú eres el culpable de todos los malos momentos de mi vida! —decía achacando ahora que de esos dolores también, y en cierto modo era responsable, pero sabía que en cuanto viera la cara de nuestra hija, se le iba a pasar todo.

Un empujón y nada, seguía diciendo que la epidural o se levantaba de ahí, la niña del exorcista a su lado ahora mismo era un angelito en persona.

—¡¡¡No vuelvo a hacerlo en mi vida!!! —Se refirió al sexo para no quedarse embarazada.

—Eso decía mi mujer y vamos por el quinto —dijo el doctor riéndose mientras dirigía a la matrona.

—A tu mujer le va el riesgo, a mí no —decía sin fuerzas y preparándose para otro empujón en el que yo esperaba que por fin ya saliera Estíbaliz.

—Seguro que te volveremos a ver por aquí —contestaba el doctor riendo.

Y por fin, en el segundo empujón, asomó la cabeza y comenzaron a sacarla mientras le exigían que no parara de empujar y ella chillaba con todas sus fuerzas, apretando sus dedos en mi mano, que ya tenía heridas de guerra de ese momento por todos lados.

Y ahí estaba Estíbaliz, llorando mientras el médico me indicaba que cortara el cordón umbilical y, cómo no, lo hice entre sollozos de felicidad mientras observaba que Julieta ya se había tirado hacia atrás al sentir el alivio de tenerla fuera.

Susy lloraba emocionada y había grabado todo el momento. Pusieron a la niña en el pecho de la madre que lloriqueaba diciéndole lo mucho que la quería, llamándola princesa, fue un momento tan bonito que no se me iba a olvidar en la vida.

Cogieron a la niña para limpiarla y ahí fue cuando saqué el *Bvulgari* que ella tanto deseaba de mi bolsillo, me puse con una rodilla en el suelo al lado de su cama, ante su cara de asombro y la de los sanitarios que había ahí y me dispuse a hacer lo que tantas semanas llevaba planeando.

—Julieta, me dijiste que solo te casarías conmigo —vi que Susy lo estaba grabando y me puse más nervioso— si te hacía una pedida en un lugar que no fuera de los típicos, querías un momento sorprendente y un anillo de esta firma.

—Y un viaje a Miconos y Santorini —dijo entre dientes por la vergüenza que estaba pasando, todos se pusieron a reír.

—Pues aquí estoy —sonreí nervioso— en un lugar atípico para este tipo de momentos, con el anillo que querías y queriéndote pedir que te cases conmigo, por favor, que tras esa boda nos iremos a recorrer esas islas griegas y que sepas que, para mí junto a nuestra niña, sois las mujeres de mi vida.

—Verás mi suegra... —murmuró causando otra risa a todos.

—¿Aceptas o no, niña? —preguntó Susy mientras grababa.

—Solo con una condición —me miró con esa sonrisa amplia con la que yo sabía que iba a soltar una de las suyas.

—Adelante... —sonreí.

—De aquí nos vamos a nuestra nueva casa, no aguanto a esta ni un día más —señaló a su hermana.

—¡¡¡Di que sí! —gritó Susy, para que me la llevara.

—Por supuesto que sí —me acerqué a besarle los labios y todos comenzaron a aplaudir, menos nuestra hija, ella se puso a llorar tras ese baño asustada por el bullicio.

Fue un momento precioso, juro por mi vida que, si esto me lo dicen un año antes, ni con todo el dinero del mundo diría que pudiera suceder y ahí estaba, haciendo todo lo contrario a lo que

nunca imaginé, pero sintiéndome el hombre más feliz de toda la geografía mundial.

Me la pusieron en mis brazos y las lágrimas me comenzaron a brotar como un niño chico, tenía ahí a una princesita que era lo más grande que me había dado la vida, además preciosa, a pesar de estar recién nacida no parecía para nada tener un poco de rastro de ese sufrimiento que dicen que pasamos al nacer.

No le cogieron ni un punto, increíble pero cierto, es más, llegó a la habitación y ni se echó, fue directa a ducharse, ya era Julieta en su máximo esplendor, ese torbellino que no se paraba quieta ni de broma.

Ella ya se quería ir del hospital, pero vamos, ni de broma podía ser. Ahora tocaba reposar de ese duro parto en el que no le faltó por cagarse en nadie, ni en la matrona, a la que llamó bruja cuando se puso insistente en que no dejara de apretar para que la pequeña saliera, vamos, en la vida imaginé verme en una como esa.

Aparecieron mis padres con mi hermana que ni saludó, del tirón se fue a coger a la niña en brazos, la madre de ella ya estaba allí desde hacía un buen rato, le había cogido cerca del hospital y tardó poco en presentarse allí.

Comenzaron a llegar las primeras rosas de los de la oficina, tanto de la de la red social, como de la revista en la que ya no trabajaba desde que descubrí que estaba embarazada.

Ese día fue un ir y venir de flores, de regalos, de todo, aquello parecía una floristería, yo no sabía dónde iba a poner tanto ramo, vamos del jardín no iban a pasar, aquello era exagerado.

Yo solo no iba a poder llevar todo eso a la casa, menos mal que ya se me había ocurrido una buena idea, de lo contrario me veía dando vueltas de un lado para otro como un loco.

Julieta era otra, desde el momento en que salió Estíbaliz, pasó a estar dulce y hasta cariñosa, eso sí, estaba como loca por irse del hospital, pero hasta el día siguiente no se lo permitirían.

Yo aproveché por la tarde que seguían Estíbaliz y el novio, además de su hermana de guardia, para ir a casa a ducharme y cambiarme, me iba a poner cómodo para la noche que iba a pasar en aquel sillón del hospital.

Estaba feliz, preparé en casa en un momento unos carteles colgantes del techo que tenía comprado desde hacía tiempo donde ponía “Bienvenida a tu casa, hija”.

Además de globos y otras muchas cosas, quería que se encontrara Julieta ese recibimiento para su hija y también para ella, que se iba a quedar a vivir conmigo por fin y había aceptado esa boda que esperaba y soñaba que no fuera muy tarde. Estaba loco porque me diera el “sí quiero” ante los ojos del mundo.

Regresé al hospital y, por supuesto, le llevé una caja de *Ferrero Rocher* que tanto le gustaban.

Iba con el corazón a mil, lo había hecho todo a contrarreloj ya que no quería estar apartado de ellas ni el más mínimo tiempo, ahora que tenía todo lo que quería no podía alejarme de ellas.

En ese trayecto al hospital recordé toda nuestra historia, la primera vez que apareció por la revista, ese primer café que por poco me mata, cuando echó a Abril y la hostia que se llevó ese otro día en el que fue a calentar sobre su asunto y el maldito día en que la eché del trabajo, de mi vida y casi del planeta, a la madre de mi hija, eso sí que me dolía pensarlo en estos momentos.

Luego vino la noticia de que ella estaba fuera del caso, el viaje a *Seychelles* donde comenzó a nacer entre nosotros algo, bueno ya lo había, pero por su parte había mucho dolor y rencor contenido, pero vivimos un precioso viaje a lo largo de esos destinos exóticos y el precioso París, donde se inventó otra historia para fulminarme por completo de su vida. ¡Bendito embarazo!

También se me vino a la cabeza ese día que me dijo que se moría, entre vómitos y que yo me

tomé de forma literal llevándola al hospital como si de una ambulancia se tratara lo que iba conduciendo, para allí encontrarme con la noticia que interpreté de que iba a tener un hijo de otro y luego descubrir que no, que era mío y vaya si lo era, encima tenía toda mi cara, la nariz, barbilla y hoyuelos eran míos.

Y ahora se iba a casar conmigo, eso era lo más grande que podía pasar junto al nacimiento de Estíbaliz, mi princesa, nuestra princesa, esa que nos cambiaría para siempre la vida y que se convertiría en nuestro todo, aquello que había que cuidar y educar como la pieza más importante de nuestras vidas.

Aparqué el coche y me dirigí a la puerta del hospital con pasos ligeros y decidido, como si el tiempo fuera algo que no podía perder y es que esos momentos, quería disfrutar cada minuto al lado de ambas.

En el ascensor me encontré a un amigo que casualmente también acababa de ser padre. Me hizo muy feliz su noticia, ya que lo habían buscado durante mucho tiempo e incluso se tuvo que poner la mujer en tratamiento para conseguir quedar embarazada y ahora ya tenían a su hija, nacida el mismo día que la mía.

A Raúl hacía mucho tiempo que no lo veía, sabía lo del embarazo de su mujer porque me enteré y lo felicité personalmente, justo una semana antes de que yo me enterara de que también venía en camino un bebé para mí, lo que son las cosas, pero es que no volví a hablar en todo este tiempo con él.

Nos despedimos con un abrazo y prometimos en quedar y reunirnos con nuestras mujeres e hijas para comer en unos días. Estaba claro que, aunque no nos viéramos desde hacía tiempo seguía quedando en nosotros esa amistad y respeto de años, donde tuvimos muy buenos momentos juntos, aunque realmente ninguno fue malo.

Entré a la habitación escuchando las risas contenidas de mi hermana, evitando no hacer ruido, pero claro, conociéndola algo habría pasado para estar así, seguro que alguna broma escapada entre ellos.

Julieta estaba preciosa, sonriente, con su bebé a un lado durmiendo, bueno, con nuestra bebé, esa que era tan mía como suya y encima luciendo ese anillo que tanto deseaba.

Se inclinó para darme un beso, ya ni hacía falta pedírselo cosa que me hacía inmensamente feliz.

Mi hermana y el novio se fueron al rato, nos quedamos a solas, de la mano mientras yo se la acariciaba y ella no dejaba de sonreír, parecía otra, estaba calmada, feliz, tranquila, sin esa euforia de estar todo el tiempo en contra mía, todo lo contrario, deseando que llegara el día siguiente para irnos a casa y comenzar una vida en familia.

La niña dormía como todo bebe, esa noche se despertó dos veces para tomar el pecho, pero ni lloró, se quejó un poco, se le enchufó la comida y se quedó de lo más plácida. Eso sí, ¡cómo cagaba la jodida!

Ese día en el hospital aprendí a cambiar pañales mientras Julieta se tapaba la nariz y le entraba alguna que otra arcada, yo me moría de la risa con la fatiguita que le entraba a la pobre con ese olor a lo que nuestra hija echaba gustosamente.

Por la mañana nos dieron el alta, eso sí, tuve que llamar a una empresa de transporte que me envió a unos chicos a recoger todos los regalos y llevarlos a la casa, vinieron detrás de nuestro coche y lo colocaron todo en el porche, aquello era exagerado.

Julieta estaba radiante y no parecía que el día anterior hubiera parido, eso sí, no dejaba de quejarse de los kilos, pero es que a mí me daba igual, yo la veía sexy y preciosa, era lo más

bonito del mundo, pero ella tenía un trauma con eso que no la dejaba ser completamente feliz.

Cuando entramos hacia el interior de la casa y vio los carteles y los globos, se puso a llorar de la emoción, me abrazó con todas sus fuerzas y me dio un beso, pero uno de esos intensos con mucho cariño, besos cortos y seguidos con muchas ganas e ilusión.

—¿De verdad nos vamos a casar?

—Claro, cuando quieras.

Sonrió y se pegó a mi pecho abrazándome con fuerza.

Mis padres aparecieron con pescado frito y vinieron todos a comer, estuvieron un rato y se marcharon, también necesitábamos estar en nuestra soledad, en ese momento tan bonito que estábamos viviendo en nuestras vidas.

Esa noche nos sentamos en el sofá agarrados de la mano y sonriendo, la pequeña a un lado en su moisés, aparte tenía una cuna en la habitación de nosotros, esa que esta noche estrenaríamos los dos, como una pareja que comienzan una vida en común. ¿Podía ser más afortunado?

Dormimos abrazados y nos tuvimos que despertar dos veces para darle de comer, pero es que ella lo hacía con tanto cariño que parecía que hasta era un regalo que la despertara.

A la mañana siguiente preparé en el jardín un precioso desayuno, ella estaba cansada, era como si el cuerpo le hubiera dicho que ahora soltara todo, pero la sonrisa no la perdía y ahora sus bromas eran más dulces, más tiernas y hasta con un ápice de timidez.

—Así que, nos casamos —dijo como quien no quiere la cosa.

—Claro, nos vamos a casar cuando tú quieras...

—Pues, puestos a elegir, quiero dentro de tres meses —sonreía.

—Lo veo perfecto, nos da tiempo a preparar todo.

—Hasta puedo imaginar el vestido de mis sueños...

—Serás la novia más bonita del mundo.

—¿Y dónde me llevarás de viaje? Me dijiste a Santorini y Miconos.

—No, eso en otro momento.

—¿Me has engañado?

—No, pero tengo pensando un lugar mejor para ello.

—Pero yo quiero Santorini y Miconos...

—Te alegrarás de dónde irás —volteé los ojos mientras observaba a nuestra pequeña dormir plácidamente en aquel pequeño moisés.

Me encantaba dejarla con la intriga de todo, aunque era una impaciente a mí me gustaba hacerla tener la sensación de la intriga y con ella lo conseguí muchas veces, no dejé de impresionarla en ningún momento desde que comenzó la aventura en las *Seychelles*.

Ese día le preparé una comida como Dios manda, ahora ella se sentía con más fuerzas para comer de todo sin que se sintiera pesada, así que aproveché para hacerle los solomillos al roquefort que tanto añoraba, acompañados de unas patatas panaderas.

Salimos a pasear esa tarde que estaba buenísima, era una primavera de lo más veraniega y el adelanto del nacimiento de Estíbaliz, hizo que para nosotros el sol brillara con más intensidad.

Caminamos por la ciudad, compramos algunas cosas, merendamos en una cafetería que hacían unos dulces impresionantes y al caer el sol volvimos a nuestra casa.

Esa noche vimos una película romántica, quién me ha visto y quién me ve, pero es que la disfruté como un niño adolescente mientras nos comíamos el cubo de palomitas que yo había hecho en el microondas.

Capítulo 20: Julieta



Si hace un año, cuando regresé a España de ese maravilloso viaje conociendo las Islas *Seychelles*, Las Maldivas y París, dispuesta a no volver con Lorenzo, me hubieran dicho que mi vida cambiaría de una manera en que ni imaginaba al pisar el suelo de mi tierra, me habría reído.

Conocer todos esos hermosos y paradisíacos lugares fue increíble, mágico incluso, pero lo mejor fue hacerlo con él, con Lorenzo.

Ese hombre que se propuso regresar de vuelta a nuestras vidas habiéndome conquistado de nuevo, pero no se lo puse fácil. No podía volver a estar con él por mucho que le quisiera, el dolor de que me dejara sola en mis peores momentos seguía ahí.

Pero la vida, esa que nos toca vivir, te da sorpresas cuando menos lo esperas, y la mía...

La mía llegó en forma de predictor. ¡Susto o muerte! Ah, no, que en *Halloween* se dice “truco o trato”.

Llevaba en España un par de semanas cuando comencé a sentirme mal, cansada y hasta llorando por los rincones, igualito que *La Zarzamora*, vamos.

Mi madre se empeñó en que fuera al médico, pero mi hermana fue más rápida, vino a casa acompañada de Marina y Estíbaliz, con una bolsita de la farmacia.

En aquel momento éramos cuatro adolescentes, lo juro.

Yo en el baño, leyendo las instrucciones de ese instrumento que nos cambia la vida con unas rayitas y un color. ¡No me jodas! Eso es tortura, de verdad.

Que, si lo sacas del paquetito, haces pipí atinando bien en el palito de las narices, lo cierras y lo colocas en posición horizontal sobre una superficie plana. Vamos, que igual lo tienes en la mano y te pones a hacer el pino puente y el resultado es diferente.

Y esos cinco minutos de espera, que se te pasa todo tu futuro por delante. Pañales, potitos, noches sin dormir, llantos, los primeros dientes, los cólicos, la manera en que te mira, la sonrisa de idiota que se te pone cuando él te regala una de sus preciosas sonrisitas...

Mientras esperaba, las tres locas sentadas en el pasillo y mi madre preguntando si pasaba algo. Claro, a la mujer no quisimos decirle nada porque era capaz de ir avisando al cura de que nos guardara fecha para el bautizo.

Y el tiempo pasó, me levanté del borde de la bañera, con los ojos cerrados, cogí la prueba y...

—*Chicas, me han preñado* —les dije a ellas nada más abrir la puerta, enseñándoles esas rayitas que me cambiaron la vida.

¿Ellas? Eufóricas, gritando, aplaudiendo y saltando mientras me abrazaban todas a la vez. ¿Yo? Nerviosa, histérica, agobiada, a punto de ahogarme porque no me dejaban respirar y, sobre todo, muerta de miedo porque por mucho que quisiera ocultarlo, Lorenzo se enteraría.

Ahora sí que había algo que nos unía, algo que habíamos hecho juntos en aquella ducha de la cabaña de las *Seychelles*.

¡Para matarlo!

—*De esto, ni una palabra a Lorenzo, por favor os lo pido* —les pedí a las tres.

—*Pero, Julieta, si mi hermano está deseando formar una familia contigo* —respondió Estíbaliz.

—*Mira que eres, Julieta* —me recriminó mi hermana—. *Que esto no es un animalito que puedas dejar en tu dormitorio cuando vengan visitas.*

—*Bueno, es mi decisión y la respetáis, ¿estamos?* —levanté el dedo y todas asintieron.

Quise evitar a Lorenzo todo lo que pudiera, solo me faltaba en aquel momento que pensara que me había vuelto a aprovechar de él otra vez. No, de eso ni hablar.

Que se acabó enterando, pues claro que sí. Estíbaliz era igual de cabezona que su hermano y un día le dijo a Lorenzo que no sabía la verdad de Julieta todavía y él, ¿qué hizo?

Presentarse en la revista, bueno, su revista, en la que yo trabajaba a verme ese mismo día y de improviso.

Y mi bebé, que parecía querer que yo muriera cualquier mañana, me dio la sorpresa en pleno despacho. No pude evitar las náuseas y acabé echando hasta la primera papilla que me dio mi santa madre, en la papelera. Y, ¿quién entraba en ese momento?

¡Din, din, din! ¡Bingo para el caballero del fondo!

Lorenzo Andrade que, nada más verme, se acercó a sostenerme el pelo para que no se me ensuciara. ¡Pero qué mono, por favor!

Ni se lo pensó, al verme tan mal me cogió en brazos y en un trayecto digno de una película de policías y ladrones, mientras yo seguí pareciéndome cada vez más a la niña del exorcista con tanta vomitona, me llevó al hospital donde tras hacerme las pruebas oportunas me dijeron lo que yo sabía y en aquel momento él, se acabó enterando.

Le confesé entre lágrimas lo que llevaba semanas ocultándole, que iba a ser padre.

Y lejos de la reacción que esperaba por su parte, una en la que, a saber, por qué, yo me lo imaginé gritando que era una zorra aprovechada, que no podía ser hijo suyo porque se cuidaba, que solo quería su dinero...

Se puso a mi lado, me cogió el rostro por ambas mejillas, me miró a los ojos, los suyos también cubiertos de lágrimas y me besó.

Después de eso, no se separó ni un momento de mí, estuvo todo el embarazo lo más pendiente que podía, incluso compró una bonita casa, grande y con un precioso jardín, donde se encargó él personalmente de preparar el dormitorio de princesa que su hija merecía.

Sí, su hija y la mía, porque en cuanto supimos que esperábamos una niña, y no el niño que yo había querido una vez en primer lugar, no paró hasta dejarlo decorado como si fueran los aposentos de una princesa de cuento de hadas.

¿Puede una mujer querer un poquito más cada día a un hombre del que siempre estuvo enamorada hasta la médula?

Pues sí, claro que puede, porque son esos pequeños detalles los que hacen que el amor crezca sin darnos cuenta.

—¿Hija, estás lista? —me pregunta mi madre.

Y es que no sé ni el tiempo que llevo en el probador, con el vestido de novia que escogí y al que han terminado de hacerle los arreglos, inmersa en mis pensamientos.

Abro la puerta, salgo y cuando me ven, sonríen y se les llenan los ojos de lágrimas.

—Mira, chiquitina, ¡qué guapa está mamá! —le dice mi cuñada a mi hija Estíbaliz.

Sí, nuestra pequeña se llama como su tía y madrina, no podía ser de otra manera, pues esa

muchacha con la que descubrí que tenía tanto en común, fue un gran apoyo cuando más lo necesitaba, lejos de mi círculo familiar.

—Estás preciosa, cariño. Tu padre... —empieza a hablar, pero la emoción le puede y acaba llorando.

Mi hermana, que está sentada a su lado, la abraza y seca sus propias lágrimas. Sí, mi padre estaría orgulloso de verme así y es que se moría de ganas de llevarme de su brazo hasta el altar para entregarme al hombre que cuidaría de su niña el resto de su vida.

Al final se lo pedí al único hombre de la familia, mi cuñado Víctor. Que podía haberlo hablado con Álvaro, pero sé que a mi hermana le hacía ilusión que lo hiciera él así que, a pesar de haberme enfadado por la encerrona en lo referente a mi trabajo y el viaje a las Islas *Seychelles*, en el fondo ya quería a “coliquitos” más de lo que él pensaba.

Doy algunas vueltas para que me vean bien, sintiéndome como una princesa de cuento de hadas, de verdad, y eso que el vestido no es para nada pomposo.

Vuelvo al probador para ponerme mi ropa y nos despedimos de la dueña de la tienda de novias y la dependienta, que son encantadoras.

Ahora toca ir a ver los trajes de mis tres chicas, que, aunque esto no sea América, yo las quería ver a todas con un bonito vestido gris, un diseño que me enamoró en cuanto lo vi.

Entramos en la tienda y la chica sonríe al vernos, ya sabe bien quiénes somos, pues el día que escogimos los vestidos no había consenso porque cada una quería una cosa.

Mi hermana decía que tenía que ser azul, con vuelo en la falda y entallado en el pecho.

Marina lo quería rojo, el color del amor, decía. Y el caos se desató cuando Estíbaliz dijo que mejor en un tono rosa palo.

Vamos, que ese día la dependienta se ganó el sueldo, pero bien, ya que se probaron varios vestidos de cada color hasta que yo di con el que quería.

Afortunadamente quedaron encantadas las tres porque el diseño era bonito, sexy y elegante.

—Hola, Julieta. Chicas, ¿listas para probaros vuestros modelitos? —les pregunta la dependienta, a lo que las tres sonríen entusiasmadas como niñas con un juguete nuevo.

Ella lleva los tres vestidos cada uno a un probador, mis chicas alucinan y sé el momento exacto en que se han visto con él en el espejo.

Como si de una coreografía se tratara, las tres abren la cortina a la vez y salen, sonrientes, felices y preciosas.

El vestido es de color gris clarito, la falda cubre hasta los pies y en la parte izquierda tiene una apertura que va desde medio muslo hasta abajo, de modo que deja verse la pierna al caminar.

El corpiño es de tela de esa transparente que simula el tono de piel y de raso en la parte de los pechos que está cubierto de encaje en color plateado igual que la parte de los hombros.

—Estáis preciosas, chicas —les digo al borde de las lágrimas.

Y es que, esta boda es tan mía como suya. Que ellas tres han estado tirando del carro cuando peor estaba.

No tengo ninguna duda de que cuando las vean sus parejas, se van a quedar con la boca abierta y babeando. Vamos, que me veo poniendo en la iglesia a alguien detrás de ellos con el mocho de la fregona para que vaya limpiando, no sea que se escurra alguno de los tres, se parta la crisma y acabemos la boda en urgencias.

—Julieta, desde luego que acertaste con el modelito. ¡Me veo guapísima! —me dice mi hermana, que no está acostumbrada a llevar este tipo de vestidos.

Que yo tampoco, pero si voy a alguna cena de esas donde hay que ir de punta en blanco,

puedo lucirlos.

Más contentas que unas castañuelas, así están mis tres damas y bien bonitas que se ven.

Escogemos los zapatos, que aún no habían querido mirar y nos decantamos en consenso por mayoría absoluta por unas sandalias plateadas de tacón fino que van de perlas con el vestido.

Unos pendientes y una pulsera de oro blanco con cristal de Swarovski para cada una, y van divinas.

—Julieta, que los pendientes y la pulsera no son necesarios —protesta Marina.

—Claro que lo son, porque lo digo yo y se acabó. Un regalo que os hago.

Y no dice ninguna de las tres una sola palabra más.

A ver, que después de volver a España, Lorenzo cumplió con su palabra de ingresarme en la cuenta los cincuenta mil euros que acordamos en las Islas *Seychelles*, y mira que insistí en devolvérselos, pero no hubo manera, decía que no eran retornables así que ahí sigue gran parte del dinero, con el resto pagué una reforma que hicimos en la casa de mi madre.

Salimos de la tienda y ellas van súper contentas con los vestidos y las bolsas de los complementos en las manos.

Vamos, que parecen actrices de una comedia romántica tras un día de *shopping*.

Y la última parada de la mañana es el restaurante que Lorenzo y yo escogimos para encargar el *catering* de la boda. Estamos a solo una semana del gran día y quiero que todo salga perfecto.

Mi niña es una santa, de verdad, no da ni una pizquita de guerra. Dormidita casi todo el día que lleva y nosotras tranquilas haciendo todo.

Tiene solo tres meses y hasta ahora he ido atrasando la boda todo lo posible, yo no quería que Estíbaliz fuera tan pequeña porque la tengo que dejar con mi hermana, aunque ella está encantada. Así que al final la semana pasada me dijo Lorenzo que o la boda era ya, o ya.

Y como para negarme con mi jefe, vamos.

—¿Comemos algo? Necesito sentarme —dice mi hermana mirándome con cara de pena.

Y no me extraña, que la pobre salió ayer de una semanita complicada de trabajo en el hospital y esta mañana ya estaba en marcha antes que ninguna.

Paramos en una cafetería y aprovechamos que todavía hace buen tiempo para comer en la terraza.

—¿Sabes ya dónde te lleva mi hermano de luna de miel? —me pregunta Estíbaliz.

—Pues no, es que no suelta prenda. Ni una palabra me ha dicho. Bueno, sí, que es sorpresa.

—Ya le vale, así como para saber qué tienes que llevarte —protesta Marina.

—¡Ah, tranquila! Eso lo tiene claro, poca ropa que no la vas a necesitar, según sus palabras.

Mi madre suelta una risita que nos hace gracia a todas y es que, en sus tiempos, las cosas eran diferentes, no se hablaba tan abiertamente del sexo entre la pareja.

—Pues ya sabes, hija, vete en bragas en el avión también —me suelta Marina, haciendo que todas nos riámos a carcajadas.

—¡Mira la bruta! ¿Tú piensas ir en bragas? —le pregunto y es que Álvaro le pidió matrimonio hace unos meses, está ya como loco por llevarla a pasar por vicaría, como dice la madre de Marina.

—No hija, que nuestra luna de miel va a ser algo más complicada que la vuestra. Te recuerdo que tenemos trillizos —me mira poniendo los ojos en blanco.

—Menudo problema. Será que esas criaturas no tienen tías para que se queden con ellos —asegura Estíbaliz, que sí, se ha proclamado tía de Álvaro, Rodrigo y Miguel, como si fuera hermana de Marina.

—Me extraña que te los quieras quedar y más una semana. Esos acaban contigo en una hora.

—Mary, querida —le dice ella con ese tono de quien no quiere un no por respuesta—. Tus hijos me adoran y me hacen más caso que a vosotras.

—En eso tiene razón la chiquilla —interviene mi madre—, es la única que se ha hecho con esos tres diablillos.

Mi pequeñina empieza a hacer gorgoritos, señal de que se ha despertado, así que va de mano en mano, ya que no se siente incómoda con nadie.

Eso sí, la adoran todos su tíos y tías, las abuelas la tienen consentidísima y el abuelo... Ese hombre está loquito por su pequeña torbellino.

Creo que mi niña apunta maneras y cuando crezca va a ser como yo, un terremoto.

El problema lo tendrán los demás cuando sea mayor, que si de verdad sale a mí... miedo me da que llegue el día que empiece a trabajar.

¡Pobre del jefe al que le toque tenerla en plantilla!

Mi niña, el tesoro más grande que la vida me ha dado.

Es igualita a su padre, no le falta ni un detalle de él. La carita, la nariz, el color de ojos y hasta los hoyuelos que le salen son de Lorenzo.

Pero en cuanto al genio... es una mini Julieta, todo hay que decirlo.

Después de comer vamos a casa de mi madre, que se queda con Estíbaliz para que mi chiquitina se eche una siesta y así ella descansa, que la hemos tenido andando toda la mañana.

Ahora toca ir a la floristería, espero que me consigan suficientes calas moradas no solo para mi ramo, sino que irán junto con paniculata, unas florecillas blancas pequeñas, para decorar los centros de mesa en el banquete.

—No sé vosotras, pero yo me tomaba un batido de helado de esos fresquitos —comenta Marina.

—Voto por eso —secunda Estíbaliz.

—Pues no se hable más. Además, ya hemos acabado por hoy —les digo.

Entramos en una de las cafeterías de la zona y pedimos nuestros batidos, de esos que te ponen en una copa preciosa, le añaden sirope y nata y está de muerte.

Y ahí está mi cuñada sacando una foto de los cuatro, dos de fresa y dos de chocolate, para subirla a su cuenta. Pero como buena *influencer* no hace una foto, ni dos. no, ella saca unas diez hasta que da con la que le gusta.

Claro, que se me ha adelantado, porque yo iba a hacer lo mismo.

Y es que, desde el viaje a Las Maldivas con Lorenzo, que me dio la sorpresa de que allí nos encontramos con Estíbaliz y su novio, ella me etiquetó en su cuenta en una foto que nos habíamos hecho juntas y empecé a tener tantos seguidores que dejé de trabajar para la revista.

Además, que en cuanto las cosas con Lorenzo se arreglaron, me dijo que no iba a volver a trabajar.

—Creo que sería capaz de alimentarme solo de eso —no puedo evitar reír al escuchar a mi amiga Marina, y es que mi Pepita Grilla es más golosa que mi hermana y yo juntas.

—Pasarías hambre, mujer —le dice mi hermana.

—Bueno, le podemos añadir una buena ración de tortitas con nata... ¿Queréis? Yo me voy a pedir una.

—Hija, ¿no comes en tu casa? —pregunto mientras ella llama al camarero para que le traiga sus tortitas.

—Claro que como, pero es que últimamente me apetece mucho comer dulce.

Mi hermana y yo nos miramos, arqueamos una ceja al mismo tiempo y después Susy saca su vena de especialista en medicina.

—Marina, ¿desde cuándo estás así? —le pregunta.

—Pues no sé, tres semanas, o algún día más —responde mirando su móvil, al que acaba de llegarle un mensaje. Y como no decimos nada, nos mira y pregunta— ¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

Mi amiga se pasa la mano por la frente y las mejillas, pero nosotras seguimos sin hablar.

—Me estáis poniendo nerviosa. ¿Podéis decirme qué narices pasa?

—Que de aquí vamos a la farmacia y luego a mi casa —le dice Susy.

—¿Para qué?

—Para ver si estás embarazada, alma cándida —responde Estíbaliz—. Si es que es evidente hasta para mí y eso que soy la más joven de las cuatro.

—¡Toma ya! Qué manera más sutil de llamarnos viejas chochas —salta mi hermana.

—¡Oye! Que no he dicho eso —protesta mi cuñada.

—¿Hola? Sigo aquí —dice Marina agitando las manos delante nuestra—. ¿Podemos volver a ese pequeño asunto sin importancia de que estoy embarazada, por favor?

—Claro, mujer, no te vamos a dejar en ascuas. Venga, bebiendo que es gerundio —le dice mi hermana.

Y a Marina le cambia la cara, pero de una manera que en mi vida la he visto así. Está entre el tono pálido de la muerte y el verde del susto. Podría decirse que tiene un discreto tono verde pastel en el rostro.

Dicho y hecho. Mientras pago en la cafetería, mi hermana va con Estíbaliz a la farmacia y Marina se queda en uno de los bancos esperándonos.

Se le ha puesto hasta mala carita a la pobre, yo creo que las tortitas no le han sentado muy bien con el susto que lleva en el cuerpo.

—Vamos, que en nada sabremos si nos ha hecho tías, la señorita Mary —dice mi hermana cogiendo a la susodicha del brazo.

Y es que mi Pepita Grilla está que no está, anda porque la llevamos nosotras que si no seguiría en ese banco esperando.

Como la casa que más cerca está es la de mi hermana y Víctor está trabajando, es a la que vamos para salir cuanto antes de dudas.

—Ale, a hacer pipí en el palito, pollito —dice mi hermana en cuanto entramos por la puerta de su casa.

Marina lo coge, mirándonos con una mezcla de miedo y felicidad que no puede con ella.

Y es que sé que quería tener al menos un hijo, aunque los trillizos la tengan como si fuera su madre desde que nacieron.

—Si estoy embarazada... —empieza a hablar en la puerta del pasillo, antes de seguir avanzando al que sin duda es, ahora mismo, como una puerta a otra dimensión para ella.

Lo sé porque yo me vi en esa misma situación y, cuanto menos, acojona un poquitín.

—Pues si estás embarazada, lo vamos a celebrar mañana junto con mi despedida de soltera —le aseguro, acercándome para abrazarla.

—Estoy cagada, Julieta —me susurra.

—¿Por qué?

—Álvaro... bueno, yo creo que no quiere más hijos —está a punto de llorar, lo noto en su voz.

—¡Qué tontería dices! Adora a sus hijos y, ¿has visto cómo se le cae la baba con mi niña? Ese hombre está deseando tener una princesita, que te lo digo yo. Anda, ve a hacerte la prueba o esas dos se quedan sin uñas.

Marina asiente, respira hondo y va por el pasillo hasta la puerta, donde se para y vuelve a respirar como si estuviera a punto de entrar en el matadero.

Me mira, sonrío y ella me la devuelve.

—Está acojonada —me dice mi hermana señalando hacia el pasillo con un leve movimiento de cabeza.

—Pues sí, pero no por ella, sino por Álvaro.

—Pues mira, si él no quiere más hijos que le deje solo con sus trillizos, verás que en una semana le tiene detrás porque no se hace con ellos —suelta Estíbaliz.

—¿Una semana? Le doy una hora —contesta mi hermana— Ese hombre está enamorado hasta las trancas de su Mary.

—Sea como sea, aquí estaremos nosotras para ayudarla —nos dice Estíbaliz.

—Y los trillizos, que esos tres se van a desvivir por su nuevo hermano, o hermana. Si es con mi hija y no hay quien la tosa cuando están ellos alrededor.

Susy va a la cocina mientras esperamos y vuelve con tres cosas: una jarra de limonada fresquita para celebrar la buena noticia, chocolatinas y pañuelos para la llantina que nos va a dar a todas sea cual sea el resultado.

Y hablando de resultados, ahí viene mi Pepita Grilla, con el predictor en la mano y unos lagrimones cayéndole por las mejillas que ya quisieran muchas actrices llorar así en sus películas.

Yo solo espero que sean de felicidad, porque si no...

—Estoy embarazada —nos dice al fin, y ahí empiezan los gritos de alegría, los abrazos, las lágrimas que se nos caen a todas y el momento de atiborrarnos con lo que hay en la mesa.

—Felicidades, de verdad. ¡Qué bien! ¡Otra sobrinita! —grita Estíbaliz emocionada.

—¿Una niña? —pregunta Marina.

—Claro, Estíbaliz y...

—Mónica —dice mi amiga sin pensarlo siquiera, y es que de alguna manera necesita que su hermana siga cerca de ella.

—Estíbaliz y Mónica, las veo, las dos iguales que sus mamás, locas y divertidas, poniendo el mundo patas arriba y al final hasta se harán *influencers*, como Julieta y yo.

—Entonces, ¿va a ser una sorpresa para los dos? Porque buscado no era, dada tu carita —le pregunta mi hermana a Marina.

—Y tanto, si es que, entre mi descontrol hormonal, que la pelirroja viene cuando quiere y cuando no ni se presenta, los trillizos y la boda de año pues...

—Que no sabes ni cuándo fue la última vez, vamos —le aseguro, obviando eso de que mi boda le pueda estar causando mucho estrés a ella, vamos, Dios me libre.

—Eso es.

—Pues nada, mañana mismo pides cita con tu ginecóloga y que te diga de cuánto estás.

—Chicas, la foto de las chocolatinas y la limonada ha triunfado, ¡la de *likes* que lleva en poco tiempo! —grita Estíbaliz emocionada y, cuando vemos la foto y nos quedamos mirándola, nos pregunta—: ¿Qué pasa? Ha quedado ideal.

—Sí, cariño, pero yo creo que los miles de *likes* que tienes no es solo por las chocolatinas.

En ese momento le suena el teléfono, ella lo mira y al ver que es su chico, otro *influencer* de

lo más famoso del candelero, se pregunta sorprendida qué puede querer, ya que está de viaje vete a saber dónde, pero que creo que es casi de madrugada.

—Estíbaliz, corazón —le dice mi hermana—, que creo que está a punto de darle un infarto a tu churri. Mira bien la foto, anda...

Mi cuñada, extrañada, frunce el ceño y mira la foto, la remira bien, la vuelve a mirar y...

—¡Ay, mi madre! Pero, ¿qué hace la caja del predictor en esta foto?

Susy, Marina y yo rompemos a reír mientras ella le devuelve la llamada a su chico y le explica que no es suyo, que no se alarme que no le ha hecho padre, aún.

Desde luego, si esto nos pasa en un día normal de compras, ¿qué nos esperará mañana en mi despedida de soltera?

Capítulo 21: Julieta



—¿Lista para despedir tu soltería, Julieta? —me pregunta Estíbaliz cuando abro la puerta de casa.

—Sí, pero a ver qué habéis organizado, que vosotras tres tenéis un peligro.

—Nada, mujer. Cenamos y vamos a tomarnos una copa.

—Más vale que sea así, que se queda tu hermano solo con la niña —digo entrando en el salón donde está Lorenzo, sentado en el sofá, con su princesa en brazos.

—¡Hombre, hermano! ¿Cómo te va en tus últimos días de soltero?

—Estíbaliz, hija —le dice Lorenzo a nuestra niña—, prométele a tu padre, que soy yo, que nunca, jamás de los jamases, vas a ser como tu tía. Me refiero a tu tía paterna, esa rubia loca que acaba de llegar. Como la otra, tu tía Susy, si quieres serlo no hay problema. Hasta te pago la carrera de enfermería.

—De verdad, ¡ten hermano mayor para esto! —protesta mi cuñada sacándome una sonrisa.

—Anda, vamos a ver qué me pongo —le digo enlazando mi brazo al suyo.

—Sí, que mi hermano no me entiende. Y pensar que podría ser mi padre...

—Precisamente por eso, jovencita, precisamente —contesta él.

Entramos en mi dormitorio y le enseño los dos vestidos entre los que no acabo de decidirme.

A ver, que tampoco vamos a una cena de gala ni nada por el estilo, pero que una quiere ir mona a su despedida de soltera.

Solo espero que no les dé a estas tres locas por ponerme una diadema de esas con dos pollones en la cabeza, porque me muero de vergüenza.

Ya me costó convencerlas para que no hicieran cuatro camisetas, veremos si no aparecen con alguna de las tuyas.

—El rojo te sienta mejor —asegura tras unos minutos en los que ha estado mirando del rojo al azul, además de poniéndomelos delante para ver, según ella, qué color resaltaba más con mi rostro.

Si es que se nota que tiene madera para esto, lo que no sé es por qué no se decide a hacerse estilista, además de *influencer*, porque tendría mucho éxito.

Mientras termino de arreglarme, ella va al salón para hacerle carantoñas a su sobrina, esa a la que me está malcriando porque le compra conjuntos de ropa y juguetes cada vez que viene a verla. Menos hoy, menos mal.

—El próximo día la tía te trae algo, ¿vale, preciosa mía? —le asegura a mi hija. Si ya me extrañaba a mí que hubiera llegado con las manos vacías.

—Estoy lista —anuncio para llamar la atención de los hermanos Andrade.

—Sabía que te sentaría bien —me dice ella sonriente.

—¡Vaya! —Lorenzo, al verme, se pone en pie y me rodea por la cintura—. Está usted increíble, futura esposa.

—Gracias, pero es solo un vestido.

—Un vestido que, si no fuera porque tenemos a nuestra hija y mi hermana delante, no llevarías puesto ahora mismo.

—Disculpad —escuchamos a Estíbaliz y nos giramos para mirarla—. No quiero saber lo que hacéis en privado, gracias.

—Anda, levanta y vámonos que mi hermana y Marina tienen que estar a punto de sacarse los ojos, que ya vamos tarde —le digo cogiendo a mi hija en brazos—. Pórtate bien con papá, ¿vale, tesoro?

—Vete tranquila, no te preocupes —me pide Lorenzo quitándome a la niña de los brazos—, que esta preciosidad y yo nos las apañamos bien solos.

Y es verdad, es un padrazo. Se encarga de bañarla, darle el biberón, que mi hija pecho no quiere la muy puñetera, y la mece hasta que se queda dormida mientras le canta una nana.

Nos despedimos y salimos más que preparadas para ir a esa cena que dice mi cuñada que vamos a disfrutar, pero antes pasamos a recoger a las otras dos ovejas descarriadas de este particular rebaño nuestro.

—¡Y al fin llegáis! —exclama mi hermana, mientras veo a Marina reírse por lo bajo y negar con la cabeza.

—¿Qué te pasa, hermana? —le pregunto bajando del taxi.

—¿Que qué me pasa? —pregunta, a voz en grito— Que llevamos aquí esperando ni se sabe el tiempo, llegáis quince minutos tarde y he tenido que aguantar a las cotillas que tu madre tiene por vecinas mirando por detrás de las cortinas. Y, por si fuera poco, el hijo de Bernarda ha salido a tirar la basura cuatro veces. ¡Cuatro! Para mirarme las piernas, el muy sinvergüenza.

No puedo aguantar más y acabo estallando de la risa, porque ver a mi hermana con esa cara roja por el cabreo que tiene, no es para menos, Pero es que el hijo de Bernarda, una de las cotillas más ancestrales del barrio, es de la edad de Susy, y a sus treinta y siete primaveras el mozo sigue soltero, es uno de esos que va de flor en flor polinizando como las abejas. Que lleva loquito por mi hermana desde que tenían quince años y no se da por enterado de que ella, a su Víctor, no lo deja ni loca.

—¡Y se ríe, la hija de su santa madre! Mira, porque vamos de noche de desenfreno, que, si no, iba a ir a tu despedida Rita la cantaora —me suelta.

—Susy, noche de desenfreno, mañana de ibuprofeno —dice Marina.

Mientras mi hermana sigue soltando sapos y culebras por ese piquito de oro que tiene, yo miro hacia la terraza de casa de mi madre, y ahí está ella.

Sonriendo y saludando con la mano como cuando nos íbamos al colegio y se asomaba para volver a despedirnos.

Hemos quedado aquí con ellas porque hoy mi hermana ha pasado el día en casa con nuestra madre, que entre tantas guardias y el poco tiempo libre que tiene Susy, hasta ayer no se habían visto.

—¿Vais a decirme, el algún momento, dónde narices me lleváis a cenar? —pregunto, ya en el taxi.

—Es una sorpresa, ten paciencia, por Dios —contesta Estíbaliz.

—Cómo se nota que eres hermana de Lorenzo Andrade, hija mía, de verdad. Estoy de vuestras sorpresas...

—Anda, que esta te va a gustar, ya verás — me responde pasándome el brazo por los hombros y acercándose a su costado—. Que me he encargado yo de que así sea.

Y así, con esa intriga, me llevan a saber dónde para cenar. Bueno, al menos no me han salido con unas diademas con penes en la cabeza, que ya es algo.

Cuando llegamos al hotel más lujoso de la ciudad, me quedo sin palabras. ¿Cómo narices se les ocurrió esto? Si con una cena en uno de los bares de la playa habría bastado.

—Chicas, de verdad, esto no era necesario —les digo.

—Claro que lo era. Para ti lo mejor, bonita mía —Estíbaliz me abraza y tras un beso en la mejilla me guiña el ojo—. Vamos a cenar, que después tienes otra sorpresita.

—La madre que os parió, qué habréis ideado las tres juntas...

—Nada, nada, tú tranquila, que te va a gustar.

Me llevan directamente al restaurante del hotel, donde nos acompañan a la mesa que tienen reservada para nosotras.

Nada más sentarnos, traen una botella de vino y en cuanto lo veo, sé que todo esto ha sido cosa de Lorenzo. Vamos, que ni mi hermana ni Marina tienen tantos conocimientos vinícolas como para que nos traigan uno que sea suave y afrutado como este.

Pero me callo y no digo nada para no estropearles la noche, que se les nota a leguas que están emocionadas con lo que sea que han planeado.

Unos entrantes ligeros, pescado y unas deliciosas tartaletas de crema con almendritas de postre.

Todo ello acompañado del vino y alguna que otra botella de agua. Pobre Marina, nos miraba queriendo brindar con nosotras, pero no podía, mi sobrinita era lo primero.

—Y ahora, ¿dónde me lleváis? —pregunto mirando a las tres a ver si alguna dice el destino.

—¡Ay, Julieta! Que es...

—Sí, sí, sorpresa. Vale, pues venga, marchando que quiero volver pronto a casa. Tengo un bebé, por si lo habías olvidado.

—Y yo trillizos, a los que he dejado con mi madre porque su padre tiene turno de noche esta semana.

—Pues yo tengo un novio... —dice mi hermana mientras se queda pensando.

Y, de repente, una vez salimos del restaurante, Marina empieza a cantar...

Yo tengo un novio, yo tengo un novio, yo tengo un novio que me lleva a la bahía, que me dice mía, mía que me dice qué calor, qué calor qué calor tengo, que guapa soy qué tipo tengo...

Empiezo a reírme a carcajadas en cuanto la veo dando saltitos, con el vestido cogido como si fuera una flamenca y haciendo volar la falda.

Desde luego, quien nos vea a las cuatro de esta guisa, se piensa que hemos bebido más de la cuenta.

—Mary, por tu madre, para que me da algo —le pide mi hermana muerta de risa.

Estíbaliz está teléfono en mano grabando el momento, y de que lo sube a su cuenta, lo sube.

Mañana la Pepita Grilla es *trending topic*, lo veo venir...

—Vale, ya está. Venga, sigamos con la fiesta —dice Marina.

—¿Qué fiesta? Si solo me habéis dado de cenar —protesto.

—Anda, tira para los ascensores... —Susy me da un empujoncito cuando me quedo mirándola, así que empiezo a andar hacia donde me pide.

—Y, ¿se puede saber por qué vamos a subir en ascensor?

—Sí, hija, sí, que a ti una sorpresa... ¡No hay quien te la dé! —se queja Marina.

—Mi hermano, que quería que tuvieras una despedida de lujo, así que, como entrante hemos tenido la cena, ahora llega el plato principal... —Estíbaliz me mira con esa sonrisilla que pone

cuando lo que está por llegar es algo que sin duda va a gustar, así que, viniendo de estas tres, cualquier cosa me espero.

—Vamos, que nos quedamos a dormir en el hotel, ¿es eso?

—Sí, hermanita —responde Susy—, pero antes de dormir nos vamos a divertir un poquitín.

—Miedo me dais vosotras, de verdad os lo digo.

—¡Qué miedo ni miedo! ¡Alegría, que una no se casa todos los días! —suelta Marina, ella en su línea. Menos mal que es la única que no ha probado el vino que si no...

Subimos en el ascensor hasta la última planta y me llevan directamente a una *suite* enorme. Esto es como el piso de mi madre y el de la vecina de al lado juntos. ¡Madre mía! Está decorado con globos blancos y grises, los colores de los vestidos que llevaremos el día de mi boda y una gran guirnalda donde puede leerse “Despedida de Julieta”.

Hay botellas de refrescos, de tequila, ginebra, vodka y un par de champán.

—Y también nos han preparado unos margaritas —me dice mi hermana señalando la jarra que hay en la mesa.

—Chicas, de verdad, esto es una locura...

—Bueno, a ver, nosotras no es que estemos muy acostumbradas ya a salir por ahí, y para que no nos dejen estar a nuestra bola, pensamos que esto estaría mucho mejor —me corta Marina.

—En eso te doy la razón. Aquí no tenemos ni siquiera un camarero que nos diga si hemos bebido, o no, demasiado esta noche —digo acercándome a las bebidas—. Yo por lo pronto me pongo un Gin Tonic, ¿alguien más quiere?

—A mí, mejor un refresco —pide Marina— y sin gas, por favor.

—¡Marchando refresco sin gas para la futura mamá! —grito, levantando una botella de naranja.

Sirvo bebidas para todas mientras Estíbaliz se encarga de poner música. Menos mal que las habitaciones y *suites* del hotel están insonorizadas, si no menuda noche íbamos a dar al resto de huéspedes.

No puedo evitar escribir a Lorenzo, es la primera noche que me separo de mi niña desde que nació y quiero saber que está bien.

No tardo en recibir un mensaje suyo, con una imagen de mi preciosa hija dormida en su regazo.

Ella es tan pequeñita, que queda prácticamente escondida entre los brazos de su padre.

—¿Todo bien en el castillo, señora? —pregunta mi hermana en cuanto ve que aflora mi sonrisa y bien sabe ella que es por ver la carita de mi princesa.

—Sí, está dormida en brazos de Lorenzo —les enseño la foto y todas sueltan ese “ohh” que nos sale cuando vemos un bebé dormido.

Es que son tan adorables y tan frágiles, que lo único que quieres es mimarlos, achucharlos y cuidarlos.

Llevamos una hora entre copas, risas y bailes cuando llaman a la puerta. Me quedo mirando a las chicas y ellas se encogen con cara de no saber nada. Voy a abrir y veo un hombre alto, moreno, con perilla y trajeado, que me da las buenas noches.

—¿Estamos molestando mucho? —pregunto, puesto que es lo último que quiero— Creía que la *suite* estaba insonorizada.

—Y así es, no se preocupe. Solo quería saber si todo está a gusto de las señoritas —me responde, con una voz de lo más sexy.

—Pues sí, muchas gracias.

—Y, ¿quién es la futura novia? —pregunta mirando al interior.

—Yo —respondo con una sonrisa y esa cara de alelada que se me queda cuando digo que me caso.

Él sonrío de medio lado, da un paso más hacia mí y antes siquiera de que me dé tiempo a apartarme, me coge por la cintura con un brazo y cierra la puerta de una patada.

A todas estas, de fondo ha empezado a sonar el famoso “*Sex bomb*” de *Tom Jones*. Vamos, que estas tres petardas me han preparado una señora encerrona. ¡Para matarlas!

El morenazo, que me lleva como si yo pesara menos que una pluma, me sienta en una silla que alguna de ellas ha colocado en el centro de la sala, se aparta un poco quedando frente a mí y empieza a mover las caderas al ritmo de la voz de *Sir Tom*.

¡Madre mía, qué manera de moverse!

Escucho a las chicas gritar, miro hacia el sofá en el que están sentadas y veo que dan saltitos y aplauden con los ojos bien abiertos, esperando que el hombretón que nos acompaña se quite algo de ropa, lo que sea. Aunque me da a mí que estas le quieren ver en tanguita.

Vuelvo a centrarme en mi regalo de despedida. Quién me iba a decir que iba a tener un pase privado de este tipo.

Empieza quitándose la chaqueta que, con una sonrisa y un guiño de ojo, lanza a las chicas.

No sé bien por qué es Marina la que se levanta casi de un salto para hacerse con ella y eso que es la única que no está achispada, como nosotras.

El moreno se centra de nuevo en mí, se agarra al respaldo de la silla con una mano y, colocando una pierna a cada lado, se contonea como si de una serpiente saliendo de la cesta incitada por la música de su encantador se tratara.

¡Madre del amor hermoso! ¿Aquí empieza a hacer calor, o soy yo?

Cuando se sienta en mis piernas y me coge las manos para llevárselas a las nalgas, las chicas gritan como si fueran ellas las que tienen este culo prieto y durito entre manos.

¡Ay, por favor! Si me viera Lorenzo ahora mismo...

Sin soltarme las manos, las lleva por sus costados, el vientre y el pecho, despacio, muy despacio, sin duda para que disfrute de lo que tengo bajo las yemas de los dedos.

Este hombretón desde luego sabe cómo incitar a una mujer, madre mía.

Se pone en pie mientras empieza a desanudarse la corbata, que coge con una mano para dejarla después alrededor de mi cuello y centrarse en los botones de la camisa.

Uno a uno los desabrocha todos, se la quita y me quedo loca al ver ese torso, bien trabajado, lleno de cuadraditos como una tableta de chocolate.

De verdad, ¡qué calor!

—¡Los pantalones! —grita mi hermana, a quien miro abriendo los ojos como platos. Está desatada esa mujer, por el amor de Dios.

—¡Eso, eso! ¡Quítate los pantalones, guapo! —Marina, otra que tal baila.

Bueno, al menos Estíbaliz tan solo da grititos, aplaude y baila sentada en el sofá.

El moreno sonrío de medio lado, me coge por la cintura poniéndome en pie y en ese momento de la canción, justo como ocurre en el *video clip* que tantas veces he visto, me inclina hacia atrás haciéndome girar con él, melena al viento incluida.

Ellas nos vitorean cuando me apoya en su cadera, con la pierna derecha levantada pegando la rodilla a su costado y me lleva hasta la mesa de la sala, donde me sienta para que termine de disfrutar del espectáculo.

Con una lentitud estudiada, creando expectación, lleva las manos a los laterales de la cintura

del pantalón para después quitárselos y quedarse...

Sí, con un tanguita negro.

—¡Eso es un culo, por favor! —grita Estíbaliz, que hasta se ha puesto en pie, aplaudiendo.

Están desatadas, las tres. Es que ni siquiera la pequeña e inocente de mi cuñada está centrada.

Madre mía, si mi futuro marido supiera esto...

Y para colmo, el moreno me mira con ojitos de querer, pero, ¿querer qué? Se supone que esta gente viene, baila, se deja sobar, te calienta y se va.

Sonriendo, se acerca a mí, colocándose ente mis piernas, se gira mirando hacia las chicas y me coge ambas manos para llevarlas a su pecho, bajándolas lentamente por él hasta que alcanza esa zona. ¡Y qué zona, la madre que le parió! Esto no debe ser normal, no fastidies.

—¡Yo también quiero! —pide mi hermana, que debe estar borracha, pero como una cuba para decir esas cosas. Con lo que quiere ella a su Víctor, por favor.

Bueno, también es cierto que a nadie le amarga un dulce.

—¿Lo quieres integral, preciosa? —me pregunta el moreno, mirándome con una sonrisa pícaro que acompaña a esos ojos marrones que tiene entrecerrados.

Un integral, madre del amor hermoso. Si le digo que sí... a esas tres les da un pasmo. Sería una bonita venganza... Pero no, que no quiero acabar la noche de mi despedida de soltera en urgencias.

Niego con un leve movimiento de cabeza mientras le devuelvo la sonrisa y él se encoge de hombros.

—Lástima, porque nunca los ofrezco.

Y me lo dice así, como quien no quiere la cosa, con un guiño de ojo que ya quisieran muchos actores de cine.

Cuando la canción acaba, el muchacho recoge la ropa y entra al cuarto de baño para vestirse, momento que aprovechan estas tres petardas para decirme lo bien que he disfrutado de mi sorpresa.

No voy a negárselo, que ha sido divertido a la par que sexy ver a un hombre bailando solo para mí.

Bueno, y para ellas.

El moreno sale otra vez trajeado, desprendiendo ese *sex appeal* que tiene por cada poro de su piel.

Es guapo, que las cosas hay que decirlas como son.

—Señoritas, ha sido un placer —dice mirándonos a todas y, tras cogerme la mano y dejarme un beso en el dorso, se queda mirándome a los ojos—. Enhorabuena, estoy seguro que serás una novia preciosa.

Me quedo paralizada, porque no esperaba que nadie me dijera algo así y es que desde que entré en depresión y cogí esos diez kilos, nadie me había mirado como algo más que una albondiguilla.

Nadie, salvo Lorenzo, que me insistió cada día de este último año que era bonita tal como estaba, que le gustaba más incluso que cuando nos conocimos si es que eso era posible.

Nos despedimos de nuestro invitado y volvemos a servirnos unas copas, desde luego bien merecidas porque... ¡Virgen de la Macarena, qué calor he pasado!

—Qué pena que no pudiera colgar el vídeo en mis redes, porque habría sido alucinante. Tendríamos miles, ¡qué digo miles! ¡Millones de *likes*, Julieta! —grita Estíbaliz mientras niega con la cabeza, apesadumbrada.

No le falta razón, porque ver bailar a ese hombre habría provocado unos calores que muchas pedirían su nombre para contratarle.

Seguimos con rondas de chupitos, brindis, y bailes mientras escuchamos salsa, bachata, pop y todo lo que haya en el repertorio que mi cuñada ha traído su iPod.

No nos faltan risas, ni anécdotas que contar de cuando éramos adolescentes. Las locuras que hacíamos.

Estíbaliz se ríe de nosotras, claro, es una década más joven y en nuestros tiempos las cosas no eran como en los que a ella le ha tocado vivir.

Son cerca de las cuatro de la madrugada cuando paramos y decidimos irnos a dormir. Hay dos habitaciones, con cama de matrimonio de esas de tamaño mega grande, así que mi hermana y Susy comparten una, mientras Estíbaliz y yo dormiremos en la otra.

Las chicas han pensado en todo, pues hay una pequeña bolsa con ropa preparada tanto para dormir ahora, como para cambiarme mañana.

Si es que, son unas petardas, pero las adoro.

No podría haber tenido mejor despedida de soltera que con ellas, mi hermana de sangre, mi hermana por elección y una nueva hermana que viene del brazo de mi futuro marido.

—¿Lo has pasado bien? —me pregunta Estíbaliz una vez estamos en la cama.

—Sí, mucho. Ha sido una gran noche, de verdad. Gracias, mi niña —respondo dándole un abrazo.

—¿Sabes? Igual crees que lo que voy a decir es por el alcohol, que a todos nos pone ñoños y sentimentales, pero lo digo de corazón. Me alegro de que perdonaras al gilipollas de mi hermano, porque no podría haber escogido mejor mujer que tú para ser su esposa y la madre de sus hijos. Julieta, sin duda tú eres su otra mitad, así estaba escrito desde el momento en que nacisteis.

No puedo decir nada porque un nudo en la garganta me lo impide. Para saber tan joven, tiene una inmensa sabiduría, como tenía mi padre.

—Buenas noches, hermana mayor —murmura antes de quedarse dormida abrazada a mí.

Sonríó, porque así es como me siento con ella, como si fuera su hermana mayor. Ahora es cuando entiendo a Susy, todas las veces que se preocupó por mí, que me esperaba despierta en casa cuando llegaba tarde solo para que pudiéramos planear una excusa decente que contar a mis padres al día siguiente.

Los días que no me faltó cuando más la necesitaba, igual que Estíbaliz, que estuvo junto a mí, día a día, cuando su hermano me dejó de lado.

La abrazo y dejo un beso en su coronilla, esta chiquilla alocada, con quien creí que me llevaría mal por las dos veces que me dijo que me tenía vigilada, se ha convertido en alguien tan importante para mí, que no dejaré que nadie la haga daño.

Cierro los ojos y espero que me venza el sueño, estoy cansada, pero lo he pasado tan bien con ellas, que por mí habría aguantado unas horas más en pie, bailando y riendo. Lo de beber no que luego pasa factura, y mañana vamos a estar resacasas, bueno, todas no, que mami Mary solo ha bebido refrescos.

Mi mejor amiga embarazada, lo que es la vida. Ambas que siempre dijimos que algún día tendríamos hijos y que serían como hermanos, igual que nosotras, vamos a ver crecer a nuestros retoños prácticamente a la vez.

Estoy feliz por ella y por mi hermana, que sigue al lado del hombre al que ama desde que le conoció aquella noche de cólicos en el hospital. Y también por Estíbaliz, que pudo conocer en persona al *influencer* que la tenía loquitamente enamorada y ahí siguen, día a día, dejando que

ese amor crezca.

Como Lorenzo y yo, aquello que empezó como una locura, acabó con el mayor dolor de nuestras vidas, resurgió como yo lo hice y se forjó poco a poco, a fuego lento, hasta llegar a este momento, a punto de casarnos y con una hija preciosa.

Y es que, a veces, así es el amor. Nos hace pasar por etapas que cambian todo a nuestro alrededor, que descolocan nuestro mundo para, finalmente, hacernos ver que no hay nadie que nos complemente como esa otra persona que tenemos delante.

Capítulo 22: Julieta



Al fin llegó el gran día. El momento que llevaba esperando desde que Lorenzo me pidió que me casara con él.

Debo reconocer que estoy nerviosa y mucho. Nadie nos prepara para esto, para el día en que caminaremos hasta el altar donde nos espera el hombre con quien decidimos pasar el resto de nuestra vida.

Es un día de esos que marcan un antes y un después, de los que siempre se dice que fue uno de los más felices, pero para mí esa felicidad se mezcla con la pena de no tener a mi padre. De que el hombre más importante para mí no esté a mi lado.

—Estás preciosa, hermanita —me dice Susy cuando acaba de colocarme, por enésima vez, la tiara de flores que llevo en el pelo.

—Como una princesa de cuento, cuñada —asegura Estíbaliz—. Venga, fotitos para la cuenta. Que se mueran las envidiosas —me dice guiñándome un ojo mientras saca una y mil fotos más, de Susy, Marina y de ella misma.

—Mi niña, eres la novia más guapa que he visto nunca —mi madre se acerca para abrazarme y dejo que me mime, que hoy lo necesito.

—Por favor, no me hagáis llorar —les pido.

—¡Eso! —grita Marina— Que yo llevo ya tres paquetes de pañuelos.

—¡Ay, Mary! Cómo te tienen las hormonas, hija —le digo, y sé bien de lo que hablo, puesto que ya pasé por eso antes que ella.

—Toc, toc —escuchamos la voz de *Mathew* y nos giramos a verle, que entra con mi niña en brazos— ¡Hala! Pero qué guapa, Julieta. A Lorenzo le dejas en *shock* cuando te vea.

—Desde luego, mi chico tiene toda la razón. Vas a dejar a Lorenzo alucinado —secunda Estíbaliz.

—Esta princesita quería ver a mami —*Mathew* se acerca con mi hija y me inclino a besarle la cabecita—. Estaba llorando y ha sido preguntarle si íbamos a ver a mamá, se ha callado y me ha mirado.

—¡Ains, mi princesa, que ya entiende al tito *Maty*! —dice Estíbaliz emocionada.

—¿Qué te dije de lo de *Maty*, pequeña? —pregunta él, arqueando una ceja.

—Sí, sí, que no te gusta, pero a mí me da igual. A mi hermano tampoco le gustaba lo de *Mr. Loren* y aquí le tienes, a punto de casarse con la mujer que le martirizaba con ese apodo.

—Bonita y sutil manera de decirte que le pidas matrimonio, *Mathew* —comenta mi hermana aguantando la risa.

Miro a Estíbaliz, pero ella está concentrada en su sobrina, esa que la tiene locamente enamorada, mientras el chiquillo no sabe dónde meterse.

—Hija, me llevo a la niña y a *Mathew*, ¿sí? —Mi madre, esa mujer que siempre sabe cómo hacer para que una situación incómoda quede en el olvido, al menos momentáneamente.

Cuando me quedo con las chicas, nos abrazamos y les pido que me dejen a solas unos minutos. Necesito respirar y tranquilizarme y con ellas revoloteando a mi alrededor es misión imposible.

Estoy peinada, maquillada y vestida, no me falta nada.

Miro por la ventana del cuartito de la iglesia en el que estoy y cuando veo un hombre con una pequeña de la mano, sonrío al recordar las veces que me llevó así mi padre.

Unos golpecitos en la puerta hacen que me aleje de la ventana, doy un paso y veo a mi madre que entra con una sonrisa un poquito triste y que se le refleja también en los ojos.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunto abrazándola cuando empieza a llorar.

—Nada, cariño. Que estás tan bonita... Tan llena de vida, de alegría, que me habría gustado que tu padre lo viera.

—Bueno, como siempre dices, nos está viendo —guiño un ojo y ella se ríe.

—Quería que estuviéramos solas para darte esto.

En ese momento es cuando veo que lleva una cajita en la mano y una vez la abre, me quedo tan sorprendida que no me salen las palabras.

—Mamá...

—Tu padre siempre quiso que la tuvieras tú y no, no te preocupes por tu hermana, porque él mismo se lo dijo y estuvo de acuerdo.

Con manos temblorosas cojo la pulsera que mi padre conservaba de mi abuela, esa con la que se casó hace tantos años, regalo de mi abuelo.

Es de oro y en el centro lleva engarzado un cuarzo rosa, del que dicen se asocia con el romance, el amor y la tranquilidad.

Mi madre me la pone y seca un par de lágrimas que se me escapan sin darme cuenta.

—Para tu abuela, tú también eras la niña de sus ojos. Siempre decía que te parecías mucho a ella, y es verdad.

—La llevaré con el mismo amor que los llevo a ellos en mi corazón.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y ahora, será mejor que salgas porque hay un novio bastante nervioso esperándote.

Ambas nos reímos y cuando mi madre sale me miro una última vez en el espejo.

El vestido es de gasa, entallado en la cintura, pero con bastante caída en la parte de la falda y tiene una pequeña y discreta cola. El corpiño está cubierto de encaje, tiene escote en v y me cubre los hombros. Un broche con perlititas y lentejuelas queda sobre mi cintura, a modo de cinturón.

La parte de la espalda también está cubierta por el encaje sobre esa tela de malla que simula el color de la piel y deja buena parte al descubierto.

No he querido recogerme el pelo, me gusta llevarlo suelto, algo que a mi padre le encantaba y, en cierta manera, lo he hecho pensando en él.

Lo han ondulado un poco y me han puesto una tiara de florecitas blancas con el centro en rosa.

Sonrío al verme, porque no me he visto tan bonita como hoy en toda mi vida.

Cojo el ramo de calas moradas que escogí y me preparo para salir.

En el pasillo, cuando abro la puerta, veo a mi cuñado que sonríe y asiente a modo de aprobación. Me da un abrazo y no dice nada, creo que está emocionado el “coliquitos”. Así que, soy yo quien rompe el silencio antes de ir hasta la entrada.

—Gracias, cuñado.

—¿Por qué? —me pregunta extrañado.

—Por todo. Por haber hablado por mí, dos veces, para conseguirme un trabajo y que saliera de mis baches, por no dudar nunca de mí, aunque esté un poco loca, pero, sobre todo, por ser tú quien me entregue el día de mi boda.

Le veo emocionado, con los ojos vidriosos, y antes de que esto parezca *Sonrisas y lágrimas*, le paso ambos pulgares por los ojos y le doy un beso en la mejilla.

—Te quiero mucho, Víctor, pero negaré haberlo dicho si abres la boca que tienes —le señalo con el dedo y él me sonríe.

—Cuñada, soy una tumba si tú no dices que me has sacado las lágrimas, puñetera.

—Mis labios están sellados, “coliquitos”.

—¿“Coliquitos”? No me jodas... —murmura, y bien sabe él por qué se lo llamo.

—¡Chss! No blasfemes en la casa del Señor, ¿estamos?

Él rompe a reír y yo le sigo. Si es que al final le tengo que querer, no es para menos, pero no lo confesaré delante de nadie ni bajo tortura. Dicho queda.

Nada más verme en la entrada, empieza a sonar el órgano de la iglesia. Víctor posa su mano sobre la mía, dándome esos ánimos que necesito para que se me pasen los nervios, respiro hondo y antes de dar el primer paso, escucho a mi cuñado hablarme.

—Tranquila, que no se va a ir corriendo. Está enamorado de ti hasta las trancas. Es más probable que venga a cogerte y llevarte en brazos hasta allí para casarse contigo, asegurándose así de que eres tú la que no se escapa.

Sonríó y comienzo el camino que me lleva hacia el rubio de ojos azules que me conquistó, casi sin darme cuenta, hace poco más de un año.

Las chicas están deslumbrantes, guapas a más no poder y, sobre todo, emocionadas.

En cuanto Lorenzo nos tiene a su altura, me tiende la mano y las entrelazamos.

—Estás preciosa —susurra con esa maravillosa sonrisa en los labios.

Víctor ocupa su lugar y el cura empieza con el sermón típico en estas celebraciones.

Cada poco tiempo me giro porque mi chiquitina gorgojea, aunque mi madre está muy pendiente de ella, igual que mis suegros, Lorenzo y Estíbaliz.

Sí, los padres de mi futuro marido se llaman como él y su hermana y con mi niña ya son tres las Estíbaliz de la familia.

Durante toda la ceremonia, Lorenzo y yo compartimos miradas, sonrisas, y alguna que otra caricia en la mano.

Le veo feliz, como aquellos días en las Islas *Seychelles* después de llegar a ese loco acuerdo, y en Las Maldivas o en París, donde disfrutamos los mejores desayunos en la terraza con vistas a la Torre Eiffel.

—Lorenzo, ¿aceptas a Julieta como tu legítima esposa y prometes amarla y respetarla, de hoy en adelante, en lo próspero, en lo adverso, en la riqueza, en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe? —le pregunta el cura y él sonríe antes de responder.

—Sí, acepto.

—Y tú, Julieta, ¿aceptas a Lorenzo como tu legítimo esposo, y prometes amarlo y respetarlo, de hoy en adelante, en lo próspero, en lo adverso, en la riqueza, en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —respondo y juro que acabo de escuchar a Lorenzo soltar aire. No, si se pensaría que me iba a hacer un *Julia Roberts* en *Novia a la fuga*, seguro.

—Por el poder que me otorga la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer.

Ahora sí, oficialmente, soy la esposa de Lorenzo Andrade.

Nuestras familias y amigos aplauden mientras nosotros nos fundimos en nuestro primer beso como matrimonio.

Joder, con lo que impone esa palabra, sobre todo a Lorenzo, que prácticamente huía del compromiso. Aunque, en el fondo, es tan romántico que quería un amor como el de sus padres, que lo sé yo, además, me esperaba a mí para llegar a este día.

—¿Sabe mi esposa cuánto la quiero? —me pregunta antes de separarnos y posar para las fotos de rigor.

Y así nos tiene el fotógrafo, entre toma y toma, durante quince minutos, hasta que al fin podemos salir a la calle y nos empieza a llover arroz que como venga una bandada de pájaros esto va a parecerse a la película de *Hitchcock*.

—¡Vivan los novios! —se oye una y otra vez.

Sonreímos para algunas fotos más, recibimos besos, abrazos y felicitaciones de los invitados y por fin llegamos al coche que nos llevará de vuelta a casa, donde vamos a celebrar el banquete.

Allí se ha quedado Alana, la secretaria de Lorenzo, una chica muy mona y simpática que lleva con él desde un par de semanas después de que me despidiera a mí.

Me llevo muy bien con ella, es como una agenda con piernas, siempre pendiente de que a Lorenzo no se le pase una reunión, ni se le olvide una cita con el médico de nuestra hija.

Le pedí que viniera a la iglesia, que estuviera con nosotros pues es parte también de este pequeño círculo que tenemos de amistades, pero insistió en que se quedaba en mi casa cuidando que no faltara nada.

Al parecer no está sola, porque a Sergio no le he visto por ninguna parte. Si es que ese hombre bebe los vientos por ella y la pobre no se da cuenta.

Me insistieron en que contratara una *Wedding Planner* de esas, pero para lo poquito que había que organizar preferí hacerlo yo y con la ayuda de Alana, que me fue organizando la agenda a mí también para que no me olvidara nada, hemos llegado a este día con todo perfecto.

Nada más salir al jardín de casa, empieza a sonar la típica marcha nupcial mientras somos recibidos por todos entre vítores y aplausos.

Cuando veo a mi madre con mi niña en brazos, me acerco a ellas y la cojo para achucharla. ¿Cómo se puede querer tanto a una personita tan pequeña?

—¿Se está quejando mucho? —le pregunta Lorenzo a mi madre, que llega en ese momento y me rodea la cintura desde atrás.

—No hijo, mi nieta es un angelito —responde mi madre.

Vuelve a coger ella a Estíbaliz para que Lorenzo y yo atendamos a los invitados, pero antes me tomo unos minutos para ver cómo ha quedado todo.

Las mesas con manteles grises cubiertos de una bonita tela blanca y en los centros de mesa, las preciosas calas moradas con la paniculata. Las sillas con fundas blancas y un gran lazo gris.

Los del *catering* han preparado una mesa para ellos donde van sirviendo según traen de nuestra cocina.

Cuando al fin veo a Alana, la abrazo y ella me devuelve el gesto con fuerza.

—Estás preciosa, jefa —así me llama siempre y eso que no tengo nada que ver con las empresas de mi marido.

Mi marido... Me gusta cómo suena. Mi marido, Lorenzo Andrade.

—Muchas gracias, sobre todo por esto —le digo señalando el jardín.

—No es nada, para eso me paga el jefe —responde guiñando un ojo.

—Pareja, felicidades —ahí está Sergio. Desde luego, este hombre no deja de ir nunca por donde esté Alana.

—Gracias, Sergio. A ver cuándo te animas —sugiero para picarle, que eso me encanta y más, porque sé que él es consciente de que estoy al tanto de que siente algo por la secretaria de su jefe y amigo—. Ya has visto que no te vas a morir si lo haces. Aquí está Lorenzo, vivito y coleando.

—Bueno, bueno, dale tiempo que igual esta noche la espicha en la cama —me suelta riendo.

—¡Qué bruto, por favor! —le recrimina Alana— Con lo bonito que tiene que ser casarse.

—¿Te gustaría? —le pregunta Sergio y en su mirada veo que, si ella le diera una simple señal, este hombre se arrodillaba ahora mismo, aunque fuera con la chapita de una lata de refresco a modo de anillo.

—Claro, algún día, pero cuando encuentre al adecuado. No todo el mundo puede amar a otra persona como necesitamos.

En su voz hay algo que me dice que no ha tenido un buen pasado, por lo que me prometo tomarme un día un café con ella tranquilamente para que se desahogue, que creo que lo necesita.

Nos sentamos, seguidos de los invitados y empezamos a disfrutar del menú que nos han elaborado.

Unos entrantes, brochetas de queso y tomates cherry, un buen marisco y como plato principal, a elegir entre carne o pescado.

La tarta era una monería, de nata chantilly con flores grises haciendo una especie de enredadera alrededor desde abajo hasta el último piso, donde habían puesto una pareja de novios hechos de fondant.

El interior, con un delicioso bizcocho de chocolate y capas alternas de nata y chocolate entre medias.

Esponjosa, deliciosa y no empalagaba nada.

—Quiero hacer un brindis —miro a Estíbaliz, que está de pie en su mesa y con la copa en la mano—. Estaba cantado que estos dos acababan juntos, pero anda que no dieron vueltas uno y otra hasta estar hoy aquí. Hermano, sabes que te tengo como a un segundo padre, y siempre quise lo mejor para ti y ella, nuestra Julieta, lo es. Cuídala como me demostraste que estabas haciendo en las *Seychelles*, de donde vinisteis con sorpresa —guiña un ojo y señala con un leve movimiento de la copa a mi hija—. Una que al final ha hecho posible que os améis como debisteis hacerlo hace tanto tiempo. Os deseo una vida llena de felicidad, alegría y, sobre todo, amor. ¡Por Lorenzo y Julieta!

Termina levantando la copa y el resto de invitados se unen al brindis. Lorenzo me coge por la barbilla y me planta un sonoro beso en los labios.

—Te quiero, mi maravillosa secretaria —me dice haciéndome reír—. Voy a cuidar de ti y nuestra hija el resto de mi vida.

Me vuelve a besar y en cuanto nos dicen que abramos el baile, Lorenzo me coge de la mano y caminamos juntos hacia el centro del jardín.

Cuando empieza a sonar la canción que yo escogí para este momento, sin que él lo supiera, le miro a los ojos para que pueda ver en los míos que cada palabra que dice Christina Aguilera es lo que siento.

Acompañados de las voces de Christina y Luis Fonsi mientras cantan “*Si no te hubiera conocido*”, ese maravilloso dueto que tiene ya varios años. Lorenzo y yo bailamos diciéndonos sin palabras cuánto nos queremos.

Y sí, es cierto que pasé por momentos malos por su culpa, pero es mucho más cierto que

nunca dejé de estar enamorada de él por mucho que me intentara convencer a mí misma de ello.

Ni siquiera cuando le mentí en París, diciéndole que había alguien de mi pasado con quien intentaría que funcionara desde donde lo habíamos dejado.

Sé que le hice daño con aquello, pero me lo hice a mí misma también porque no quería volver con él y que todo estallara como lo hizo.

De haber sido así, no lo habría soportado.

Cuando acaba la canción nos miramos, sonriendo en silencio, hasta que él se inclina para besarme.

Recibimos aplausos de todos y al separarnos ahí están mi madre y mi suegro para bailar con nosotros.

Durante unos minutos vamos de mano en mano bailando con cuantos se acercan a pedirlo, Hasta que llega el momento en que mi hermana se hace con el mando en el puesto del muchacho que se encarga de la música y empieza a sonar “Paquito el chocolatero”.

Para matarla, pero ahí estaba toda la gente bailando con el “Paquito”. Venga para abajo y otra vez para arriba y yo, con mi niña en brazos, que mi madre también tenía que disfrutar y mi recién estrenado marido a mi lado.

—¿Lo estás pasando bien, cariño? —me pregunta rodeándome con un brazo y pegándome a su costado.

—Sí, muy bien, pero ellas más.

Señalo a mi hermana y la suya, que bailan y ríen junto a Marina, mientras sus respectivas parejas las vigilan desde cerca, y es que hay algunos clientes de Lorenzo con quienes tiene una relación de amistad que han venido a la boda y no quitan ojo a mis tres chicas.

Y no es para menos, que hoy son unos bellezones y están de lo más sexys con esos vestidos. Si es que una piernita al aire llama mucho a la vista.

Después de “Paquito”, llega *Gerogie Dann* con su barbacoa, seguido de Mecano que se nos cuelan en la fiesta para acabar con las Azúcar Moreno devorándonos otra vez.

No faltaban las risas, los bailes y las copas de champán o los *whiskies* mientras yo me sentía la mujer más feliz del mundo.

—¡Hermanita! —gritó Susy, sentándose a mi lado—. Qué feliz te veo.

—Lo estoy —le aseguro sonriendo— ¿Y tú?

—Por ti, mucho, porque ha vuelto mi Julieta, esa que es un torbellino lleno de energía y felicidad. Además, soy tía de una niña que es un amor, pero, ¡mira qué angelito! No ha dado ni un poquito de guerra en todo el día. Y ahora porque se la ha llevado mamá a dormir, si no... ¡Esa niña cierra el chiringuito como hacían su madre y su tía!

—¡Calla, loca!

—¡Petardas! —Ahí está Marina, que llega con un zumo en la mano para sentarse con nosotras— ¿Qué hacéis aquí solitas? ¿No os sacan los chicos a bailar? ¡Qué decepción! Si vosotras que sois dos pibones no tenéis pretendientes... yo estoy bien jodida.

Mi hermana y yo estallamos en carcajadas y es que cuando Marina suelta alguna de sus perlitas, no es para menos.

—¿Hay reunión de pastoras y no me he enterado? —pregunta Estíbaliz, uniéndose a nosotras— ¿Qué oveja se ha muerto?

—¡Ea, pues ya estamos todas! —dice mi hermana.

Llamo a uno de los camareros y le pido una botella de champán y tres copas, Marina resopla y dice que está deseando poder brindar con nosotras como Dios manda, que en cuanto nazca su

retoño se va a poner al día con los brindis.

—Por vosotras, que no me fallasteis cuando os necesité —me dirijo a mi hermana y a Marina y ambas me sonríen—. Por ti, que no dudaste de mí en aquel entonces y a pesar de ser su hermana, le dejaste más de lado a él, que a mí. Porque el secreto de Julieta diera paso a la verdad y, con ella, este día tan maravilloso. Os quiero mucho, mis petardillas.

—¡Que voy a llorar, joder! —protesta Marina, pasándose la mano por las mejillas.

—Mujer, eso es por las hormonas. Tranquila que no pasa nada.

Se nos acercan algunos de los clientes y amigos de Lorenzo e invitan a bailar a las chicas, pero ellas rechazan educadamente la propuesta ya que están hartas de los tacones.

Pero sé que lo hacen por sus chicos, para que no se pongan celosones y se líe aquí la mari morena. Que estamos de fiesta y tiene que ser todo alegría y buen rollito.

Poco a poco los invitados se van marchando, hasta que nos quedamos tan solo las cuatro parejas disfrutando de la tranquilidad y el silencio que se respira en el jardín de nuestra casa.

—Hermano, ha sido un buen día —le dice Vítor a mi marido.

—Desde luego, el más feliz de mi vida, bueno, el tercero más feliz —responde él.

—¿El tercero, Lorencito? —pregunto arqueando una ceja.

—Realmente... no, el tercero tampoco. Creo que es el...

—Lo estás arreglando, hermanito —le riñe Estíbaliz.

—¿Me dejáis explicarme, por favor? —protesta Lorenzo.

—Adelante, cuñado, somos todo oídos —*Mathew* le hace una señal con la mano para que empiece a hablar y así lo hace mi maridito.

—El primer día más feliz de mi vida, fue cuando me reconocí a mí mismo que te quería —dice cogiéndome la mano—. El segundo, cuando supe que me habías dado el mayor regalo de mi vida, ser padre —se lleva mi mano a los labios la besa—. El tercer día, cuando nació nuestra hija, esa princesa que me ha robado el corazón como lo hizo su madre —cuando noto el calor que desprende su pecho al dejar mi mano sobre él, le miro a los ojos y me cuesta la vida aguantar las lágrimas—, porque ese día, además, aceptaste casarte conmigo. Hoy es el cuarto día más feliz de mi vida, porque estás a mi lado, como mi esposa, la madre de mi hija y de los que estén por llegar, porque un día juré que te cuidaría siempre y a partir de hoy, es más oficial que nunca.

Se acerca para besarme en los labios y no puedo evitar llorar al tiempo que le rodeo el cuello con ambas manos.

—¡Ay, por favor, que estoy llorando! —escuchamos decir a Marina y todos estallamos en carcajadas.

—Mi amor, eso es por nuestra pequeña Mónica —le dice Álvaro, dejando la mano sobre su aún inexistente barriguita mientras ella se seca las mejillas con un *kleenex* demasiado usado ya.

—Lo sé, pero es que estas cosas tan bonitas... ¡Ay, *Mr. Loren*, que te quiero mucho! —grita Marina poniéndose en pie para abrazarle, que sonríe y le devuelve el gesto.

—Pues no sabes cómo me alegro, porque si eres como una hermana para mi esposa, también lo eres para mí.

Sonrío cuando Lorenzo me mira y se lo agradezco con un leve gesto de la cabeza.

Marina está hecha un mar de lágrimas, Álvaro la coge en brazos para sentarla en su regazo y ella se disculpa por dar tan bochornoso espectáculo.

Cosa que no lo es, pues yo, que he pasado por ello y estuve sola en esas primeras semanas cuando me enteré, sin que el padre me diera el cariño y los mimos que necesitaba, la entiendo perfectamente cuando necesita un poco de cariño.

Una hora después, tras tomarnos la última botella de champán, nuestra familia y amigos se marcha y nosotros vamos a descansar, que a la tarde siguiente salimos para nuestro viaje de luna de miel y del que sigo sin saber el destino.

Cuando estamos frente a la puerta del dormitorio, Lorenzo me coge en brazos y atravesamos de ese modo tan tradicional, entre risitas cómplices, el umbral de nuestro lecho conyugal.

—Te gusta mucho este vestido, ¿verdad? —pregunta cuando me deja de pie frente a la cama.

—Un muchito, más bien. ¿Por qué?

—Porque me voy a tener que contener y armarme de paciencia para desabrocharte esos putos botoncitos y no arrancarte el vestido para hacerte mía como quiero.

—¿Sabes? —pregunto, acercándome a él para susurrarle mientras le cojo la corbata entre mis dedos y susurrarle— Me puedo levantar la falda, dejar que me arranques la tanguita y que me hagas tuya, como quieres.

Ni medio segundo tardó en quitarse lo que le estorbaba, sentarse en la cama y colocarme a horcajadas sobre él para empezar a disfrutar de nuestra noche de bodas.

Capítulo 23: Julieta



Decir que despedirme de mi niña ha sido un poquito difícil, es quedarme corta.

Es la primera vez que voy a estar lejos de ella tanto tiempo y, aunque se queda con mi madre en nuestra casa, donde tendrá la ayuda de la chica que se encarga de todo, y mi suegra prometió que iría a visitarla todos los días, para mí no es lo mismo porque me gusta verla despertar, que me mire con esos ojos tan iguales a los de su padre y me haga gorgoritos cuando le canto esas canciones infantiles que solía escuchar de pequeña.

Solo es una semana, sí, pero cuando vuelva a verla me parecerá que ha pasado un año.

Sigo sin saber el destino y por más que he intentado sonsacarle a Lorenzo, no me ha dado ni una mísera pista.

Que me gustan las sorpresas, claro que sí, pero el lugar al que voy de luna de miel no debería ser un secreto de estado, que parece que vayamos a viajar con el mismísimo rey a su casa de vacaciones.

Bueno, no creo que me lleve a Mallorca a pasar una semana de luna de miel porque me da un pasmo, la verdad.

Que es bonito, con sus playas y todo eso, pero visitar España podemos hacerlo en cualquier momento, unas vacaciones mismamente, no en mi viaje de novios. ¡No, me niego!

Nada más bajar del taxi en la entrada del aeropuerto, vamos a facturar las maletas y como aún tenemos algo de tiempo hasta que salga nuestro vuelo, según dice mi marido, nos tomamos un café rápido y todo para que no vea el destino todavía. ¡Manda narices con el señor Andrade!

—¿Que me llevas a Madrid?! —pregunto, histérica, mientras me miran algunos de los pasajeros que esperan en la cola de embarque.

—Cariño, será solo por esta noche, mañana tengo una reunión a primera hora y después volamos al paraíso, te lo prometo.

—¡Lo que me faltaba por oír! En mi viaje de luna de miel, mi marido concierta una reunión. ¡Toma ya! ¡Que viva el amor, el romanticismo y la madre que los parió! Pues esto te va a costar caro, Lorencito —nótese por favor el retintín con el que digo su diminutivo y qué poco le gusta a él, pero a mí me encanta tocarle la moral. Y mucho.

Ni qué decir tiene que embarco sin ganas, vamos, que me daba media vuelta y me volvía a casa. Una reunión de trabajo... ¡Es que es de traca, de verdad!

Ocupo mi asiento, me abrocho el cinturón antes incluso de que nos lo diga el piloto y me cruzo de brazos.

—Cariño, que solo es una noche, unas horas... de verdad —me dice él, intentando cogerme la mano, pero no le dejo, no quiero ni que me hable.

¿Se puede ser más adicto al trabajo que este hombre? Menos mal que tengo a Alana de aliada y cuando tenemos citas importantes está pendiente para recordárselo, esa mujer tiene el cielo ganado.

Despegamos y cuando la azafata pregunta si queremos tomar algo, estoy por pedirme un *whiskyto*, cortito, o larguito mejor, para ver si al menos me quita un poco este cabreo, pero opto mejor por un zumo de frutas.

Me paso el vuelo cotilleando la cuenta de Estíbaliz, anda que no subió fotos de mi boda ayer.

Entre todas suma una cantidad de *likes* que ya quisieran muchos de los *influencer* del mundo conseguir.

En cuanto aterrizamos, mi instinto me hace dirigirme hacia la salida del aeropuerto, pero Lorenzo me coge de la mano y me lleva en dirección contraria, no lo entiendo, pero él sigue callado.

—¡Atenas! —grito, esta vez emocionada, cuando estamos frente a la puerta de embarque.

—Sí, tontita, Atenas.

—¡Ay, por favor! ¡Que me muero! —Me lanzo a sus brazos y cuando me coge me agarro incluso con las piernas en su cintura y le beso por toda la cara— Pero, ¿por qué tanto secreto? Me lo podías haber dicho.

—Una vez dijiste que te gustaría conocer Santorini y Miconos. Pues allí pasaremos nuestra luna de miel.

—¡Ay, te como! Gracias, gracias —sigo besándole mientras él ríe a carcajadas.

Cuando me tranquilizo y me baja, vamos directos para embarcar y ahora sí que voy feliz.

Si es que le gusta verme enfadada, que lo sé yo, porque bien sabe él que cuando me da la sorpresa final, me le como a besos.

Voy tan emocionada que me paso el vuelo mirando en *Internet* qué podemos visitar en esas dos ciudades griegas situadas en el Mar Egeo.

Santorini se ve precioso en todas ellas, pero sobre todo con esos colores que da la luz del atardecer y que hace que luzcan espectaculares las casas blancas construidas sobre los acantilados.

Me muero de ganas por llegar y cuando informan de que estamos a punto de aterrizar, doy palmaditas como una niña pequeña. Si me viera mi madre...

No perdemos tiempo cuando salimos del aeropuerto para llegar hasta el ferry que nos llevará a la isla.

Y una vez en él, disfruto del aire que se respira, mezclado con el olor del mar.

A pesar de ser de noche, cuando llegamos a la isla, es una estampa digna de ver. Nos alojaremos en un hotel de la ciudad de Oya, donde tengo claro todo lo que quiero ver mañana en nuestro primer día en este maravilloso paraje.

Loca me quedo al bajar del ferry y ver que Lorenzo me lleva hasta una limusina donde nos espera el chofer con un cartelito que pone *Mr. Loren*.

Le miro y veo que está aguantándose la risa, eso mismo que hago yo, hasta que no podemos más y estallamos en una carcajada.

Si al final tiene asumido que le seguiré llamando así siempre que quiera.

Una vez llegamos al hotel y hacemos el registro, subimos a dejar las maletas en la *suite* y juro que no puedo cerrar la boca con lo que ven mis ojos.

El hotel está situado en los acantilados y las vistas son una auténtica pasada. Desde el balcón se puede contemplar la isla de *Nea Kameni*, que se encuentra sobre el volcán activo de Santorini, además del Mar Egeo en su máximo esplendor.

La decoración es de lo más lujosa, con auténticas obras maestras, así como antigüedades.

Y lo que me deja total y absolutamente enamorada, es la piscina al aire libre. Sin duda desde

ahí contemplar el mar durante el día tiene que ser alucinante.

—¿Te gusta? —me pregunta Lorenzo cuando me acerco para abrazarle.

—Me encanta. Desde luego, eres para mí como el genio de la lámpara. No haces más que cumplir mis sueños... Esos que veía imposibles de alcanzar.

—Julieta, por ti hago lo que sea. Si quieres la luna, soy capaz de negociar con quien haga falta para ponerla a tu nombre.

Me muero, de verdad que sí, porque por mi cabezonería estuve a punto de perder al hombre que más quiero en el mundo, después de mi padre, claro está.

Me pongo de puntillas para darle un beso mientras me rodea la cintura con sus brazos, pegándome a él, y un beso nos lleva a otro, y a otro más, y acabamos la noche dejándonos llevar por las ganas de amarnos en este magnífico lugar.

Me despierto notando que Lorenzo me acaricia la cadera con la yema de los dedos, subiendo despacio hasta alcanzar mi costado y ahí me puedo dar por jodida, porque el cabrito sabe que tengo cosquillas, pero muchas y ahí que empieza él.

¡Será puñetero!

—¡Menuda forma de despertar a tu mujer! —le digo entre risas cuando al fin consigo calmarme un poco.

—Te habría despertado de otro modo, pero al final me costaría salir de la cama y quiero que vayamos a visitar todo lo que te apetezca conocer hoy.

—Pues estás tardando en ponerte en marcha, guapo.

—Vete a la ducha, que yo ya me duché antes y cuando salgas tenemos el desayuno en el balcón.

Ni falta hace que insista. Me levanto rápidamente para ir a la ducha y cuando salgo, me pongo el vestido blanco veraniego que me compré con unos zapatos de cuña de esas de esparto y voy divina. Debajo del vestido llevo un bikini precioso, porque quiero ir a una de esas playitas antes de que acabe la tarde.

Salgo al balcón donde me espera mi marido, sonriente y feliz, con un pantalón vaquero y un polo azul marino que le hacen lucir así desenfadado y juvenil, no con tanto traje que tiene que acabar hasta el gorro de las corbatas.

Pero a mí me encanta verle así, como el hombre de negocios que es. Es que es verle con un traje y... ¡Uf qué calor, por favor!

—¡Qué pinta tiene todo! —le digo sentándome frente a él.

Han traído café, zumo de naranja natural, fruta troceada, bollos, pan tostado, mantequilla y un surtido de mermeladas.

Y yo no sé por dónde empezar. Bueno, sí, por el café, está claro, que, si no, no soy persona.

Desayunar con estas maravillosas vistas del Mar Egeo, es impresionante.

—Podría acostumbrarme a estos desayunos frente al mar —aseguro mirando al horizonte con la taza de café en la mano.

—Y yo abrir sucursales de mi trabajo en cualquier parte del mundo —me responde.

—Pero... echaríamos de menos a la familia y yo, sin mi madre no puedo estar, de verdad.

—Pues que se mude con nosotros y mis padres también, así pueden disfrutar de su nieta.

—¡Ay, mi niña! —grito poniéndome en pie y dejando la taza en la mesita.

Vuelvo a la habitación y cojo el teléfono para llamar a mi madre, que me saluda efusivamente nada más contestar.

—Hola, mamá. ¿Cómo está mi chiquita?

—Muy bien, hija, mi nieta es un angelito, ya lo sabes. Tú eras más revoltosa de pequeña, me costaba más dormirte...

Charlamos un rato y me dice que mis suegros van a ir a comer a mi casa y así a ella le quitan un poquito de tarea con la niña.

Escucho a Estíbaliz de fondo y le pido que me la pase. Le digo que la quiero mucho y que no se enfade porque me haya ido, que antes de que sé de cuenta estoy de vuelta.

—Esta tarde te hago una videollamada y así hablamos los dos contigo, vemos a la niña y a los padres de Lorenzo.

—Vale hija, disfruta del viaje y hazte muchas fotos, que ya sabes tú que me gusta conocer mundo a través de tus ojos.

—Vale mamá, no te preocupes que las haré. Te quiero. Dale muchos besos a mi chiquitina, ¿sí?

—Claro, cariño y tú dale un beso a mi yerno. Pasarlo bien hija, te quiero.

Cuando vuelvo al balcón, Lorenzo me coge la mano y me lleva hasta él para sentarme en su regazo, me besa en los labios y cuando empieza a darme de comer la fruta, se me cae la baba. ¿Se puede ser más mono?

Entre mis bocados y los suyos acabamos con todo el desayuno y nos ponemos en marcha.

—Bien, ¿qué quieres visitar? —pregunta cuando subimos al coche de alquiler que nos consiguen en el hotel.

—Pues, lo primero, quiero ir a ver las ruinas del Castillo Bizantino. En *Internet* pone que tienen unas magníficas vistas para hacer fotos.

—Pues allí que vamos, mi *influencer* favorita —contesta guiñándome el ojo.

Y sí, allí que me lleva y cuando llegamos no puedo dejar de admirar, sobre todo, la belleza de ese arco desde el que se ve la inmensidad del océano. El castillo que una vez estuvo en pie en este lugar, ahora tan solo cuenta con sus ruinas sobre una colina con vistas al mar y a toda la ciudad. Fotografío el paisaje, me hago selfis sola, con Lorenzo, y disfrutamos de la tranquilidad que se respira en este lugar.

Paramos a tomar un café y después disfrutamos de la belleza de las calles de Oya dando un paseo. Nos paramos en algunas tiendas de *souvenirs* y, como no puede ser de otra manera, compro varias cosas de recuerdo, tanto para mis chicas como para mí.

Tienen cosas preciosas de cerámica artesanal, con paisajes de Santorini pintados a mano que son una pasada.

Me llevo algunos platos que pueden ponerse de adorno en una estantería, y vasos que serán una bonita decoración para mi cocina, además de varias figuritas monísimas de casitas típicas griegas y de la iglesia.

—¿Próxima parada, señorita? —me pregunta mientras volvemos al coche.

—Pues... los viñedos y bodegas de *Domaine Sigalas*.

—Buena elección, me gusta. Podemos aprovechar y comer allí, si quieres.

—Claro, algo de picar y un poquito de vino. Tampoco nos vayamos a coger una cogerza de campeonato que por la tarde quiero ir a una playita.

—Nada de emborracharse entonces —asegura guiñándome el ojo.

Cuando llegamos, me bajo del coche, cierro los ojos y respiro hondo dejando que mis pulmones se llenen de ese aire puro que rodea los viñedos.

Nos ofrecen la posibilidad de hacer una cata de los vinos, pero la rechazamos amablemente ya que no queremos que se nos suba en exceso el alcohol a la cabeza.

Hacemos cientos de fotos a los viñedos, a las parras de los distintos tipos de uva, al edificio que, aunque antiguo, le da ese encanto especial al entorno que lo rodea.

Disfrutamos de una deliciosa comida que consta de una tabla de quesos surtidos como entrante, una *salata joriátiki*, que no es otra cosa que una ensalada griega hecha de tomate, pepino, pimiento verde, cebolla, aceitunas y queso feta, aliñada con aceite de oliva, sal y orégano que le da un sabor exquisito, todo ello acompañado de un delicioso vino tinto de sus bodegas, el *Sigalas Mavrotragano* de 2014.

Y como plato principal pedimos *lithrini*, una lubina fresca hecha al horno que maridamos con uno de sus vinos blancos, el *Kavalieros*.

De postre, además del típico yogur griego que aquí sabe muchísimo más rico, pedimos una *bougatsa*, un pastel típico que se hace con varias capas de pasta filo, parecida al hojaldre, pero mucho más fina, rellena con crema pastelera y espolvoreada con azúcar glaseé.

—¿Ha disfrutado de la visita, señorita? —me pregunta poniendo el coche en marcha.

—Sí, mucho, me ha enamorado el encanto que tiene este lugar. Es tan mágico.

—¿Siguiente destino?

—*Amoudi Bay* —respondo sonriendo.

—Playita, ¿eh?

—Anda, tira, que quiero aprovechar el sol para hacer buenas fotos.

—La que me ha caído contigo, otra como mi hermana...

—¡Ni protestes! Que bien que te gusta tenernos a las dos trabajando contigo, señor magnate de las redes sociales —le digo arqueando la ceja.

—Sí, sí, me gusta mucho.

Tras una carcajada por parte de ambos, emprendemos viaje hacia el último destino de nuestro primer día de luna de miel, que la verdad para ser honestos, nos está rentando mucho, porque lo llevo todo muy bien organizado.

Contemplo el paisaje por la ventana y lo único en lo que puedo pensar es en volver a este maravilloso lugar, como quiero volver a los que visitamos el año pasado.

Cada día, cada foto, formará parte de esos bonitos recuerdos que algún día podré compartir con mi niña.

—Es precioso —digo cuando al fin estamos en el final de esos doscientos escalones que hay hasta llegar aquí abajo, a orillas del mar.

—Venga, vamos a buscar un sitio para tumbarnos al sol.

—Lorenzo, aquí no sé si podremos bañarnos.

—Sí, mujer, tranquila. Mira, allí hay gente dándose un bañito. Eso sí, tomar el sol tumbada en la arena como que no.

—Bueno, me siento para hacerme fotos. Tengo que mandarle una a tu hermana, se va a morir de envidia.

—Otro año nos venimos en verano con ella y su *Mathew* —me dice cuando llegamos a un rincón que le parece aceptable para poder sentarnos o tumbarnos.

—Me encanta ese chiquillo. Es adorable y el cariño que le tiene a nuestra hija.

—Sí, creo que está enamorado de su sobrina.

—Bueno, eso cualquiera. ¿Has visto lo guapa que es mi niña?

—Sí, igualita que su madre —asegura rodeándome la cintura y dándome un beso.

—¿Aun con mis kilitos de más? —le pregunto, y es que, aunque siempre ha insistido en que eso a él no le importa, que me ha querido siempre tal y como soy, sin importar mis kilos, sigo

teniendo ese miedo de que se acabe cansando y me deje.

—Incluso con tus kilitos de más que te hacen de lo más sexy y adorable, mucho más, mi amor.

Me abrazo a él, con un nudo en la garganta y trato de no llorar. No quiero estropear nuestro viaje, que una no tiene luna de miel todos los meses. Bueno, con este hombre miedo me da hablar de algún lugar que me gustaría visitar porque capaz de reservar billetes y llevarme por sorpresa.

Fotos, fotos y más fotos. Mientras hubiera sol, yo aprovechaba para hacerla. Quería tener tantos recuerdos de este viaje como pudiera.

Tras un breve bañito nos sentamos en la zona de piedras donde tenemos las tollas a contemplar la puesta de sol, esa que todo el mundo dice que es preciosa y de la que se disfruta desde este lugar muchísimo mejor.

Y bien cierto que es, pues en mi vida había visto algo tan bello. Otras tantas fotos con miles de *likes* que recibieron en poco tiempo.

Decidimos cenar en uno de los bares que hay a lo largo de la bahía y optamos por una *spanakopita*, que es una empanada de espinacas y queso feta, y el *souvlaki*, unas deliciosas brochetas de carne de cerdo y ternera.

Un paseo por la zona mientras el sol termina de ocultarse, volver al martirio de subir los doscientos escalones y regresamos al hotel.

Si este primer día de nuestro viaje ha sido increíble, estoy deseando seguir disfrutando de nuestra estancia aquí.

Mañana quiero visitar la *Blue Dome*, esa preciosa iglesia de paredes blancas y cúpula azul desde la que se puede disfrutar también de unas maravillosas vistas.

Y, como no, darme un buen bañito y tomar el sol en la playa de *Ammoudi*.

Quiero recorrer cada rincón de esta isla, empaparme de sus costumbres, de la amabilidad de sus gentes, fotografiar los lugares más emblemáticos y turísticos.

En definitiva, pasar la mejor luna de miel de mi vida, que será la única, porque me he casado con el hombre al que quiero, adoro, amo y no le voy a dejar marchar otra vez.

—Estoy agotada, no puedo dar ni un paso más —y es verdad, tengo los pies molidos.

Debería haberme puesto mis zapatos planos, pero es que con este vestido mejor las cuñas.

—Bueno, como ya hemos cenado, ahora nos metemos en la piscina de la terraza y te doy un masaje en los pies.

—¡Oh, sí por favor!

Y el muy cabrito se ríe en cuanto lo digo. Ten marido para esto, de verdad, pero vamos, que voy a disfrutar del masaje hasta que me quede completamente satisfecha.

Dejamos el coche en la entrada del hotel y uno de los empleados se hace cargo de él. Subimos en el ascensor y en cuanto pongo un pie en nuestra *suite*, me quito los zapatos y me sale un gemido por el gusto de sentir el fresquito del suelo.

—Quítate el vestido, que te espero en la piscina —me dice mi marido mientras se va quitando su ropa.

Le veo salir y me quedo contemplando esa espalda que tanto me gusta acariciar cuando le tengo sobre mí.

Hago lo que me ha pedido, quedarme solo con el bikini y salgo a la terraza donde me espera Lorenzo dentro de la piscina.

Cuando entro, me coge la mano llevándome junto a él y me besa mientras me abraza.

—Creía que me ibas a dar un masaje en los pies —le digo después de unos minutos en los que los besos han sido seguidos por caricias.

—Así es. Ven.

Me lleva a las escaleras, donde me hace sentarme y se queda frente a mí, me coge un pie y empieza a dar un masaje, justo en los puntos correctos que me hacen relajarme y, siendo sincera, hasta excitarme.

Acaba con uno y le sigue el otro y yo ya estoy a punto de lanzarme sobre él y besarle, o comerle, no lo sé seguro, pero no hace falta que yo lo haga, porque él no tarda nada en colocarse entre mis piernas, apartar la braguita del bikini a un lado y tocarme en ese lugar que bien sabe él que está más que preparado para recibirle.

Y así, entre besos, caricias y juegos con mi clítoris, me lleva al orgasmo, pero me aguanto el grito que estaba a punto de soltar porque estamos al aire libre.

—¿No has disfrutado, cariño? —pregunta cuando estoy abrazada a él.

—Sí, ya lo sabes.

—Es que sueles ser más gritona —dice con una sonrisa pícar.

—Qué quieres, ¿qué me ponga aquí en plan *Tarzán*, para que se enteren los vecinos?

—Estamos solos en este lado, me encargué de que así fuera.

—¡Hijo, pues haberlo dicho antes, que parecía yo el enano *Mudito* del cuento!

Lorenzo estalla en una carcajada, me mira con lujuria en los ojos y antes de que me dé tiempo a abrir la boca, le tengo enterrado en mí dándome un nuevo orgasmo y, esta vez sí, liberando todo cuanto mi marido me hace sentir.

Capítulo 24: Estíbaliz



Cuatro meses habían pasado de la boda de mi único hermano, Lorenzo, y en la que me habían dado una ahijada, que además es mi sobrina por la que yo sentía devoción y encima le habían puesto mi nombre.

Ahora cuatro meses después de su boda estaban esperando a su segundo hijo, ese que concibieron en la luna de miel y que era varón, así que iban a tener la parejita.

Mi vida junto a Mathew había sido como un cuento de hadas y ya llevábamos más de año y medio juntos, lo que empezó siendo un juego de atracción se había convertido en lo mejor de nuestras vidas.

Ahora a dos días de navidad estábamos todos en un avión; mis padres, los de mi amor, mi hermano con mi cuñada y mi sobrina, además de Susy y Víctor, como la madre de ellas.

Me las había ingeniado para llevarlos a pasar juntos la navidad en Miami, me había puesto de lo más pesada con todos pues parecía que nadie tenía ganas de viajar, pero no, a cabezona no me ganaba nadie y menos con lo que había detrás de todo esto, mi mejor secreto guardado.

Y todo lo pagamos Mathew y yo, la verdad que la vida nos sonreía y ganábamos una fortuna con lo de ser *influencers* y como pareja la cosa se disparó considerablemente, pasamos a ser portada de todas las revistas del corazón, así como los programas de entretenimiento en los que los tertulianos se creían saber todo de nuestras vidas.

Mi sobrina iba durmiendo plácidamente en un sillón con una silla adaptada para estar sentada o durmiendo, junto a sus padres que seguían babeando con solo mirarla, bueno miento, babeábamos todos.

Íbamos en primera clase, eso sí no lo pagamos, fue la compañía que nos lo ofreció pues sabía lo que venía detrás.

El vuelo fue de lo más agradable, sillones cómodos y reclinables en su totalidad, nos trataban como si estuviéramos en un exclusivo restaurante donde el menú y los vinos no faltaron, eso sí, Julieta cagándose en que no podía beber nada, así que la pobre tenía que conformarse con los tés, agua y algún que otro zumo.

Así que diez horas después estábamos aterrizando en la ciudad deseada por muchas personas de la geografía terrestre, donde su clima era caribeño y sus playas muy deseadas por muchos *influencers* que subían sus fotos en aquellos puestos de maderas de colores desde donde vigilaban los socorristas, esos que eran tan típicos de los documentales sobre “*Miami Beach*” que ahí es donde fuimos directamente a un hotel muy exclusivo que había frente al mar.

Bueno era como una pequeña avenida que daba a la playa, luego estaba atrás *Collins Avenue*, donde te podías volver loca comprando en todas las firmas que había allí presentes, aquello era glamour lo mirases por donde lo mirases.

El hotel era una preciosidad llena de palmerales por dentro, pero era urbano, en su última planta tenía una terraza con piscina y un bar mirando al mar, aquello era una pasada.

El clima, perfecto para ir en tirantes en pleno diciembre. ¿Qué más se podía pedir a unas navidades?

Eso sí, los americanos eran un puntazo, la decoración de Navidad delante de las casas por la que pasamos era para flipar en colores y a lo grande, hasta belenes en forma de hinchables.

Nos trasladaron varios SUV, unos Cadillac Escalade negros con los cristales tintados en los que me sentí como esas famosas del cine que van a un gran estreno con guardaespaldas en todos los coches. Nos esperaban en la puerta del aeropuerto, por lo que llegamos todos juntos al hotel, y en un abrir y cerrar de ojos, en la recepción nos dieron las llaves de las habitaciones, todas correlativas en la planta quinta.

Julieta me hizo un gesto con su dedo en el cuello de que me iba a matar, eso justo cuando iba a entrar a su habitación que estaba junto a la mía.

—¿Qué te pasa cuñada? —aguanté la risa.

—Nada, me traes al lugar donde están los cuerpos más impresionantes por kilómetro cuadrado y yo con kilos de más, añadiendo de que estoy preñada, lo dicho, te mato —resopló negando y entrando a la habitación ante la risa de mi hermano.

—Me matas a la vuelta, por favor, ahora tengo sueños que cumplir —sonreí entrando a mi habitación.

—Nos vemos ahora —dijo mi hermano riendo.

Entramos a dejar todo en la habitación, lo colocamos y, cuando digo todo, es todo, hasta eso que nos hacía especial ilusión y que teníamos que cuidar hasta el momento de desvelarlo y es que, no, no venían a pasar las vacaciones de Navidad a Miami, eso es lo que ellos creían pero nada que ver con la realidad, venían a nuestra boda, esa que queríamos hacer solo con los más íntimos y que teníamos pactada con una revista que cubriría el momento y por la que nos habían pagado un pastón.

Colgué mi vestido que estaba tapado para que no lo viera Mathew, eso sí, él hizo lo mismo para guardar el secreto hasta llegado el momento.

A todos les dijimos que estábamos invitados a una fiesta en la que tenían que ir todos vestidos de color rosita pastel las mujeres y los hombres de celeste claro también, así que nos habían hecho caso y habían comprado los atuendos para ese evento en el que se iban a quedar patidifusos, vamos en *shock*, nos iban a matar, pero también sabíamos que se iban a volver locos de contentos y que nos iban a felicitar por el paso que íbamos a dar.

Tanto a Mathew en mi familia, como a mí en la suya, nos habían acogido como uno más, eso independientemente de que mi suegra me tocaba un poco los ovarios y se metía a veces donde no la llamaban, pero bueno, más rápido yo con mi arte la cortaba, fuera de eso, no la cambiaba por nada del mundo ya que gracias a ella yo tenía al hombre de mi vida, ese que en unos días se convertiría en mi marido.

Soltamos las cosas y nos fuimos con los chicos a pasear, mis padres, los suyos y la madre de mi cuñada, se quedaron en la terraza del hotel, estaban cansados, así que aprovechó mi hermano y dejó con ellos a la niña.

Susy le metió una colleja a Víctor cuando miró a una de esas chicas impresionantes que pasó por delante de nosotros con un sujetador deportivo y unas calzonas de deporte que dejaba entrever todo su cuerpo fibroso y perfectamente bronceado, así que ya veía yo volar collejas y collejas durante toda la estancia.

—¡Auch! ¿Qué hice? —preguntó Víctor ante la risa de todos.

—Lo mismo que harás en un rato y entonces te llevarás una hostia —dijo Susy en plan

chulesco y bromista.

—Yo solo digo que no va a ser el único en comerse la hostia, aquí van a ir a pares —soltó Julieta.

—¡Ah no!, yo no miré a esa chica.

Se llevó la colleja por saber de qué se estaba hablando y hacerse el tonto como su amigo.

Nos fuimos a cenar a un restaurante muy famoso cercano donde iba gente muy pija y del mundo mediático donde nos dieron una mesa en un rincón privilegiado.

—Os juro que os mato —dijo Julieta mirándome a mí y a Mathew.

—Ah no, yo no tengo nada que ver, cosas de ella —me señaló mi chico a mí.

—¿Tendrás poca vergüenza?

—Ninguna —cogió un trozo de pan y se lo llevo a la boca.

—Y yo con un bombo, aquí en el rincón de los operados y viciosos de los gimnasios. ¿Qué tiene en mi contra el karma?

—Vida, estás preciosa, buenorra y me tienes babeando. ¿Qué más necesitas?

—¡Cállate! —señaló a mi hermano con el tenedor—. ¡Cállate que aún te dejo los agujeros en la frente!

—Chicos, haya paz —dijo Susy resoplando—. Pero vamos ya se te pudo a ti ir a pasar la Navidad a Disney, tan princesita como eres —resopló.

—Mira, pues lo barajé, pero había un par de detalles que se me escapaban.

—Claro, detalles —me respondió negando.

Esa noche todos cenamos tranquilos, bueno sin dejar de decir cosas por la boca, de eso nos salvaba ni Dios, pero estábamos cansados del viaje y tras ese rato en el que nos llenamos los estómagos, volvimos al hotel para descansar, ya amanecería un nuevo día para irnos de turismo y disfrutar de las vacaciones, para la boda quedaban unos días y ahora tocaba disfrutar de lo que se nos venía encima, la Noche Buena.

El día siguiente fue buenísimo, nos fuimos las chicas a pasear por esa avenida llena de firmas mientras los chicos se tostaban en la playa con nuestros padres.

La niña se vino con nosotras, que la llevábamos en el cochecito durmiendo tan plácidamente, además ya iba a biberones y potitos y no hacía mucho ruido, ni cuando se despertaba, que iba mirando todo a modo curiosa y riendo por las burlas y payasadas que le hacíamos, sobre todo su madrina, o sea yo...

Nos compramos las tres un vestido corto color champagne, iguales, para el día siguiente que íbamos a un club a las afueras de cena y fiesta de Navidad.

Esa noche al vernos aparecer a las tres vestidas iguales, nuestros chicos se echaron a reír, eso sí, la más graciosa la Julieta que se quejaba del bombo, ese que no podía esconder ni a tiros, aunque aún no era muy exagerado, pero se hacía evidente.

Fue una noche especial, bonita, lo pasamos en grande y la pequeña ni dio por saco, en su carrito sentada o durmiendo, pero no nos hizo ninguna de las suyas para estropear esa preciosa y diferente noche en la que estuvimos hasta las cuatro de la mañana.

Los siguientes días fue de ir por el centro de Miami, conocido por el *Downtown*, también nos hinchamos de playa, piscina, compras y un montón de cosas que nos hicieron pasar momentos inolvidables y todo eso sin saber aún nadie que estaban a punto de vivir nuestra boda.

El día antes de fin de año nos fuimos a los *Everglades*, al sur de Florida a las afueras de Miami.

Aquellos kilómetros de pantanos que parecía que no iban a terminar y llenos de restaurantes

a pie de carretera y pegado a sus pantanos llenos de cocodrilos donde te hacen un paseo en los aerodeslizadores, que eran una especie de lancha, aquello era algo mágico, diferente y muy entretenido en buscar de avistar esos cocodrilos.

Después de eso nos fuimos al restaurante a probarlos, eran rebozados, como si fuera un *Nuggets*, algo así, pero estaban deliciosos, pasamos un día de esos que no se olvidan, diferente, divertido y con los nuestros, eso era lo importante.

Ese día echó Julieta hasta la primera papilla y eso que en este embarazo mi cuñada no vomitó, pero creo que fue la sensación de ese frito y saber que era cocodrilo que comenzó a potar y llamó a Juannnn sin parar, como yo decía a ese momento.

Esa noche todos me preguntaban dónde se haría la noche de fin de año que era al día siguiente, yo solo les dije que sorpresa, todo iba a ser sorpresa, así que por mucho que me quisieran sacar lo iban a llevar un poco mal.

Una cosa les dejé bien clara a todos, a las seis tenían que estar listos, ya que los mismos coches que nos dejaron en el hotel, nos recogerían y tenía toda la película ya preparada.

Mi chico estaba nervioso, estaba tan ilusionado como yo, aunque era más tranquilo, hombre tenía que ser.

Esa noche estuvimos charlando hasta altas horas viendo todas las fotos de todos los momentos que habíamos vivido juntos, una historia de amor intensa donde desde el primer minuto intentamos estar juntos siempre, él era como yo, muy entregado y es que el amor había llamado a nuestra puerta y lo hizo con mucha fuerza.

Y ahí es donde dormimos en esa noche que deberíamos de habernos separado de habitación, pero como nosotros todo lo hacíamos diferente, lo hicimos juntos compartiendo esos nervios que comenzaban a aumentar conforme iba llegando el momento de darnos el sí quiero.

Capítulo 25: Estíbaliz



—¿Qué te pasa? —pregunté riendo.

—Nada, te miro... —sonrió acariciando mi mejilla.

—¿Un café?

—Claro, pero con un buen desayuno.

—Eso está hecho —le di un beso y me dispuse a cambiarme.

Subimos a la última planta del hotel donde ya estaban todos listos para desayunar en aquella terraza junto a la inmensa piscina.

Les expliqué que por la tarde nos adelantábamos Mathew y yo ya que queríamos encargar para nuestra mesa algo especial.

Todos estaban convencidos de que iban de cena y fiesta de fin de año a un club exclusivo, lo que no sabían es que esa tarde se iba a convertir en el fin de año que menos iban a olvidar de sus vidas.

El día lo pasamos en la piscina y ahí mismo fue donde comimos, en la misma mesa en la que desayunamos, ya que no nos movimos de allí en toda la mañana.

Luego quedamos en vernos en el club, ya les avisamos que a las seis estuvieran abajo que para que los coches pudieran llevarles al evento y que allí estaríamos.

Ni qué decir tiene que ni Mathew, ni yo, éramos de tradiciones, con decir que nos vestimos a la vez e íbamos a salir de la mano del hotel, ya era todo para presagiar que nada de seguir lo que todos hacen.

Me puse mi vestido de tirantes finos con un escote en uve que me hacía un precioso pecho, la espalda al aire, pegado hasta las caderas donde caía en plan bohemio, era por debajo como una especie de pasamanerías formando un bonito adorno por abajo a varias escalas y la caída era la caña, aquel vestido lo había clavado.

Me hice con las planchas todo el pelo de tirabuzones y me puse una cinta a juego con el vestido alrededor de la frente, iba preciosa, no porque yo lo dijera, sino porque mi chico se quedó embobado y con las lágrimas brotando.

Mathew iba espectacular, con una guayabera de mangas cortas en blanco y unos pantalones de pinza en beige, al más estilo cubano, estaba impresionante y muy acorde conmigo.

Ni qué decir tenía que el ramo me llegó a la habitación por la mañana y era diferente, un ramo de novia tropical con mucho verde y tres flores blancas.

Bajamos hacia donde nos esperaba el coche, un Chevrolet antiguo, pero recién pintado y reluciente, una cucada que nos llevó al lugar donde nos estaban ya esperando, en una especie de recepción que no entenderían hasta vernos aparecer.

Al llegar la cara de ellos era un poema, no entendían nada y en ese momento comenzó a sonar la canción de “*Cásate conmigo*” de Silvestre y Nicky.

Los camareros encendieron unas bengalas y abrieron una botella de champán a modo

bienvenida.

La cara de todos, eso era lo mejor, no llegaban a entender, pero sí que ya lo iban asimilando, este viaje había sido con un propósito y no era otro que el que se celebrara nuestro enlace.

Al final comenzaron a aplaudir emocionados y hasta a llorar, la emoción se podía reflejar en sus rostros y es que, ese día no iba a ser un fin de año más.

Nos pasaron a la parte del jardín con vistas al mar que nos tenían reservado, con una preciosa mesa, al otro lado la carpa donde nos esperaba un funcionario para officiar el enlace.

Julietta lloraba como una magdalena y es que el embarazo la tenía de lo más sensible.

En el momento que intercambiamos los anillos se puso a aplaudir con euforia ante la sonrisa de Lorenzo que nos miraba emocionado.

Tal como dimos el “sí quiero” comenzó a sonar la canción de “*El mundo*” cantada por Sergio Dalma, por supuesto la elegí yo pues era una de mis favoritas y ya estaba harta de que sonara lo mismo en todas las bodas.

La madre de mi cuñada fue muy graciosa, me abrazó diciendo que eso se avisa para preparar el regalito en un sobre, pero le dije que no se preocupara que el regalo que queríamos era la compañía de todos los que estaban ahí. No contenta con eso me dijo que a la vuelta tendría el regalito, que aquí si lo sacaba de un cajero se lo daban en dólares y era un rollo, era un amor de mujer.

Mi cuñada se me abrazó junto a su hermana llorando, casi me tiran al suelo de los abrazos que me metieron.

Mi hermano me cogió de la mano y solo me dijo una cosa antes de fundirnos en un abrazo.

—Sé tan feliz como te mereces —su sonrisa era un gran regalo.

Lo de mis padres fue lo mejor.

—Estás preciosa, pero yo te mato —dijo mi madre con la mano levantada antes de abrazarme con esos ojos tan lagrimosos que parecían cataratas.

—Yo no te voy a matar, pero hija, lo que más me gusta de ti es la personalidad y cojones que tienes —decía mi padre, pellizcando cariñosamente mi mejilla antes de abrazarme.

Los padres de Mathew también me abrazaron felices y me dijeron que ya tenían una hija más.

—Tú a partir de ahora te me metes menos en mis asuntos —dije a mi suegra a modo de broma y abrazándonos.

—No cantes victoria, no he cambiado en sesenta años, no lo haré ahora —reía emocionada.

—Nos vamos a llevar fatal, pobre de tu hijo la que le queda —bromeé sacándole la lengua.

Nos pusieron unas copas de vino blanco tras brindar con champagne, luego vino tinto mientras nos iban poniendo sobre la mesa entremeses, eso sí, todos estábamos de pie, tipo cóctel, tomando, charlando y picoteando.

Hicimos tiempo hasta la cena, donde aparte de que era una doble noche especial, era motivo para tirar la casa por la ventana.

Una sopa de langosta para cada uno, acompañada con una langosta al lado abierta y preparada con mucho estilo.

Luego nos pusieron unas tostas pequeñas con muchas delicatessen.

Julietta decía que se le iba a poner el ácido úrico por las nubes, pero bien que se relamía los dedos.

Brindamos mil veces, mi cuñada hacia burlas y gestos de ascos al no poder beber alcohol por su estado y mi sobrina se reía toda espabilada mirando a todos con la copa en el aire.

Luego vinieron las uvas, las tomamos a lo español, allí se escuchaba de mil formas, había muchos reservados a lo largo de todo el jardín.

Después nos unimos todos en un mismo espacio y la gente alucinaba al vernos de esas guisas, inclusive nos aplaudieron y el DJ nos dedicó una canción con la que abrió la fiesta “*Vivir mi vida*” de Marc Anthony.

Un rato después, mis padres, los de Mathew y la madre de mi cuñada se fueron para el hotel a descansar, por supuesto se llevaron a la pequeña Estíbaliz.

Julieta se quitó los tacones y comenzó a bailar como si no hubiera un mañana, al igual que Susy que aún seguía entre lloriqueos por la emoción de haber vivido un momento así.

Pasamos una noche inolvidable, no solo por ser la de fin de año, sino por terminar uno y comenzar otro con el que a partir de ahora era mi marido, así que fue una noche especial bajo el cielo de Miami...

Capítulo 26: Lorenzo



Nos acomodamos en el avión y sentí que iba a caer en redondo en cualquier momento, ni qué decir de Julieta que ya estaba roncando y aún ni había despegado, la pequeña estaba en mis piernas con el cinturón de seguridad ya abrochado y con una carcajada de ver a su tía Estíbaliz ponerle caras.

Este viaje había sido algo totalmente sorpresivo, lo último que me había imaginado era haberlo hecho para la boda de mi hermana, sí, mi joven hermana *influencer*.

A pesar de su corta edad yo la veía con Mathew muy compatibles, así que eso daba igual, había gente que se casaban después de años de relación y con mucha más madurez y luego no duraban.

Mis padres se habían quedado en *shock*, pero en sus caras también se podía ver la felicidad, al igual que la de todos los pocos asistentes que había allí, a todos nos pilló por sorpresa, pero nos sacó una preciosa sonrisa.

Miraba a mi pequeña Estíbaliz que seguía riendo a carcajadas mientras el avión despegaba y una azafata sonreía mirándola a lo lejos desde su asiento de despegue y aterrizaje.

Mi preciosa bebé, como siempre llamando la atención de todo el mundo, pero sobre todo de su padre, que se le caía la baba con cada risotada que ella le regalaba.

Julieta dormida, ni la cena ni leches, me sacó el dedo cuando le pregunté si quería su bandeja, la azafata apretó los dientes aguantando la risa al ver ese gesto que hizo sin abrir los ojos y yo me encogí de hombros volteando los ojos y aguantando la risa.

—Y encima, la amo —murmuré a la azafata que se reía más conteniéndose para no despertarla.

La pequeña se sentó en el sillón de en medio entre su madre y yo, ella se había tomado ya su cena, aunque no paraba de tirarse hacia adelante para coger de lo mío, estaba muy espabilada.

En cuanto cenamos en primera clase, donde solo íbamos nosotros, las luces se apagaron y mi princesa se quedó dormida.

Me puse los cascos y comencé a ver una película, bueno, a hacer que la veía ya que me vino todo este viaje que me había encantado y al que iba con desgana, pero me lo pasé de vicio y me sorprendió hasta la saciedad, fue muy emotivo.

Recordé el día que fuimos al *Downtown* de Miami y que a Julieta se le iba antojando de todo, no había persona que no le comprara lo que mirara, todos decían que no se querían arriesgar a que el niño viniera con antojo.

Ella me sonreía como diciendo que se estaba saliendo con la suya y es que si no se lo compraba nadie lo hacía yo, no había cosa que más feliz me hacía que complacerla y ver, como regalo hacia mí, su sonrisa.

Desde la boda sentí que cerraba una época de lucha en mi vida y que ahora disfrutaba con

más intensidad, sin ese miedo a perderla, pero cuidándola todos los días, no había bajado la guardia y es que, a mí, Julieta me tenía enamorado hasta la médula.

Ahora estábamos esperando nuestro segundo hijo, increíble y aunque ella juraba que iba a ser el último algo me decía que no, no podía serlo, lo nuestro iba a ser de montar una gran familia, los dos nos desvivíamos por Estíbaliz y estábamos encantados del que venía en camino, nos encantaban los niños y lo habíamos demostrado en esta nueva faceta.

Los negocios me iban viento en popa y ella tenía sus perfiles de *influencer* que le iban genial y ya se dedicaba a ellos desde casa feliz, así que había encontrado algo con lo que compaginar su vida personal sin tener que sacrificar lo más mínimo y es que Julieta quería trabajar, pero no perderse ni un momento del crecimiento de nuestra princesa.

La vida nos había cambiado a todos los que íbamos en el vuelo de forma muy fuerte, a mi hermana con su boda, a mis padres con sus dos hijos ya casados y con una nieta por la que perdían el sentido. A mi suegra fueron momentos agrídulces, la pérdida de su marido y lo que le pasó a Julieta, pero ahora veía a sus hijas con sus parejas felices y, además, tenía una nieta que era la alegría de su vida.

A Víctor y Susy que en nada se casarían, ellos eran felices a pesar de ese momento tan idiota que pasaron por culpa de Víctor, pero estaban repletos de felicidad.

Los padres de mi cuñado también estaban felices aun habiendo descubierto el mismo día de la boda de su hijo que se les casaba el niño, pero querían a mi hermana, eso sin dudas, por muy cascarrabias que fuera la suegra, pero la adoraba.

Julieta y yo estábamos cómodos en la casa nueva, con un jardín que disfrutábamos en todas las estaciones del año, hasta con lluvia, se cerraba las cristaleras del porche y disfrutaba de esa vista invernal que a veces era tan necesario, aunque he de decir que vivíamos en una zona donde teníamos las mejores temperaturas de España, así que ni los inviernos eran tan duros, ni los veranos tan agobiantes pues estábamos frente al mar.

Me quedé dormido haciendo un repaso por toda mi vida desde que conocí a Julieta y cómo había cambiado todo, ahora me sentía más feliz y pleno, eso que tanto evitaba en forma de amor, ahora lo amaba en forma de familia y es que por ellas daba la vida, eran mi razón de ser y vivir.

Mi hermana y el marido comenzaban juntos una nueva vida en una casa que se compraron unos meses atrás, nueva a estrenar, decían que era para invertir, sí claro, por eso la pusieron de película mientras planeaban una boda como ellos querían, a su manera, con los más allegados y en otro país, eso sin contar con que sería el día más fuerte del año, fin de año. ¡Lo había clavado! No había mejor boda que una como te de la real gana.

Al final me quedé dormido haciendo un paseo por todo, un precioso recordatorio que me había llevado hasta aquí, de regreso de un viaje donde mi hermana culminaba con un matrimonio, como hicimos Julieta y yo cuatro meses atrás cuando por fin nos dimos el “sí, quiero”.

Desperté cuando avisaron para el desayuno a una hora de tomar tierra, Julieta hasta pasó de desayunar, quería dormir hasta que comenzara el descenso y es que la barriga entre otras cosas le daba mucho sueño.

Eso sí, le cogí alguna magdalena, bollos y un brick de Nesquik, sabía que se iba a levantar hambrienta, como la pequeña que ya estaba con su imperdonable *bibi* de cereales.

La vida nos sonreía y regresábamos llenos de amor y con un miembro oficial más en la familia, Mathew. ¿Podíamos ser más felices de ver que todo crecía y la vida nos sonreía?

Y aquí, en este punto, tenía claro una cosa y es que, mi familia, sería para toda la vida...

Capítulo 27: Susy



Se acercaba el día, apenas faltaban unas horas para casarme con ese hombre que llegó a mi vida por sorpresa.

El día que conocí a Víctor me había tocado turno de guardia en el hospital, quedaba poco para que por fin pudiera tomarme un descanso cuando me avisaron que entraba un paciente con unos dolores terribles, posible cólico nefrítico me dijo, así que dispuse todo en el cuarto de urgencias para atenderle.

Estaba agotada, llevaba tres días seguidos trabajando y aún me quedaban otros dos. No solía ser lo normal, tres días era el máximo, pero la abuela de una de mis compañeras acababa de fallecer y ella tenía que ir al pueblo a llevar a su madre, así que me pidieron que la cubriera yo para no hacer un mayor descuadre en los turnos del resto.

Odiaba los turnos de guardia con todas mis fuerzas, de verdad, porque eso de tener unos breves descansos y mal dormir en las camas del cuarto, que eran incómodas a más no poder, me mataba.

¡Con lo bien que se estaba en el colchón de mi cama en casa de mis padres!

—Hola —escuché una voz masculina a mi espalda y al girarme, me quedé embobada ante el mastodonte que tenía delante.

Un rubio de ojos azules, con un cuerpo de esos de horas en el gimnasio, y alto, muy alto. ¿Dos metros tal vez?

Y además guapo, el condenado.

—Hola, dígame su nombre, por favor —acerté a hablar, porque estaba a punto de pensar que me había quedado muda.

—Víctor, Víctor Moreno —respondió, y yo sonreí porque apellidarse moreno siendo rubio... era la pera.

—El médico vendrá enseguida, voy a ponerle un calmante para el dolor.

—¡Joder, menos mal! —dijo casi gritando, aunque la mueca de dolor que hizo me llegó al alma.

—Los cólicos nefríticos son bastante dolorosos. Bueno, aunque la verdad es que depende. Si es por una piedra puede doler menos que si es por unas simples arenillas.

—Entonces es posible que yo tenga arenillas de esas, como las que se quedan entre los dedos de los pies en la playa.

—No son iguales... —le miré y estaba sonriendo como diciendo que me había pillado. Vamos, que estaba moribundo por el dolor y ¿coqueteando conmigo?

Le pinché y le dije que esperara fuera a que le avisaran para hacerle las pruebas, además de que tenía que orinar en el botecito que le di.

Aproveché que me tocaba el descanso y fui a la sala, de dormir ya nada porque tenía que

volver enseguida así que me recosté en la cama con los cascos del móvil y escuché un poquito de esa música que me relajaba.

Menuda noche llevaba. El rubio del cólico era lo más suave que había pasado por urgencias.

Llevaba tres traumas por accidente, una herida por arma blanca en un brazo que sangraba profundamente y una niña pequeña que se había caído y se había roto el codo.

Volví a urgencias y me tocaba atender de nuevo al rubio, que estaba hasta más tranquilo y relajado.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté.

—De puta madre. Se me ha pasado el dolor. ¿Qué me has puesto?

—Un sucedáneo de morfina, es fuerte así que aguantarás aún unas horitas sin dolor.

—¿Me puedes recetar eso para que me lo tome en casa? O dame unos botecitos que no se entera nadie, preciosa —esto último me lo dijo susurrando, en plan secreto, y no puede evitar que se me escapara una sonrisa—. No me equivocaba, me he enamorado de tu sonrisa. Que acompañada de esos ojos verdes es...

—Susy, te necesitan en urgencias —me avisó mi compañera antes de ocupar mi lugar—. Una niña que no deja de llorar. Un accidente de tráfico...

—¿Los padres? —pregunté, pero sabía la respuesta.

—No han llegado con vida.

—Voy —dejé todo en manos de mi compañera, pero antes de salir, me dirigí al rubio que me miraba como con pena—. Espero que te mejores, Víctor, adiós.

Acudí a mi puesto y seguí aquella noche haciendo lo que mejor sabía, curar y tranquilizar a los pacientes.

Y antes de marcharme a casa me dieron una nota en el mostrador, al abrirla vi que era de Víctor, y me quedé loca con su directa invitación.

«¿Sabes que cuando conoces a tu alma gemela, no puedes dejarla escapar? Yo no pienso hacerlo, y algún día te llevaré al altar»

Su número de teléfono estaba justo debajo, y esperaba que yo le llamara, y lo hice, pero una semana después cuando mi madre me dijo que dejara de comerme la cabeza y llamara al chiquillo.

Que si solo quería darme un meneo pues eso que me llevaba. Sí, mi madre era mayor pero muy moderna.

Le llamé, empezamos a vernos y a partir de entonces todo fue rodado.

Viví nuestra historia como si fuera un amor de verano, sabiendo que tenía fecha de caducidad y tienes miedo de que se acabe.

Y es que Víctor era, y sigue siendo, entrenador personal, de los que conocen a mucha gente y que ninguna mujer querría dejar escapar.

Dejé la casa de mis padres y nos fuimos a vivir juntos, dados nuestros trabajos queríamos poder pasar el mayor tiempo posible juntos, y eso hacíamos.

Hasta que, como suele pasar, ocurre algo que lo estropea todo. En mi caso fue una tercera persona, aunque a ver, que ella sabía que el tío con el que se acostaba tenía pareja y le importó bien poco a la muchacha, pero él...

Víctor me confesó que llevaba acostándose con una de sus clientas un tiempo, bastante largo y que prefiero no recordar, hasta que no pudo más y la dejó. Dijo que me quería, mucho, que yo era la mujer de su vida y que la había cagado, que no sabía qué mierda se le pasó por la cabeza para ponerme una cornamenta que ni los renos de Papá de Noel.

Le dejé, le mandé a la mierda, pero no podía volver a casa de mis padres como una imbécil y contar que el hombre al que más quería me había engañado con otra.

Así que estuve dos semanas haciendo tantas guardias como podía, y me quedaba a dormir en esos camastros incómodos del hospital.

Mis compañeros y jefes me pidieron que parara, que dejara de hacerme eso y que hablara con mis padres.

Pero no hubo tiempo para ello porque durante esas dos semanas Víctor no dejó de insistir en que le perdonara, que me quería, que había sido un gilipollas por hacer eso cuando yo le daba todo lo que necesitaba.

¿Tonta por perdonarle? Tal vez así lo vea mucha gente, pero cuando el amor es verdadero... nadie puede evitar que le des una segunda oportunidad a esa persona.

Y yo lo hice, eso sí, que desde entonces le tengo bien atado que, si se le van los ojos a otra mujer, de la colleja no se libra y en casa además le espera sorpresita.

Eso de que la venganza se sirve en plato frío va a ser que es verdad. Que me ponía yo esos camisoncitos sexys y fresquitos para ponerle a él malo y que ni se me arrimara.

—Toc toc ¿se puede? —la voz de mi hermana me llega desde la puerta, la miro y ahí está ella, sonriente y feliz con mi sobrino Julián, de apenas un mes de vida.

—Hija, no se va a poder si estás en tu casa.

Y lo digo de manera literal, porque mañana me caso y ella insistió en que pasara mi última noche de soltera en su casa. Que me diera un buen baño en la bañera de hidromasaje que hay en el dormitorio de invitados y que descansara en un cómodo colchón como la reina que era.

—Bueno, vale sí, pero leches que estás en tu momento de privacidad, chiquilla.

—Dame a mi sobrino, anda, que quiero achucharlo.

Quiero a mis dos sobrinos por igual, de verdad que sí, pero Julián... se parece tanto a nuestro padre que de algún modo me siento cerca de él si tengo al niño entre mis brazos.

—¿Nerviosa? —pregunta mi hermana sentándose a mi lado en la cama.

—Cagada, más bien. ¿Y si se arrepiente? —pregunto diciendo al fin esas palabras que llevan sonando semanas en mi cabeza.

—¿Por qué se iba a arrepentir, tonta?

—No lo sé, pero... —por un momento se me vuelve a pasar por la cabeza contarle todo a mi hermana.

Que Víctor me fue infiel, que lo dejamos y estuve comiéndome sola la cabeza y el dolor, pero preferí callar. Julieta siempre le tuvo cierta inquina a mi chico, pero después de que intercediera por ella en dos ocasiones, una de ellas con algún que otro secreto, para que volviera a trabajar, hasta se llevan bien.

No lo confiesa ninguno de los dos, pero de que se quieren, y mucho, estoy más que convencida.

—Hablan los nervios, no me hagas caso —le digo para tranquilizarla y ella sonrío y asiente.

—Anda, descansa que mañana tienes que estar resplandeciente.

Me da un beso, coge a Julián en brazos y va hacia la puerta, pero antes de que la cierre dejándome sola, la llamo.

—Dime, hermanita —sonríe con los ojos vidriosos.

—Muchas gracias por el vestido, no me habría comprado yo uno así ni esperando otros tres años para casarme.

—Ya sabes que a las bodas hay que llevar algo nuevo, algo viejo, algo azul, algo prestado y

algo regalado.

—Lo de regalado no lo había escuchado nunca —le aseguro frunciendo el ceño.

—¡Claro! Porque eso lo digo yo, y punto. Y ahora, ¡a dormir, jovencita!

Empiezo a reír a carcajadas, igual que ella, y cuando me quedo sola le envío un mensaje a mi futuro marido antes de acostarme.

«Buenas noches, mi futuro maridín. Que descanses, y no te desespere si mañana me retraso, que sabes que la novia siempre llega tarde. TQ»

Dejé el móvil de nuevo en la mesita, me recosté del lado contrario para evitar responderle si me contestaba, y cerré los ojos esperando que el día siguiente llegara rápido.

Capítulo 28: Susy



Llegó el momento. Mi momento, para ser más exacta.

Apenas si he dormido unas horas porque me he pasado la noche dando vueltas en la cama, ¡putos nervios!

Y aquí estoy, en el dormitorio de invitados de mi hermana pequeña, vestida de novia y esperando a que me digan que podemos irnos.

Me miro una última vez en el espejo y sonrío, no puedo hacer otra cosa al verme. El vestido es sencillo, pero a mí me encanta. No soy de esas mujeres que se mueren por un vestido de novia pomposo, para nada. Como Julieta, que cuando se casó parecía una princesa de cuento de hadas, pero no era un modelo estilo Cenicienta ni mucho menos.

Mi vestido es en *crepé*, entallado hasta las rodillas y a partir de ahí empieza a formarse la cola, de algo más de un metro. Es de tirante ancho, escoge en v que llega un poco más arriba del ombligo y decorado en los bordes con un encaje de pequeñas florecitas. La parte de la espalda, completamente al aire.

Estamos en junio, hace un tiempo perfecto y solo espero que no tengamos una de esas tormentas de verano, no quisiera que se estropeará el día más importante de mi vida.

Maquillaje en tonos marrones y la melena suelta, nunca he sido de hacerme recogidos y no iba a ser el primer día que lo hiciera.

—¿Dónde está la novia más guapa de España? —pregunta mi hermana cuando entra.

—Pues no sé, busca en Internet —le digo encogiéndome de hombros y ella se ríe, a lo que yo no puedo evitar seguirla.

Está preciosa, la muy asquerosa. Bueno, las tres lo están, aunque no vea a Marina y Estíbaliz por aquí. Sí, ellas son mis acompañantes en un día tan especial como este.

Cuando fuimos a escoger el vestido les pedí que eligieran ellas el que les gustase, quería que fueran mis damas de honor como nosotras fuimos las de Julieta.

Hacía solo unos meses que se había casado Estíbaliz, una boda sorpresa en Miami en plenas navidades. Así como es ella, en su estilo alocado. Pero fue una boda preciosa, y ella iba espectacular.

—¿A que estoy guapa, pero guapa, guapa? —me pregunta, parada frente a mí, cogiendo el vestido por los laterales y haciendo volar de un lado a otro. Está loca, pero es mi loca favorita.

—Guapa no, preciosa. Venga, vamos a hacernos una foto para tu cuenta, anda, que te veo con ganas.

Cuando lo digo, ella sonrío con cara de pillina y coge el móvil que discretamente había dejado sobre la cómoda. Como si no la conociera. A robar va a venir ella a la cárcel, vamos.

Foto de ella sola, con una de las capas de gasa del vestido lanzadas al aire que quedó preciosa y divertida. Otra a mí sola, con el ramo de rosas color salmón en las manos delante del espejo que al verla me encantó. Y la última, juntas, sonrientes y felices.

El vestido que escogieron, y porque le encantó a mi hermana que tiene un gusto exquisito para estas cosas, es de gasa en color salmón pastel, con buena caída de la falda, el corpiño entallado con el escote en forma de corazón, una cinta a modo de collar alrededor del cuello queda unida a la cintura del vestido con una capita de gasa sobre el corpiño.

—¡Hola, hola! —dice Marina entrando, seguida de Estíbaliz—. Pero ¡qué guapa, por favor! Chica, estás divina.

—Vosotras sí que estás guapas, coño. ¡Si parecéis trillizas!

Y es verdad, que además de llevar el mismo vestido, se han recogido el pelo en un moño de tomate que les hace lucir preciosas.

—¿Estás lista? —me pregunta Estíbaliz.

—Sí, creo.

—¿Cómo que creo? Anda, tira que al final a “coliquitos” le da algo de esperarte en la iglesia, alma de cántaro —me riñe mi hermana, que a veces ella parece la mayor, en vez de yo.

—Sí, venga que los polluelos están con las abuelas deseando salir de casa.

Cuando llegamos al salón donde están todos esperando, veo a mi madre secarse las lágrimas disimuladamente mientras sostiene en brazos a mi sobrino. Y es que mi madre no ha querido que Lorenzo cogiera al niño, dice que al padrino no se le puede ensuciar el traje.

—Estás preciosa, mi niña —me dice mi madre dándome un beso.

—Tú también, mamá.

Con un traje de falda y camisa en el mismo color de los vestidos de las chicas, mi madre está mucho más juvenil que con tanta ropa oscura. Que no es que vaya de luto, que eso al final casi no se lleva, pero siempre se pone algo sobrio y a mí me mata verla que además hasta está tristonera con esa ropa.

—¿Preparada, cuñada?

—Sí, vamos, que al final a tu amigo le da un infarto —le digo a mi cuñado.

Niños y mayores nos ponemos en marcha y salimos, por fin, de la casa camino de la iglesia.

Lorenzo y yo vamos en su coche, que después él nos llevará a Víctor y a mí hasta el hotel donde vamos a celebrar el pequeño convite. No somos muchos, mi familia, los suegros y cuñados de mi hermana, nuestra querida Marina con sus trillizos, su marido y su pequeña Mónica, sus padres y los padres de Víctor.

—Respira, que te estás poniendo morada —me dice Lorenzo.

—Es que estoy cagada, hijo. Que si sale algo mal hoy... me da algo.

—Va a salir todo bien, tranquila —me dice cogiéndome la mano y dándome un leve apretón.

—Gracias por ofrecerte a ser mi padrino, se lo iba a pedir a mi suegro, pero... ya ves cómo está el hombre.

—Lo sé, esa caída que tuvo le dejó pachuchillo. Y yo te llevo al altar encantado, igual que mi mejor amigo llevó a mi mujer.

—¿Sabes? Aunque estuve a punto de hacer vudú contigo cuando dejaste a mi hermana hecha una mierda, eres un buen tío. Estás con ella por quién es, no por cómo se ve. Eso es de admirar.

—Amo a esa mujer desde el primer momento que entró a mi despacho, aunque en ese instante no fuera consciente de ello. Y la voy a amar el resto de mi vida.

—Lo sé, se te ve enamorado hasta las trancas.

—Igual que Víctor.

—Más le vale, o le dejo sin hijos.

—Tranquila, que si te la juega... yo le dejo sin hijos.

Nos reímos y al menos mi cuñado consigue que me calme, cosa que le agradezco porque lo necesito.

En cuanto llegamos a la iglesia Lorenzo baja del coche y me abre la puerta para ayudarme a bajar, y ahí viene Marina para colocarme la cola del vestido bien y que vaya hasta la entrada.

Nos quedamos los dos en la puerta, esperando escuchar la música y cuando empieza a sonar, avanzamos paso a paso por la alfombra roja por la que los trillizos de Marina van esparciendo pétalos de rosas blancas.

En cuanto veo a mi rubio sonriendo, se me pasan los nervios. Me coge la mano, se la acerca a los labios para besarla y me guiña el ojo.

El cura da la bienvenida, empieza con su sermón y a mí se me olvida el resto del mundo mientras le escucho sin prestar atención.

Hasta que le pregunta a Víctor si me acepta como su esposa.

—Sí, acepto —responde él y yo no soy capaz de controlar las lágrimas.

Cuando me pregunta a mí, miro al que está a punto de convertirse en mi marido y tras una sonrisa respondo.

—Sí, acepto.

Con la bendición del cura, nos damos el primer beso como marido y mujer y tras las fotos de rigor, salimos a la calle donde nos esperan nuestros familiares y amigos para acompañarnos en este día tan bonito.

Fotos con todos ellos, nosotros solos, con mi madre y mi hermana, con la familia de Lorenzo, y con todos mis sobrinos, esos que son de sangre y los que, aunque no la comparten es como si lo fueran, y vamos al hotel a seguir disfrutando de la fiesta.

No falta la comida, ni la bebida, aunque todos nos controlamos mucho puesto que hay que ocuparse de los niños, que no van a ser siempre los abuelos quienes lo hagan.

Todos han querido hacer al menos un brindis, y mi hermana ha esperado para ser la última. Miedo me da.

—Sabéis que os quiero a los dos.

—¡Lo has reconocido, cuñada! —grita mi marido dando una palmada.

—Y el día de mi boda se te saltaron las lágrimas cuando te lo dije —responde ella sacando la lengua en ese gesto tan suyo.

—Qué cabrona —murmura Víctor, pero tanto ella como yo le hemos oído.

—Como decía, sabéis que os quiero a los dos, a mi hermana mucho más está claro, porque me conoce desde que nací.

Reímos en cuanto lo dice, pero Víctor sonríe y asiente.

—Sois mi familia, mis hermanos mayores, mis amigos, y esa mano a la que agarrarme cuando lo he necesitado. Estuvisteis ahí para mí en mis peores momentos, y sé que nunca tendré vida suficiente para agradeceroslo, por eso... —se gira hacia Lorenzo y le tiende la mano esperando algo, que poco tarda en aparecer.

Mi cuñado saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta que le entrega, ella sonríe, me mira y vuelve a hablar.

—Espero que disfrutéis de vuestra luna de miel en Australia.

Me quedo loca, desde luego, porque siempre le he dicho a mi hermana que me encantaría conocer aquel bello país.

—Es mi regalo, hermanita, para que, como yo, puedas cumplir tu sueño de conocerlo.

Me levanto cuando viene a entregarme el sobre y la abrazo fuerte, sin poder controlar las

lágrimas ninguna de las dos.

Brindamos, nos besamos tal como nos piden y salimos al centro de la estancia para abrir el baile.

No sé qué canción es porque Víctor no me ha dejado elegirla, lo ha hecho él. Así que para mí va a ser una sorpresa.

Y tanto que lo es, en cuanto escucho la melodía del piano que tan bien conozco sonando. “*Curo tus labios*” de Pablo Alborán, la versión en acústico, una de las que más me llega al alma.

Bailamos como si estuviéramos solos, como muchas veces hemos en nuestra casa después de una cena con música.

A nuestro alrededor desaparece el resto de mundo, tan solo existe la voz de Pablo acompañada del piano.

Me dejo llevar por la melodía, apoyo la mejilla en el pecho de mi marido y disfruto del momento.

El resto de mi vida, empieza justo aquí y ahora, entre sus brazos, esos que sé que nunca me dejarán caer.

Capítulo 29: Julieta



Ver a mi hermana feliz, el día más especial de su vida, es lo que me hace a mí estar tan llena de alegría.

Ella encontró a su otra mitad en el momento en que la vida quiso que así fuera.

Cree que no lo sé, pero me enteré de que había estado viéndose con un médico del hospital durante un tiempo. Los vi un día por casualidad y mi hermana tenía la mirada de quien ama hasta la médula, pero el muy canalla la tenía engañada.

Casualidades de la vida, una que va a buscar a su hermana al hospital un día para comer y allí que veo llegar al médico en cuestión, saliendo de un coche familiar donde le despedía su flamante esposa y en la parte de atrás una niña sonriente y pizpireta.

Me cabreé tanto, que salí del coche y antes de que entrara al hospital le solté cuatro frescas quedándome tan a gusto. Además de pedirle que hiciera el favor de dejar de jugar con mi hermana.

El día que ella nos contó que su jefe de planta había pedido el traslado, me quedé alucinada. Vamos, que el cobarde en vez de enfrentarse a la verdad, pilló las maletas y se piró. Pues allí donde esté que sea feliz el muy...

La verdad es que en lo que al amor se refiere, ella y yo no tuvimos mucha suerte con nuestras exparejas. Ella siendo la otra sin saberlo, y a mí me engañó y me dejó por otra.

Pero como se suele decir, lo que tenga que pasar pasará, porque al final cada cosa tiene su momento y su lugar.

Si hubiéramos compartido nuestras vidas con esos dos innombrables, no estaríamos ahora casadas con los hombres que el destino nos tenía preparados.

La música no para de sonar, canciones de todas las épocas y estilos, rumbitas, bachatas, salsa, pop, latino, canciones del verano de cuando nuestros padres eran jóvenes, y ahí todos bailando como si no hubiera un mañana.

Los trillizos de mano en mano con las mujeres, las niñas, alternando a sus padres con los abuelos, y mientras mi pequeño Julián y yo aquí, sentados disfrutando de la alegría que se respira en el ambiente.

Me alegra ver tan felices a las mujeres que han estado a mi lado durante estos años, tanto mi hermana como Marina, quienes puedo decir que han estado en las buenas y en las malas, como Estíbaliz, esa chiquilla una década menor que yo que fue un gran apoyo en esos malos momentos que pasé cuando todo me estalló en la cara.

Y se nos casó la niña hace unos meses, en navidades, en un viaje sorpresa a Miami al que nos

llevó engañados. Y yo, embarazada de mi niño bonito, que no pude brindar más que con zumos. Pero bueno, lo pasamos en grande porque desde luego que esa boda quedará para el recuerdo de todos, ya que fue despedir el año con un miembro más en la familia que se ha ido formando poco a poco.

¿Quién me iba a decir a mí que acabaría casada con el mejor amigo de mi cuñado? Vamos, que me habría reído de quien asegurara semejante tontería. Primero, porque nos llevábamos tan mal, nos soportábamos tan poco, que era prácticamente imposible que pudiera llegar a surgir algo entre nosotros.

Pero surgió, hasta que *Mr. Loren* la cagó. Pero eso ya es cosa del pasado.

—Hija, baila con tu marido, que mira con qué carita te está mirando todo el tiempo —me dice mi madre, pero yo niego y sigo bailando sentada con mi niño en brazos.

—No, que estoy muy acompañada. Anda, tú sigue disfrutando.

Mi madre se encoge de hombros y tras un beso a mi niño, y otro a mí, vuelve donde están todos para seguir bailando. El padre de Víctor está con ellos, pero sentado en una silla, que por una caída se rompió la cadera y el pobre ya no es lo que era. Como él dice, ahora es el “robocó” ese.

Estas son las personas a las que quiero, la familia que tengo y por la que haría cualquier cosa.

Poco a poco ha ido creciendo, y espero que siga haciéndolo porque ahora me toca a mí ser tía, aunque a los trillizos y la hija pequeña de Marina los considere de ese modo, quiero ver la carita de los hijos que tendrán mi hermana y mi cuñada, ellas que son tan niñeras como yo, o más, y que sé que desean tenerlos pues cada vez que cogen a Estíbaliz o a Julián se les ilumina la mirada.

Esta es mi familia, la que me vio nacer y crecer, la que se fue uniendo a mi vida con el paso de los años, y con la que quiero compartir todas las alegrías que aún me queden por vivir, que espero que sean muchas.

Epílogo: Julieta

Dos años hace ya que Lorenzo y yo nos dimos el tan esperado por todos “sí, quiero”.

Le costó lo suyo conseguirlo, pero como se suele decir “el que la sigue, la consigue”.

La luna de miel, maravillosa, espectacular, mágica, llena de amor, de pasión y... Con regalito sorpresa a la vuelta a España, igual que cuando estuvimos en las Islas *Seychelles*.

¿Qué tenía mi marido con los viajes, que siempre había un día que se le olvidaba ponerle gorrito a su amigo?

Pues eso, que en la segunda noche que pasamos en Oya, en la isla de Santorini, el masaje de pies en la piscina que nos llevó a otro tipo de menesteres fue el culpable de que nos viniéramos de allí con Julián en la barriguita.

Sí, Julián, como mi padre y es que además mi hijo se parece mucho a él, veo fotos que tiene mi madre guardadas de mi padre y porque se nota la diferencia de los años entre ambas que, si no, podrían pensar que es el mismo niño.

Pelo castaño y ojos marrón chocolate, iguales que los míos. Así de guapo era mi niño, que tenía quince meses, justo un año menos que mi hija mayor, Estíbaliz.

Pero no acaba ahí la cosa, no, que mi marido es de los de no hay dos sin tres. Sí, esos son los hijos que tenemos Lorenzo y yo. Tres.

Siempre dije que quería dos niños y una niña, que ella tenía que ser la pequeña para que fuera la princesita a la que cuidaran sus hermanos.

Pues bien, tengo justo eso, dos niños y una niña, pero ella decidió que tenía que ser la primera en venir al mundo. Muy Molina ella, más que Andrade desde luego.

El pequeño es Lorencito, un calco de su padre, rubio y ojos azules, que miedo me da que se me haga mayor, porque ya le veo en las revistas del corazón partiendo eso exactamente, corazones a cada paso que dé.

¿No habría alguna manera de que se quedara para siempre con sus tres mesecitos?

Otro viaje del que volvimos con regalo. Esa vez fue a *New York*, no quería quedarme con las ganas de ver *Times Square*, y mi marido, para nuestro primer aniversario de boda, me regaló un viaje para conocer todo aquello.

Como dije, tres viajes, tres hijos y porque los veo y sé que son personitas, porque vamos, todos concebidos en zonas acuáticas.

La mayor, en la ducha, un aquí te pilló rapidito. El segundo, como dije, en la piscina y el pequeño en el jacuzzi.

Desde luego, que como quiera volver a llevarme de viaje le prohíbo meterse conmigo en el agua, sea cual sea el lugar que la contenga.

En cuanto supe que esperábamos el triplete (que desde luego el señor Andrade se ha marcado el de su vida como cualquier futbolista del momento que se precie), le dije que se cortara la coleta porque no quería volver con más sorpresas de nuestros viajes, pero se negó.

En fin, que no le insistí, pero le aseguré que si me dejaba otro regalito de kínder se la cortaba yo misma y ya hubo un caso en España de lo más sonado en relación a eso. Mira que si acabo saliendo yo también en las noticias...

—Mami, “lletas” —me pide Estíbaliz, y es que, aunque se la entienden muchas cosas, otras se le resisten, como las galletas. Pobre mía.

—Sí, cariño, ya te doy tus “lletas”.

—“Mí, mí” —ahí está Julián, que viene gateando detrás de su hermana pidiendo galletas también.

—A quién habréis salido vosotros dos de golosos, no me lo explico...

El llanto de Lorencito me llega por el escucha bebés, así que en cuanto dejo a mis dos tesoros en el salón con sus galletas y los dibujos de *Mickey Mouse*, voy al dormitorio de mi chiquitín y le cojo en brazos.

—Mi amor, ya está aquí mamá. Ea, ea, ea... Chsss... Ya, cariño, ya pasó.

Le mezo un ratito hasta que deja de llorar y bajamos al salón con sus hermanos, que a este ver al ratón de orejas grandes le gusta y le tranquiliza mucho.

Me siento en el sofá con mi Lorencito en brazos y en el medio de mis otros dos hijos, que no tardan en acercarse y apoyar sus cabecitas en mis brazos.

Les gusta mucho que estemos así, porque con sus pequeñas manitas acarician a su hermano y ver esa estampa a mí me llena el alma.

Y es que, a pesar de los dolores que pasé con cada uno de ellos, volvería a sufrirlos encantada porque verles las caritas de felicidad y que me miren con esos ojitos llenos de amor, es el mejor regalo que me pudo dar la vida.

Hoy domingo tenía que ir Lorenzo a ayudar a mi cuñado Víctor, con no sé qué que llevaba pidiéndole dos semanas, pero que mi marido por flojera no había ido aún.

Hasta que anoche, que estuvieron aquí cenando para ver a sus sobrinos, le dijo que o iba hoy, o iba.

El “coliquitos” y mi hermana se casaron, al final ella también acabó pasando por vicaría, como hizo Marina antes que ella, pero mi pobre Susy no tiene la suerte que Lorenzo y yo. Se le resistía el bebé que tanto buscaban hasta que le dijeron que ella no podía y a mi hermana se le vino el mundo encima.

Pasamos un par de días consolándola entre todas y con todas me refiero no solo a mi madre y a mí, sino a mi suegra, a Marina y a mi cuñada Estíbaliz.

Cada una le daba un ánimo diferente, hasta que ella se levantó del sillón de casa de mi madre y, decidida, nos dijo...

—*Voy a adoptar, nadie me va a quitar las ganas de ser mamá. Y no tienes por qué haber parido a un hijo para quererlo el resto de tu vida, ¿verdad?*

Aquel día, hace ya un año, mi hermana me hizo llorar como ni siquiera las hormonas de mis dos primeros embarazos habían conseguido.

Aún siguen esperando que se finalicen los trámites y espero que sea cuanto antes para que podamos tener al nuevo miembro de la familia con nosotros.

Escucho la puerta abrirse y sonrío en cuanto mis hijos se levantan y van a buscar a su padre.

Bueno, Estíbaliz corre a recibirle mientras Julián hace el intento, porque, aunque da algunos pasos, todavía se ve más cómodo gateando,

pero la sonrisa se me borra de la cara cuando escucho a mi hija gritar.

—¡¡¡Un “perito”!!!

Me acaba de entrar calor de repente, porque espero que se haya equivocado con la palabra y, si no es el caso, que al menos el perrito que acaba de entrar en esta casa sea de peluche, grande y achuchable y no de esos de verdad que comen, se hacen sus cositas por toda la casa y hay que sacar de paseo.

Me pongo en pie con mi chiquitín aún en brazos, que sonrío en cuanto escucha la voz de su padre y ahí está, el peor de mis temores hecho realidad. Un ladridito.

Lo mato... a Lorenzo Andrade lo mato de manera que parezca un accidente y cobro un pastón del seguro de vida. ¡Me cago en sus ruedas!

—Hola cariño —me saluda sonriendo, como siempre que llega, pero en cuanto me ve la cara de bruja que se me debe haber puesto, se le borra de un plumazo.

—¿Hola cariño? ¿En serio es eso lo que vas a decirme?

—Pues como siempre que llego a casa. ¿Qué te pasa?

—Qué, ¿qué me pasa, puñetero? —pregunto gritando, con el niño aún en brazos, hasta que empieza a gorgojar y le llevo a su asiento balancín.

Vuelvo hasta dónde está mi marido y le veo sentado en el suelo, con mis hijos en frente, y jugando con una bolita de pelo marrón que suelta ladriditos de lo más graciosos.

Sonríó, sí, lo hago, pero enseguida borro ese gesto porque esto no lo ha consultado conmigo.

—¿Se puede saber qué es eso? —Señalo al animalito que se revuelve en el suelo con mis hijos mientras ellos ríen.

—Mami, ¡es un “perito”! —me dice mi hija, mirándome como si yo fuera idiota o algo peor y no supiera lo que es un perro. Bien, ha sacado mi parte Molina muy desarrollada. Esta cuando sea mayor... va a tener firme al que quiera, como yo a su padre, vamos.

—Tesoro, sé que es un perrito, pero lo que no llego a entender es qué hace ese animalito en casa —digo mirando a mi marido que se pone en pie, me besa en la frente y coge a nuestro hijo pequeño para volver junto a los dos niños que siguen jugando con ese pobre animal.

Creo que el señor Andrade no es consciente de que ha traído un peluche que se mueve a manos de sus hijos, esos que tienen sus muñecos de dormir más destrozados que el famoso osito del *Señor Burns* de los *Simpson*.

—Para que crezca con Lorencito —me dice el muy puñetero mientras esa bolita de pelo ladra y se acerca a olisquear a mi niño. Madre mía, yo lo mato, de verdad.

—*Piri qui crizqui quin Lirinciti* —digo haciéndole burla a mi marido—. Pero, ¿tú eres consciente de que tenemos tres bebés? Porque, aunque tengan uno y dos años, siguen siendo prácticamente bebés.

—Cariño, un animalito de compañía no les va a hacer daño, de verdad. Al contrario, así juegan y se les da una responsabilidad desde pequeños.

—¡Ay la virgen! ¡Yo te mato! ¡Juro que te mato! Y qué es, pichica o chochico —pregunto, porque ya quiero salir de dudas, ya que vamos a tenerle por la casa durante muchos años.

—Una perrita. Que así Estíbaliz no se sienta sola con dos niños en casa.

—¡Una “peita”! —grita Julián emocionado y cogiendo en brazos al pobre animalito.

Y como Lorenzo tiene al chiquitín en brazos, soy yo la que va junto a mi otro hijo y le quito esa bolita de pelo de entre los brazos porque capaz es de ahogarlo en su primer día en casa.

—Cariño, deja a la perrita que tiene que estar en el suelo. Venga, vamos a darle de comer y ponerle agua. ¿Tiene cama, la criatura? —le pregunto a Lorenzo que sonríe y asiente señalando el arsenal de cacharros que ha traído para ella— Desde luego, la vas a tener como una hija, que te veo venir ya. Si bien me dijiste que nos faltaba otra niña en la casa... ¡Pues con esta cortamos los partos, advertido quedas!

Voy a la cocina y le pongo a la peludita un cuenco con comida y otro con agua que dejo en la cocina. Cojo su camita que, voy a ser sincera, es una auténtica monada, rosita y blanca con forma de casita, y la coloco en el salón, cerca de la chimenea para que además pueda mirar por la puerta que da al patio y queda frente a esta.

Cuando acabo me siento al ver al presidente del gobierno en las noticias.

Llevamos unos meses raros y las últimas semanas ha ido a peor la cosa, a mucho peor.

Un virus que está causando muchos contagios no solo en nuestro país, sino en el resto del mundo y cuando escucho la palabra “pandemia” y “estado de alarma”, me entran unos calores por todo el cuerpo que no deben ser normales.

—¡Una pandemia! —grito, poniéndome en pie asustada.

En ese momento llega la perrita a mi lado, ladrando y moviendo la cola, y se para frente a mí, con la lengua fuera, sentada sobre sus patas traseras y sin dejar de mover la cola.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunto a Lorenzo.

—No sé yo, pero me da a mí que cree que es el nombre que le has puesto. Te debe ver como a su madre, cariño.

—¿Qué? —grito sentándome y al verme, la perrita se pone en pie para dar los cuatro pasitos que la separan de mí y acurrucarse en mis pies mirándome con esa carita de cachorro tan bonita que tiene—¡Ea, pues ya tienes nombre, hija! Pandemia, bienvenida a casa.

—“Panema” —dice Estíbaliz, dando saltitos y aplausos sentada en el suelo.

—“Pemia” —ríe Julián, imitando a su hermana.

—Pues sí, vamos bien. Al final no vas a saber ni cómo te llamas, pequeñaja —le digo a la perrita cogiéndola en brazos, que no tarda nada en acurrucarse en mi regazo.

—Pues tú le gustas y el nombre también, así que, nada de quejarse —me dice mi marido.

—Desde luego, hoy no has estado acertado al volver a casa, Lorenzo, que tú traes pandemias.

Nos echamos a reír sin poder evitarlo, pero la verdad es que la que nos ha caído encima, es de las gordas.

Rápidamente llamo a mi madre y le pido que por favor se cuide mucho a partir de mañana, porque al parecer los más vulnerables están siendo las personas de avanzada edad. Le ruego que no salga más que para lo necesario y que si lo ve preciso que nos lo diga a mi hermana o a mí que ya nos apañaremos como sea.

Pero a mí me prohíbe salir de casa en absoluto, quiere que me quede con mis niños y los cuide mucho a ellos también. Así que prometemos hacernos videollamadas a diario.

Misma conversación con mi suegra, con la que después habla Lorenzo y le asegura que va a cuidar de todos, incluido de Pandemia.

Cuando le cuenta la historia de la perrita a mi suegra, ella se muere de la risa y es que el nombre tiene telita, no me fastidies.

Ya se podía haber esperado a escuchar un Peluchita, Lobita, o algo así, pero no, esta es muy Molina también, ya lo veo yo. Original, alocada y divertida hasta para escoger nombre.

Hablo con mi hermana y le cuento que ya quedé con mi madre en que nos avisaría, aunque a mí me deja recluida en casa para todo y ella me dice que es lo mejor, que yo con los niños tan pequeños que me quede en casa para prevenir.

Misma llamada a Marina, prometiendo hacer videollamadas múltiples las cuatro juntas, y que los primos se puedan ver de vez en cuando.

Momento “Pandemia ha llegado hoy a casa, es preciosa y estamos enamorados de nuestra nueva hija” también con ellas dos, como con mi suegra y Lorenzo contándoselo a Estíbaliz.

Menudo momento para que nos llegue una cuarentena. Con mis tres chiquillos tan pequeñitos, que lo que más vida les da es poder salir al parque y tomar el aire.

Bueno, su padre compró la casa grande, con jardín y piscina para que Estíbaliz pudiera correr y jugar, así que en eso al menos podemos tener un poquito más de espacio, que para la perrita también nos viene bien.

El problema soy yo, que no me puedo quedar en casa metida tanto tiempo. Ya me estoy empezando a mentalizar. ¿Y de qué voy a hacer yo fotos ahora?

Pandemia se acerca ladrando y la veo tan mona en esa postura, mirándome con los ojos fijos en los míos y la cabecita ladeada, como si me estudiara, que no tardo en coger el móvil y hacerle una foto.

—Pandemia, hija, vamos a subirla a ver qué pasa —le digo a la perrita sentándome en el suelo a su lado.

Subo la foto y pongo el texto:

«A mi casa ha llegado esta preciosidad que, al escucharme decir “pandemia” ha creído que la llamaba a ella. Pues bien, os informo que soy la mamá perruna de la pequeña Pandemia. ¿A que tengo una perrita guapísima?»

Los likes empiezan a llegar y las reacciones a mi chiquitina no se hacen esperar.

Desde los comentarios solo de *emojis* con los ojos con forma de corazón, a los típicos “¡Qué monada, por favor!”

Y es verdad, mi pequeña Pandemia es una auténtica monada.

Esta cuando salgamos del estado de alarma, que espero que sea pronto, va a triunfar en el parque entre el resto de gente, porque mi chiquilla es como un peluche, de verdad.

Sé que lo vamos a llevar regular lo de estar en casa, pero bueno al menos no estaré sola porque Lorenzo puede seguir trabajando desde casa, cosa que me alegra que, si me tengo que quedar yo sola con mis tres diablillos y la perrita, me acabo ahogando en la piscina, seguro.

Es broma. Si mis niños son un amor... con sus cosillas, sí, pero un amor.

—¿Tenemos bien abastecida la nevera? —me pregunta Lorenzo cuando vuelvo, con Pandemia pegada a mis pies, al salón con una bandeja de queso, jamón y una botella de vino.

—Sí, no te preocupes, la despensa también.

—¿Pañales, toallitas? Las cosas que necesitemos para ellos, lo que sea.

—Ajá, vamos bien, al menos para dos semanas, después ya iremos viendo.

—Bueno, si como han dicho los comercios de alimentación estarán abiertos, puedo acercarme a hacer compra y listo.

—Cariño, cuanto menos salgamos mejor, ya has escuchado las noticias —le digo mirándole con cara de, “por favor, vamos a hacer lo que piden”.

—Tranquila, que no nos pasará nada.

—Me quedo tranquila porque estamos juntos, pero, ¿y tus padres? ¿Y mi madre? Ya son mayores y...

—Chsss... en esta casa no se acepta que me seas negativa, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Vamos a tomarnos esto y a acostar a los niños. Claro que no sé yo si dormirán algo. Mira cómo están con su nueva amiga.

Miro a Estibaliz y Julián que están los dos tumbados en el suelo, con la perrita en el medio, y cuando uno de ellos pone una mano, ella intenta poner su patita encima, pero ellos la quitan rápidamente haciendo que ella ladre.

Mientras, mi Lorencito sigue en su balancín, riendo de ver a al animalito jugando con sus hermanos.

En las noticias no han dejado de hablar de la nueva situación en la que nos vamos a ver en las dos próximas semanas, yo solo espero que todo salga bien y que esto acabe pronto.

Y como cada noche, llega la hora de llevar a la princesa y a los príncipes a la cama.

Lorenzo se encarga de acostar a Estíbaliz, quiere muchísimo a nuestros tres hijos, pero ella, para él, es ese regalo que llegó a su vida pensando que no era hija suya.

Es su ojito derecho, su consentida, la niña de sus ojos. Cuando le veo a él, me recuerda tanto a mi padre y a mí, que a veces me encierro en el baño para secarme esas lágrimas traicioneras que salen.

Mientras le pongo el pijama a Lorencito, mi Julián se queda sentado en su cama esperando su turno. Desde que volvimos a casa con el bebé, le dije que primero tendría que acostar a su hermanito porque es el más pequeño, él dijo tan solo un “vale, mami” y me dio un abrazo.

Antes de dejar en su cunita a mi niño, Julián se acerca para darle un beso y decirle ese “ta mañana”, que tantas sonrisas me ha sacado en estos meses.

Julián es de lo más tranquilo y obediente, y en cuanto le pongo el pijama y le meto en la cama, coge su peluche, ese que tiene más zurcidos que un calcetín viejo, se abraza a él y cierra los ojos antes de recibir mi beso de buenas noches en la frente.

—Que descanses, mi príncipe —susurro acariciándole el cabello.

—“Mimir”, mami —susurra él, en respuesta.

—Sí cariño, a “mimir”.

Salgo del dormitorio y voy, como cada noche, al cuarto de mi princesa, pero antes de entrar, me quedo escuchando la conversación que tiene con su padre.

—¿Se ha “enfararo” mami?

—No, cariño, no se ha enfadado. Le ha gustado mucho la perrita —le responde Lorenzo.

—Ha “guitado”—la noto triste, y es que nunca me han visto gritar y lo de hoy... le ha debido extrañar y con razón.

—Pero no por la perrita, cariño, de verdad. Ven, vamos al sofá de los secretos.

Sí, el sofá de los secretos, que no es otro que ese donde me sentaba cuando ella era una recién nacida y le daba el biberón antes de dormir y ahora es el lugar en el que su padre se sienta, con ella en el regazo y se cuentan a saber qué cosas a las que ellos llaman secretos.

Me quedo ahí, apoyada en la pared, sin que me vean, y escucho...

—Sabes que papá os quiere mucho, a ti y tus hermanitos, ¿verdad? —le pregunta Lorenzo.

—Sí.

—Pues por eso os hago regalos un día cualquiera sin que sea vuestro cumpleaños.

—¡Papi! —dice ella cuando se da cuenta de lo que ha dicho su padre—. Yo “queía” un “perito” en mi “cumplenanos”.

—Sí, preciosa, lo sé, pero como para ese día aún queda mucho, por eso he venido hoy a casa con Pandemia.

—“Panema” —ella intenta decirlo bien, pero no le sale y la escucho resoplar—. No sale.

—Tranquila, que te saldrá. A ver di como yo —le pide Lorenzo, y ahora, sí o sí, tengo que asomarme un poco más para ver esto.

—Vale.

—Pan —dice Lorenzo.

—Pan —repite mi niña, mirando a su padre con un amor en los ojos que es impresionante.

—De.

—De.

—Mia.

—Mia.

—Ahora todo seguido. Como yo. Pandemia.

—“Panema”.

Lorenzo se ríe de ver el ceño fruncido de mi hija, ese que es igualito que el mío y ella se cruza de brazos.

—¡Joo!

—Cariño, no pasa nada porque no consigas decir todas las palabras. Mamá y yo te entendemos perfectamente.

—Pero yo quiero ser “gande” como los “pimos”.

Y con los primos, se refiere a los trillizos de mi amiga Marina. Álvaro, Rodrigo y Miguel que ya tienen ocho años. ¡Ay que ver! Cómo pasa el tiempo.

Si hace bien poco esos tres diablillos les dieron una paliza a las carreras de coches a Lorenzo.

—Estíbaliz, cariño, cuando seas grande como ellos, harás las mismas cosas que pueden hacer tus primos.

—Vale. ¿Cuánto falta, papi?

—Mucho, mi princesa, mucho y, ahora, vamos a la cama que mamá no tardará en entrar.

Sonríó al escucharle pues es más que probable que me haya visto o que intuyera que estaba aquí.

Entro en la habitación justo cuando está metiéndola en la cama, como cada noche y ella mira a su padre sonriendo con esa cara de quien guarda un secreto con el destinatario de esa sonrisa.

—Buenas noches, cariño —le digo dándole un beso.

—“Enas” noches, mami.

Lorenzo y yo salimos del dormitorio de nuestra hija y vamos al nuestro. Tener tres hijos pequeños es lo que tiene, que te acuestas temprano porque al día siguiente ellos se levantan con los primeros rayos de sol. Menos mal que no vivimos en un pueblo rodeados de corrales, porque seguro que en cuanto escucharan al gallo dar el pregón mañanero, allá que irían ellos los primeros a poner las calles del pueblo.

—Así que, un perrito para su cumple, ¿eh, papi? —le digo cuando nos metemos en la cama, me abraza y apoyo la cabeza en su pecho.

—Llevaba meses pidiéndolo.

—Claro y si un día te pide la luna...

—... Se la bajo, tenlo claro, querida esposa.

—No, si claro lo tengo, lo que no sé es si tú tienes claro que no hay que consentirlos tanto.

—Cariño, esos tres angelitos que nos ha dado la vida son lo que más quiero en el mundo, después de su madre. Te perdí por un secreto.

—Ajá, el secreto de Julieta, sí, me suena bastante —digo como si nada, haciendo que él se ría.

—Exacto y con una verdad, la que no me querías contar el día que me aseguraste que te morías cuando vomitaste en la papelera como la niña del exorcista, te trajo de nuevo a mí.

—La verdad de Julieta, esa que todos sabían y tenían prohibido contarte bajo pena de sartenazo de muerte —le digo y vuelve a reírse.

—Sí, esa verdad, pero, ¿sabes?

—Si no me lo dices, no, *Mr. Loren*, que adivina por el momento... como que no soy.

—Que no cambiaría nada de lo que nos ha pasado, ni por tu secreto ni por tu verdad, porque eso ha hecho que tengamos esta familia, la mejor que un hombre pueda desear.

Cuando voy a recibir un beso de mi marido, escuchamos un gimoteo en el pasillo seguido de los arañazos en la puerta.

—No me lo puedo creer... —se queja Lorenzo que se levanta de la cama y cuando abre la puerta, la pequeña Pandemia entra corriendo escapando de él y se sube de un salto a mis piernas — ¡Ah, no, jovencita! —la riñe, pero ella se acurruca y cierra los ojos. ¡No es lista, la peludita! — Lo que faltaba, que tengamos que dormir con Pandemia en la cama.

—¡Ah! Se siente, señor Andrade, es lo que pasa cuando llega un nuevo hijo a la casa, que las primeras noches no puede dormir si no es con sus papás cerca, así que... Pandemia se queda.

—Perfecto, pues ale, que descansen ustedes, señora y señorita.

—Por cierto... ¿Es de alguna raza en especial?, porque es monísima, parece de peluche y mira qué ojitos marrones más bonitos.

—Es una *Cavapoo*, es una de las razas perfectas para niños y no va a crecer mucho.

—¿La has comprado?

—No, fui a una perrera para adoptarla. Solo falta que llamemos para darles el nombre que han elegido los niños. Bueno, los niños... —dice empezando a reírse.

—No, si desde luego que cuando sepan el nombre van a flipar en colores.

—Es que vaya nombrecito a escogido aquí la señorita —Lorenzo le rasca la cabecita y ella empieza a mover la cola. Vamos, que le gusta un mimo a esta pequeñaja, más que a un niño un caramelo.

Tras un beso, Lorenzo se recuesta mirando al lado contrario al mío y yo me quedo mirando a la peludita.

—Me da a mí... que tú has llegado para ser la reina de la casa, ¿verdad, Pandemia? —un leve ladridito antes de bajar de mis piernas y colocarse en la cama, justo entre Lorenzo y yo, y cerrar los ojos para quedarse dormida.

Sí, tal y como ha dicho él, no cambiaría nada de lo que nos ha pasado, ni por culpa de ese secreto que me lo quitó todo, ni por esa verdad que me devolvió el amor y me regaló a mi niña, porque eso ha hecho que tengamos esta familia. Con Pandemia incluida.